

PAUL CHRISTOPHER

El cuaderno de
*Miguel
Angel*

Lectulandia

Finn, una joven y atractiva estudiante de arte que trabaja en el museo Parker Hale de Nueva York, descubre un dibujo que va a cambiar radicalmente su existencia. Convencida de que pertenece al cuaderno de notas perdido de Miguel Ángel, Finn tiene una fuerte discusión con su jefe, que acaba despidiéndola. Al volver a casa con su novio Peter, sufren un asalto. Perseguida sin tregua, Finn se pone en contacto con Michael Valentine, experto en arte antiguo y colaborador de los servicios secretos. Juntos inician una investigación llena de sobresaltos que les llevará a relacionar el caso con algunas oscuras maniobras orquestadas desde el Vaticano y con obras de arte robadas durante la Segunda Guerra Mundial...

Lectulandia

Paul Christopher

El cuaderno de Miguel Ángel

ePub r1.0

Marley2 29.01.16

Título original: *Michelangelo's Notebook*

Paul Christopher, 2006

Traducción: Jofre Homedes Beutnagel

Editor digital: Marley2

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

22 de julio de 1942, La Spezia, costa de Liguria, norte de Italia

El *maggiore* Tiberio Bertoglio, con uniforme completo de una de las Brigadas Negras de Mussolini —galones negros, insignias en rojo y plateado de la doble eme en el cuello de la chaqueta, y una calavera y unas tibias al frente de su *bustina* reglamentaria—, cruzaba los brazos en el pecho al estilo del Duce en el asiento trasero del polvoriento Lancia del Estado Mayor, sin sentirse ni la mitad de señorial de lo que aparentaba. El uniforme era una engañifa. Él no era del ejército, sino de la odiada OVRA, la Organizzazione di Vigilanza e Repressione dell'Antifascismo, la policía secreta de Mussolini, la Gestapo italiana.

Acababa de llegar esa mañana de Roma, en un Savoia-Marchetti SM. 75, destartalado avión en cuya cola, justo detrás del triple *fascio* negro de las fuerzas aéreas italianas, aún se distinguía la vieja insignia en forma de pájaro de Ala Littoria. Llegado a la base naval de La Spezia tras cuatro horas de accidentado vuelo, Bertoglio había tomado en préstamo el coche y el chófer, con los que estaba a punto de llegar al último destino de su viaje.

El chófer condujo por las calles estrechas y sinuosas de Portovenere en dirección al puerto pesquero de La Grazie. Ya habían dejado atrás la inmensa mole del castillo de los Doria, construido ocho siglos antes, en el siglo XII, a fin de vigilar el golfo de La Spezia, cometido para el que aún servía. Al mirar el objeto de esa protección —el golfo propiamente dicho—, Bertoglio vio anclada media flota italiana, incluidos el enorme buque de guerra *Andrea Doria* y su gemelo el *Giulio Cesare*. Estaban negros y abollados, pero aún flotaban.

El coche llegó al embarcadero, viejo y ruinoso. Bertoglio bajó del gran jeep color arena del Estado Mayor y le hizo al chófer un rápido saludo fascista, con choque de botas incluido.

—Te quiero otra vez aquí como máximo en media hora —le ordenó.

—Media hora. Descuide, *maggiore*.

El chófer se despidió con la cabeza, metió la marcha del viejo Lancia y se alejó. Al mirar hacia Palmaria, una isla de la bahía cubierta de bosque, a un kilómetro de la orilla y del pueblo de pescadores, Bertoglio vio el edificio ancho y bajo que indicaba la presencia del convento de San Giovanni all'Orfenio, casi al borde del agua, con un pequeño embarcadero de cemento en el que descansaba una barca de pesca grande y vieja, atada a un negro y viejo noray. El *maggiore* miró alrededor hasta encontrar una barquita de pesca a unos metros, y a su dueño, que hablaba con alguien con el pitillo en la boca.

—¿Por cuánto me llevas al convento? —preguntó fríamente.

El viejo pescador le miró de la cabeza a los pies, fijándose en la banda del brazo (una sola, ondulada) y en la insignia de las brigadas mussolinianas.

—¿Para qué quiere ir? —preguntó.

Sus ojos marrones, legañosos, tomaron nota de la gorra negra y de la calavera y las tibias, pero no se le veía muy impresionado.

—Para algo, viejo. ¿Qué, cuánto me cobras por llevarme en tu barca?

—¿Llevarle, o llevarle y recogerle?

—Llevarme y recogerme —replicó Bertoglio—. Me esperarías en el embarcadero. Al volver seremos dos.

—Eso ya cuesta más.

—¡No me digas, viejo!

El otro hombre sonrió e intervino por primera vez.

—Cada vez que usted le llama «viejo», sube el precio. Éste se cree que es un chaval. Está seguro de que todas las monjas tienen ganas de tirárselo.

—Lo de tirarse a las monjas se lo dejo a Bertole, el cura —dijo entre risas el viejo pescador, exhibiendo media docena de dientes rotos y marrones—. A él le gusta follar con viejas bigotudas, yo prefiero a las *ostriche* del paseo, que son más jovencitas.

—¡Como que te elegirían a ti!

—¿Cuánto? —les interrumpió Bertoglio.

—Depende de lo que tenga.

—Sólo son doscientos metros.

—¿Qué pasa, *maggiore*, que es Jesucristo? ¿Camina sobre las aguas?

Bertoglio metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un fajo de liras del que desprendió una docena de billetes. El viejo arqueó una ceja. Bertoglio desprendió una docena más.

—Ya está bien —dijo el viejo con un amplio gesto de su mano nudosa—. Suba a mi regia góndola, que le llevo al convento surcando las aguas.

Una vez en la barca —a la que le costó lo suyo subir—, Bertoglio se sentó en el banco trasero, mientras el pescador subía a bordo y cogía los remos; remos largos, uno de los cuales le sirvió para despegar la barca del muelle. Después los puso en los toletes y empezó a remar con fuerza, alejándose de la orilla. Bertoglio seguía muy tieso en la parte trasera de la barca, sujeto a la borda. Ya en medio de la bahía, empezó a marearse un poco. Cerca de sus pies había un cubo grande con algo marrón y gelatinoso que flotaba dentro. El contenido olía tan mal que el estómago de Bertoglio, ya nervioso de por sí, empezó a amenazar con arcadas.

—Cabezas de calamar —le explicó el viejo—. Se cogen al principio de la copulación, cuando la pasión los hace subir a la superficie. Les cortas la cabeza antes de que hayan podido expulsar el semen y los dejas uno o dos días al sol, que es la mejor manera de usarlos como cebo.

Bertoglio no dijo nada. El convento estaba cada vez más cerca: un edificio bajo y

ancho, con un escalón para amoldarse a un entorno rocoso. Detrás había un prado con mucha pendiente, y, rodeado por lo que le pareció al *maggiore* una valla de forja pintada de blanco, un cementerio, un pequeño camposanto de pocas y sencillas lápidas y cruces, a la sombra de varios olivos achaparrados.

El viejo usó el remo de estribor para rodear unos palos muy finos que marcaban la localización de las encañizadas con las que se atrapaban los bancos de sardinas y arenques con marea alta. Su siguiente destino, sin nuevos desvíos, fue el pequeño embarcadero de delante del convento. Mientras se acercaban al muelle, salió por la puerta principal del edificio una mujer ya mayor, delgada, con un hábito azul oscuro y una cara alargada enmarcada en un blanco griñón. Se acercó al embarcadero con las manos en las mangas y esperó con gran tranquilidad la llegada de Bertoglio, cuya reacción inicial fue de temor y vergüenza, como cuando era niño y todo su universo giraba en torno a seres semejantes a ella, que lo gobernaban con una vara de espino. Por eso, y porque tenía el estómago revuelto, saltó desde la barca al muelle con un profundo malestar. La mujer le observó fijamente y luego se volvió sin decir nada y regresó al convento, seguida a pocos pasos por Bertoglio, que al cabo de un rato penetró tras ella en el fresco interior del edificio de piedra. Estaba oscuro. No parecía haber luz artificial. Bertoglio parpadeó. La anciana monja cruzó un vestíbulo sin el menor adorno y se internó en una especie de sala comunitaria dotada de diversas estanterías, un largo tablón con caballetes, algunas sillas y una chimenea de mampostería. Sólo había una ventana, cerrada con postigos. Bertoglio miró a través de los listones, muy anchos, y reconoció la playa, estrecha, con su embarcadero. El viejo pescador ya no estaba donde le había dejado, sino en medio de la bahía.

—*Caccati inmano e prenditi a schiaffi!* —dijo Bertoglio estrellando un puño en la palma de la otra mano.

—¿Decía algo, mayor?

Una monja baja y de rostro agradable, cuya edad debía estar entre cuarenta y cincuenta años, había salido de la oscuridad del fondo, donde la chimenea. Se diferenciaba de su hermana de mayor edad —la que había hecho entrar a Bertoglio— en que su ancha cintura estaba rodeada por una especie de rosario con grandes cuentas de madera, y en que el espacio entre sus pechos, grandes y caídos, recibía el peso de una cruz metálica muy grande, colgada del cuello mediante una cadena.

—No, no he dicho nada —dijo Bertoglio—, ¿Usted quién es? —preguntó con grosería, sacando la mandíbula en una inconsciente imitación del Duce.

—La madre superiora, la hermana Benedetta. Supongo que usted es quien dijeron que vendría.

—Soy el *maggiore* Tiberio Bertoglio, de la Sexta División Tevere de la MVSN —replicó él.

—Esperaba a alguien de la policía secreta —dijo la hermana Benedetta.

—En Italia no existe policía secreta —contestó Bertoglio.

—Ya, y usted tampoco está aquí, *maggiore*. Son imaginaciones mías. —La monja

sonrió cansadamente—. Supongo que con la Gestapo alemana hay bastante para los dos países.

—Vengo a por el niño —dijo Bertoglio.

Metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó un paquetito cuyo sello ostentaba las dos llaves cruzadas y las tres coronas del Vaticano.

—Veo que tiene amigos muy bien situados —dijo la hermana Benedetta.

Metió un índice rollizo por debajo del sello y abrió el paquete de un tirón. Contenía un certificado de nacimiento y un salvoconducto con los sellos del Vaticano, el gobierno suizo y las autoridades migratorias alemanas. También otro juego de salvoconductos para un adulto no identificado.

—Estos documentos están a nombre de Frederico Botte —dijo.

—Sí, es como se llama el niño.

—Ya sabe que no, *maggiore*.

—Pues ahora sí. Tráigamelo.

—¿Y si le dijera que en este convento no hay ningún Frederico Botte?

—Preferiría no contestar, madre superiora. No nos haría ningún bien, ni a usted ni a mí. Si esconde al niño o no me lo entrega, las consecuencias serán graves. — Bertoglio hizo una pausa—. Yo me limito a cumplir órdenes, madre. Le aseguro que no disfruto en absoluto.

—Está bien.

La hermana Benedetta cogió una campanilla de la repisa de la chimenea y la hizo sonar. Entre las cuatro paredes de la sala, el sonido fue muy estridente. Poco después apareció una chica muy joven, con una falda, una blusa y un jersey muy sencillo que no parecía sentirse muy a gusto. Llevaba de la mano a un niño de unos tres años, con pantalones cortos, camisa blanca y una estrecha corbata. Le habían mojado el pelo para peinárselo hacia atrás. Parecía muy asustado.

—Aquí está el niño, con la hermana Filomena, que se ocupará de él. Habla alemán e italiano, conque no habrá ningún problema en entender qué necesitan ni ella ni el niño.

La madre superiora se acercó a la joven para darle un beso en cada mejilla y entregarle los salvoconductos y el certificado de nacimiento. La hermana Filomena se guardó los papeles en el profundo bolsillo de su jersey. No parecía menos asustada que el pequeño. Bertoglio lo entendió. De haber ido al mismo sitio, también él tendría miedo.

—La barca que me ha traído ya no está. ¿Cómo volveremos a tierra firme?

—Tenemos nuestros propios medios de transporte —dijo la hermana Benedetta—. Acompañe a la hermana Filomena, que se los enseñará.

Bertoglio asintió, entrechocó los talones y levantó rápidamente el brazo, amagando un saludo fascista, pero se lo pensó mejor y prefirió un gesto brusco con la cabeza.

—Gracias por su colaboración, reverenda madre.

—Sólo lo hago por el niño, que es inocente de toda esta locura... a diferencia del resto de nosotros. Adiós.

Bertoglio dio media vuelta sin decir nada más y salió de la sala, seguido mansamente por la hermana Filomena y el niño. Al llegar a la puerta, el pequeño se detuvo para mirar en silencio por encima del hombro.

—Adiós, Eugenio —susurró la hermana Benedetta.

Entonces el niño ya no estaba.

La hermana Benedetta fue a la ventana y miró entre las lamas para ver cómo iban los tres hacia el muelle. Les esperaba Dominic, el chico del pueblo que echaba una mano en las faenas. Dominic ayudó a subir al niño a la barca del convento, y luego a Filomena. El *maggiore* se sentó en la proa. Una vez que Dominic estuvo a bordo, levantó los remos. Al cabo de unos segundos se alejaron por la estrecha bahía que separaba la isla de tierra firme.

La hermana Benedetta siguió mirando hasta que ya no distinguió la silueta del pequeño. Entonces abandonó la sala comunitaria y recorrió un largo pasillo por el que estaban repartidas las celdas individuales, hasta alcanzar una puerta situada en la parte inferior del edificio, detrás de los cuartos de baño y las letrinas. Una vez al aire libre, bajo la luz menguante del crepúsculo, subió al cementerio por un pequeño sendero de ceniza. Dejó atrás el cementerio, se internó entre los árboles oscuros y llegó a una suave hondonada llena de flores, y del oscuro aroma de los pinos circundantes.

Bajó al fondo por el caminito, atenta a los suspiros del viento, y al fragor de las olas que batían a lo lejos en la orilla. Si algo había amado Katherine, si algún remanso de paz había existido en esa vida de miedo y de aprensión, era ese lugar. El cura de Portovenere no había dado su autorización para enterrarla en tierra bendita, y al final la hermana Benedetta no había protestado. Interiormente, no le cabía ninguna duda de que la hondonada estaba más cerca de Dios que cualquier otro sitio, ni de que la propia Katherine lo habría querido así.

Le fue muy fácil encontrar la simple cruz de mármol, aunque estuviera sepultada por las malas hierbas. Se arrodilló y retiró sin prisas los zarcillos de la piedra, hasta dejar a la vista la inscripción:

KATHERINE MARÍA TERESA ANNUNZIO

26-5-1914

22-10-1939

PACEM

Lentamente la hermana Benedetta se desabrochó el rosario que llevaba en la muñeca derecha y lo estrechó entre sus manos, mientras miraba fijamente la lápida y susurraba la antigua oración de los papas, equivalente a las últimas palabras

pronunciadas por la joven antes de arrojarse al mar:

Dulce música al oído es decir:

¡Te venero, oh, Madre!

Dulce canción es repetir:

¡Te venero, oh, santa Madre!

Eres mi gozo, mi querida esperanza, mi amor casto,
mi fuerza en cualquier adversidad.

Si mi alma, acongojada y herida de pasiones
padece la carga dolorosa de la pena y el llanto,

si ves que a tu hija la doblega el infortunio,

oh, Virgen María, llena de gracia,

deja que halle el reposo en tu abrazo maternal.

¡Ay!, pero ya veloz se acerca el postrer día.

Relega el demonio a las simas infernales,

y acércate más, Madre querida, a tu hija anciana y extraviada.

Así tu suave tacto cubra las pupilas cansadas

y entregue dulcemente a Dios el alma que a él regresa Amén.

El viento sopló más fuerte entre los árboles, como si le estuviera dando una respuesta, y durante un breve instante de paz la hermana Benedetta revivió la fe de su niñez. Sintió otra vez el júbilo de la dicha de Dios; pero la ráfaga pasó, y con ella la dicha, y su mejilla quedó arrasada por las lágrimas. Pensó en Bertoglio, en Filomena y en el niño. Pensó en Katherine, y también en el hombre, en ese hombre lleno de arrogancia y de pecados que era el culpable de la suerte de Katherine, la causa de que hubiera terminado así su vida. Él no merecía la oración de los papas, sino una maldición que Benedetta había oído muchos, muchos años atrás en boca de su madre.

—Así te pudras en la tumba. Así te llenes de gusanos cuando te hayan enterrado. Que tu alma se corrompa ante los ojos de toda tu familia y de todo el mundo. Condenado seas para toda la negra eternidad y que la única gracia que encuentres sea la de las frías llamas del infierno.

Capítulo 1

Tení el pelo cobrizo, como un cobre muy pulido y brillante y que caía unos centímetros desde la coronilla sin ninguna ondulación, antes de convertirse bruscamente en una masa de rizos naturales, ingobernables rizos que llegaban hasta sus blancos hombros, y cuya longitud bastaba para tapar parcialmente sus pechos. Estos últimos eran perfectos en forma y dimensiones, redondos, de piel suave, con algunas pecas en el nacimiento, mientras que los pezones eran de un color rosado muy claro, traslúcido, reservado habitualmente a las superficies internas y ocultas de ciertos moluscos exóticos. Sus brazos eran largos, de un aspecto más fuerte de lo que cabía esperar en una mujer cuya estatura no sobrepasaba el metro sesenta y cinco. Sus manos eran delicadas, con dedos de una esbeltez infantil, y unas uñas muy cortas, bien cuidadas.

Bajo los pechos, la caja torácica era alta, arqueada, y la barriga plana, con un ombligo en forma de lágrima por encima del pubis. La fina pelusa que cubría esta última zona reproducía en tonos aún más claros el color cobrizo, y crecía —como suele ocurrir entre las pelirrojas naturales— formando un triángulo dibujado con delicadeza y naturalidad, que a duras penas protegía la carne blanda y secreta de entre las piernas.

Su espalda era una curva suave, que fluía sin interrupción desde la larga nuca, oculta detrás de la melena; una curva en cuya base se observaba una marca de nacimiento ligeramente roja, del tamaño de una moneda y de la forma de un cuerno, justo encima de donde empezaban a separarse unas nalgas pequeñas y musculadas. Tenía las piernas largas, las pantorrillas fuertes y los tobillos torneados, anuncio de unos pies pequeños, arqueados, finos.

La cara que enmarcaba la exuberante melena pelirroja casi era tan perfecta como el cuerpo: frente ancha y despejada, pómulos altos, labios carnosos (pero no hinchados de manera artificial), y una barbilla cuya curva, algo más pronunciada de la cuenta, confería un toque de firmeza a la Inocencia general que parecía emanar de toda su persona. La nariz, un poco demasiado larga y fina para responder del todo a los cánones clásicos, presentaba algunas pecas en el puente. Los ojos eran magníficos: grandes, de color jade oscuro, y de una inteligencia que casi infundía temor.

—¡Bueno, señores, se acabó el tiempo! —Dennis, el profesor de dibujo del natural de la New York Studio School, dio unas enérgicas palmadas y sonrió hacia el estrado—. Gracias, Finn, por hoy ya está.

Finn le sonrió con la misma amabilidad. Los otros ocupantes del estudio, una docena de personas, dejaron sus diversos utensilios de dibujo en las repisas de los caballetes, mientras nacía un rumor de conversaciones.

La joven se agachó a recoger el viejo quimono de flores blanco y negro que

siempre llevaba a las sesiones, hizo un nudo con el cinturón para ceñírselo a su talle estrecho, bajó del pequeño estrado y se puso detrás del biombo chino del fondo de la sala. Se llamaba Fiona Katherine Ryan, Finn para los amigos, y tenía veinticuatro años. Casi siempre había vivido en Columbus, Ohio, pero hacía un año y medio que estudiaba y trabajaba en Nueva York, y realmente estaba disfrutando de ello.

Empezó a coger la ropa de la silla plegable de detrás del biombo, y cuando estuvo vestida, en un visto y no visto, guardó el quimono en la mochila. Minutos después, con sus Levi's gastados, sus zapatillas de deporte favoritas y una camiseta amarilla fluorescente que le servía para ser vista por los conductores mientras cruzaba Midtown, intercambió un gesto de despedida con el alumnado de la clase de dibujo. A la salida, Dennis le dio un cheque. Nuevamente bajo el sol —era mediodía—, Finn quitó la cadena que retenía a una farola su vieja bicicleta Schwinn Lightweight, con la que ya le costaba pedalear.

Dejó la mochila en una cesta grande, con armazón de tubos de acero y un fondo de caja de frutas. La cadena y el candado los guardó en un bolsillo lateral. Después se hizo una coleta muy rizada, se la ató con una goma negra de nailon, sacó una gorra verde de béisbol de la mochila —una gorra arrugada y sin marca—, se la puso y sacó la coleta por el agujero de detrás. Cumplidos todos los preparativos, montó en el sillín, cogió el manillar, salió a la calle Ocho y giró hacia el norte dos manzanas después, por la Sexta Avenida.

Capítulo 2

El museo de arte Parker-Hale estaba en la Quinta Avenida, entre las calles Sesenta y cuatro y Sesenta y cinco, enfrente del zoo de Central Park. El edificio, destinado a mansión de Jonas Parker —que murió de un problema respiratorio no identificado antes de poder mudarse a ella, tras haberse enriquecido con unas pastillas para el hígado—, había sido reconvertido en museo por su socio, William Whitehead Hale. Uno y otro habían pasado mucho tiempo en Europa, alimentando su pasión por el arte tras haber cuidado los hígados de los americanos, y el resultado era el museo Parker-Hale, cuya holgada dotación presupuestaria pretendía lograr que Hale y Parker fueran recordados por su colección artística, no como inventores de pastillas. Los cuadros eran una mezcla heterogénea que iba desde Braque o Constable a Goya o Monet.

Se regía como una fundación, con un consejo directivo compuesto por la flor y nata de la ciudad, desde el alcalde y el jefe de la policía hasta el secretario del cardenal de Nueva York. Sin ser el mayor museo de la ciudad, era sin duda uno de los más prestigiosos. Por eso el hecho de que Finn hubiera conseguido un trabajo en el departamento de dibujos y grabados era un golpe de suerte incuestionable, de esos que abrían el camino hacia un puesto de conservadora no tan mediocre como el del siguiente candidato que hacía cola con su máster en historia del arte. También ayudaba a superar el posible estigma de haber obtenido la licenciatura en una universidad como la del estado de Ohio.

En eso Finn no había tenido elección, porque, como su madre trabajaba en la facultad de arqueología, le había salido la carrera gratis. Lo que distaba mucho de ser gratis era vivir en Nueva York. De ahí que tuviera que estrujarse las meninges para complementar su triste beca, y de ahí que trabajara de modelo artístico, de modelo de pies y manos para catálogos cuando la llamaban de la agencia, de profesora de inglés para Inmigrantes recién llegados y hasta de canguro para los profesores de la facultad (canguro de niños, pero también de casas, plantas y animales). A veces tenía la impresión de que su ritmo de vida nunca sería normal.

Media hora después de salir de la clase de dibujo, frenó ante el Parker-Hale, encadenó la bici a otra farola y subió corriendo por la escalinata hacia la entrada: un vano enorme, rematado por un relieve clásico de un púdico desnudo con túnica. Justo antes de estirar la puerta con marco de latón, le hizo un guiño al relieve, de modelo de desnudos a modelo de desnudos. Luego se quitó la gorra y la goma y las guardó en la mochila mientras se sacudía el pelo. Tras dedicarle una sonrisa a Willie, el viejo y canoso guardia de seguridad, subió corriendo por la escalera de mármol rosa, pero hizo una parada en el rellano para echarle un vistazo al *Bañistas en el bosque* de Renoir.

Se empapó de la suntuosidad y elegancia de sus líneas y de los verdes frescos y

azulados de la escena forestal, que eran lo que confería al cuadro un ambiente tan peculiar, casi hermético. No era la primera vez que se preguntaba si era una fantasía o un sueño recurrente de Renoir: encontrarse por casualidad con un grupo de mujeres lánguidas y bellas, en el lugar más recóndito, más impensado. Cosas así podían dar para toda una tesis. De todos modos, al margen de lo que pensara Finn del cuadro, había una cosa clara: que era precioso.

Tras dedicarle cinco minutos completos, dio media vuelta y subió al trote por el segundo tramo de escaleras. Luego atravesó la salita Braque y bajó por un corto pasillo hasta una puerta sin rótulo, que cruzó. Como en la mayoría de los museos y galerías, los cuadros u objetos estaban expuestos en un núcleo de salas artificiales, mientras que el trabajo museístico en sí se desarrollaba fuera de esos muros. La zona «oculta» en la que acababa de entrar Finn contenía el departamento de dibujos y grabados del Parker-Hale. Se trataba, en realidad, de una única sala muy larga dispuesta en el flanco norte del edificio, con los despachos de los conservadores en un lado, muy pequeños pero con ventanas, y las colecciones en el otro, con iluminación de fluorescentes de espectro total.

Las colecciones estaban archivadas en una cantidad aparentemente infinita de cajones especiales para papel, de pH neutro, que cubrían toda la pared interna. Entre los archivadores, que llegaban a la altura de los hombros, había varios huecos con sus correspondientes mesa, silla y mesa de luz plana de grandes dimensiones para examinar obras concretas. Las mesas de luz eran láminas de cristal blanco opaco iluminadas por debajo, y fijadas a un marco resistente de madera. Cada mesa estaba dotada de un dispositivo para fotografiar los grabados o dibujos, y una de cada dos disponía de una terminal informática con el inventario completo de la colección en su base de datos: cada pieza con su imagen fotográfica, los documentos relativos a su adquisición y una ficha con el origen o la procedencia de la obra.

El trabajo de Finn, que duraría todo el verano, consistía en comprobar que coincidieran los números del inventario, de la diapositiva y de la procedencia. Trabajo administrativo, sin la menor duda, pero una simple estudiante en prácticas como ella, sin experiencia y con veinticuatro años, tenía que acostumbrarse a esas cosas. ¿Qué le decía su madre? «Cariño, eres científica, aunque tu ciencia sea el arte, y todo lo que hagas será barrer para casa». *Barrer para casa*. Finn sonrió al pensarlo, mientras cogía una libreta de taquigrafía y un lápiz del armario de objetos de escritorio, y bajaba por la hilera de unidades de almacenamiento de papel hasta el punto en que lo había dejado el día antes. Después de la licenciatura había pasado todo un año en Florencia, porque quería conocer el lugar donde había nacido Miguel Ángel, caminar por donde había caminado y aprender su idioma. Eso sí que era barrer para casa, aunque fuera al precio de que le dejaran el culo morado a base de pellizcos, desde el tío del archivo hasta el carcamal del cura de la biblioteca de Santo Spirito.

¡Tampoco podía pretender organizar exhaustivas exposiciones sobre los pintores florentinos del Renacimiento el primer día de trabajo! Además, le habían prometido

que si hacía bien las prácticas el año siguiente tendría un empleo pagado. Finn quería quedarse en Nueva York como mínimo hasta sacarse el máster, pero salía caro, incluso viviendo de alquiler donde vivía, en un tugurio de Alphabet City.

Willie, que hacía su ronda, protagonizó otra aparición que se redujo a introducir la llave en la caja del vigilante. Por lo demás, no parecía haber nadie en todo el departamento. Mejor. Cuando Finn encontró el cajón en el que había estado trabajando el día antes, se enfundó unos guantes reglamentarios de algodón blanco y empezó a apuntar los números de las laminas de acetato de los dibujos y compararlos con la información de la base de datos, para lo cual iba al hueco entre los armarios a veces incluso con el dibujo.

Al cabo de dos horas bostezaba y veía doble, pero no se dio por vencida. Cambió de cajón. El siguiente estaba tan cerca del suelo que tuvo que ponerse de cuclillas para abrirlo. Desde ese ángulo vio un dibujo que estaba prácticamente metido por la rendija del fondo. Si no se abría del todo el cajón era difícil verlo.

Lo abrió del todo despacio y buscó a tientas el pequeño canto de acetato que acababa de ver. Tardó un poco, pero al final logró cogerlo entre el índice y el pulgar y tiró de él con suavidad. Al notar que se desprendía, lo sacó del cajón, lo levantó hasta la parte superior del armario y, mientras cerraba el cajón con la punta del pie, se fijó en el dibujo. Estuvo a punto de desmayarse.

Tenía unos quince por veinte centímetros, y el borde izquierdo irregular, desgarrado, tal vez. A pesar de la cubierta de acetato, vio que el papel no era papel, sino un pergamino de alta calidad, probablemente piel de cordero raspada con tiza y piedra pómez. En algún momento debían de haberlo arrancado de un cuaderno, porque se advertían indicios de cosido en la esquina inferior.

La ilustración estaba hecha con sepia, y era tan antigua que las líneas se habían adelgazado y descolorido hasta extremos casi invisibles. Era una obra maestra, de origen renacentista, que representaba a una mujer. Se le veían claramente los pechos. Una mujer ancha de caderas, casi gorda. El dibujo omitía la cabeza y las extremidades inferiores y superiores.

Lo extraordinario del caso era que estaba abierta en canal y tenía el interior de la caja torácica a la vista. También estaba abierto el cuello, en el que se veían dos tubos: uno más claro, el de la vena yugular, y otro más grueso y prominente, el de la arteria carótida, que llegaba hasta la oreja y desaparecía tras ella. No sólo se veían los pulmones, sino que también se distinguían los riñones y el corazón.

El hígado estaba dibujado en relieve, con gran nitidez, mientras que el estómago, al parecer, había sido extraído a fin de ofrecer una visión más clara del útero y el canal vaginal que descendía de él, seccionado longitudinalmente. El cuello del útero estaba dibujado con la misma precisión que los labios de la vulva, situados en el extremo contrario. El autor se había esmerado en representar los ligamentos y los músculos que sostenían la matriz y el resto de los órganos, así como las principales venas y arterias del sistema circulatorio.

Se trataba de un estudio anatómico de una mujer que parecía de mediana edad, y a quien se le había practicado una autopsia. Lo único que no cuadraba era que en el Renacimiento no se practicaban autopsias, sino vivisecciones, y se penaban con la muerte. A Leonardo da Vinci lo habían acusado y juzgado por ello, aunque al final la acusación había sido retirada. A Miguel Ángel, coetáneo de Leonardo, lo habían acusado, pero sin llevarlo a juicio.

Según varios escritos de artistas e intelectuales, Miguel Ángel había usado la sala mortuoria de la enfermería de Santo Spirito, en Florencia, para, con la complicidad del prior de dicha iglesia, realizar dibujos anatómicos; sin embargo, no existían pruebas que demostrasen esto, ya que el mítico cuaderno de notas de Miguel Ángel jamás había salido a la luz.

Finn siguió contemplando el dibujo. Había dedicado casi todo su año en Florencia a estudiar la obra y la época de Miguel Ángel, y advirtió que las anotaciones que ocupaban los bordes izquierdo y derecho del dibujo se parecían a los ejemplos que había visto de la caligrafía pequeña y angulosa del gran artista. Sin pensárselo dos veces, fue a coger de la mochila su pequeña Minolta digital. Era consciente de que se metería en un buen lío si la pillaban *in fraganti*, pero necesitaba una reproducción del dibujo para poder estudiarlo sin prisas. Sería perfecto como ilustración para su tesis. A Alex Crawley, el director del Parker-Hale, muy tiquismiquis en todo lo burocrático, nunca se le ocurriría dejarle hacer fotos sin un interminable papeleo previo, con la documentación y los permisos de rigor. Finn hizo una docena de fotos sin perder el tiempo y guardó la cámara, aliviada de que no la hubieran visto.

Después, con gran cuidado, cogió el dibujo y se lo llevó a la mesa de luz para examinarlo más a fondo con la ayuda de una lupa de joyero que cogió del cajón de la mesa. Las inscripciones estaban demasiado borrosas para poder leerlas. Supuso, no obstante, que eran anotaciones sobre de la disección del cuerpo de la mujer.

Según la documentación existente, cuando en la enfermería de Santo Spirito se moría alguien, llevaban el cadáver a la sala mortuoria, lo dejaban toda la noche dentro de una sábana cosida y al día siguiente lo envolvían en un sudario y lo metían en el ataúd. A Miguel Ángel le habría bastado con disponer de una copia de la llave de hierro de la sala mortuoria para entrar sigilosamente en plena noche, diseccionar el cuerpo a fin de examinar la parte que le interesase y salir con disimulo antes de que amaneciera.

Se suponía que había usado un extraño instrumento de metal para aguantarse una vela en la frente y alumbrarse el camino, pero Finn no lo veía muy claro. Ella había hecho una visita guiada de Santo Spirito, incluida la sala mortuoria, y sus lecturas sobre la economía de la época la hacían estar razonablemente segura de que se había producido un intercambio de dinero entre el artista y el prior. Otra cosa de la que estaba bastante segura era de que los rumores e historias eran ciertos.

Ahora sí que lo tenía claro: el dibujo que tenía ante sus ojos no estaba hecho de memoria, sino del natural. Poco a poco, se dio cuenta de la magnitud de su

descubrimiento: era una auténtica página del cuaderno de notas casi mítico de Miguel Ángel. Hasta sabía quién se había ocupado de la encuadernación: Salvatore del Sarto, el encuadernador amigo de Miguel Ángel que solía religar los cartones que usaba el artista para sus frescos. Ahora bien, ¿qué hacía en el fondo de un cajón del Parker-Hale? ¿Cómo había llegado hasta allí?

Buscó el número de inventario en la cubierta de acetato y lo anotó en la libreta de taquigrafía. Luego se llevó la libreta al primer cubículo con ordenador, entró en la base de datos y tecleó el número para pedir la diapositiva escaneada, pero curiosamente no había ninguna, sólo una pantalla en blanco y la anotación «sin introducir». Volvió al menú principal y pidió la documentación sobre el número de inventario. Le salió el nombre de un artista veneciano menor a quien recordaba vagamente de sus lecturas, un tal Santiago Urbino, y también otro número que la condujo de regreso al menú principal y las fichas de procedencia. Todo coincidía: la imagen, el artista y la procedencia.

Según la ficha del ordenador, el dibujo era de Urbino, y lo había vendido un coleccionista privado a la sucursal suiza de la galería Hoffman en 1924. En 1930 lo había adquirido la galería parisiense Etienne Bignou, en 1937 la galería Rosenberg, y en 1939, durante su último viaje a Europa antes de la guerra, William Whitehead Hale se lo había vuelto a comprar a la galería Hoffman. Desde entonces formaba parte de la colección permanente del museo.

Finn volvió al menú principal y accedió a la ficha biográfica del museo sobre Santiago Urbino. Coetáneo tanto de Miguel Ángel como de Leonardo, le habían arrestado por viviseccionar animales con fines inmorales, y había sido excomulgado y ejecutado. Finn miró fijamente la pantalla, mientras se apartaba el pelo de la cara y se lo recogía con la mano, pensativa. Históricamente, por un lado, era plausible; por otro lado, sabía muy bien que un pintor de la talla de Urbino no estaba capacitado para ejecutar un dibujo de tan alta calidad.

—¿Le puedo preguntar qué se supone que está haciendo, señorita Ryan?

Finn, asustada, se dio la vuelta en la silla... Tenía a sus espaldas a Alexander Crawley, el director, con el dibujo de Miguel Ángel en la mano y una expresión furibunda en la cara.

Capítulo 3

Crawley, que debía de tener unos sesenta años, era un hombre guapo, de abundante pelo gris, cara cuadrada y mirada inteligente. No medía más de un metro setenta o un metro setenta y cinco, y Finn estaba casi segura de que se ponía alzas en sus caros zapatos. Llevaba un terno, como siempre, pero se le veía aún mejor vestido de lo habitual, probablemente a causa de la gala de recaudación de fondos programada para esa misma noche, a la que ella no estaba invitada. También se fijó en que, pese a estar manipulando una pieza inventariada del museo, no llevaba guantes blancos. A ver si cuando se llegaba a director se quedaba uno sin grasa ni posibles sustancias contaminantes en las manos... Cuando se lo comentó, el color de la cara de Crawley pasó de rojo a morado.

—A usted no le importa si llevo o no llevo guantes —dijo—. En cambio, a mí sí que me importa que haya cogido este dibujo sin ninguna justificación.

—Lo he encontrado en el cajón donde estaba trabajando, doctor Crawley, y al principio lo he confundido con una pieza más del inventario normal.

—¿Al principio?

—Es que creo que está mal clasificado.

—¿Por qué?

—Según el número de inventario, es un dibujo de Santiago Urbino, un pintor veneciano de segunda.

Crawley puso cara de haber sido ofendido en su profesionalidad.

—Sí, ya sé quién es Santiago Urbino.

—Pues creo que es un error. Yo creo que es de Miguel Ángel.

—¿Miguel Ángel Buonarroti? —dijo Crawley estupefacto—. Usted está loca.

—En absoluto —contestó ella—. Lo he examinado y tiene todas las características de las obras de Miguel Ángel.

—O sea que hace sesenta y cinco años que tenemos escondida sin saberlo una hoja del cuaderno de notas desaparecido de Miguel Ángel, y de repente se lo saca de la manga una chica que no tiene ni el máster, y que hace sus prácticas aquí. —Crawley profirió una risa seca—. Lo dudo mucho, señorita Ryan.

—He consultado el inventario —dijo ella sin rendirse— y el museo no tiene ninguna otra obra de Urbino. ¿Por qué tiene entonces ésta?

—Pues supongo, querida, que porque al señor Parker o al señor Hale les debió de gustar.

—¿Ni siquiera piensa considerar la posibilidad de que sea de Miguel Ángel?

—¿Para que usted escriba un artículo que tarde o temprano pondría al museo y a mí en evidencia? No, querida, no valoro tanto su trabajo aquí, ni tampoco su ego.

—¿Querida? Llámeme Finn o señorita Ryan —dijo ella enfurecida—. Ah, y mi ego no tiene nada que ver. Este dibujo es de Miguel Ángel, no de Urbino. La persona

que lo inventarió se equivocó.

—¿Quién consta que hizo el inventario, y cuándo? —preguntó Crawley.

Finn pulsó unas cuantas teclas y la barra espaciadora para llegar al final de la línea de inventario.

—«AC —leyó Finn—, 11 de junio de 2003».

¡Caray! ¡Lo lejos que se podía llegar con un poco de incorrección política!

—Alexander Crawley. Yo. Y no hace mucho.

—Entonces puede que lo que esté en cuestión sea su ego, no el mío.

—No, señorita Ryan, mi ego no, su competencia... y también podría añadir su arrogancia.

—Me pasé todo un año en Florencia estudiando a Miguel Ángel.

—Y yo he estudiado a los grandes pintores durante toda mi carrera. Se equivoca, y el hecho de que se niegue a reconocer su error y respetar una opinión mejor fundada me demuestra que no es el tipo de persona que necesitamos. Cuando el ego se interpone en el trabajo, la principal perjudicada es la profesionalidad. Me temo que tendré que poner fin a sus prácticas en el Parker-Hale.

—¡No puede!

—Pues claro que puedo. —Crawley sonrió insulsamente—, Acabo de hacerlo. —Volvió a sonreír—. Le aconsejo que recoja sus pertenencias y se marche ahora mismo para evitar escenas embarazosas. —Sacudió la cabeza—. Lástima. Su presencia embellecía nuestro pequeño departamento.

Finn clavó en él una larga mirada, alucinada por sus últimas palabras. Luego salió del cubículo, recogió la mochila y se fue corriendo. Estaba a punto de llorar, y lo último que quería era mostrarse débil ante aquel pretencioso. Cinco minutos después volvía a ir en bici hacia el sur, a Alphabet City.

Capítulo 4

Ya ha pasado la época en que el nombre de Alphabet City se oía crepitar en las radios de los coches patrulla de todas las series policíacas de la televisión. Hoy en día hay más posibilidades de que sea donde viva el último rapero de moda, o donde se haya abierto el restaurante más arriesgado y chic. Quizá tenga algo que ver con que el ayuntamiento construyera una comisaría nueva en la otra punta de Tompkins Square Park, aunque lo más probable es que se deba a las eternas ansias de renovación de Nueva York, cuyos barrios se ponen de moda de golpe, sin ninguna razón en especial, y cuando ya se han llenado de gente pudiente, se aposentan en una respetabilidad cómoda pero aburrida.

Finn vivía en un bloque de obra vista de cinco plantas, en la esquina de las calles Cuatro y A. No podía decirse que fuese un piso con ascensor porque sólo había uno que, encima de ser viejo, se estropeaba cada dos por tres. Las tiendas, bares y restaurantes que hacían que fuera tan divertida Alphabet City quedaban a la izquierda de la casa. A la derecha estaban la calle Houston y el límite sur de Lower East Side, el nuevo barrio de moda. Justo detrás de donde vivía Finn, estaba Village View, uno de esos polígonos de bloques altos y cuadrados de la década de 1960 que habían pretendido regenerar la ciudad, pero que lo único que conseguían era contaminar el barrio como cánceres gigantes y nidos de delincuencia.

Todavía furiosa, frenó delante de su casa, sacó la llave para abrir la puerta y guardó la bici en el armario oscuro de detrás de la escalera. Pulsó el botón para subir y se quedó gratamente sorprendida cuando el ascensor, que con su ventana redonda de cristal reforzado parecía un monstruo de Stephen King emergiendo con un solo ojo de las profundidades, empezó a ascender. Finn se armó de paciencia para el trayecto, lento y lleno de traqueteos, que le esperaba hasta el último piso.

En cualquier otra ciudad, el apartamento se hubiera considerado minúsculo. Se entraba por un pasillo mas ancho de lo normal que al fondo servía de salón, y al principio de cocina; una cocina con vistas a Lower East Side, y con una mesa pegada a la ventana en la que no cabían más de dos comensales. A la izquierda había un dormitorio pequeño que daba a la calle Cuatro, y en el que había un candado en la ventana, pese a ser un cuarto piso.

A la izquierda de la cocina había un cuartito que el administrador había llamado «estudio» el día en que le había alquilado el piso. A Finn le había parecido un vestidor o una habitación para un bebé muy pequeño, pero una amiga de la facultad le había montado unas estanterías de pino muy sencillas y le había instalado una mesa de dibujo muy bien encajada. Total, que ahora tenía un sitio donde trabajar. La siguiente pieza era un cuarto de baño con el lavabo, la bañera y el váter más pequeños del mundo. Cuando Finn se sentaba en el váter, le quedaba el lavabo por encima de las rodillas. Si quería, podía sentarse en la tapa y hacerse un baño de pies en la

bañera. Ahora bien, si lo que quería era un baño de cuerpo entero, tenía que mantener pegadas las rodillas al mentón.

Originariamente, todo el piso estaba pintado de un color amarillo mortecino, como de nicotina, pero Finn le había dado un aspecto más alegre pintando el lavabo de rosa, el dormitorio de verde y el salón-cocina de beis. Al armario-estudio le había tocado un blanco muy profesional. Por otro lado, Finn, en su tiempo libre, había quitado las baldosas de linóleo verde cieno y había pulido el suelo antiguo de madera.

Su ordenador era un portátil Sony de segunda mano que le había costado muy barato en una subasta de las oficinas de la facultad donde trabajaba su madre. Lo guardaba en el «salón», debajo del sofá raído de terciopelo rojo, por si algún yonqui tenía fuerzas para subir cinco tramos de escaleras y robárselo. A sus ojos, el pisito, aunque no cupiera un alfiler en él, era un palacio y una puerta mágica a su futuro. Desde él podía ir fácilmente a cualquier sitio, aunque en ese momento no podía imaginar adonde, la verdad.

Nada, que seguía indignada. Entró hecha una furia en el apartamento, tiró la mochila en el sofá y empezó a desnudarse, dejando un reguero de ropa desde el sofá hasta el lavabo. Se quedó casi toda una hora en remojo dentro de la minibañera. Se depiló las piernas, aunque no le hacía mucha falta, y también se lavó el pelo, lo cual tampoco era necesario.

Después, en vista de que no se le pasaba el enfado, vació la bañera y se duchó con agua helada mientras pensaba en lo bueno que tenía y se imaginaba a Crawley vagabundeando por Central Park con un bastón blanco y gritando: «¡Soy ciego! ¡Soy ciego!». Merecido lo tenía, por prepotente. Luego descolgó del gancho de la puerta su albornoz gastado, cogió una toalla al vuelo y entró descalza en el dormitorio en busca de algo que ponerse mientras se secaba el pelo. Se quedó sentada en la cama, mirando el armario sin pensar en nada.

Gruñó. Tenía que ser la noche de la verdad para ella y Peter, después de casi dos meses de salir. Habían quedado para cenar con amigos en el Max's Garden de la avenida B, y estaba tácitamente acordado que por fin «sería la noche», más que nada por iniciativa de él (y por cansancio de ella de pararle los pies). Peter era guapo, listo y buena persona, pero Finn siempre se había pensado mucho con quién se acostaba.

A los dieciséis años, en Columbus, ya era una joven muy guapa, pero su timidez casi enfermiza formaba un cóctel letal. A los chicos de su edad les daba miedo, porque la veían como un sueño inalcanzable, y para remediar su sensación de no estar a la altura la llamaban «el iceberg rojo». De resultas de ello, Finn nunca salía, y cumplió los diecisiete sin que le hubieran dado ni un triste beso en la mejilla.

Al final, echando sus cautelas por la borda, le contó su problema a un joven profesor que la tenía de canguro, un viudo del departamento de lengua de la universidad del estado de Ohio que tenía un hijo de dos años. Como estaba secretamente enamorada de él desde el día en que le habían cambiado juntos los primeros pañales al bebé, no le resultó muy difícil asimilar que hubiera pasado de no

saber ni lo que era un beso a no ser virgen de la noche a la mañana. De hecho, no se arrepentía lo más mínimo. Era el tipo de cosa que podría haberse calificado como abuso sexual, pero ella ni lo había vivido ni lo recordaba así. Para ella había sido un milagro. Por otro lado, entraba en cierta clase de experiencias que no se suelen airear.

Él la había tratado con dulzura, y ahora que podía comparar, Finn se daba cuenta de que era un amante extraordinario. También había tenido la inteligencia de limitar la relación a algunos meses, poco tiempo para que ella se sintiera obligada a ir más allá de una inerte amistad, pero el suficiente para proporcionarle la experiencia y confianza que necesitaba urgentemente, además de enseñarle algunas cosas sobre los adolescentes del sexo masculino.

Otra cosa que esa relación le había dado eran sólidos conocimientos en materia de condones, incluido su empleo, y las posibles excusas con que podían venirle los chicos para prescindir de ellos. Desde entonces, Finn las había oído todas y también algunas más. Tenía unos cuantos en la mesita de noche, por si acaso, y nunca salía sin guardarse uno en un bolsillo secreto de su billetero. En sus planes de futuro no entraban ni el sida ni un embarazo, y le parecía que en los de Peter tampoco. De los cinco hombres con quienes se había acostado después de hacerlo con el profesor, sólo dos habían justificado las complicaciones y los altibajos emocionales, mientras que los otros se habían mostrado pegajosos, dependientes o celosamente posesivos; en un caso, las tres cosas a la vez.

Ya hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que el sexo y el amor se confundían demasiado a menudo, y mucho se temía que esta vez fuera ella, con Peter, quien los confundía. Él aspiraba a sexo con amor, y ella, en el fondo, a ninguna de las dos. En esa etapa de su vida, en el caso de plantearse una relación, sería con un hombre que pudiera ofrecerle al mismo tiempo una estrecha amistad, una relación basada en la reciprocidad; sin embargo, Peter pedía y pedía, pero no daba nada a cambio.

Tendió el brazo hacia el teléfono de la mesita de noche y se quedó con el auricular en la mano, haciendo garabatos en una libretita. Siempre podía cancelar la cita con la excusa de un bajón. Claro que entonces seguro que Peter iría a verla con un caldo de pollo o algo así... Hizo una mueca al ver que había esbozado muy someramente en la libreta el dibujo de Miguel Ángel. Parecía mentira que la perjudicara haber encontrado la obra de un gran artista. Aún no entendía que Crawley se hubiera enfadado tanto. Empezó a dibujar todas las venas, órganos y ligamentos que recordaba, pero dejó el dibujo a medias y colgó el teléfono sin marcar ningún número. Lo menos que podía hacer era decírselo a Peter en persona. Suspiró y se levantó para empezar a vestirse. Mucho se temía que no iba a ser la gran noche de Peter. ¿Qué ropa hay que ponerse para decirle a un chico que no es su día de suerte?

Capítulo 5

Volvieron al apartamento de Finn por la avenida A, caminando despacio, atentos a la música que subía de los clubes pequeños de los sótanos y a los aromas de una docena de cocinas de todo el planeta. Finn no tenía ninguna prisa por llegar a casa, pero se daba cuenta de que el cuerpo de Peter irradiaba tensión desde que habían salido de Max's.

Él le rodeaba la cintura, y tenía una mano embutida en el bolsillo de sus Levi's. Cada tres pasos, sus caderas chocaban. En el instituto, Finn habría dado cualquier cosa para ir por la calle así con un chico, pero ahora parecía... pues eso, de instituto. Como de chico que va a buscar la placa de una calle donde sale tu nombre y la roba para ti. Suspiró. Quizá fuera ésa la cuestión: que el bueno de Peter era demasiado de instituto.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué?

—Has suspirado.

—A veces se suspira, Peter.

—¿Tienes la regla o algo?

Lo preguntó nervioso, como si la menstruación fuera una enfermedad.

—¿O algo así? ¿Como qué? ¿La gonorrea? ¿Hongos? ¿Verrugas vaginales? ¿Herpes?

Peter se ruborizó, herido por la dureza del tono de Finn.

—No, no, no me refería a nada de eso. Es que has estado toda la noche muy apagada y pensaba que...

—¿Que te estropearía la noche? ¿Que sería un poco demasiado sucio para tu gusto? ¿Demasiada sangre en las sábanas?

—No —contestó Peter con un dejo de frialdad—. Tampoco quería decir eso. —Sacó la mano del bolsillo de Finn y se apartó un poco, con una sonrisa forzada—. Donde vivo yo, las chicas no hablan así.

—Mentira, Peter. Lo que pasa es que no las has oído.

Finn volvió a suspirar. Le estaba tratando fatal, y Peter no se lo merecía. Se estaba portando como una bruja, lo cual no era en absoluto. Una cosa era cortar suavemente con alguien y otra dejar a ese alguien por los suelos.

Se explicó:

—Mira, es que acaban de echarme del trabajo sin ninguna razón. Estaba segura de haber hecho algo bien y ha resultado que lo he hecho mal. Entonces he discutido con mi jefe y he acabado haciendo la gilipollas. ¡Y encima Alexander Crawley es el tipo más insufrible y más creído que te puedas echar a la cara!

—¡Vaya! ¡Y yo que creía que estabas así por mi culpa! —dijo Peter.

Al ver su sonrisa juvenil. Finn sintió flaquear su determinación. Ya estaban en la

puerta de su casa. Sacó las llaves.

Segundos después, sin saber muy bien cómo, le estaba dando un beso a Peter. Con el día que había tenido en el museo sintió que se ablandaba todavía más. Los labios de Peter eran dulces, calientes. Su lengua se le deslizaba entre los dientes, insistente, tibia. Finn sintió cómo se derretía una parte de su cuerpo situada por debajo de su ombligo.

De repente reconoció el gusto de un caramelo de canela, y comprendió que Peter había conseguido meterse uno en la boca hacía un rato, cuando ya planeaba su ataque. Sintiendo su mano en un pecho, la apartó con suavidad e interrumpió el beso.

—Esta noche no, Peter. En serio. Estoy demasiado cansada.

—Al menos deja que te acompañe hasta la puerta de tu piso...

Peter volvió a sonreír. Parecían inseparables, la sonrisa y el caramelo de canela.

—No hace falta.

—Bueno, pero quiero hacerlo. —Se encogió de hombros—. A saber con qué puedes encontrarte en el ascensor.

—Con el monstruo del ascensor —dijo Finn—. Que eres tú.

—Pues entonces te protegeré de mí mismo.

Finn se rió e hizo girar la llave. Entraron.

Mientras subían en ascensor, Peter le dio otro beso. Al final del largo y accidentado recorrido hasta el último piso, Finn se vio venir que a pesar de todo acabaría equivocándose y le invitaría a entrar.

También comprendió que ella necesitaba sentirse bien y no pensar en lo que le había deparado el día; sabía que Peter trataría de convertirlo en mucho más, pero en ese momento le dio igual. Le apetecía su sabor, su olor, el tacto de su cuerpo. Quizá fuera hora de permitirse ser ella la egoísta. A fin de cuentas, no tenía ninguna obligación de proteger a Peter de las realidades de la vida. ¡Que no era su madre, caramba! Las implicaciones freudianas de la idea la hicieron reír. Giró la llave dentro de la cerradura.

—¿De qué te ríes? —preguntó él.

—No, de nada, de una tontería que he pensado. Oye, que si quieres pasa.

Penetró en la oscuridad del piso seguida por Peter.

—Podrías decirlo con un poco de entusiasmo, ¿no?

Justo entonces, como por arte de magia, apareció un hombre, una sombra negra y silenciosa. Una luz cruzó fugazmente la cara de Finn, que levantó un brazo para taparse los ojos, mientras se le aceleraba el pulso y sentía que se le hacía un nudo en la garganta.

—Pero ¿qué pasa? —Fueron las únicas palabras que tuvo tiempo de decir Peter.

Se oyó un susurro justo enfrente de ellos. Al segundo siguiente de haber reconocido un olor de *aftershave* barato, Finn recibió un golpe bastante fuerte en un lado de la cabeza y cayó de rodillas. ¿La linterna? Era posible, porque se había quedado todo a oscuras.

Oyó que Peter corría a ayudarla, y en las últimas décimas de segundo antes de ser engullida por la oscuridad llegó a sus oídos, como de muy lejos, un grito estremecedor, cortado en seco por una especie de suspiro ahogado que la hizo preguntarse quién hacía un ruido tan horrendo.

Capítulo 6

Aparentaba unos sesenta y cinco años. Era más bien bajito, sobre el metro setenta y cinco, y estaba bastante en forma. Su pelo gris muy crespo, más ralo hacia la coronilla, formaba un triángulo con las entradas, que hacía que su frente pareciera más grande de lo normal. Tras las gafas redondas con montura metálica, sus ojos eran de un marrón casi negro. Llevaba un terno azul marino de raya diplomática muy bien cortado, probablemente de una marca conocida, como Brooks Brothers, una camisa blanca bien planchada, sencilla y sin marca, y una corbata de Turnbull & Asser con rayas finas de color azul oscuro. Los zapatos eran unos Bally de lo más clasicón. El reloj que llevaba en la pulsera derecha era un Bulgari de oro un poco chillón, pero que hacía juego con el anillo de Yale del índice izquierdo. No llevaba alianza, y olía un poco a Lagerfeld.

Alguien había cogido una gumía o daga marroquí, curva y de unos veinticinco centímetros, y se la había metido en la boca, seccionando el paladar y penetrando en el cerebro. La parte visible de la hoja sobresalía entre los labios como una especie de lengua repulsiva, negra y plateada, mientras la larga guarnición de metal labrado mantenía la cabeza un poco por encima del cartapacio verde de cuero y fieltro que cubría el antiguo escritorio. Había muy poca sangre. Para fijarse en detalles como éstos era para lo que cobraba el teniente Vincent Delaney, de la brigada especial.

Según el letrero de la puerta del despacho, el muerto de la daga en la boca era Alexander Crawley, director del museo Parker-Hale, situado en la esquina de la calle Sesenta y cinco y la Quinta Avenida, justo delante del zoo de Central Park. Delaney echó un vistazo por las ventanas altas que había al otro lado del despacho. Las anticuadas cortinas de terciopelo verde estaban abiertas, sujetas con cintas del mismo material y color. Quizá un babuino del zoo hubiera presenciado los hechos, pero Delaney lo dudó. A él nunca le caían esas brevas. De hecho, nunca había estado en el zoo de Central Park, o sea que ni siquiera podía asegurar que hubiera babuinos.

Compartía la sala con otras cuatro personas: Singh, del departamento forense, Don Putkin, el especialista en pruebas, Yance, el fotógrafo, y el sargento William Boyd, su colega, gordo y mal vestido. Billy estaba mirando la boca abierta del muerto, mientras Singh hacía girar un poco el cuello para comprobar si había *rigor mortis*. Resultó que no. Abajo, en la fiesta del vestíbulo, novecientos sospechosos de tiros largos bebían martinis y se extrañaban de que tardaran tanto los entrantes. Todos peces gordos, empezando por el gobernador y el alcalde. Delaney suspiró. Menudo hueso le había tocado.

—¿Qué, Singh, qué dices?

El del departamento forense levantó la vista y se encogió de hombros.

—Llevará muerto una hora, hora y pico. Aún no hay *rigor mortis*. Le han estrangulado, probablemente con un trozo de nailon. De momento he recogido

algunas fibras, pero pocas. Para resumir: se le ha acercado alguien por detrás y le ha retorcido el cuello.

—¿La daga te dice algo?

—Sí, que no es paquistaní ni india. Demasiado larga. Probablemente bereber. Por la pinta de los adornos, tiene que ser árabe.

—Has dicho que le han estrangulado —dijo Billy sin apartar la vista de la daga—. ¿No le han clavado el cuchillo?

—Puede que haya sido algún ritual, porque la introducción de la daga se ha hecho cuando la víctima ya estaba muerta.

—Algún chalado —dijo Delaney.

—Eso ya no lo tengo que decidir yo. —Singh volvió a encogerse de hombros—. Igual es que no le gustaba el arte.

Delaney vio la luz intermitente de su teléfono móvil, que se puso a tocar la música de Los Simpson. Lo había programado en broma su hija adolescente. Ahora, cada vez que sonaba, Delaney veía a Bart yendo por Springfield en monopatín. Lo abrió, escuchó un rato, soltó un par de gruñidos y lo cerró de golpe.

Miró a Billy.

—Ve a enterarte de si aquí hace prácticas una tal Ryan, ¿vale? Finn Ryan.

Capítulo 7

Estaba solo en la sala, uniformado de pies a cabeza. En realidad era una simple celda con paredes de cemento blanco, una silla de madera pintada de gris y un orificio de ventilación en la pared del fondo, que siempre estaba tapado, hasta en pleno verano. Los únicos muebles de la habitación eran un catre militar en un rincón, con su correspondiente manta, y una silla delante de una mesa larga, para cuando trabajaba. En una esquina de la mesa había una combinación de lámpara de delineante y lupa que se sujetaba con una pinza. Era la única luz de la habitación, la única necesaria. Él no leía, comía ni hacía nada dentro de ella salvo dormir y trabajar sentado. A veces se pasaba mucho rato pensando, pero eso siempre se podía hacer a oscuras. Lo único que se oía en la habitación eran truenos lejanos, y un rumor de pequeños animales, de cosas raras que podían ser simples frutos de su sobrecargado cerebro.

Se levantó para ir hacia la puerta de acero macizo de la habitación. Primero comprobó que estuvieran echados todos los cierres. Luego se desvistió despacio, colgando cada prenda del uniforme en el gancho de latón de la puerta. Las botas las dejó bien alineadas al pie del catre. Cuando estuvo desnudo, volvió a la silla y se sentó. Vio que la tenía dura, pero no le hizo caso. Hacía muchos años que no tenía a nadie con quien compartir su pasión, conque más valía ignorarla.

Tendió el brazo hacia la caja de la mesa para sacar un nuevo par de guantes médicos, con los que palpó la tapa de piel gruesa y labrada del libro que ocupaba el centro geométrico de la mesa, un libro enorme, pesado.

El motivo de la tapa era sencillo y explícito, uno de sus primeros intentos: una cruz en profundo bajorrelieve, con líneas que irradiaban de ella como los rayos de una estrella. La Virgen pendía al revés de la cruz, con las manos clavadas en el poste y las piernas abiertas en el travesaño, manifestando todo su dolor por la crucifixión, pero también por dar a luz a quien estaba destinado a ser su único hijo —el cual nacía hacia arriba, no hacia el suelo, sino hacia donde le correspondía estar, al lado de su Padre—, El hijo de Dios, cuyo poder la mataba, a ella, que moría voluntariamente en la cruz para tenerlo, y que jamás sabría la magnitud de lo que había engendrado. Su esplendor, su ira, su empeño en procurarle al mundo una venganza justa, verdadera. Tras rezar una breve oración a la Madre, el hombre desnudo abrió el libro por la última página en la que había estado trabajando y empezó un nuevo versículo.

Como era el primero de la columna, tenía que iluminarlo, al igual que en cualquier Biblia. Abrió el botecito de cola y usó el pincel más fino que tenía para trazar una línea muy delgada de líquido pegajoso por el contorno de la letra marcado a lápiz. Luego sopló cuidadosamente, cogió un taco de pan de oro y desprendió una sola lámina con un algodón para aplicarla a la línea de cola.

Tras esperar pacientemente a que la lámina, fina como un papel de seda, se fijara

a la cola, usó un pincel de marta, más ancho y más flexible, para quitar el oro sobrante. Ya había elegido el color que usaría para el interior de la letra: rojo cobre, como el pelo de la chica, como el olor a sangre fresca un día caluroso de verano, tal como debió de haber sucedido mucho tiempo atrás.

Capítulo 8

Encorvada en un extremo del sofá, Finn esperó a que la auxiliar técnica sanitaria le limpiara la sien con alcohol. Era una mujer negra, gorda y muy amable.

—Debe de haber usado una cachiporra o algo así porque la piel casi no está desgarrada. Te saldrá un chichón, pero poco más. Nada, chica, que has tenido suerte.

Finn asintió despacio, rehuyendo la visión de la enorme mancha que ensuciaba el lado de la alfombra más próximo a la puerta. No se consideraba afortunada, todo lo contrario, pero al menos estaba viva. No como Peter. Tragó saliva al volver a sentir el calor de las lágrimas en los ojos. Lo que había oído antes de caerse por el oscuro pozo de la inconsciencia había sido a Peter antes de morir. Le habían cortado el cuello de un solo tajo, y ella oyó algo parecido al murmullo del ala de un ave nocturna antes del horrible estertor final.

El apartamento estaba lleno de gente: dos sanitarios a punto de irse, tres o más policías de uniforme y dos detectives. También había un técnico especialista en pruebas que estaba espolvoreándolo todo para encontrar huellas dactilares. Mientras, en voz baja, la auxiliar volvió a decirle algo a Finn.

—¿Seguro que no quieres venir al hospital para que te echen un vistazo los médicos? Podrías tener una conmoción. Yo diría que no, pero nunca se sabe... —Frunció el entrecejo—. Aparte de lo otro, que igual quieres que te lo comprueben...

—Si me hubieran violado lo sabría —dijo Finn—, Y no.

—Bueno, chica, tú misma —contestó la mujer cerrando el maletín de plástico donde llevaba el instrumental—. Nosotros nos vamos. Lamento todo lo que ha pasado. Te acompaño en el sentimiento.

—Gracias.

Los técnicos sanitarios desfilaron uno a uno por la puerta, esquivando la mancha de sangre. Uno de los detectives salió del dormitorio de Finn, que se preguntó para qué había entrado. Al enterarse de cómo se llamaba (detective Tracker^[1]) le había dado un ataque de risa: pura histeria, en realidad. Tracker le miraba todo el rato las tetas, y tenía mal allento. Era un hombre alto, ancho de hombros y con el pelo graso.

—¿Hacía mucho que erais amigos tú y Peter?

—Un par de meses.

—¿Os acostabais?

—No creo que le importe.

—Pues sí que me importa. Si te acostabas con él, puede que un tipo celoso forzara la puerta y os esperara dentro. Si no erais amantes, entonces hay que considerar otras hipótesis. ¿Me explico?

—No, no nos acostábamos.

—O sea que no conocías al que le ha matado.

—No.

—¿Cómo estás tan segura si has dicho que estaba todo oscuro?

—No conozco a nadie que se dedique a matar.

—¿Se ha llevado algo?

—No lo he mirado, la verdad.

—Entonces podría ser un robo.

—Supongo.

—Aunque no es que haya mucho que robar...

—No.

—Estudiante, ¿verdad?

—Sí, en la Universidad de Nueva York.

—¿Peter también?

—Sí.

—¿De qué os conocías? ¿De ir a la misma clase? ¿Teníais amigos comunes?

—Está..., estaba en el programa de bellas artes.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que asistía a clases de dibujo del natural, y yo poso de modelo.

—Mmm... ¿En pelotas?

La mirada de Tracker volvió a posarse en los pechos de Finn, que por primera vez en varios años se molestó.

—Desnuda.

—Es lo mismo... No llevas ropa.

—Le aseguro que no es lo mismo, detective Tracker.

—¿Tú crees que puede haber sido alguien de la clase?

—No.

—Nueva York está llena de pirados.

Finn tenía la cabeza a punto de explotar. Sólo le apetecía una cosa: dormir acurrucada en el sofá.

—Que no, que no ha sido nadie de la clase, ¿vale?

—No te pongas así, que aquí el malo no soy yo, ¿de acuerdo?

—Pues lo parece.

Uno de los policías de uniforme sonrió. Tracker frunció el entrecejo. Llamaron a la puerta y la abrieron. Era un hombre alto y muy delgado, con el pelo negro y demasiado largo, y una cara tensa y angulosa, con ojos hundidos del mismo color que el pelo. Sus mejillas y su barbilla tenían la típica sombra de barba de por la tarde. Parecía irlandés. Arrugó el ceño al ver el charco de sangre que se estaba coagulando en la alfombra.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó Tracker—. ¡Que han matado a alguien! ¡Aquí molesta!

El hombre delgado metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una carterita gastada de piel. En el momento de sacarla, Finn vio que tenía un arnés para

pistola. Tracker también lo vio. El recién llegado abrió la carterita y se la puso a Tracker en las narices.

—Delaney. Teniente Vincent Delaney, de la brigada especial —sonrió—. ¿Y usted?

—Tracker, de la comisaria del distrito veintitrés.

—Muy bien, muy bien. ¿Ésta es la señorita Ryan?

—Sí, teniente.

—Pues me gustaría hablar con ella si no le importa.

—Estoy en medio de una investigación.

—No, ya no —dijo Delaney.

Capítulo 9

Amanecía en el Vaticano. Tras sus altas murallas, la ciudad secreta permanecía en la oscuridad, en tanto que a lo largo de sus caminos sinuosos, y alrededor de sus antiguos edificios, los árboles intercambiaban susurros en la leve brisa matinal.

Había algunas luces encendidas. El hombre de la larga sotana negra oyó rezos lejanos al salir del palacio papal, de las oficinas del Departamento de Estado, y alejarse por la estrecha senda de gravilla que pasaba junto al palacio de Belvedere y la antigua central eléctrica de ladrillo.

Apretó el paso, bien cogido el mensaje descodificado de Nueva York, mientras hacía crujir la grava con sus zapatos negros de cordones sin adornos. En otros tiempos, al principio de su carrera, el Vaticano aún le impresionaba. Lo veía como la sede activa de la voluntad de Dios en la Tierra.

El paso de los años le había hecho perder pelo y agudeza visual, pero no le impedía ver el Vaticano con unos ojos mucho más claros que entonces, cuando se consideraba un sacerdote privilegiado, llamado a la Santa Sede a causa de su piedad y amor a Cristo. Ahora sabía que el motivo del traslado no era ése, no, sino su habilidad con la criptografía y su don de lenguas. Si en vez de estudiar en Notre Dame lo hubiera hecho en Harvard, a esas alturas probablemente estuviera en la CIA.

En fin, pensó, estaba visto que hasta Dios necesitaba espías.

Siguió por el camino hasta encontrar una pequeña entrada, por la que subió a la biblioteca. No era la verdadera biblioteca vaticana, sino un escaparate turístico cuyas decenas de arcos decorados con frescos y de vitrinas llenas de manuscritos tenían más pintoresquismo que importancia real. Se dirigió a otra escalera que le llevó al siguiente piso.

Al final de un pasillo muy largo había una puerta de madera maciza que incluso a esas horas tan intempestivas estaba custodiada por un guardia suizo, con sus bombachos, su casco y su alabarda. El sacerdote sabía perfectamente que bajo la pesada chaqueta del guardia había, a un lado, una metralleta Beretta S12 y, al otro, una pistola automática Beretta M9. La sofisticación de los artículos férreos con que se vigilaban los secretos del Príncipe de la Paz no era de despreciar.

El sacerdote sacó del bolsillo de su sotana el documento de identidad plastificado y lo levantó hacia los ojos del guardia, que se cuadró. Un breve saludo con la cabeza y el sacerdote abrió la puerta donde ponía «archivo segreto», el archivo secreto del Vaticano.

La persona a quien iba a ver estaba en la primera sala del archivo —que tenía unas veinte—, esperando con paciencia al otro lado de una simple mesa de madera, con una silla al lado, rodeado de profundas estanterías llenas hasta el último resquicio de documentación. Una ventanita daba al patio de la Piña. El hombre de la silla era el cardenal Carlos Abruzzi, el secretario de Estado, segundo cargo en importancia del

Vaticano tras el Papa. De hecho, como muy bien sabía el sacerdote, Abruzzi tenía mucho más poder que el frágil anciano que ocupaba la cátedra de San Pedro. Tarde o temprano, todos los hilos del poder llegaban a manos de Abruzzi, que los manejaba como un buen arpista. El sacerdote sabía lo que pocos católicos, y hasta pocos clérigos conocían: que el Vaticano, más que un centro religioso, era un centro de negocios y administración. En realidad se trataba de la segunda empresa del mundo en dimensiones, y su población internacional, la que debía gobernar —al menos en sentido espiritual—, ascendía a casi dos mil millones de personas.

—¿Qué, Frank, qué nos traes? —preguntó Abruzzi utilizando el hipocorístico del sacerdote, que le entregó un telegrama descodificado.

—¡Vaya! ¡Crawley asesinado! —murmuró el cardenal—. ¡Qué mala suerte! —No había compasión ni pena en su tono—, ¿Una daga marroquí?

—Eso me temo.

—Entonces ya sabemos quién es el asesino.

—Sí.

—Bueno, al menos da señales de vida después de tantos años.

—Sí, de una manera bastante teatral.

—Habrá que localizarle y ocuparse de él antes de que la policía encuentre su pista.

—Sí.

—¿Y que uno de los dibujos de Miguel Ángel ha sido fotografiado por una becaria?

—Sí.

—¿Cómo lo sabemos?

—La grabó una cámara de seguridad del museo.

—¿Se ha hecho algún intento de recuperar las fotos?

—Sí, pero sin suerte.

—A ella también habrá que pararle los pies. —El cardenal siguió mirando el mensaje pensativo—. Podría ser una oportunidad inmejorable, sobre todo ahora, con Crawley muerto. —Se quedó callado—. ¿Existe alguna relación entre su muerte y la chica?

—Lo dudo.

—Pero podría conseguirse que lo pareciera.

—Supongo...

—¿A quién necesitarás?

—A Sorvino.

—¿Está disponible?

—Sí. Espera su orden, eminencia.

—La tuya, Francis. Yo en esto no puedo participar. Entiéndelo.

—Por supuesto, eminencia.

Él sería así el único perjudicado si algo salía mal.

—Sería fantástico que esto se pudiera dejar zanjado de una vez por todas. Nos jugamos mucho, empezando por la propia integridad de la Iglesia.

—Y la santidad de uno de sus papas —dijo el sacerdote.

—Si lo consigues, es posible que te beatifiquen hasta a ti. —El cardenal sonrió—. No nos iría mal otro san Francisco.

El sacerdote también sonrió, pero sin alegría.

—Los santos nunca van al infierno —dijo—, y mucho me temo que después de esto será donde yo acabe indefectiblemente.

—No te lo discuto —contestó el cardenal—, pero quizá pueda arreglar que te concedan una mitra episcopal durante el resto de tu estancia en este infierno terrenal. ¿Te gustaría, Francis?

—Yo no busco recompensas, eminencia. Me limito a cumplir con mi trabajo. Es mi forma de servir.

—Mira, Francis, limpiar las heces morales de un descerebrado no es trabajo ni de hombres ni de sacerdotes.

—Los sacerdotes, eminencia, al fin y al cabo son hombres. De hecho, es lo primero y último que son. Y el Papa es un simple sacerdote.

—¿Qué pretendes, darme clases de ética religiosa?

El cardenal sonrió afablemente.

—Se trata de simple doctrina.

—Sí, ya la aprendimos todos hace tiempo en el seminario, pero a un hombre, por hacer lo que hizo este vicario de Cristo, se le consideraría un desalmado. En otros tiempos habría acabado en la hoguera, mientras que ahora va a ser santo.

—Aunque parezca un tópico, eminencia, los caminos del Señor son misteriosos. Nunca se sabe cómo obrará sus prodigios.

—Dudo que esto tenga algo que ver con Dios o sus prodigios, Francis —dijo el cardenal—. Lo dudo mucho.

Capítulo 10

Delaney y Finn estaban solos en el piso, sentados en el sofá. Cuando intervino el teniente, lo hizo con dulzura y suavidad; también con una cantinela casi imperceptible que a Finn le pareció imposible que fuera auténtica, porque se notaba que Delaney era de Nueva York, concretamente de Hell's Kitchen. Por otro lado, Finn se consideraba bastante lista, y, como buena americana del Medio Oeste, desconfiaba de la amabilidad gratuita. Como decía su madre, los mejores caramelos son los que reparten los desconocidos.

—Probablemente sólo fuera un yonqui en busca de algo que vender —dijo el detective—. No digo que no sea grave, ¿eh?, pero el asesinato del doctor Crawley parece demasiada coincidencia. Supongo que te das cuenta. Si le sumas que esta tarde habíais discutido...

—No veo la relación.

—Yo tampoco, Finn. Por eso he venido, para ver si hay alguna.

—Pues no hay ninguna.

—¿Por qué discutisteis?

—No, por nada, por unas diferencias de opinión sobre una obra de arte. Yo había encontrado un dibujo al fondo de un cajón, y estaba segura de que era de Miguel Ángel, pero el doctor Crawley no. Total, que discutimos y acabó despidiéndome.

—No parece muy justificado despedir a alguien por una diferencia de opinión...

—Estoy de acuerdo.

—Entonces ¿por qué lo ha hecho? —dijo Delaney sonriendo con calma—. Ya estamos otra vez: otro misterio. ¿Te das cuenta, Finn?

—Creo que no le gustaba que alguien mucho más joven que él pusiera en tela de juicio su opinión profesional. Tenía un ego como una casa.

—¿Conocía a Peter? —preguntó amablemente Delaney.

—No. Vaya, no creo...

—¿Se te ocurre quién podía tenerle tanta tirria a Crawley como para matarle?

—No le conocía mucho.

—¿Y qué ha pasado con el dibujo de Miguel Ángel?

Finn frunció el entrecejo. Le parecía una pregunta un poco rara. Así lo dijo.

—Supongo que un dibujo de Miguel Ángel tendría mucho valor —contestó él.

—Sí, claro.

Delaney se encogió de hombros.

—Pues ya es una buena razón para matarle.

—La última vez que vi el dibujo fue en sus manos. Yo lo había vuelto a guardar en el acetato...

—¿Por qué lo habías sacado? —preguntó Delaney a bocajarro.

Finn titubeó. ¿A qué venía tanto interés por el dibujo? A ella no le parecía que

tuviera nada que ver ni con la muerte de Peter ni con la de Crawley. Le había quitado la protección para que saliera más clara la fotografía, pero no quiso decirlo, al menos de momento.

—Porque quería verlo mejor.

En el fondo tampoco era mentira.

—¿Y cuando lo cogió Crawley seguía estando protegido con el acetato?

—Sí.

—¿Y ésa fue la última vez que viste el dibujo?

—Sí.

—¿Él lo volvió a guardar en el cajón?

—Puede que después de marcharme...

—Pero tú no le viste hacerlo.

—No.

Delaney se apoyó en el respaldo del sofá para mirar a Finn. Una chica irlandesa muy guapa, con un rostro de inocencia infantil. No tenía ni idea de si decía la verdad. Al día siguiente, cuando hubiera visto las grabaciones de seguridad y hubiera hablado con algunas personas, quizá pudiera pronunciarse.

—Tú eres lista, ¿verdad, Finn?

—Me gusta pensar que sí.

—¿Quién crees que ha matado a tu novio? ¿Y qué razones podía tener para hacer algo tan drástico?

—No lo sé.

—Tú, en mi caso, ¿qué pensarías?

—Lo que está pensando, evidentemente: que las dos muertes están relacionadas de alguna manera.

—No, Finn, muertes no, asesinatos. La diferencia es enorme.

—¿Tiene que haber una razón? —preguntó ella—. ¿No podría ser coincidencia?

El tono casi fue de súplica. Finn estaba agotada, al borde del sufrimiento físico. Sin saber por qué, tenía la sensación de ser la asesina, no la víctima.

Delaney la miró largamente, pensativo. Luego dijo:

—¿Tú qué crees que habría pasado si hubierais vuelto media hora más tarde? Porque la gran pregunta es ésa, ¿no? ¿O qué habría pasado si os hubierais ido a casa de Peter, en vez de venir a la tuya?

—¿Por qué me hace tantas preguntas hipotéticas? ¡Qué tontería! Peter está muerto. El porqué no lo sabemos ninguno de los dos, pero le corresponde a usted averiguarlo. —Finn sacudió la cabeza—. Por lo único que me pregunta es por el dibujo. ¿Por qué le interesa tanto, a ver? ¡Vale, me equivoqué! ¡No era de Miguel Angel!

—El doctor Crawley tenía una daga metida por la boca. Creemos que es marroquí. Se llama gumía. ¿Te suena?

—No.

—Es posible que a Peter le hayan matado con el mismo tipo de cuchillo. ¿Seguro que no has visto ninguno en el museo?

—¡No!

—Te veo un poco cansada, Finn.

—¿Por qué será?

Delaney echó un vistazo a su viejo Hamilton de pulsera. Era la una pasada.

—¿Tienes con quien pasar la noche?

—Sí, conmigo.

—Pero ¿cómo te vas a quedar aquí sola?

—¡Pero bueno, por Dios, que no soy una niña! Sé cuidarme, ¿vale?

A Finn le estaba costando un gran esfuerzo no llorar. De lo único que tenía ganas era de acurrucarse en la cama y dormir.

Delaney se levantó.

—Bueno, pues nada —dijo sin alterarse—, me voy.

—Sí, será mejor.

Avanzó unos pasos hacia la puerta, esquivando la mancha de sangre, y se dio la vuelta.

—Tú estás segura de que era de Miguel Ángel, ¿verdad?

—Sí —dijo ella sin rodeos—. Era de Miguel Ángel. Me da igual lo que haya dicho Crawley, y por qué lo ha dicho.

—Es posible que le hayan matado por decirlo —contestó Delaney—, ¿Se te había ocurrido? Y que el hecho de que tú lo sepas sea la causa de que hayan matado a tu novio en vez de a ti.

—Sólo lo dice para asustarme.

—¿Qué ganaría haciendo tal cosa?

Delaney se volvió hacia la puerta y salió. Poco después Finn oyó llegar el ascensor. Después lo oyó bajar. Se había quedado sola. Miró fijamente la mancha oscura y apartó la vista. ¿Qué sentido tenía que Delaney quisiera asustarla? ¿Por qué le interesaba tanto un dibujo que al final quizá no fuera ni de Miguel Ángel?

Se levantó exhausta para darle dos vueltas a la cerradura. Luego puso la cadena y se fue al dormitorio, dando un rodeo para no pisar la mancha de la alfombra y dejando encendida la luz del salón. A oscuras seguro que no podría dormir, al menos esa noche.

Se desnudó, encontró una camiseta larga donde ponía «Ohio, de donde es la vaca Elsie^[2]», y que tenía el dibujo de una vaca con collar de margaritas y se metió en la cama. Al apagar la lámpara de la mesita de noche, sólo quedó la luz que entraba por la puerta e iluminaba los pies de la cama. El rumor de la ciudad la envolvía como un vórtice descomunal e inagotable de energía. El edificio se llenó de crujidos, de extraños ecos provocados por el ascensor. En el polígono, alguien gritó. Oyó abrir una ventana en el piso de abajo. Quizá fuera una tontería haberse quedado a dormir.

Se acordó de cuando se había muerto su padre. Después de que su madre le diera

la noticia de que a su padre le había dado un infarto fulminante mientras hacía excavaciones en algún remoto lugar de Centroamérica, ella, con sus catorce años, se había acostado de la misma manera, mirando el techo, escuchando los ruidos nocturnos y extrañándose de que todo siguiera igual, de que no se notara en nada que su padre estaba muerto y nunca volvería; que lo habían borrado de todos los planes, exiliado del universo. Peter también estaba muerto. No volvería a oír su voz, ni sentiría sus labios en los suyos. Ni siquiera tendría la oportunidad de decidir si se acostaba con él.

Apretó los párpados y extremó al máximo su percepción, en un esfuerzo por sentir algún rastro de Peter en el piso, pero lo único que consiguió fueron nuevas lágrimas. Era inútil, como cuando se había muerto su padre. Ya la visitaría de otro modo, en visiones obsesivas.

Finn era consciente de que vería a Peter durante varias semanas, igual que le ocurrió con su padre, a la vuelta de una esquina, entre el gentío de la calle, en la ventanilla de un autobús, en el susurro de una voz inexistente... Hasta que el tiempo, lentamente, lo borrara todo, como un susurro de hojas secas movidas por el viento. Y al final no quedaría nada. Recuerdos y huesos. En el caso de su padre, huesos perdidos en un cenote de la selva, en la fría oscuridad hecha de piedra de algún negro pozo sin fondo.

Ya llevaba un buen rato acostada cuando se incorporó para sentarse en la cama. Sabía que su madre estaba en Yucatán, excavando las tumbas reales de Copán, pero también sabía que la muy loca escuchaba los mensajes, aunque fuera muy de vez en cuando, y Finn necesitaba como nunca hablar con alguien, incluso a través de un buzón de voz.

Encendió la lámpara de la mesita de noche, cogió el teléfono y empezó a marcar de memoria el número de Columbus. Esperó a que saltara el mensaje grabado por la gangosa voz de fumadora de su madre, pero al empezar a oírla notó que casi se le paraba el corazón. Un chorro de bilis quemó su garganta como ácido. Se incorporó para colgar el teléfono con suavidad. No quería asustar a su madre dejándole un mensaje con voz de pánico, que era como sabía que sonaría.

El esbozo que había hecho del dibujo de Miguel Ángel ya no estaba en el bloc de al lado del teléfono. Cogió a tientas la libreta y palpó la hoja en blanco. Debían de haber arrancado varias páginas, porque no había marcas. Era como si no hubiera existido.

Como si nunca hubiera existido, igual que su padre, y que Peter; igual que ella misma, si al asesino no le hubiera entrado pánico. Cambió de postura y apoyó los pies descalzos en el suelo de madera fría. Crawley muerto, Peter muerto, el dibujo que había hecho desaparecido... Alguien intentaba borrar cualquier rastro de la página del cuaderno de notas, pero ¿por qué? ¿Porque era falsa y el Parker-Hale pretendía endilgársela a algún conservador incauto de algún otro museo? Teniendo en cuenta que era un único dibujo, y mal catalogado, no parecía muy probable. Por otro lado, un

museo de tanto prestigio como el Parker-Hale nunca se arriesgaría tanto por un solo dibujo, aunque pudiera ser de Miguel Ángel...

Tuvo la nítida impresión de haber oído pasos en la escalera de incendios, al lado de la ventana de la cocina. Sabía que la ventana estaba bien cerrada, pero también que se podía romper el cristal de un solo golpe envolviéndose la mano con una camiseta. Miró asustada alrededor de ella, y al ver su bate y su guante de *softball* en el rincón más próximo a la puerta corrió a cogerlos y salió al salón como una fiera. Luego entró en la cocina, se acercó al fregadero y estampó el bate con todas sus fuerzas en la superficie oscura y reflectante del cristal, que se partió en mil trozos bajo el golpe. Sin embargo, en la salida de incendios no se oyó nada aparte de la lluvia de cristales, que acabaron cinco pisos más abajo, en el contenedor del callejón.

No perdió el tiempo pensando en lo que había hecho. ¿Quién le decía que no había habido alguien allí? Si era verdad lo que decía Delaney sobre el asesino de Peter —posiblemente el mismo que el de Crawley—, tarde o temprano iría a por ella. Volvió al salón con el bate en la mano, y al pasar al lado del sofá recogió la mochila.

La vació de libros en la cama. Lo único que dejó dentro fue su cámara digital y el neceser de maquillaje que se llevaba a todas partes. Luego entró en el lavabo, cogió de todo —champú, tampones, etc.—, lo metió de cualquier manera en la mochila y finalmente cogió cuatro o cinco bragas de algodón, dos sostenes, media docena de camisetas y algunos calcetines.

Se enfundó unos vaqueros Gap que le quedaban muy ajustados, se puso unas zapatillas de deportes y luego se encasquetó la gorra. Al cabo de un minuto ya estaba en el pasillo, dispuesta a bajar por la escalera sin esperar el ascensor. Llegó a la planta baja jadeando un poco. Sacó la bici del fondo del vestíbulo, donde la guardaba bajo llave, y cuando estuvo en la calle miró las manecillas luminosas de su Timex: las dos menos cuarto. No era la mejor hora para salir corriendo, pero no tenía alternativa. Con Peter muerto y Crawley asesinado en su despacho, la sensación de llevar una diana pintada en la espalda cada vez era más fuerte.

Puso la mochila en la cesta de delante, y cuando estuvo montada en el sillín empezó a pedalear por la calle Cuatro. Al llegar a la Primera Avenida bajó de la bici y entró en una cabina. Sacó su pequeña agenda negra del bolsillo trasero, puso una moneda de veinticinco centavos y marcó. Contestaron a la tercera.

—Coolidge.

—¿Eugene? ¿Eres tú?

En realidad se llamaba Yevgeny, pero se había americanizado el nombre.

—Sí. ¿Con quién hablo, por favor?

Parecía un poco inquieto, como si le estuviera llamando la KGB o su madre.

—Soy Finn Ryan, Eugene. Tengo un problema.

—¡Finn! —exclamó el joven.

Era uno de los alumnos extranjeros a los que Finn enseñaba inglés. Aunque insistiera en negarlo, tenía fijación por sus tetas o por su culo, dependiendo del lado

en que estuviera.

—¿Qué problema? Tranquila, que te lo soluciono.

Yevgeny era el gerente nocturno del hotel Coolidge.

—«Soluciono» —le corrigió Finn—, Necesito una habitación para pasar la noche.

—¿Aquí? —dijo Eugene horrorizado.

Finn sonrió. Conocía de vista el hotel Coolidge, un palomar de cuatro plantas perdido a la sombra del acceso al puente de Manhattan, al final de la calle Division, como si intentara distanciarse de los albergues de vagabundos del Bowey. No daba para reconvertirlo en nada más fino, ni parecía que a nadie se le hubiera ocurrido intentarlo.

—Sí, ahí. No te preocupes. Tengo tarjeta de crédito. Puedo pagar.

Finn oyó una risa sardónica por el auricular. Fuera de la cabina, media docena de adolescentes negros perseguían a un viejo que iba en bicicleta. El hombre sacaba listines usados de una bolsa de correos hecha polvo que llevaba en el hombro y se los iba tirando. Nueva York. Tenía que esconderse. Y deprisa.

—Aquí no se acepta tarjeta de crédito, Finn. Solamente dinero en efectivo.

—«No se aceptan tarjetas» —dijo ella corrigiéndole automáticamente.

—Eso, no se aceptan.

—Es que no llevo nada en efectivo...

—Yo sí —dijo Eugene—. Ya me lo devolverás, ¿vale?

—Vale —contestó ella, no muy segura de que le conviniera endeudarse con un ruso de dieciocho años con granos en la barbilla y malas intenciones sobre el cuerpo de su profesora.

—Ven ahora ya —la instó Eugene—. Una chica tan guapa, tan tarde... No va bien. —Volvió a reírse—. Tan tarde, ni tampoco chicas feas.

—Voy para allá. Si no llego en veinte minutos, avisa a la policía.

El auricular emitió una especie de bufido.

—Eugene Zubinov no ha llamado a policía en toda la vida, y no empezará ahora, ni por una guapa como tú, Finn. Venga, espabila y ven deprisa, para no tener que preocuparse Eugene, ¿*capiche*?

Finn sonrió al teléfono.

—*Capiche* —contestó antes de colgar.

Volvió a subirse a la Schwinn Lightweight y se paró un momento para pensar en el camino. La Primera Avenida era de sentido único, justo el que le iba mal, y no estaba dispuesta a circular tan tarde por la acera. Podía acercarse a la Segunda Avenida y meterse en el Financial District, pero eso significaría adentrarse en plena noche en un lugar desierto, donde en caso de necesidad no habría nadie que pudiera ayudarla. Prefirió dar la vuelta a la bici e ir a la avenida A pedaleando con todas sus fuerzas. Tras pasar junto a su casa, se levantó en el sillín para girar a la derecha con un chirrido de ruedas, tratando de ir a la mayor velocidad posible. Al meterse por Houston encontró más tráfico, a pesar de la hora. Se pegó a la acera todo lo que pudo,

vigilando que no se abriera ninguna puerta de los coches aparcados y sin quitarle el ojo a la hilera de taxis que cambiaban de carril inopinadamente a su izquierda.

Cuando llegó a la calle Eldridge y torció a la izquierda, hacia la punta de Manhattan, notó que la seguían. Cada vez que esquivaba algún coche, entreveía otra bicicleta cien metros por detrás. Era una bicicleta aerodinámica, con pinta de cara, que brillaba mucho a la luz de las farolas. Tenía estructura de molibdeno pintada de dorado y negro, manillar curvo y ruedas ultrafinas de competición. Al ciclista tampoco le faltaba ningún accesorio: malla negra de carreras, *short* oscuro de *spandex* especial para ciclistas, zapatillas especiales totalmente negras y un casco negro Kevlar como de dinosaurio, con la parte trasera puntiaguda y una visera opaca inclinada. Era el típico equipo de los mensajeros de empresas caras que llevaban paquetes y sobres todo el día de una punta a otra de la ciudad, esos que pedaleaban como almas que se llevara el diablo, pasando de todo y de todos: autobuses, camiones de la basura, otros mensajeros en bicicleta..., hasta de los peatones.

Se mantenía todo el rato a la misma distancia, sin recortarla, pero sin rezagarse. Al llegar a la calle Grand, Finn empezó a tener miedo. Al principio había pensado que la presencia del ciclista era una simple coincidencia, dos personas que iban en la misma dirección, pero ¿qué mensajero trabajaba a las dos la mañana? También podía ser un policía, pero Finn sabía que iban en *mountain bike* y que llevaban camisetas con cazadoras de nailon muy chillonas que se reconocían enseguida. Acordándose del horripilante estertor de Peter al morir, pedaleó más deprisa, lo que hizo que le rodaran gotas de sudor por los lados del torso y entre los pechos. Tenía que haber alguna manera de despistarle.

La mejor era perderse. Giró a la derecha sin frenar, y de repente se encontró en un peligroso laberinto de camiones de reparto, alrededor de la gran manzana residencial de Confucius Square, llamada «Confusión» por los que solían cruzarla. Derrapó para no chocar con un hombre que arrastraba dos carcasas de cerdo, se lanzó por una callejuela llena de cajas de verdura podrida amontonadas y, cambiando nuevamente de sentido, penetró en una calle aún más estrecha llena de cajas de madera que salieron disparadas a su paso. Al mismo tiempo que oía gritos en chino, una mano le cogió la camiseta y una botella pasó volando por delante de su cara y se rompió con estrépito en el muro de ladrillo que delimitaba por un lado el callejón.

Gimió e hizo una maniobra que estuvo a punto de tumbar la bicicleta. Se había metido por la calle Peli, el centro de la actividad comercial nocturna de Chinatown. Después de un poco de *slalom* entre los coches, volvió a subirse a la acera con su vieja bici, rozó unas cajas de frutas y verduras que estaban expuestas delante de una tiendecita y pasó justo delante de un viejo con gorra negra y zapatillas, arrimando tanto el hombro que tocó la punta encendida del cigarrillo liado a mano que colgaba de los labios flácidos del anciano, lo que hizo que saltaran algunas chispas.

Salió a la calle Doyers y giró a la izquierda muy bruscamente, pero seguía viendo el casco de reptil de su perseguidor con el rabillo del ojo. Lo tenía más cerca, a menos

de cien metros. Ahora la seguía sin disimular. Justo delante de Finn, la calle Doyers se cruzaba con Bowery. El semáforo de la esquina estaba cambiando de naranja a rojo. Con el corazón acelerado, y los pulmones doloridos, empleó sus últimas fuerzas en pedalear lo más deprisa que pudo. Llegó al cruce justo cuando el semáforo se ponía rojo. Cerró los ojos, rezó una pequeña plegaria y se lanzó por el hueco. Con los ojos aún cerrados, oyó el satisfactorio impacto del metal con el metal, y, como no tenía ni tiempo ni ganas de ver el desastre que había provocado, siguió pedaleando por Kimlau Square y por la calle Division. Después se metió por Market y siguió recto hacia el East River, a la sombra del puente, hasta meterse justo debajo de la gigantesca estructura y frenar ante la destartada entrada del hotel Coolidge. Bajó de la bicicleta sin respiración, hizo crujir la doble puerta de madera y se quedó parada por primera vez en varios minutos.

Eugene, flaco, moreno, con un traje negro brillante que no era de su talla y una camisa blanca sin cuello, salió de detrás de la especie de jaula que había al pie de la escalera.

—¿Tienes problemas, Finn?

—Guárdame la bici, y si entra un tío con *shorts* de *spandex* de ciclista y uno de esos cascos de dinosaurio, le dices que no me has visto.

—¿Cascos de dinosaurio?

—Da igual, tú fíjate en el *spandex*. —Finn sacó la mochila de la cesta sin dejar de jadear—. Si me consigues una llave te querré toda la vida, Yevgeny.

Mientras Finn aguantaba la bici, el chico corrió a su jaula, arrancó una llave del tablón medio vacío de la pared y se acercó con la mano tendida, como si fuera un rey mago trayendo una ofrenda. Estaba clarísimo: le estaba mirando la mancha de sudor de entre las tetas.

—Tercer piso al fondo. Muy privado.

—Gracias, Eugene.

Finn se apoyó en la Schwinn Lightweight de ruedas gordas para darle un beso en la mejilla y corrió por la escalera, dejando la bicicleta a cargo de Eugene, que la siguió con la mirada, sonriendo feliz. Poco después el chico suspiró, dio la vuelta a la bicicleta en el minúsculo vestíbulo del hotel y la introdujo por la puerta del despacho de detrás de su jaula.

—Finn —susurró en voz baja, sumido en alguna fantasía adolescente que hacía brillar sus ojos y le ponía cara de soñador—. Finn.

Capítulo 11

La habitación 409 del hotel Coolidge era algo mayor que la celda de una cárcel y estaba un poco mejor decorada, pero sólo un poco. De unos cuatro por cuatro metros, tenía una sola ventana que daba al entramado de tirantes de acero del puente, entre el que se adivinaba, más que verse, una parte minúscula del East River. El suelo era de madera, con una alfombra azul descolorida. Había una cama metálica marrón y una cómoda beis de tres cajones con un espejo roto.

Finn oyó el crujido de otra cama, y los golpes rítmicos de un cabezal en la pared contigua, acompañados por una voz masculina que repetía sin cesar «¡Ay, mamá! ¡Ay, mamá!». La habitación disponía de un cuarto de baño muy pequeño, con varias tonalidades de naranja, un condón usado y una colilla flotando en el váter, así como dos cucarachas inmóviles en el fondo de la bañera. El lavabo era antiguo, de los de porcelana, con dos grifos que goteaban.

Finn dejó la bolsa en la cama y volvió a la puerta para asegurarse de que estuviera bien cerrada. Luego pasó al cuarto de baño y, prescindiendo del váter, se mojó la cara con el agua tibia de los grifos. Al mirar su reflejo en el espejo partido y desportillado que servía como puerta del botiquín, apartó rápidamente la vista.

Después de que a su novio le hubieran degollado y de que a ella la hubieran perseguido de madrugada por media ciudad, no tenía muy buena pinta. Las palabras «tensa» y «agotada» no le hacían ni la más remota justicia. Se podría guardar una fiambarrera en las bolsas que tenía debajo de los ojos; la verdad es que parecía un mapache. Para secarse la cara usó la manga de la camiseta. Mejor que una de las toallas grises del hotel que había en la barra de plástico de al lado del grifo. Luego volvió al dormitorio, encendió los cuarenta vatios de la lámpara del techo y se tumbó en la cama de hierro. Por la ventana, que estaba parcialmente abierta —con una mosquitera en la parte de abajo—, entraba la luz de un cartel fluorescente. En la habitación de al lado, los «¡Ay, mamá!» habían cambiado a «¡Ay, Dios mío!». Como mínimo había que reconocerle aguante. Fuera, encima del hotel, retumbaban camiones por el antiguo puente de hierro. Los coches hacían un ruido más agudo, más de insecto, al pasar con sus neumáticos por la superficie de rejilla de la carretera. «¡Ay, Dios mío!» se convirtió en «¡Que me voy!». Y se fue, se fue, con una serie de gruñidos y gritos incoherentes que fueron lo último que se oyó. Finn ahuecó la almohada bajo su cabeza y miró su reloj. Eran las tres de la mañana.

Según su madre, la antropología y la arqueología eran puras conjeturas e interpretaciones personales apoyadas en un poco de lógica para que pareciera todo más científico. Intentó aplicar el mismo sistema a su situación. Al principio los asesinatos de Peter y de Crawley no parecían relacionados, pero la desaparición del dibujo que había dejado junto al teléfono y la persecución del dinosaurio habían suscitado en ella un cambio de perspectiva. Si la habían seguido, era señal de que

habían estado vigilando el apartamento en espera de verla salir. Lo más probable era que el tío de la bicicleta estuviera dispuesto a esperar toda la noche. Seguirle por la mañana, en pleno tráfico, habría sido más fácil, con más posibilidades de pasar desapercibido. Pero la gran pregunta era la siguiente: ¿por qué la seguía? La única razón que se le ocurría a Finn era el dibujo de Miguel Ángel. Alguien tenía tanto empeño en ocultar su existencia que no se echaba atrás a la hora de matar todas las veces que hicieran falta con tal de mantenerla en secreto.

Frunció el entrecejo y bostezó. La hipótesis, sin ser del todo incongruente, en el fondo no se sostenía. ¿Qué sentido tenía perseguirla si ya había hablado con el policía? Además, a Crawley le habría bastado con esconder el dibujo o destruirlo. Ambas medidas garantizaban el secreto, porque según el ordenador, y toda la documentación sobre la procedencia del dibujo, era de Santiago Urbino, un segundón del siglo XVI. La única prueba en uno u otro sentido estaba en la memoria de la cámara. Finn miró su mochila, sumida en la oscuridad de la otra punta de la cama. ¿Sería por eso? ¿Porque el Dinosaurio, o sus jefes, estaban al corriente de que había hecho fotos? Imposible. La había hecho sin que hubiera nadie en la sección de fichas, y no se lo había contado ni siquiera a Peter. Volvió a bostezar. Le quedaba una carta, pero tendría que esperar al día siguiente. Oyó risas en la habitación de al lado y un ruido de muelles: uno de la pareja se había levantado. Hizo una mueca. Al menos esa noche se había divertido alguien.

Capítulo 12

Finn supo que se había dormido porque se despertó de golpe. Los ruidos de la calle se habían reducido al rumor de algún camión cruzando el puente. Por suerte había dormido como un tronco, sin soñar. Mientras miraba su reloj, cayó en la cuenta de que había dormido vestida. Tardó un poco en comprender lo que veía en la esfera del Timex. Eran las seis de la mañana. Por la ventana roñosa entraba luz. En la habitación de al lado ya no se oía «¡Ay, mamá!», «¡Ay, Dios mío!» ni «¡Que me voy!».

Entonces ¿por qué se había despertado? Tensa, con todos los nervios en alerta máxima, se concentró. Los crujidos normales de un edificio viejo, el puente retumbando, una sirena a lo lejos... y un ruido como de alguien rascando. ¿Ratones, o algo peor, dentro de las paredes? ¿Ratas? Le habían hablado de las ratas de Nueva York. Hasta había visto dos o tres: eran sucias, enormes, con dientes amarillos que podían llegar a ser tan largos que perforaban el labio inferior. Material para películas baratas de terror del autocine.

No, no era ninguna rata de Hollywood. Abrió mucho los ojos y clavó su mirada en el vacío, entre la cama y el techo, como en la clase de dibujo, sin concentrarse en nada, esperando a que se repitiera el ruido. Lo oyó. Más que rascar, era como si alguien frotase con insistencia una superficie de metal o madera. Se incorporó en silencio, y al mirar la puerta vio la causa: una lengua metálica rectangular que se movía lentamente por la rendija, buscando el cierre. Una regla de acero. Alguien intentaba entrar, y dudó que fuera Eugene. ¿El Dinosaurio? Eso ya era más probable. Con los pies en el suelo, acercó la mano a la mochila. En el cine nunca salían esas situaciones: justo cuando el tío con dedos de cuchillo está a punto de violar o asesinar a la chica, a ella le entran tantas ganas de mear que ya se ve mojándose los pantalones en cuestión de segundos.

Carraspeó con fuerza y pisó ruidosamente el suelo. La punta brillante de la regla paró de rascar. Finn entró descalza en el cuarto de baño y se bajó los vaqueros y las bragas. Luego se puso en cuclillas encima de la taza, sin tocarla ni rozarla con el culo, y orinó. Nunca se había limpiado tan deprisa con papel de váter.

Se volvió y tiró de la cadena, mientras se subía las bragas y los pantalones, y veía girar perezosamente el condón y la colilla, junto con las dos cucarachas que por lo visto, mientras ella dormía, se habían metido en la taza y habían hecho un pacto de suicidio. Después de abrocharse los vaqueros, salió del baño, cogió la mochila y miró la puerta. La regla estaba inmóvil, en el mismo sitio que antes. Se dejó caer en la cama para que rechinaran los muelles. Luego suspiró de forma teatral, como si se dispusiera a seguir durmiendo, y esperó sin apartar la vista de la puerta, arrimada a la ventana.

Pasó un minuto. Luego la regla reanudó su movimiento de serrucho. Finn se puso

una correa de la mochila en el hombro y subió la ventana, con una facilidad que la dejó pasmada. Cogió la mosquitera y la dejó en el suelo. Tras abrir completamente la ventana, asomó la cabeza para ver si se podía huir. En caso contrario, tendría que ponerse al lado de la puerta y golpear al de la regla cuando consiguiera forzar la cerradura.

Al otro lado de la ventana había un rellano de escalera de incendios, y un tramo que llevaba a la azotea. Sin ser gran cosa, era mejor que nada. Pasó una pierna por el alféizar, sacó la cabeza y apoyó los pies en la escalera de incendios. Tuvo la impresión de que cedía un poco bajo su peso. De hecho, vio que los tornillos oxidados se apartaban de la pared de ladrillo. Empezó a subir, haciendo el menor ruido posible.

Al final había un asa curva. Se aferró a ella y subió a pulso a la azotea. Esperaba encontrar alguna puerta que llevara a una escalera, pero no había nada, sólo una superficie impermeabilizada con ondulaciones, charcos y aspecto precario.

Lo único reseñable era media docena de depósitos de váter y una salida de humos en forma de ele. Se había metido en un callejón sin salida. Pensó que la situación no podía ir a peor. Y, sin embargo, empeoró. Finn oyó claramente el ruido metálico de un pie en la escalera de incendios. Sólo podía ser el Dinosaurio. Calculó que le quedaban treinta segundos antes de que llegase a la azotea.

Al mirar a la izquierda, vio que el sol de la mañana hacía brillar las ventanas de la torre Confucius, con su perfil curvo. Tenía a la derecha la cinta sucia del East River, y un mosaico de azoteas entre el río y el Coolidge. Podía pedir ayuda a gritos, pero era dudoso que se la prestara alguien. Estaba sola.

Las vigas inferiores del puente de Manhattan quedaban a un metro y medio de su cabeza. Corrió hasta el centro de la azotea, trepó a la salida de ventilación y levantó los brazos. Cuando tuvo bien cogida la viga más ancha, encogió las piernas y se aferró a los rebordes de la viga con sus zapatillas de deporte. Luego se levantó con todas sus fuerzas, arqueando la espalda, y giró hasta apoyarse boca abajo en la viga.

Se puso en cuclillas, mirando a la escalera de incendios. Acababa de ver la punta del casco negro. Se levantó y corrió por el centro de la viga. De repente estuvo a punto de gritar: la azotea se acababa de golpear, dejándola colgada a cuatro pisos de la acera.

De vez en cuando encontraba una viga vertical y tenía que parar para rodearla. Cuanto más se alejaba de la azotea, más fuerte le latía el corazón y menos segura se sentía. El descampado de debajo del puente servía sobre todo para dejar coches abandonados, que sería lo primero con lo que chocaría si llegaba a caerse. Se arriesgó a mirar atrás y quedó horrorizada al ver que el Dinosaurio hacía acrobacias por las vigas sin parecer en absoluto nervioso, a diferencia de ella. La verdad era que esquivaba las vigas verticales casi sin frenar, con gran destreza.

A la velocidad a la que se acercaba el Dinosaurio, Finn supo que sus posibilidades de llegar al último machón del puente y bajar al suelo se reducían a cero. En cinco

minutos, el Dinosaurio ya había recortado la distancia a poco más de diez metros. En la siguiente viga vertical. Finn no tendría más remedio que ir un poco más despacio y perder más tiempo. Acabarían en la misma viga. Oyó un suave clic a sus espaldas. Se volvió asustada. El ruido le era familiar. Lo había oído la otra noche, justo antes de la muerte de Peter.

El hombre del casco negro y los *shorts* ajustados de ciclista, un tipo con pinta de lo más vulgar, avanzaba en perfecto equilibrio por la viga sujetando un cuchillo largo y fino en la mano derecha, entre el pulgar y el índice, como un pincel de marta en la mano de un retratista. Se aproximó sin la menor dificultad a la última viga vertical que se interponía entre él y Finn y empezó a rodearla con una sola mano. Cuando ella oyó una risa aguda resonando en el casco, reaccionó de forma imprevista. En vez de huir del siniestro personaje vestido de negro, cuyo atuendo marcaba obscenamente sus genitales, hizo justo lo contrario: volver corriendo por la viga, quitarse la mochila con una mano y, con el pelo rojo alborotado por el viento, tirársela con todas sus fuerzas al Dinosaurio, que recibió el golpe entre las piernas justo cuando llegaba al otro lado de la viga vertical.

El impacto de la mochila con la inglete le arrancó un grito y le hizo perder el equilibrio en el peor momento. Soltó el cuchillo, que saltó por los aires, reflejando el sol, y acabó rebotando en el parabrisas roto de un coche abandonado, antes de hundirse al lado de un neumático, entre las malas hierbas. El Dinosaurio se mantuvo en pie un segundo más, hasta descubrir que su falta de equilibrio era excesiva para volver a refugiarse en la viga.

Se retorció en el aire como un nadador y no dejó de gritar mientras caía. Finalmente se estrelló contra el mismo parabrisas que el cuchillo, aunque él, en vez de rebotar, lo atravesó. El impacto partió la visera del casco como si fuera un huevo negro. Finn le vio la cara: una cara de terror, ensangrentada, joven, asiática —china o vietnamita—. Ya no se movía. Mientras lo contemplaba, sollozando de miedo y de alivio a la vez, le pareció mentira que su vida —la de ella— hubiera podido sufrir un cambio tan brusco y radical. Después volvió a ponerse la mochila y dio media vuelta para volver a la calle por la viga.

Capítulo 13

El teniente Vincent Delaney estaba en la acera, mirando el edificio de la esquina con las manos en el fondo de los bolsillos. Delante, la calle estaba llena de camiones de bomberos, ambulancias y coches patrulla. Todo eran luces parpadeando. Todo estaba acordonado con cinta amarilla. Al otro lado de la cinta iba y venía mucha gente en albornoz y zapatillas. La mayoría ya llevaba varias horas a la intemperie, y no parecía muy contenta. El sargento William Boyd apareció por la esquina con café en la mano —dos vasos de poliestireno—, y una bolsa aceitosa entre los dientes, como si fuera un san bernardo. Al llegar junto a Delaney, le dio uno de los cafés y cogió la bolsa con la mano libre. Luego quitó la tapa de su vaso, sacudió la bolsa para abrirla y se la ofreció a su colega.

—¿Un donut?

—Bueno...

Al mirar el contenido de la bolsa, Delaney vio un donut de chocolate glaseado y lo sacó. Le dio un bocado y bebió un poco de café. Boyd eligió uno de plátano. Delaney volvió a contemplar el edificio. El fuego había quemado por completo el último piso.

—¿Qué, de qué te has enterado?

—El incendio ha empezado sobre las cuatro y media. Tiene que haber sido provocado, porque en el rellano de la cuarta planta parece que huele a gasolina.

Boyd se acabó el donut relleno y buscó otro en la bolsa. Esta vez de nuez y jarabe de arce. Masticó y sorbió ruidosamente.

—¿Había alguien arriba?

—Un viejo en el quinto B. Es el primero que lo ha oído, porque se ha levantado muy temprano. Ha salido por su propio pie después de avisar por teléfono. Del quinto A no sabe nada. Dice que el incendio ha sido en la parte trasera del bloque.

Boyd se acabó el donut y el café a la vez.

—¿Ya han subido los bomberos?

—Sí.

—¿Y han encontrado algo?

—No.

Esta vez de canela. Como la bolsa ya estaba vacía, Boyd metió en ella el vaso de café y los estrujó, convirtiéndolos en una masa aceitosa.

—Tus dotes descriptivas son tan alucinantes como tu apetito, Billy.

Es que no han encontrado nada. ¿Qué quieres, que me lo invente?

—¿Y los vecinos?

—El viejo del quinto B dice que a las dos y pico oyó bajar a alguien por la escalera.

—¿Ha visto quién era?

—No.

—¿Algo más?

—Sí, la cabina de la esquina.

—¿Qué le pasa?

—Que he consultado el registro de llamadas, por si acaso —dijo Boyd—, y la había usado alguien sobre las dos y diez.

—Interesante.

—Pues aún es más interesante adonde han llamado.

—No hagas que te tire de la lengua, Billy, que no es tu manera de ser.

—Al Coolidge.

—¿El hotel barato de al lado del puente?

—Exacto. Le he pedido a uno de los chicos de uniforme que fuera a hablar con el portero de noche sobre la llamada, y resulta que el portero estaba detrás del mostrador con un tajo en el cuello. Diez minutos después llega un borracho y dice que ha entrado por la ventana de su casa un demonio negro que lo ha dejado todo perdido de sangre.

—¿Eso qué diablos quiere decir?

—Pues que un vietnamita con ropa negra de ciclista se ha caído del puente, o lo han tirado, o yo qué sé, y ha roto el parabrisas de un Chevrolet abandonado, que es donde dormía el borracho. Vaya, un follón. Lo curioso es que justo al lado del coche, entre las malas hierbas, ha aparecido una navaja. —Billy miró el edificio—, ¿Tú crees que puede estar relacionado?

—Sí, Billy, yo diría que sí. Convendría ir a echar un vistazo.

Subieron al coche de Delaney, un Crown Victoria camuflado. Boyd condujo en dirección contraria por la calle Seis, pasando al lado del polígono Village View, que dominaba los alrededores. Delaney echó un vistazo a la cabina por la ventanilla. Boyd activó la sirena para no quedarse atascados en el cruce con la Primera Avenida. Siguieron por la calle Seis, y al pasar por la media docena de restaurantes que componía Little India a Boyd le tembló la narizota roja, aunque pareciera mentira. Donuts o pollo *tandoori*: Boyd no hacía ascos a nada.

El coche camuflado dobló hacia el sur por la Segunda Avenida. Llegaron a la esquina de la calle Houston. Cuando Boyd estaba a punto de girar hacia el oeste, Delaney le gritó:

—¡Frena! ¡Es ella!

—¿Quién?

—¡Que te digo que frenes, Billy!

Justo al girar, Delaney había visto una melena pelirroja que salía de la estación de metro de la Segunda Avenida, la del lado sur de la calle Houston, y que adoptaba la forma de Finn Ryan. Los neumáticos del Crown Victoria elevaron un chirrido de protesta por el brusco frenazo de Boyd, cuya mano, por alguna razón, pulsó a fondo el botón de la sirena. El ulular acompañó a Delaney mientras esquivaba el tráfico.

Al oír la sirena, Finn se volvió y vio que Delaney se acercaba corriendo por los seis carriles de la calle Houston, esquivando taxis y furgonetas de reparto como un defensa corriendo por el campo para que no le hicieran un placaje. Durante unos segundos se quedó clavada al lado de la escalera del metro. Luego se dio la vuelta y volvió a refugiarse en la oscuridad. Cuando Delaney llegó al lado sur de la calle Houston, Finn ya no estaba. Se quedó jadeando a la entrada del metro. Se le había escapado, y no tenía la menor idea de adonde había ido.

Capítulo 14

Finn cogió la línea F y bajó en la siguiente parada, Broadway-Lafayette, para hacer trasbordo con la G hacia el centro. Luego cogió la 4 hacia Brooklyn y no bajó hasta Bowling Green. Iba muy tensa, con la mano aferrada a la barra, mirando las puertas, pero sin fijarse en nada ni en nadie. La aparición de Delaney había colmado el vaso. Su pinta, al cruzar la calle, no era como de querer ayudarla. Ya estaba convencido de que Finn tenía algo que ver con la muerte de Peter y probablemente también con la de Crawley. La incorporación del Dinosaurio a la lista de cadáveres no serviría precisamente para atenuar sus sospechas, aunque se tratara de un caso clarísimo de autodefensa. ¡Por amor de Dios! ¡Si ella no sabía ni quién era el asiático! De repente se había convertido en sospechosa de varios asesinatos, y la perseguía la policía por toda Nueva York, incluido el metro.

El convoy llegó a la estación de Bowling Green, en el extremo sur de Manhattan. Finn se concentró. Según el plano, la siguiente parada era Borough Hall, ya en Brooklyn. Con lo que le había costado orientarse por Manhattan, no era el mejor momento para aprenderse un barrio nuevo. En cuanto se abrieron las puertas, salió al andén en compañía de algunas docenas de jóvenes promesas que seguro que pensaban dejar huella en Wall Street.

Al salir a la calle, echó un vistazo hacia donde habían estado las Torres Gemelas y se volvió para meterse por Battery Park, donde encontró un banco al lado del camino para corredores que daba la vuelta a la punta propiamente dicha de Manhattan. Desde allí se veía el río y la Estatua de la Libertad, una sombra lejana en la bruma matinal. Se quitó la mochila y se sentó al lado, sobre una de sus largas piernas, dispuesta a sopesar sus opciones.

Se llamaba Fiona Katherine Ryan, era de Columbus (Ohio) y estudiaba historia del arte en la Universidad de Nueva York. Se había acostado con menos de media docena de chicos, prefería Häagen-Dazs a Ben and Jerry y en el fondo no se creía nada de lo que decía Howard Stern por la radio o de lo que veía en las reposiciones de *Sexo en Nueva York*. Había viajado por Italia, había pasado temporadas en Amsterdam y París y sólo se había emborrachado tres veces en su vida. No fumaba porros ni se drogaba, con la excepción del Tylenol extrafuerte con el que combatía los peores dolores de la regla. En invierno, una de sus preocupaciones era el acné. Su mayor secreto era que si Johnny Depp le hubiera pedido montárselo en medio de Times Square, hipótesis poco probable, le habría dicho que sí. Sabía que era bastante inteligente, quizá un poco por encima de la media. También sabía que era mona, más que guapa, y no pedía más. Le gustaban los animales pequeños, sobre todo los gatos, y no mucho las arañas ni los boquerones.

Resumiendo, que era una persona de lo más normal. Entonces ¿qué hacía sin casa, perseguida por la policía y por tipos con enormes navajas? Sin comerlo ni

beberlo, se había metido en algo gordo que aún no sabía qué era. De momento, sólo sabía que le habría gustado fumar. Suspiró y se quedó mirando el agua rizada donde confluían el East River y el Hudson. Ahora mismo se sentía así: arrastrada por la corriente.

Su profesor de literatura inglesa del siglo xx era un tipo con tanto pelo en el cuerpo y tan poco en la cabeza que le llamaban «el oso calvo». Era un hombre cuarentón que en febrero iba a la facultad con calcetines de rombos y pantalones cortos y que se pasaba todo el día hablando del teorema de Ambler. Los libros de Eric Ambler, uno de los primeros autores de novelas policíacas, siempre repetían la misma estructura: una persona normal que de repente se encuentra en una situación fuera de lo común y casi siempre peligrosa. El Oso Calvo tenía sus propias teorías sobre la razón de que Ambler escribiera así, pero Finn estaba segura de que era porque Ambler sabía que los lectores de sus obras no eran espías ni asesinos, sino gente normal, o sea que ¿por qué no introducirles en el juego?

Ella era un ejemplo perfecto, y de momento no veía la manera de volver a la normalidad. Además, en su caso, lo que le estaba ocurriendo no tenía nada que ver con un juego. Si se entregaba a Delaney, tendría que explicarle la razón de su huida. Ya se imaginaba la sala de interrogatorios como en *Ley y orden*. Ya se veía en una cárcel de mujeres, después de ser interrogada por el duro de la serie. La única alternativa que se le ocurría era irse de la ciudad y volver a Columbus. Tenía la llave de su casa, una cuenta en el banco y amigos. Podía quedarse todo el tiempo que quisiera, o como mínimo hasta que volviera su madre de Yucatán o de donde fuera. Al menos en Columbus estaría a salvo. ¿O no?

Alguien se había metido en su piso para esperarla y había degollado a Peter. Probablemente la misma persona que había matado a Crawley y que por la mañana había intentado asesinarla a ella. Finn no se engañaba: el ciclista oriental era un simple esbirro. Aunque pareciera increíble, alguien la quería muerta por haber visto el dibujo del cuaderno de notas de Miguel Ángel o, simplemente, por conocer su existencia, y ahora ya no descansaría hasta que la encontrase. ¿Tardaría mucho en identificar a la chica pelirroja que posaba desnuda? No. Le bastaría con una simple consulta a las escuelas de bellas artes, la New York Studio School o la Cooper Unión. O con ir a la Universidad de Nueva York. Seguir su pista hasta Columbus sería un juego de niños.

Pasó un remolcador y dejó tras de sí profundas huellas en el suelo. ¿Qué hacer cuando te ahogas y te vas a pique por tercera vez? Muy fácil: pedir ayuda a gritos. Finn no tenía megáfono ni silbato, pero tenía un número de teléfono.

«Si es cuestión de vida o muerte, y por la razón que sea no me encuentras, llama a este número». Luego, mirándola fijamente y con más acritud que nunca, su madre había añadido: «Pero que sea de vida o muerte, ¿vale? Si no, vuelves, te licencias aquí y te casas con David Weiner».

La peor amenaza. David Weiner, alias el Impresentable, estaba enamorado de

Finn desde los seis años, y la llama de su amor seguía tan viva que en las noches despejadas ella la veía desde Manhattan. Había sido el único niño de Columbus que había vomitado durante su propio *bar mitzuah*, salpicando al rabino y por poco la Torá que tenía que estar leyendo. Ahora el Impresentable era arquitecto de espacios, profesión que distaba mucho de ser tan sofisticada como sonaba. Quería decir que nunca hacía ningún proyecto de verdad. Los que le contrataban le decían cuánta gente necesitaban que cupiera dentro de un edificio, y él calculaba el número de baños y los metros cúbicos de aire necesarios para que no se asfixiaran. Lógicamente se estaba haciendo riquísimo, pero seguía siendo de lo más soso. Tenía el pelo como de estropajo y unos pies tan grandes que podía cruzar el lago Erie sin mojarse los tobillos.

Según la madre de Finn, aquel número era el de un antiguo colega de su padre. Se lo había dicho con un tono muy raro, como si su padre no se hubiera dedicado sólo a dar clases de antropología en la Universidad del estado de Ohio, sino también a otros menesteres. Finn había intentado sonsacarle la verdad, pero su madre se había cerrado como una ostra, con una expresión que desaconsejaba seguir hurgando en el tema.

El número estaba escrito en la solapa interior de la mochila, con tinta indeleble para tela. Su madre lo había apuntado al revés, con tres dígitos suplementarios a la izquierda y dos a la derecha, y luego le había ordenado que se lo aprendiera de memoria. No era la típica escena de madre protectora enviando a su hija a la universidad, pero bueno, tampoco Amelia McKenzie Ryan era la típica gallina clueca. En todo caso, la situación de vida o muerte había llegado. Finn cogió la mochila y volvió a la entrada del parque para llamar desde una cabina que había allí. Se sacó veinticinco centavos del bolsillo de los pantalones, los metió en la ranura y marcó los números. Oyó llamar tres veces. Luego el jarro de agua fría de un contestador.

«Ha llamado al número de Michael Valentine, de Ex Libris, calle Lispenard, 32, Nueva York. Sólo abrimos previa cita. Por favor, deje su nombre, teléfono y cualquier otro dato que desee y en algún momento, si todo va bien, me pondré en contacto con usted. Adiós». Luego un pitido, y nada más.

—¡Estupendo! —dijo Finn colgando el auricular.

¿Sólo previa cita? ¿Si todo va bien? ¿En algún momento? Si de algo no tenía dotes Michael Valentine, era de negociante. ¿Y se suponía que era quien tenía que ayudarla a salir del follón? Por otro lado, su voz era bonita, abaritonada; una voz algo ronca que insinuaba sentido del humor. Se lo imaginó con cierto parecido a un Al Pacino más joven y más alto. Claro que al final nunca eran así.

Como no tenía ni idea de dónde quedaba la calle Lispenard, paró un taxi y le dio la dirección al taxista, a quien tampoco le sonaba de nada, pero que al menos tenía una guía. Tras averiguar que quedaba cerca, dio un rodeo por la calle Beaver, volvió por Broadway y la dejó al final de un trayecto de quince manzanas. La calle

Lispenard resultó ser estrecha, bordeada de viejos edificios reconvertidos en *lofts*. Iba desde Broadway hasta la Sexta Avenida. A media manzana, Finn vio un toldo de Michel Angelo's Pizza y no estuvo muy segura de si era un buen o un mal presagio. La mayoría de los edificios tenían comercios en la planta baja, más que nada galerías y bares. No era el caso del número 32, que tenía las ventanas tapiadas y con persianas de acero en todos los pisos. La única entrada era una simple puerta gris con una cerradura complicada y una tarjeta de visita descolorida clavada a la altura de los ojos con una chincheta.

Ex Libris
Antigüedades.
Sólo con cita previa.
Por favor, **sonría** a la cámara.

La cámara resultó ser una cajita negra del tamaño de una nuez situada en la esquina izquierda del marco de la puerta. Finn la miró y sacó la lengua frunciendo el entrecejo.

—¿Qué? ¿Te gusta, listillo? —murmuró.

—Muy bien, guapa, pero la verdad es que se agradecería una sonrisa.

La respuesta había sido casi inmediata. Finn retrocedió sorprendida y más roja que un tomate.

—Acércate, que ya no sales en la cámara —dijo la voz.

Finn volvió a acercarse.

—Le he llamado por teléfono, pero me ha salido el contestador.

—Sí, siempre ocurre. El número no está en el listín. ¿Cómo lo has conseguido?

—Pues... me lo dio mi madre, y...

—¿Tu madre se llama «y»?

—Mi madre se llama Amelia McKenzie Ryan.

Un breve silencio.

—¿Tu padre era Lyman Andrew Ryan?

—Exacto.

—Tenía un apodo.

—Sí, es verdad.

—Dímelo.

—¿Por qué?

—Porque si no me lo dices no te abriré la puerta para que puedas contarme tu problema.

—¿De dónde saca que tengo un problema?

—No lo pongas más difícil. Tu madre no te dio el número porque le pareciera buena idea que vinieras a tomar el té conmigo. Te lo dio para una urgencia grave.

—Buck.

—Buena chica. O sea que eres Fiona.

—Finn. Y no soy ninguna chica.

—Pues está clarísimo que un chico no eres. —La puerta se abrió con un zumbido—. Verás que al fondo del pasillo hay un montacargas. Sube y pulsa el número cinco. Cierra bien la puerta, por favor.

Finn siguió las instrucciones. Una vez dentro, comprobó que dejaba la puerta bien cerrada. Luego se internó por un pasillo estrecho con ladrillos a mano izquierda y pladur sin pintar a mano derecha. Al llegar al montacargas, que era enorme, subió y estiró la cuerda con nudos que servía para bajar la reja. Luego apretó el botón del viejo tablero negro correspondiente al quinto piso y el ascensor crujió el empezar a subir.

Lo que vio durante la subida, a través de los listones de la reja, la dejó boquiabierto. Cada piso parecía una biblioteca diseñada por los hermanos Collyer a partir de una idea de Ray Bradbury: suelos de reja metálica, interminables hileras de estanterías y archivadores altos y grises llenos a rebosar y recodos que indicaban que el laberinto era más profundo de lo que pudiera apreciarse desde el ascensor; todo ello iluminado por bombillas de escasa potencia enroscadas en apliques verdes abombados que colgaban de la oscuridad. En un par de ocasiones, Finn creyó ver movimiento entre el sinfín de estantes, algo parecido a una rata gigantesca y borrosa, pero llegó a la conclusión de que era por los nervios y por la penumbra. El quinto piso no se diferenciaba de los demás. El ascensor frenó suavemente. Finn estiró la cuerda para levantar la reja, salió y volvió a bajarla. El montacargas regresó automáticamente hacia la planta baja, dejando la caja vacía. Finn dio un par de pasos y miró entre sus pies. Los agujeros de la reja del suelo eran bastante grandes para que se viera hasta la planta baja. En algún momento el edificio había sido vaciado por completo, con el propósito de sustituir todos sus suelos y paredes por una jaula gigante de vigas y rejas, que eso era ahora el interior de la casa.

Se volvió hacia la izquierda y miró la estantería que tenía más cerca. *Konstruktive, theoretische und experimentelle Beiträge zu dem Problem der Flüssigkeitsrakete: W. von Braun, 1934.* El título estaba mecanografiado y enganchado al lomo con cola. ¿Alguna tesis doctoral? Cuando quiso cogerlo para echarle un vistazo, se lo impidió una voz.

—Por favor, no toques el material. Molestaríamos a Enkel, que es muy posesivo.

—¿Enkel? —dijo ella dirigiéndose a la oscuridad.

—Enkel Shmolkin, mi archivero. Ahora mismo no sé dónde está. Por algún pasillo. Puede que te lo encuentres.

Finn buscó una cámara, pero esta vez no la encontró.

—¿Usted dónde está?

—Sigue recto hasta el final de la hilera y gira a la izquierda. Llegarás a una puerta.

Finn avanzó sintiéndose un poco como Dorothy en *El mago de Oz*. Sus pisadas

hacían un ruido sordo, metálico. En ambas paredes parecían alternarse a partes iguales estanterías y archivadores de la misma altura, entre dos metros y medio y tres. Cada archivador tenía una cerradura de seguridad de aspecto inviolable. El conjunto era como un fuerte militar en versión biblioteca.

Al llegar al final del pasillo, giró a la izquierda y siguió caminando, hasta que llegó a una puerta blanca sin pomo ni cerradura. Levantó la mano, pero no tuvo tiempo de llamar, porque la puerta hizo un pequeño clic y basculó. Era metálica, de unos ocho centímetros de grosor, con una bisagra que ocupaba todo un lado, como si fuera la puerta de la cámara acorazada de un banco.

La habitación del otro lado parecía salida de una novela de Dickens. Era un salón con varias butacas de apariencia cómoda, una mesa cubierta de periódicos y una chimenea estrecha con brasas encendidas. En la repisa de la chimenea había un cubo para carbón con una bolsa de cuero dentro, un violín puesto de pie y una pipa de espuma de mar, antigua o que lo parecía. Un poco más arriba se veían las iniciales «V. R.» grabadas en el papel de pared a rayas. Finn sonrió. No era de Dickens, sino de Arthur Conan Doyle. Lo único que desentonaba era una cafetera con tazas, leche condensada y azúcar en una mesita de centro, junto a una bandeja llena de lo que parecían galletas recién hechas con pepitas de chocolate.

—Las hace Enkel —dijo una voz al ver que Finn las miraba—. También hace gachas de avena y mantequilla de cacahuete. A los dos nos gusta mucho el dulce.

El hombre sentado a la mesa sonrió. Parecía una mezcla de John Malkovich y Willem Dafoe: frente grande, pómulos marcados, barbilla ancha y boca grande y sexy. Tenía los ojos negros, hundidos y penetrantes. Aparentaba unos cuarenta y cinco años, con la cantidad justa de canas para que pareciera un poco menos peligroso que con algunos años menos.

—Finn Ryan —dijo—. No te pareces a tu padre en nada. Bueno, sí, en el pelo. Como Finn no sabía qué contestar, miró a su alrededor.

—El estudio de Sherlock Holmes —dijo al cabo de un rato.

—Muy bien —dijo Valentine.

—¿Era una prueba?

—En absoluto —contestó él—. Lo que pasa es que me gusta que la gente sea lo bastante culta como para saber qué ven. Sólo lo hice para divertirme. Para la próxima vez que lo reforme he pensado en Nero Wolfe.

—Usted no está gordo.

—Sería Archie Goodwin.

—Sí, no estaría mal.

—Bueno, cuéntame, ¿cuál es tu problema?

—Pues un asesinato, aunque parezca mentira.

—¿Lo has cometido tú? —preguntó Valentine mientras le hacía señas de que se sentara en una de las butacas.

—No —contestó Finn.

—Entonces no hay problema —dijo Valentine—. Sólo una situación que resolver.

—No creo que sea tan fácil —dijo ella.

—Explícate.

Lo hizo.

Capítulo 15

Media hora después Finn estaba sentada en una de las butacas sobre una de sus piernas flexionada, comiendo galletas y bebiendo café mientras ponía a Valentine al corriente de todo.

—Bien, ¿y tú qué opinas? —preguntó él al final del relato.

—Creo que a Peter sólo le mataron porque entró en casa conmigo y que a Crawley le asesinaron porque yo vi el Miguel Ángel. Vaya, que la próxima soy yo.

—Interesante.

—Hombre, tanto como «interesante»... Es mi vida, señor Valentine.

—Michael, por favor. Al decir interesante no me refería a esa parte, sino a que hayan matado a alguien por haber visto una obra de arte. No parece lógico, al menos de momento.

—Es que no creo que haya ninguna lógica. Nada de lo ocurrido tiene ningún sentido.

—Lo tendrá para el que mató a tu amigo y al director del Parker-Hale.

—¿Por qué será que tengo la sensación de que no hacemos más que dar vueltas todo el rato a lo mismo?

—Porque las damos —dijo Valentine—. Las vueltas se van haciendo más pequeñas, y al final llegas al puntito central, que es la verdad.

—¡Uy, demasiado zen para mí! —contestó Finn—, Mi madre me dio su número por si algún día tenía un problema grave, y creo que lo tengo. ¿No tendría que hacer algo? Llevamos un buen rato tomando café y galletas sin llegar a ningún sitio.

—Depende de cómo lo mires —dijo Valentine—. Ahora sé muchas más cosas que antes. Sé cómo eres físicamente, sé dónde vives, sé que entre otras cosas posas desnuda, das clases de inglés para extranjeros y hasta hace poco estabas de prácticas en un museo de arte prestigioso, y sé que te has visto implicada en dos asesinatos. Cualquiera de esos hechos podría ser fundamental para la situación.

—¿Por qué insisten todos tanto en lo de posar desnuda?

—Porque les obliga a imaginarte sin ropa. Para algunos probablemente resulte incómodo, mientras que para otros será un placer. Reconoce que no es lo mismo que si dijeras que trabajas de camarera en un *fast food*. —Valentine suspiró—. Querida Finn, mi trabajo es fijarme en los detalles, incluso en los más pequeños. Cuando taso un libro raro para alguien, la forma de una letra puede marcar la diferencia entre el original y la falsificación. Si aconsejo a alguien basándome en datos esenciales, esos datos tienen que ser completamente exactos. Una mirada atenta descubre los detalles, los defectos y, en algunos casos, la perfección total. Todos pueden tener la misma importancia.

—¿Se refiere al dibujo de Miguel Ángel?

—Sí, claro, es un ejemplo. En este caso, podría ser el problema: que no se trate de

un Miguel Ángel. No sería la primera vez que matan a alguien por una falsificación.

—Era un Miguel Ángel. Estoy segura.

Valentine sonrió.

—Finn, no te ofendas, pero no debes olvidar que no se te puede considerar una experta.

—¿Y a usted sí?

—Me has dicho que tenías una foto digital del dibujo.

Finn asintió con la cabeza, hurgó en la mochila, que se había quedado apoyada en la butaca, y, al encontrar la cámara, se la tendió a Valentine, que abrió la tapita de la base, retiró el conector Firewire y lo enchufó al IBM negro con pantalla plana de su mesa. Mientras tecleaba, Finn se levantó y se colocó detrás de él. Por mucho que mirase, no encontraba la unidad central del ordenador.

—Es un servidor que está en el sótano —dijo Valentine sin levantar la vista, como si le hubiera leído el pensamiento—. Abajo hace menos calor.

—¿Qué tiene —preguntó Finn—, un supercomputador o algo así?

—No llega a tanto, pero casi —contestó él—. Trabajo mucho para unos clientes de California que me pagan en material informático. —Se apoyó en el respaldo—. Aquí está.

La pantalla mostraba el dibujo de Miguel Ángel a tamaño natural, con una precisión impecable.

—¿Y bien? —preguntó Finn.

—Debo reconocer que tiene buena pinta. Así, a primera vista, se diría que es auténtico.

Pulsó algunas teclas que hicieron que se borrara el dibujo.

—¿Ahora qué hace?

—Un test comparativo. Tengo guardado bastante material. Si necesitamos más, lo sacaré de los archivos.

—¿Comparativo de qué?

—De las palabras que hay en esta esquina. Quiero ver si es la misma letra.

La pantalla se quedó un momento en blanco. Luego se dividió en cuatro ventanas, con un pequeño texto escrito a mano en cada una. Cuando Valentine pulsó otra tecla, apareció otra ventana, la quinta, con el dibujo de Miguel Ángel. Otra pulsación y el dibujo desapareció, dejando tan sólo la inscripción.

—Ahora veremos —dijo.

Siguió pulsando teclas con sus dedos, largos y ágiles. Finn se sorprendió pensando fugazmente en lo suaves que serían tocándola a ella, pero borró la idea de su mente con la misma rapidez con la que desaparecieron las imágenes de la pantalla. Ahora sólo quedaban dos ventanas: una a la izquierda con un texto manuscrito en italiano y en cursiva, que ya se veía que era muy antiguo, y otra a la derecha con una versión aumentada de la inscripción del dibujo.

Finn se inclinó sobre el hombro de Valentine, rozando su mejilla con la punta del

pelo, y leyó el texto sin dificultad:

*¡Cuánto se goza, alegre y bien tejida
sobre cabello de oro, de flores,
la guirnalda, unas a otras empujándose adelante
por besar las primeras su cabeza!*

Valentine enlazó con el siguiente verso:

*Contento todo el día está el vestido
que el pecho aprieta y que aún se alarga,
y lo que de oro hilado se pregona,
cuello y mejillas de tocar no cesa.*

Finn retrocedió ruborizada al darse cuenta de que se había acercado demasiado a Valentine durante la lectura.

—Es uno de los sonetos a su amante, Clarissa Saffi, que era una cortesana.

—El primero que escribió sobre ella, si no recuerdo mal —convino Valentine—, Sabes mucho.

—Lo mismo digo —dijo ella alejándose otro paso mientras se recogía nerviosamente el pelo y se lo aguantaba contra el cuello—. La mayoría de la gente ni siquiera sabe que Miguel Ángel escribía poesía.

—En esa época todos eran poetas —dijo Valentine con una exhibición de dientes grandes y cuadrados. Volvió a mirar la pantalla—. Creo que en aquel tiempo la poesía era lo mismo que para nosotros los concursos de la tele hoy. —Volvió a teclear—. Ahora, a ver si podemos hacer que coincidan.

Movió despacio el ratón para arrastrar el texto del dibujo y superponerlo al otro. Luego hizo una serie de clics y movimientos de ratón y tecleó algunas órdenes, con el resultado de que la pantalla volvió a quedarse en blanco y se dividió por la mitad, con cinco letras a cada lado:

A A
E E
I I

□ □
U U

A continuación, Valentine usó el ratón para arrastrar el segundo juego de letras y superponerlo al primero:

A
E
I
□
U

—A mí me parece que coinciden —dijo Finn.

—Sí, a mí también —dijo Valentine—, Yo diría que el dibujo es claramente de Miguel Ángel. —Miró de nuevo la pantalla—. Es evidente que se trata del mismo tipo de letra. —Hizo una pausa—. ¿Delaney te explicó cómo mataron a Crawley?

—Me dijo que le habían estrangulado y que luego le metieron por la boca una especie de daga ritual. —Finn hizo una mueca—. No es que el señor Crawley me cayera muy bien, pero lo que le hicieron me parece horroroso.

—¿Y qué tipo de daga ritual era? ¿Te acuerdas?

—Dijo que una gumía o algo así.

—Española. Andalusi. A veces del sur de Marruecos.

—¿Qué pasa, que lo sabe todo?

—Un poquito de mucho —dijo Valentine—. Es lo que me hace peligroso.

—Ah, pero ¿es peligroso?

—Puedo serlo.

Finn volvió a la butaca y se sentó.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

—No estoy muy seguro —murmuró él sin apartar la vista de la pantalla—. Es interesante, pero...

—No es el tipo de pruebas que se puedan llevar a la policía.

—Para empezar, sólo contamos con una fotografía digital. No tenemos el dibujo original. ¿Delaney te hizo algún comentario sobre si lo habían encontrado en el despacho de Crawley?

—No. Me preguntó varias veces cuándo lo había visto por última vez, y yo siempre le contesté lo mismo: que en la mano de Crawley.

Finn frunció el entrecejo.

—Creo que sospecha que lo robé yo.

—Debe de haber cámaras de seguridad.

—Sí, pero no sé si me grabó alguna. Si salgo, demostraría que no me lo llevé.

—Pero también que le hiciste fotos —dijo Valentine—, lo cual podría justificar una visita a tu piso.

—Sí, también lo he pensado, pero sigue habiendo muchas cosas que no entiendo. Es como si la propia existencia del dibujo, al margen de su autenticidad, fuera la prueba de algo... por lo que vale la pena matar.

—¿Ves lo que te decía de dar vueltas a las cosas? —Valentine sonrió—. Al final llegas al puntito de verdad que hay en el centro de la espiral. Sospecho que es lo que acabas de hacer.

—¿Qué verdad?

—Que vale la pena matar por la existencia del dibujo.

—¿Qué tipo de verdad es ésa?

—Una verdad peligrosa.

Capítulo 16

El hombre del alzacuellos desembarcó del vuelo Delta procedente de Roma a las tres y cuarto, pasó su maletín de fibra negra por los escáneres y expuso su pasaporte del Vaticano a la severa mirada de un agente uniformado del INS, el Servicio Nacional de Inmigración. El pasaporte le identificaba como el padre Ricardo Gentile, de profesión sacerdote, lo cual parecía bastante obvio. En realidad, toda la información del pasaporte era falsa, y el pasaporte en sí, pese a no serlo, no figuraba en ningún registro de la oficina de pasaportes del Vaticano. El agente echó un vistazo al documento y se lo devolvió, antes de hacerle un gesto con la cabeza como diciendo «Estoy en primera línea de defensa en la guerra contra el terrorismo» y permitirle la entrada a Estados Unidos.

El padre Gentile se mezcló entre la gente que salía del aeropuerto. Una vez fuera, bajo el sol de la tarde, cogió un taxi y le dijo al taxista nigeriano que le llevara al JFK Holiday Inn. Evitó dirigirse a él en su idioma nativo, el anaang, a pesar de que lo hablaba perfectamente. Lo último que quería era que se fijaran en él. Bastante tenía con el alzacuellos.

Sólo tardaron unos minutos en llegar. A las cuatro menos cuarto, el padre Gentile se registró en el hotel, un bloque situado en la confluencia de la Van Wyck Expressway y la Belt Parkway. Le dieron una habitación pequeña y estrecha, con muebles muy sencillos y una gama de colores donde predominaba un morado como de uva. La ventana daba a una especie de jardín japonés, pero a él le daba igual. Cerró las persianas y encendió la lámpara del escritorio. En el techo no había ninguna luz. En sus últimos viajes ya se había fijado en la falta de lámparas en el techo. Al entrar en el cuarto de baño, encontró el maletín rígido que le habían dejado esa misma tarde, y lo abrió con la llave que le habían enviado el día antes a Roma por FedEx. Sacó todo su contenido: dos trajes, varias camisas Arrow de distintos colores sin desempaquetar, unos zapatos negros de James Taylor and Son con alzas que añadían cinco centímetros a su estatura y una pistola automática Glock 21 de diez milímetros con un cargador de quince balas de los de la policía (y un arnés Patrick Johnakin que dejaba la culata hacia abajo). Se quitó la ropa de cura, y cuando estuvo vestido—Glock y arnés incluidos—, la guardó bien doblada en el maletín y lo cerró con llave.

Metió la mano en el bolsillo de la americana y sacó dos carteras: una, grande y europea; la otra, el típico billetero americano. La grande le identificaba como Peter Ruffino, agente italiano de la Art Recovery Tactical Squad (ARTS), subdivisión dedicada a la recuperación de obras de arte de la Allied International Agency o Alintel, un organismo internacional que representaba a todo el mundo, desde Lloyds al British Museum, pasando por varias familias reales, varias decenas de grandes multinacionales y hasta algunos gobiernos.

La otra cartera contenía las credenciales de la Homeland Security de un tal Laurence Gaynor MacLean. Ambos juegos de documentos eran auténticos, a prueba de cualquier verificación, hasta la más exhaustiva. El padre Gentile sabía muy bien que a pesar del sinfín de desmentidos la Secretaria de Estado del Vaticano tenía el departamento de inteligencia más antiguo del mundo, una organización que había existido de una u otra forma desde la llegada de San Pedro a Roma, y desde que los primeros cristianos habían dibujado con tiza el signo del pez en las paredes de las catacumbas. Los documentos, y las «claves» que los acompañaban, nunca eran un problema. Gentile se decantó por el papel del bueno de Larry MacLean, el de la Homeland Security, y estuvo un minuto delante del espejo del cuarto de baño para quitarse el acento italiano y cambiarlo por otro vagamente del Medio Oeste. Después salió de la habitación.

Bajó a recepción, pidió un taxi al centro y en media hora ya estaba en Manhattan, registrándose en el hotel Gramercy Park, y diciéndole al recepcionista que los de Delta habían vuelto a perderle las maletas. Se inscribió como Laurence G. MacLean y pagó con una tarjeta del Bank of America que se alimentaba de un verdadero pozo sin fondo. Luego se pasó otros diez minutos delante del espejo del lavabo de la suite practicando un acento gangoso de Kansas, y finalmente salió del hotel para poner manos a la obra.

Capítulo 17

La tienda, llamada simplemente Maroe, ocupaba un minúsculo local en la confluencia de las calles Lafayette y Grand, a unas tres manzanas. Una campanilla anunció la entrada de Finn y Valentine. Era como una puerta a las antípodas: de repente todo olía a comino, alcaravea y canela, las paredes estaban cubiertas de alfombras de todos los tamaños y colores, se veían muchas mesas apiladas y había montones de todos los artículos imaginables, desde cestas a mosquetes antiguos. El conjunto estaba presidido desde el fondo por un hombre gordo que fumaba un cigarrillo ovalado, se tocaba la cabeza con un fez y, con su traje blanco, parecía recién salido de *Casablanca*. Finn se imaginó enseguida a Humphrey Bogart entrando con Ingrid Bergman. Valentine hizo un pequeño saludo musulmán, correspondido por el hombre del fondo, que miró a Finn con cara de curiosidad. Valentine se la presentó.

—Finn Ryan. Finn, te presento a mi amigo Hassan Lasri.

—*Salaam* —dijo Finn intentando quedar bien.

Lasri sonrió.

—Bueno, tendría que ser *shalom*, porque soy un *juif marocain*, como dicen en el otro idioma de mi país, pero se agradece el esfuerzo. —Volvió a sonreír—. Yo soy como un perro bien adiestrado: respondo me llamen como me llamen, sobre todo si me llama una *checroun* tan guapa como usted.

—¿Checroun?

—Pelirroja. Entre otras cosas, tienen fama de ser especialmente afortunadas, y dado que mi nombre a mí lo único que me da es mala suerte...

Se encogió de hombros.

—*Lasri* en árabe quiere decir «zurdo» —explicó Valentine.

—Es lo peor que puede pasarle a un africano, que es lo que soy. En fin, usted quizá me traiga mejor suerte.

Señaló dos sillas muy talladas. Se sentaron. Lasri hizo chasquear los dedos con una fuerza increíble e inmediatamente apareció un joven vestido con una larga túnica blanca y una gorrita bordada del mismo color. Tras abrir los ojos de admiración al ver a Finn, el chico se volvió hacia Lasri, que habló muy deprisa en árabe. El joven asintió con la cabeza y se fue, no sin antes volver a mirar a Finn.

—Es mi sobrino, Majoub. Se nota que acaba de tener un flechazo.

Finn sintió que se sonrojaba.

No se avergüence, que si bien es cierto que es usted muy guapa, y un magnífico ejemplar de *checroun*, con pecas como estrellas y una piel como la leche, mucho me temo que Majoub se enamoraría hasta de un chimpancé hembra, en caso de que apareciera una en la tienda. Es la edad. De todos modos, le aseguro que es inofensivo.

Al cabo de unos minutos, el mismo joven trajo una bandeja esmaltada que

contenía tres tacitas, una cafetera marroquí y una fuente de algo marrón, pegajoso e hipercalórico. Majoub miró a Finn por última vez, suspiró y se fue definitivamente. Hassan sirvió el café, echó en las tazas una cantidad de azúcar no apta para dentistas e hizo circular la fuente de cosas marrones y pegajosas.

—No tengo ni idea del nombre que les da Majoub, pero se hacen con *toffee*, pacanas y anacardos, y se supone que van bien para la próstata. Usted de eso no tiene que preocuparse, Finn, pero los hombres tenemos que cuidar nuestra salud.

Cogió dos pastas con una sonrisa picara, se las metió una tras otra en la boca y las remojó con un poco de café. Finn dio un mordisquito a la esquina de una de las barras y vio peligrar veinte años de escrupulosos cuidados dentales. Estaban buenísimas.

—Bueno —dijo Hassan—, ¿qué puedo hacer por ustedes?

—Ayer mataron a alguien y para ello usaron una daga ritual. Una gumía.

—Ah, sí —dijo Hassan asintiendo con la cabeza—, el director del museo.

—¿Ya se ha enterado? —preguntó Finn azorada.

—Los americanos son americanos y los árabes árabes, hasta los árabes judíos como yo. Ustedes se creen que el mundo va de una manera y nosotros sabemos que va de otra. Cuando se usa una gumía para silenciar a alguien, es que de por medio hay algún marroquí. Por eso nosotros nos enteramos enseguida. —Sonrió con un matiz de tristeza—. Hoy en día, si tienes la nariz grande y la piel oscura, más te vale tener las cosas claras antes de que se presenten en tu casa los de la brigada antiterrorista con un billete al Hilton de Guantánamo.

—Háblanos de la gumía —pidió Valentine.

—La gumía, a la que a veces también se la llama jambia, procede del norte del país. Suele considerarse un rito de paso, la señal de que un chico se ha hecho hombre. Me entiendes, ¿no?

Valentine asintió con la cabeza. Finn esperó. Pensó en comerse otra pastita pegajosa de *toffee*, pacana y anacardo, pero descartó la idea. Al ver que Hassan Lasri sacaba una pitillera de plata y encendía otro de sus cigarrillos ovalados, lamentó no fumar. Ni tabaco, ni alcohol, ni pastitas de *toffee*, pacana y anacardos, ni sexo... Más le habría valido hacerse monja.

Lasri dio una larga calada al cigarrillo, expulsó el humo por los orificios de la nariz (los tenía grandes y peludos) y se metió otra pasta cuadrada en la boca. Mientras la masticaba, miró a Finn, pensativo.

—Claro que la gumía tenía otra función... —siguió explicando con la boca medio llena.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—Aparte de usarse para la circuncisión —no sé si sabe que tanto los árabes como los judíos circuncidan a sus hijos, y que los únicos que no lo hacen son los infieles cristianos y asiáticos—, aparte de eso, digo, la daga servía para cortar la lengua a los traidores. Tradicionalmente, ¿eh? Que yo sepa, no ha habido ningún caso reciente. La terminología oficial es «silenciar lenguas de traidores».

—¿Es posible que fuera eso lo que le hicieron a Crawley? —preguntó Finn.

—¿Cómo quiere que lo sepa, querida, si no le conocía de nada? Ahora bien, lo que sé es de dónde procedía esa gumía.

—¿Cómo lo sabe?

—Esta mañana me la ha enseñado un policía en una foto. Se llamaba Delaney, y por lo visto ya sabía que presido la delegación neoyorquina de la Alianza de Amistad con Marruecos. En fin, el caso es que le he dado una descripción del tipo de daga, su historia y sus funciones.

—¿Y de quién era? —preguntó Valentine.

—Eso no me lo ha preguntado.

—Pero lo sabes.

—Si, claro. Si exceptuamos los cuchillos baratos para turistas que venden en los zocos de Marrakech, Fez, Casablanca, etc., una gumía como Dios manda, sobre todo si es andalusi y muy antigua, es tan personal como una huella dactilar. —Sonrió de oreja a oreja y se metió en la boca el enésimo pastelito—. Por otro lado, el nombre del dueño suele estar grabado en plata en la empuñadura o la funda. —Sonrió—, Naturalmente, el señor Delaney no sabe leer en árabe.

Las volutas de humo que salían de los cigarrillos de Lasri y se quedaban flotando por la tienda empezaban a atontar a Finn. El hombre tragó saliva, se acabó el café sin hacer ascos al poso finamente triturado del fondo de la taza y volvió a sonreír.

—¿Sabe que el poso es buenísimo para el colon? —dijo—. Entre los hombres marroquíes, la incidencia del cáncer de colon es muy baja.

Abrió la pitillera, sacó otro cigarrillo y lo encendió. Todo un ejemplo clásico de lo que llamaban oralidad compulsiva en psicología. —En cambio —continuó—, de lo que hay muchísimo, un horror, es de cáncer de pulmón.

Pareció subrayarlo con una tos de perro.

—La daga... —murmuró Valentine.

—Pertenece a la colección de un colegio privado sólo para chicos de Connecticut —dijo Lasri.

—¿Cómo se llama el colegio? —preguntó Valentine.

—Greyfriars —dijo Lasri, mirando el último pastelillo pegajoso de la bandeja—. Academia Greyfriars.

Capítulo 18

Entró en la habitación y cumplió con el ritual del uniforme. Luego, desnudo, fue a su silla y se sentó. Como siempre que entraba, examinó la tapa de piel del libro, antes de abrirlo con cuidado y pasar las páginas cubiertas por una caligrafía diminuta, pero perfectamente clara. De vez en cuando hacía una pausa para susurrar, como una oración llena de odio: «*Genus humanum quod constat stirpibus tantopere inter se differentibus non est origine unum descendus a protoparentibus numero iisdem*».

Nada más cierto: todos los hombres eran diferentes, como distintos eran sus orígenes. Los había viles, los había benditos y los había condenados desde su nacimiento. Algunos nacían demonios y otros santos. Tratándose de palabras inmutables y divinas, no se podían poner en duda. Por tanto, en virtud de su propia condición, acatarlas era designio divino. Qué sencillo era todo cuando se veía su orden...

Cuando pasó la página, apareció la granja ante sus ojos tal como había sido: las fotografías eran viejas, y las caras grises, pero rebosantes de vida en la memoria. Los conocía a todos como a hermanos. Patterson, con sus gafas como las del Beatle a quien le habían pegado un tiro; Dorm, llamado Dormouse ^[3]; Winetka, Bosnie, Teitelbaum y Reid; Pixie Mortimer, Hayes, Terhune y Dickie Bearsto. A todos los veía, ateridos por el frío del final del invierno, subiendo a duras penas por el bosque: diez tíos del cuarenta y cuatro haciendo de niñeras a un grupete de compatriotas con ínfulas artísticas. Aunque al final bien que se habían espabilado, ¿eh? Antes que artistas eran espías, y todos llevaban bastante tiempo en la guerra como para saber de qué servía y qué podía dar de sí una vez superada la fase de supervivencia. La guerra era un juego de perdonavidas y cabrones, no de héroes.

Ahí estaba, delante de sus ojos: la granja de Altenburg, y al fondo la pequeña abadía benedictina en ruinas que recibía el nombre de Althof, abandonada desde hacía mucho tiempo por falta de monjes o de monjas, en una parte del mundo que se había olvidado de que existiera Dios. Caía una fría llovizna. Así sentía él su sangre. Encogió un poco más el cuello dentro de su chaqueta, aunque sirviera de poco. Estaba empapado, le goteaba la nariz y no podía mantener encendido un cigarrillo entre los labios, porque a los pocos segundos se le apagaba solo.

Por fin habían bajado de las montañas, cruzando el bosque por el primer camino de cabras. No habían podido quedarse todos juntos. Al final la escuadra se había dispersado como una roca vieja al deshacerse. Había diez suboficiales, todos con Garands y cuarenta y cinco. Pixie, el esmirriado de Jersey City, con un calibre treinta en la espalda como si fuera Cristo, y Dick Hayes, el calvo del pelo revuelto, que llevaba el mortero y hablaba de que lo que le habría apetecido de verdad era

metérsela a fondo a la tía buena de Greer Garson. Lo pensaba desde que la había visto en *La señora Miniver*. Cuando Pixie le había contado que Greer Garson estaba casada con el que hacía de su hijo en la película, Dick casi se había cagado encima, y le había dicho que antes del final de la guerra encontraría alguna excusa para cortarse las putas pelotas, que para lo que servían... Diez tíos legales, más los tres fantasmas de la ALIU, la Art looting Investigation Unit ^[4], que, como todos sabían, formaba parte de la OSS y que en el fondo lo único que querían era atrapar nazis con las manos en la masa. McPhail, Taggart y Cornwall. McPhail, el del acento de Boston y el sello de la sociedad Skull and Bones en la mano, que se creía un no va más. Taggart hablaba solo y Cornwall no hablaba con nadie. Lo único que hacía era pasarse el día escribiendo en un cuaderno. Total, una tribu de lo más pintoresco.

El primero en caer fue Dick Hayes, el calvo del mortero, por culpa de uno de esos SVT—40 rusos que les gustaban tanto a los alemanes, un arma de ruido muy seco, que no hacía eco, ni siquiera en un paisaje como aquél. Hayes iba justo delante de él, un poco a la derecha. El sargento vio que le volaban el brazo hasta el hombro, sin dejar nada, sólo sangre y hueso, y algunas cosas blancas retorcidas que supuso que eran tendones. Luego un ruido como de cerrar el pupitre en un aula de primaria, y Hayes cayó fulminado, en una postura que permitía ver su caja torácica por dentro, con los pulmones y el corazón en un lago de sangre y cosas violáceas. Un disparo y adiós. Adiós a sus posibilidades con Greer Garson.

Los demás se tiraron al suelo, y todos menos Hayes llegaron sin percances a la zanja que cruzaba el prado en diagonal (aunque más que una zanja parecía un antiguo terraplén defensivo, de alguna guerra absurda de hacía siglos). Bueno, el caso era que se habían puesto todos a cubierto en ella. Los tres de la ALIU eran tenientes, con la excepción de Cornwall, que era capitán, pero como ninguno de los tres tenía ni idea de lo que era la guerra dejaron que decidiera él, porque era sargento y llevaba varios años salvando su pellejo por aquellos andurriales, mientras que ellos no debían de llevar allí ni desde Navidad.

El sargento levantó un segundo la vista para orientarse, y el alemán del SVT lanzó otro proyectil que dejó un surco en la tierra a unos ocho centímetros de su cabeza. De todos modos, ya tenía lo que quería: una idea general del terreno.

La granja parecía más francesa que alemana: media docena de edificios, incluidos un establo que debía ser para las vacas y una casa grande, baja, de dos plantas, con un tejado de paja que parecía un sombrero encasquetado y una ventana con un dintel muy grande a la que hacía mucho tiempo que le habían reventado los cristales; ahora eran agujeros negros que parecían ojos de muerto. Todo estaba rodeado por un muro de piedra de más o menos un metro y medio de alto y uno de ancho, cubierto por cinco o seis generaciones de zarzamoras, más eficaces que cualquier alambrada. A la izquierda, el muro conectaba con la antigua abadía, que tenía la misma altura que la granja —dos pisos— y un techo de pizarra que con esa llovizna parecía oscurísimo. Las ventanas del primer piso de la abadía eran muy estrechas, casi todas con postigos

de madera. Algunos postigos colgaban de una sola bisagra y dejaban entrever la oscuridad del interior. Casi seguro que era por donde disparaban.

El sargento sacó unos prismáticos pequeños de color caramelo, fruto de un trueque con un canadiense, y lo observó todo con más detenimiento. El prado subía y volvía a bajar hacia la carretera. Ellos estaban al final de la subida, o sea que podían ver al otro lado del muro y hasta de los tejados de los edificios de la granja. Fue entonces cuando empezó a darse cuenta de que pasaba algo raro, porque detrás de la especie de establo grande y bajo se veía una docena de los Opel Blitz de tres toneladas que a los *krauts* ^[5] les servían prácticamente para todo. Estaban cerrados por detrás con lonas. Que viera el sargento, la única identificación de unidad que llevaban era la matrícula del parachoques del que estaba más cerca del edificio. En la placa se veían los dos rayos de las SS, pero el banderín metido en la contera del lado del copiloto era naranja, señal de que eran *feldjäger* (policía militar). ¿Seis camiones de tres toneladas con capacidad para transportar un centenar de hombres en el culo del mundo? No tenía sentido.

—¿Qué, sargento, cómo está la cosa?

Era Dormouse, que tenía un reguero de mocos en cada lado de boca, como un bebé, y que parpadeaba todo el rato.

—¡Por el amor de Dios, Dormouse, límpiame los mocos!

—Sí, sargento. —Lo hizo, pero le siguió goteando la nariz—, ¿Al que le han dado es a Hayes?

—Sí, un francotirador desde aquella iglesia vieja. Supongo que se podría llamar abadía.

—¿Y qué sentido tiene defender unas ruinas? Además, si son *krauts* que se largan, ¿para qué quieren un francotirador?

—Preguntas demasiado, Dormouse. Acabarás mal. Ah, y vuelve a limpiarte los mocos, que das asco...

El sargento miró atentamente por los prismáticos. Se preguntó qué debía haber dentro de los camiones. La guerra se había vuelto rara. Ya no eran los tiempos en que todo se reducía a coger un fusil, pegarles tiros a los alemanes y que te los pegaran ellos a ti. Ahora parecía que estuvieran todos en una especie de laberinto, buscando secretos y cosas que en el fondo no tenían nada que ver con ninguna guerra, al menos con lo que él entendía por guerra. Volvió a mirar por los prismáticos y observó la granja. ¿Policía militar?

Capítulo 19

La academia Greyfriars estaba a orillas del río Sark, unos veinte kilómetros al norte de Greenwich, Connecticut, en un paraje de colinas y bosques. Friardale, un pueblecito situado en un cruce de carreteras, en dirección a Riverview y Toll Gate Pond, era lo más cerca que quedaba la civilización. Después de cruzar el pueblo, Michael Valentine siguió los indicadores de Oaklane, que le llevaron a un murito de piedra con una verja puntiaguda de forja. Justo delante, al final de un camino de grava ligeramente curvo, bordeado de viejos robles, estaba el edificio principal: una mezcla de iglesia medieval y vieja mansión inglesa cubierta de hiedra y desgastada por el tiempo. Era enorme y muy antigua.

—Ni salido de una novela de Harry Potter —comentó Finn mirando por el parabrisas del coche alquilado, mientras se acercaban a la escuela pisando manchas de sol.

—Más bien de Frank Richards —murmuró Valentine.

—¿Quién?

—Da igual.

Siguieron avanzando entre los robles. A la izquierda había media docena de dependencias, entre ellas una garita de vigilancia, una construcción bastante grande como para ser una piscina o un gimnasio y una capilla pequeña pero completa, con su campanario en miniatura. A la derecha, un campo de béisbol, pistas de tenis y algo parecido a un establo. Entre la parte trasera del edificio principal y el muro había un huerto con hileras bien trazadas de árboles raquíticos. Todo estaba envuelto en una trama de caminos sinuosos, césped bien cuidado y macizos de flores dispuestos con buen gusto. Se notaba que era un colegio para niños ricos.

Aparcaron junto al patio principal, en una zona pequeña de estacionamiento donde los únicos coches, aparte del suyo, eran un Taurus familiar rojo oscuro de mediados de la década de 1990, al que le faltaba un limpiaparabrisas, y un viejo Jaguar Mark II verde acabado en curva. En el asiento trasero del Taurus había una silla para bebés.

Al salir del coche de alquiler, les recibió el aire caliente de la mañana. El sol caía prácticamente a plomo. Todo parecía aplastado, tórrido, deshabitado. En los meses de verano, hasta septiembre, los colegios eran como cascarones vacíos. Penetraron en el patio principal. Delante había una fuente de piedra dominada por una gran estatua femenina con drapeado clásico, que vertía agua en la pila de granito con un ánfora en el hombro. Parecía que llevase cien años derramando agua sin que acabara de llenarse la pila, ni de vaciarse el recipiente de su hombro. El agua era lo único que se movía y que se oía. Fueron a la izquierda y subieron por una escalinata. Valentine abrió una de las puertas de madera oscura. Dentro del colegio se estaba fresco.

Habían entrado en un vestíbulo grande, con las paredes revestidas del mismo

roble oscuro que la puerta principal. El suelo era un ajedrezado de mármol. El artesonado del techo también era de roble, con una gran araña de hierro forjado en el centro. Finn se esperaba una decoración a base de armaduras y alabardas cruzadas, pero lo único que vio fueron vitrinas mal iluminadas con trofeos polvorientos y viejas fotografías enmarcadas. Justo al otro lado de la puerta había una losa grande de granito atornillada a la pared. Parecía una lápida, y en cierto modo lo era. La inscripción dorada del borde superior se limitaba a anunciar: «1916—1918—1941—1945». Debajo de las fechas, diez o doce columnas de nombres. Greyfriars parecía considerar que la historia se detenía en la Segunda Guerra Mundial y desatendía cualquier conflicto posterior; a menos que los muertos de Greyfriars en Corea, Vietnam e Irak no aparecieran porque simplemente faltaba espacio en la losa.

Finn y Valentine cruzaron el vestíbulo guiándose por el ruido de sierra de una vieja impresora matricial y por el sordo tableteo de unos dedos moviéndose por un teclado. Al fondo encontraron un pasillo estrecho que desaparecía a la izquierda y a la derecha, con revestimiento de roble hasta media altura y una vieja capa de pintura ocre en el resto. Había varias puertas, pero sólo una de ellas estaba abierta. Valentine asomó la cabeza y golpeó suavemente en el marco. Dentro había una mujer menuda vestida con sencillez, que trabajaba en un teclado con los pies muy juntos debajo de la mesa y la cabeza erguida, en perfecta postura. Llevaba gafas y el pelo vagamente recogido en un moño. Al oír los golpes de Valentine levantó la cabeza y abrió mucho los ojos detrás de los cristales de las gafas. Valentine sonrió.

—Soy el doctor Michael Valentine, de Nueva York. Vengo con mi ayudante, la señorita Ryan.

—¿El doctor Valentine? —Su expresión de sorpresa se acentuó. Parecía un conejo paralizado por los faros de un coche—. Que yo sepa, aquí no hay nadie enfermo. De hecho, no hay casi nadie: algunos profesores, el director...

—¿Usted cómo se llama? —preguntó Valentine.

—Mimble, Jessie Mimble. Soy la recepcionista.

—Pues nos gustaría ver al doctor Wharton, si tiene la amabilidad...

—¿Están citados?

—No. Es por el robo de un cuchillo.

—Virgen santa...

—Exactamente, por eso venimos.

La joven recepcionista siguió mirándoles con ojos de conejo, como si esperara más órdenes. Parecía fascinada por Valentine.

—El doctor Wharton... —le recordó Finn.

—¡Ah, sí! —dijo la señorita Mimble.

Se levantó del escritorio y franqueó rápidamente una puerta después de llamar con unos golpecitos como de ratón. Al verla de espaldas, Finn reparó en que tenía un culo enorme y unas caderas anchísimas, como si se hubiera injertado el torso de una mujer mucho más flaca en la cintura de un tanque camuflado bajo una falda de flores.

La señorita Mible tardó poco en reaparecer. Abrió la puerta y arrimó la espalda al marco.

—Ya pueden pasar a ver al doctor Wharton.

Les hizo señas de que se acercaran y cerró la puerta a su paso.

El doctor Harry Wharton era un hombre de unos cincuenta y cinco años, calvo, bien afeitado, con unas gafas rojas de lectura, que se quitó al ver entrar a Valentine y Finn Ryan y que dejó sobre la pila de papeles que tenía delante. El despacho era agradable, luminoso. Las cortinas del ventanal del fondo, de un vivo color rojo, estaban descorridas para que entrara el sol. La mesa, de roble oscuro, era grande y moderna. La alfombra hacía juego con la cortina y con las sillas tapizadas de cuero rojo con tachuelas que había delante del escritorio. En la pared de detrás del director se veía una foto aérea del colegio. El resto de las paredes estaba ocupado hasta el último centímetro por estanterías. Todo muy profesoral, como un despacho de director de colegio en versión *Architectural Digest*. Finn sonrió. Nada mejor para tranquilizar a padres ricos. Oía un poco a tabaco de pipa con aroma de manzana. No había ceniceros.

Wharton se levantó, atento a Finn, que se fijó en que llevaba una corbata roja, con pequeños escudos heráldicos azules. El traje era a rayas sobre fondo oscuro. Las punteras de los zapatos de cordones brillaban tanto como su calva. Tendió la mano por encima del escritorio, sonriendo; una sonrisa de lo más afable, que transmitía sinceridad. La primera en darle la mano fue Finn. Recibió la presión justa y nada de sudor. Wharton no era de los que alargaban innecesariamente los apretones. Se volvió a sentar.

Doctor Valentine, señorita Ryan..., ¿en qué puedo ayudarles?

Venimos por la gumía.

—El cuchillo. —Wharton asintió con la cabeza—. El que robaron hace unas semanas.

—Sí —dijo Valentine.

—Me gustaría saber por qué les interesa —inquirió Wharton.

Su tono seguía siendo afable, pero con cierta incisividad.

—Tengo un interés general por las antigüedades, pero en este caso me interesa sobre todo el uso.

—El asesinato.

—Exacto.

—¿O sea que es usted de la policía?

—A veces les asesoro.

Bonita evasiva, pensó Finn; no era verdad, pero tampoco necesariamente falso. Y Valentine había contestado sin la menor tardanza ni vacilación. Pregunta prevista, respuesta a punto... Como habría dicho su madre, ¡menudo elemento estaba hecho!

—Lamentamos mucho lo ocurrido —dijo Wharton—. Como comprenderá, Greyfriars no tiene nada que ver. La única relación es el arma del delito, aunque dé

una mala imagen del colegio. Menos mal que ha pasado durante las vacaciones de verano.

Sí, como incidente no podía ser muy del agrado de los ricos y lamosos, pensó Finn.

—¿Alexander Crawley había estudiado en Greyfriars?

—No.

—¿Está seguro? La expresión de Wharton, hasta entonces afable y neutral, se endureció.

—Totalmente. Consulté los archivos de la policía de Nueva York, y dada la edad del señor Crawley, habría estudiado en Greyfriars en la misma época que yo. Yo estuve aquí de 1955 a 1967, y si Crawley hubiera sido alumno, interno o no, me sonaría.

—Ya.

—Alguien entró a robar y le llamó la atención el cuchillo. Por desgracia, el señor Crawley se convirtió en su víctima.

—¿No le parece un poco descabellado?

—Reconozco que los acontecimientos, además de trágicos, son algo peculiares, pero le aseguro que no hay gato encerrado.

—Y dígame, ¿por qué tenían ese cuchillo en Greyfriars? —preguntó Finn.

—Tenemos un pequeño museo, lo que se llamaba antiguamente un gabinete de curiosidades. El cuchillo era una donación de un ex alumno.

Valentine miró a Finn, que captó enseguida lo que estaba pensando.

—¿Lo podríamos ver? —dijo, vivaracha, regalando a Wharton su mejor sonrisa—. Me refiero al museo.

—Francamente, no veo la necesidad —contestó el director—. Teniendo en cuenta que ya no está el cuchillo...

—Por favor —dijo Finn.

Se levantó situando el botón dorado de sus vaqueros aproximadamente a la altura de los ojos de Wharton, que apenas pestañeó.

—Bueno, por qué no... —respondió hoscamente el director.

Mientras se levantaba llevó maquinalmente la mano derecha al botón de su americana y lo abrochó. Se alisó la corbata.

—Se puede ir por el colegio, pero lo más fácil es cruzar el patio —dijo.

Salió con ellos al pasillo, informó a la señorita Mible de adonde iban y les condujo al patio a través del vestíbulo. Empezó a dar zancadas por el caminito de grava que atravesaba el césped bien cuidado sin hacer ningún esfuerzo por entablar conversación con Finn o Valentine, como si les desafiara a seguir su ritmo.

Llegaron al otro lado del patio, a una escalerita de piedra por la que subieron hasta una puerta pequeña de cristal. Era la de un guardarropa lleno de percheros de latón. Habían llegado a la esquina de dos alas del edificio grande. Había dos pasillos. Uno partía hacia la izquierda y el otro hacia la derecha. Wharton tomó el de la

derecha sin abrir la boca. Justo al entrar, a mano izquierda, había una puerta abierta. La sala del otro lado parecía el laboratorio de ciencias. La siguiente puerta ostentaba un pulcro rótulo de madera donde ponía cuarto oscuro de revelado. Wharton se plantó frente a una de las puertas de la izquierda, metió la mano en el bolsillo de los pantalones, sacó un llavero grande e introdujo una de las llaves en la cerradura.

—¿Cierran el museo con llave? —preguntó Valentine.

—Ahora sí —contestó Wharton de mala manera.

Un giro de la llave hizo ceder la puerta. El director accionó un Interruptor en la pared y varios fluorescentes se encendieron chisporroteando.

Era un museo pequeño, de unas dimensiones que no excedían las de una simple sala de estar. En las paredes había mapas, cuadros y expositores con tapa de cristal. La atmósfera era anticuada, como la de las fotos antiguas del Smithsonian que había visto Finn. En los expositores había de todo: una colección de huevos de pájaro en nidos de algodón amarillento, un *stereopticon* antiguo con varias diapositivas, una medalla de oro de atletismo de las Olimpiadas de 1924, una medalla de honor del Congreso para un veterano de la Segunda Guerra Mundial, etc.

Muy por encima de uno de los expositores había dos mosquetes Brown Bess de la guerra de 1812. El expositor contenía una colección de la guerra civil, entre cuyas piezas había un antiguo revólver Colt de la marina, y a su lado, en truculenta yuxtaposición, unos prismáticos con la lente derecha rota y el ocular correspondiente fundido y retorcido. Finn hizo una mueca. Verlo daba un sentido totalmente nuevo a la expresión «No dispares hasta que les veas el blanco del ojo».

A la derecha, tan al fondo que apenas se veía, descubrieron un cuadro al óleo de un mono que parecía de un aficionado y que daba la sensación de que no le habían quitado el polvo en muchos años. Debajo había una vitrina de madera y cristal en la que se echaba en falta un trozo aproximadamente triangular de lo segundo. Saltaba a la vista que alguien lo había cortado con una punta de diamante y lo había retirado con masilla. El trozo recortado seguía junto al agujero. Había polvos para huellas dactilares por toda la vitrina. Al mirar por el recorte, Finn vio una silueta más oscura en el paño verde del fondo. Era donde había estado el cuchillo curvo, junto a una tarjetita impresa que explicaba: daga ritual morisca, donación de la colección George Gatty.

—¿Quién era George Gatty?— Preguntó.

—Según el archivo, estudió aquí en los años treinta, antes de ingresar en West Point.

—Vaya usted a saber de dónde sacaría una daga española... —murmuró Valentine.

—Debió de quedársela durante la guerra, en el Marruecos español o en Casablanca.

—Se nota que sabe de historia del siglo xx —comentó Valentine.

—Es que aparte del colegio también dirijo el departamento de historia. Doy clases

en sexto nivel.

—¿Sexto nivel? —preguntó Finn.

—Duodécimo curso —aclaró Valentine.

—¿Sabe algo más de Gatty?

—No, sólo que en los años treinta estudió aquí y que luego se fue a West Point. Es la única información que pude darle a la policía.

—¿No sabe dónde se le podría encontrar?

—No me dedico a seguir la pista de los antiguos alumnos, señor Valentine. Para eso hay asociaciones.

—Doctor Valentine.

—Bien, pues doctor Valentine.

Wharton se dio la vuelta y salió del museo.

—Qué mal genio —observó Valentine.

—Sí, bastante —asintió Finn—. ¿Usted cree que podremos encontrar al coronel Gatty?

—Con un nombre así dudo que sea muy difícil.

Valentine echó un vistazo al óleo pequeño de encima del expositor y salió al pasillo. Wharton esperaba al lado de la puerta. Cuando ya no quedó nadie en el pequeño museo, lo cerró con llave.

—¿Les puedo ayudar en algo más? —preguntó.

—No —dijo Valentine con un gesto de la cabeza—, creo que ya he visto bastante.

Wharton le miró con dureza.

—Pues entonces creo que me despediré.

Valentine le saludó con la cabeza.

—Gracias por ayudarnos.

—De nada —contestó Wharton.

Se dio la vuelta y volvió hacia su despacho por la puerta del guardarropa. Al salir, Finn y Valentine ya no le vieron. Sólo oyeron el eco de sus pasos rebotando en los pasillos del colegio. Ellos dos salieron a la luz de un día caluroso por la puerta más pequeña.

—¿Bien, qué conclusiones has sacado? —dijo Valentine mientras cruzaban el patio.

—¿Es un examen? —dijo Finn.

—Si quieres llamarlo así...

—¿Por dónde empiezo?

—¿Por dónde va a ser? Por el principio.

—En el despacho olía a tabaco de pipa, pero no he visto ninguna.

—Sí, yo también me he fijado.

—Mmm... Ha evitado que viéramos el colegio por dentro cuando nos ha llevado al museo, así que es posible que haya querido escondernos algo. Quizá al fumador de pipa.

—¿Algo más?

—Creo que ha mentido sobre Crawley. Le apuesto lo que quiera a que, si investigáramos un poco, averiguaríamos que sí que estudió en Greyfriars.

—Sigue.

—Tampoco me creo lo que ha dicho de Gatty. Seguro que sabe mucho más sobre él.

—¿Qué motivos podría tener para ocultarnos información?

—No estoy muy segura. Supongo que le protege por alguna razón.

—¿Algo más?

—Pues no, sólo que usted me ha parecido muy interesado por el cuadro del museo. Parecía una mala imitación de Picasso.

—Es de Juan Gris.

—¿El cubista?

Gris, español como Picasso, y vecino suyo en París, figuraba entre los primeros exponentes del cubismo, junto con Georges Braque. Finn lo había estudiado un poco en segundo de carrera. Si Valentine tenía razón, ese cuadro valía mucho dinero.

—Si es auténtico, es un cuadro sin título de 1927 y no debería estar aquí.

—¿Por qué no? —preguntó Finn—, Otro ex alumno generoso.

—Lo dudo —contestó Valentine—. Se lo llevaron los nazis de París en 1941 de la galería Wildenstein y desde entonces no se ha vuelto a saber nada de él.

—¿Cómo puede haber llegado hasta aquí?

—Qué misterio, ¿eh? Llegaron al coche de alquiler. El Taurus aún estaba, pero el Jaguar no.

—Lo lógico es que el Taurus sea de la señorita Mible.

—Yo creía que el Jaguar era de Wharton.

—Yo también, hasta que he visto la fotografía aérea de detrás de su mesa. Se ve una casa bastante grande medio escondida detrás del edificio principal: la vivienda del director.

—¿Entonces el Jaguar de quién es?

—De la persona que fumaba en pipa en el despacho de Wharton justo antes de llegar nosotros.

—Deberíamos haber apuntado la matrícula.

—Era de Nueva York, de los veteranos de la Segunda Guerra Mundial. 1LGS2699.

A Finn no le sorprendió demasiado el alarde de memoria de Valentine.

—¿El coronel Gatty?

—Probablemente, pero eso no nos costará mucho averiguarlo. —Valentine le lanzó las llaves—. Ahora conduces tú.

Finn abrió la puerta y se sentó al volante, mientras Valentine subía por el otro lado. Luego se agachó para sacar su ordenador de debajo del asiento y lo enchufó en la toma del encendedor. Cuando tuvo el portátil encendido, activó el módem

inalámbrico GPRS y accedió sin problemas a la base de datos del Departamento de Vehículos Motorizados de Nueva York. Finn condujo hasta el final del largo camino de entrada y giró por la carretera de regreso a la autopista. Valentine sólo tardó unos minutos en conseguir lo que buscaba.

—Es Gatty. Vive cerca del Museo de Historia Natural.

—Sí que ha tardado poco...

—Lo que puedan hacer los terroristas afganos, yo puedo hacerlo mejor.

Valentine pulsó una tecla del ordenador con una sonrisa burlona y lo cerró. Empezaron el regreso a Nueva York.

Capítulo 20

Anochecía. En el cielo purpúreo revoloteaban los chotacabras, haciendo resonar con fuerza sus reclamos nupciales, pero la granja y sus dependencias no estaban oscuras, sino bañadas por la luz de media docena de lámparas de seguridad montadas en lo alto de unos postes y alimentadas por un pequeño generador portátil que resollaba en algún lugar de las proximidades. Tal como estaban los tiempos, ¿quién disponía de la gasolina necesaria para alumbrar una simple granja y convertirla de paso en blanco fácil para los aviones o patrullas de los aliados? Claro que la aviación aliada nunca había llegado tan cerca de la frontera suiza, y en esa zona la única patrulla suelta era la de ellos... Era una zona muerta, donde si existía alguna guerra era una guerra privada.

Habían acampado sin encender fuego al borde de los árboles, amparándose en los restos de un antiguo muro de piedra seca cubierto por las zarzas. Uno de los agentes secretos, Taggart, hablaba en voz baja con Cornwall, quien a su vez tomaba notas en una libretita alumbrándose con su linterna. Los demás comían estofado con verduras M—3 o carne con alubias M-1, platos que fríos tenían un sabor tan malo como su aspecto, aunque si los calentabas no mejoraban demasiado. De todos modos, al sargento le daba igual. Después de tres años comiendo esa bazofia por toda Europa se le habían quedado las papilas gustativas como de cartón. Para llenarse la barriga, tanto servía un bodrio como un buen condumio. Además, todo salía de la misma manera: con papel de váter del juego de accesorios C—3. Ya decía todo el mundo que era una guerra de mierda.

Cornwall, ¡oh, prodigio!, le estaba dirigiendo la palabra.

—¿Sargento?

—Sí, señor.

—Tendremos que acercarnos un poco más a la granja.

—¿«Tendremos», señor?

—Usted y su patrulla. Con todos los hombres que considere necesarios.

¡Qué estupidez! Por pedir que no quede, ¿y no quiere que vaya todo el ejército americano? El brillo de las lámparas alemanas se reflejaba en las galas de Cornwall como si no tuviera ojos. Su voz era como de profesor de historia, como de saberlo todo. ¡Es que te dormías oyéndole!

—¿Qué desea saber, señor?

—Quiero un reconocimiento del terreno, sargento: número de hombres, de armas... Ya me entiende.

—Perfecto.

Vaya, que ellos se encargaban de lo difícil mientras Cornwall, McPhail y Taggart se quedaban hablando de arte. ¡Anda que...!

Eligió a Teitelbaum y Reid porque sabían callarse. Los tres treparon con sigilo al

muro y salieron del bosque justo cuando desaparecía la luna por el horizonte. Tardaron casi una hora en recorrer el camino de tierra de delante de la granja. Era donde se acababa la luz de los postes, pero la cuneta les brindaba suficiente oscuridad y protección para no ser vistos por los centinelas.

El sargento sacó los prismáticos y los movió lentamente hacia ambos lados. Todo estaba igual que antes, sólo que más cerca. Reconoció el hueco en el muro de piedra tapado por las zarzas, así como el poste y los restos de madera de la antigua puerta. A la izquierda se adivinaba a un vigilante con pinta de agobiado y una capellina de lona, pese a que ya hacía horas que no llovía. El sargento vio la luz de un cigarrillo, que dibujaba un arco desde la mano hasta la boca del vigilante. Habría sido facilísimo pegarle un tiro, en venganza por Hayes. Aunque a él qué le importaba Hayes. Sobre todo teniendo en cuenta que, si el francotirador seguía en la torre de la abadía, vería brillar el cañón y se lo cargaría a él en un abrir y cerrar de ojos. No, ni hablar; la misión era de puro reconocimiento.

El sargento también vio otra cosa: lo difícil que sería saltar el muro de piedra. Era demasiado alto, con demasiadas zarzas. Se quedarían atrapados como pájaros en una red. Por lo que veía, o entraban por la verja o no entraban. Por otro lado, si se lo decía a Cornwall o a alguno de los otros dos falsos oficiales, probablemente tomarían ellos la iniciativa y acabarían pelándolos a todos. Como le había dicho en Francia no sé quién, saber más era tener más. Ordenó a Teitelbaum y Reid que se quedaran donde estaban, les dio el santo y seña de la noche y les dijo que volvería en un rato. ¿Que se les ocurría fumar y se los cargaba el francotirador desde las ruinas de la abadía? Era su problema.

El sargento volvió a meterse entre los árboles y se dirigió hacia el norte. Como había visto el mapa topográfico de Cornwall, el grande, sabía que existía la vaga posibilidad de que llegara por la carretera uno de esos monstruos de King Tigers y los barriera a todos con su cañón de ochenta y ocho milímetros, pero de momento no había visto ninguno, ni le pareció probable verlo. Lo peor que había visto, arriba, en la colina, era un Panzer I de los viejos, con toda la pinta de salir de la guerra civil española, quemado y medio tirado en la cuneta. Con esa misión, el mando le había apartado de la acción directa. Mientras los tíos esos de la OSS no hicieran ninguna tontería, por él perfecto, porque no tenía madera de héroe. A esas alturas su única pretensión era cumplir y volver a Canarsie.

Caminó entre los árboles, haciendo un examen maquinal del sucio por si había trampas o cables y con los oídos, aguzados por la practica, en alerta máxima. El funcionamiento de su cerebro, automático y autónomo, listo en todo momento para reaccionar a cualquier señal visual o auditiva, era más animal que humano. Llegó a otra zanja. Ésta desaguaba en una alcantarilla que llegaba hasta el campo del otro lado del camino. Si había algún mecanismo de alarma (minas o cables), tendría que estar en esa zona. Pues no, no había ninguno. En las placas de las camionetas ponía «SS», pero no era ninguna unidad de élite. ¡Bueno, qué memos! Ni un soldado raso

era tan tonto como para dejar un flanco abierto. Examinó atentamente el suelo: nada de nada, ni colillas, ni cerillas, ni restos de comida, ni peste a meado que pudiera delatar a un centinela. Sonrió, contento de haber dejado atrás a los demás. Allá pasaba algo, algo tan sospechoso como el propio Cornwall y sus dos presuntos tenientes.

El sargento se quedó mirando el suelo al lado de la zanja, agazapado. Ya llevaba más de seis meses con aquel grupito. Se los habían llevado de Amberes justo después de la liberación de Holanda y los habían asignado al G2 por órdenes de a saber quién. Desde entonces se dedicaban a cruzar Europa, hablando con la gente y sin ver combates ni de lejos. Dos semanas antes estaban a ochenta kilómetros de Coblenza, matando el tiempo en espera de que los ingleses tomaran una decisión. Entonces Cornwall se había enterado de algo, que era la razón de que llevaran varios días yendo hacia el sureste, como un mapache que olfatea una hembra. Quizá lo que husmeaba Cornwall fuera eso: una falsa unidad de las SS en el culo de Baviera y seis Opel Blitz.

A esas alturas de la guerra, un chupagasolina como el Blitz —capaz de ir a cincuenta por hora o más, según la carretera— valía su peso en oro. El sargento pensó deprisa. Para llegar tan al sur, las camionetas tenían que tener algún salvoconducto especial. Desde allí podían ir a Suiza, Italia o Austria. Al este estaban los rusos y al oeste los aliados. Entre los unos y los otros, era como ser un grano a punto de que te reventaran. Lo más probable era que la intención de la unidad fuera entrar en Suiza, porque Italia ya se había rendido y Austria no quedaba muy lejos. En conclusión: al lago de Constanza, que no podía estar a más de cien kilómetros.

El sargento se asomó a la zanja preguntándose cuántos problemas podía crearle su curiosidad. En el supuesto de que sí, de que fuera valioso el cargamento de los seis Opel y de que Cornwall pensara quedárselo, la auténtica pregunta era la siguiente: ¿qué pensaba hacer con él a partir de ese punto? La misión consistía en recuperarlo y devolvérselo a sus dueños legítimos por las vías autorizadas, pero el sargento empezaba a tener dudas. Quizá ya estuvieran más allá de la guerra y hubiera empezado el juego de santa Rita, santa Rita, lo que se da no se quita. O del sálvese quien pueda y ahí te quedas tú. Quizá hubiera llegado el momento de que el mozo de Canarsie se llevara un buen trozo del pastel. Quizá.

Bajó la mano a la culata del arma que llevaba apoyada en la cadera. Tres falsos oficiales que ni siquiera eran del ejército, con cómodos empleos en Estados Unidos y probablemente de toda confianza. Fácil sería, eso seguro. Por otro lado, ¿qué hacía él con seis camiones si todo constaba en los papeles?

Se levantó. Faltaba muy poco para el amanecer. La niebla corría por los árboles, pegada al suelo, como tela hecha jirones. Seis camiones, bastante cerca de la frontera suiza para llegar en uno o dos días. Valía la pena planteárselo. Observó la entrada de la granja a través de las hilachas de niebla y hubo un momento en que estuvo casi seguro de haber visto a alguien cruzando la verja. Levantó los prismáticos. No era un

vigilante, sino un hombre uniformado. Un general hasta la médula o, mejor dicho, hasta la cinta roja de los pantalones. Sin embargo, era demasiado joven: cuarenta y pocos años, facciones duras, barbilla afilada... Igual era un disfraz. Se paró al borde de la verja. Justo entonces apareció alguien más, una mujer con un jersey y un pañuelo en la cabeza. El del uniforme de general encendió un cigarrillo. Se reían de algo. Ella era joven. Qué interesante... ¿La mujer del granjero? ¿La hija? ¿Compañía femenina para la unidad? Seis camiones Opel, un falso general y una mujer. ¿Qué pasaba?

Capítulo 21

Gatty vivía en un edificio de seis plantas de la calle 62 Oeste, que parecía transportado un siglo atrás desde la orilla de un canal de Amsterdam. Estaba enmarcado a la izquierda por una de las típicas casas rojizas de Nueva York y a la derecha por un bloque de pisos de dimensiones respetables. La puerta principal quedaba por debajo de la calle. Tuvieron que entrar en un pequeño patio rodeado por una reja de hierro forjado. La aldaba era enorme: una bisagra y una mano negra con algo dentro que parecía una pequeña bala de cañón. En medio de la bala, un ojo abierto de mirada fija. Valentine llamó dos veces a la puerta de roble macizo. Oyeron el eco de los golpes dentro de la casa, seguido por pisadas sobre piedra.

—Da un poco de repelús —dijo Finn.

Valentine sonrió.

—Sí, el dinero que se puede permitir una casa así en West Side suele dar repelús —contestó.

Se encendió una luz encima de sus cabezas. Tras una breve pausa, apareció en la puerta un hombre con un sencillo traje negro. Había cumplido los setenta años y el poco pelo que le quedaba era plateado. Sus ojos oscuros habían visto demasiadas cosas. Tenía la boca fina, con una cicatriz que levantaba su labio superior dejando a la vista un diente amarillo. Había nacido antes de que se generalizaran las operaciones de labios leporinos y fisuras palatinas.

—Desearíamos hablar con el coronel, si es tan amable —dijo Valentine—. Es por un tema relacionado con la academia Greyfriars. Creo que acaba de llegar de ella.

—Un momento —dijo el hombre.

Tenía la voz un poco gangosa, pero se le entendía perfectamente. Cerró la puerta. Cuando la luz se apagó, Finn y Valentine se quedaron a oscuras.

—El culpable es el mayordomo —dijo ella—. ¡Éste sí que es tétrico!

—No es un simple mayordomo —comentó Valentine—, sino un guardaespaldas. Lleva un arnés para pistola. Se lo he visto cuando se ha vuelto.

El mayordomo-guardaespaldas volvió al cabo de un rato para dejarles pasar. Le siguieron a un vestíbulo con suelo de pizarra y apliques anticuados en las paredes. Desde allí subieron por una escalera ancha de roble gastado que les llevó a una sala enorme de la planta principal. Era el doble de alta que una sala normal, una mezcla de nave de iglesia y sala de castillo. El techo era de yeso con adornos de hiedra y pámpanos. El revestimiento de roble oscuro dejaba al desnudo la cuarta parte superior de las paredes. El suelo era de tablones muy anchos. Por un lado, la sala terminaba en tres ventanas arqueadas con vidrieras que daban a la calle Setenta y dos; por el otro, en más de una docena de ventanas más pequeñas que llegaban desde el suelo hasta el techo y que ofrecían vistas de un pequeño jardín interior cuya única iluminación procedía de dos o tres lamparitas empotradas en las esquinas de la pared.

Casi todos los cuadros, que se contaban por docenas, eran holandeses: meticulosos paisajes arquitectónicos de DeWitte, interiores domésticos de DeHooch, marinas de Cuyp y lúgubres castillos de Hobbema. La única excepción era un Renoir de gran formato, una cabeza de niña que ocupaba el puesto de honor sobre la gran chimenea embaldosada.

A media altura, por tres lados de la sala, discurría una galería de la que colgaban estandartes heráldicos. También había cuatro armaduras, una en cada esquina. Casi todo el suelo estaba cubierto por una alfombra roja en la que descansaban encarados dos mullidos sofás de cuero en color caramelo. Entre sofá y sofá, una gran piel de cebra sobre la cual había una mesita cuadrada de centro, con marco de teca y gruesos recuadros de latón batido. Repartidas por la estancia, varias mesitas auxiliares exhibían fotografías con marcos de plata y pequeños tesoros escogidos, desde pitilleras de oro decoradas a gumías, de las que Finn vio como mínimo tres.

—Veo que les gustan mis cosas —dijo una voz desde lo alto—. Disfruten, se lo ruego.

Al levantar la vista, Finn vio una cara mofletuda que les observaba desde la galería. De repente desapareció. Al cabo de un rato, y de un suave zumbido, apareció el mismo hombre al fondo de la sala, vestido de etiqueta, con un traje de Saville Row que llevaba como mínimo treinta años pasado de moda. Su pelo negro era abundante y lacio, como salido de un bote de betún, a lo Ronald Reagan. Tenía los ojos de un azul deslavazado, las manos nudosas, con grandes manchas de vejez y un bastón de tres puntas en el que apoyaba todo su peso al caminar. Sus andares delataban cierto grado de cojera en la pierna derecha y una leve diferencia de altura entre los hombros, en beneficio del izquierdo. Lo negro del pelo no le impedía aparentar ochenta años más que cumplidos. Movi6 el bast6n con la mano izquierda.

—Siéntense —dijo con afabilidad señalando los sofás marrones de piel.

Kinn y Valentine obedecieron. El anciano eligió una silla de respaldo recto y aspecto muy macizo situada en un ángulo de noventa grados respecto a los sofás. El mayordomo-guardaespaldas reapareció con un servicio antiguo de café, lo dejó y se fue.

—Edward Winslow —dijo el anciano—. Mucha gente lo confunde con un Paul Revere.

Sacó una pipa de brezo retorcida del bolsillo de su americana y la encendió con un mechero negro de la Segunda Guerra Mundial, con efecto de craquelé. Después de cerrarlo exhaló una nube de humo con aroma de manzana. «Misterio resuelto», pensó Finn.

—Y eso que Winslow es muy anterior a Revere —comentó Valentine—, A mi juicio, también muy superior, sobre todo en las piezas más pequeñas. Revere, como platero, era igual que como político: un poco melodramático.

—¿Sabe de platería?

—Sí, y de política también. —Valentine sonrió—. Sobre todo de la

melodramática.

—¿Quién es esta joven tan guapa que le acompaña?

—Me llamo Finn Ryan, coronel. Venimos por la gumía que donó a Greyfriars.

—¿Se refiere a la que apareció embutida en la garganta del pobre Alex Crawley?

—El anciano se rió—. No hubiera sido por falta de ganas, pero dudo mucho que la artritis, por no hablar de la embolia que sufrí hace cuestión de un año, me hubieran permitido hacer algo así. Ya no tengo la misma libertad de movimientos que antes.

—¿Conocía a Crawley? —preguntó Valentine.

—Lo suficiente para que me cayera mal. Era el típico contable, insensible al arte que representaba.

—¿De qué se conocían? —quiso saber Finn—. ¿Del museo o de Greyfriars?

La larga mirada del anelano, casi rapaz, le puso los pelos de punta.

—Eso a usted no le importa, pero en fin, ni de lo uno ni de lo otro. Mire a su alrededor, señorita Ryan. Se llama así, ¿verdad? Yo vivo para el arte. Compró mucho, y con un volumen de compras como el mío es muy normal tratar con instituciones que quieren deshacerse de alguna de sus obras, como el Parker-Hale. Yo lo que colecciono es arte holandés, y de eso el Parker-Hale tiene bastante.

—La excepción sería el Renoir —observó Valentine señalando con la cabeza el cuadro de encima de la chimenea.

—Lo compré hacia el final de la guerra.

—Ah...

Valentine no insistió. Gatty era coleccionista —de los vulgares, si no mentía la decoración de su sala de estar— y a los coleccionistas les encantaba presumir.

—Sí, en Suiza.

—Un destino un poco raro.

—Bueno, no tanto. Estaba en Berna de enlace militar con Allen Dulles.

—¿En serio?

—Sí. Muchas maquinaciones. De la mayoría de las cosas aún no puedo ni hablar.

—Dulles llevaba un centro de vigilancia de la OSS. ¿Eso qué tiene que ver con un Renoir?

Los conocimientos de Valentine parecieron sorprender al coronel, que arqueó una ceja y sonrió.

—En Europa se vendían muchas obras de arte antes, durante y después de la guerra. Me limité a sacar provecho de lo que podríamos llamar un bajón del mercado. La procedencia es totalmente legítima.

—No he dicho que no lo fuera —contestó Valentine con ponderación.

—Es más, de vez en cuando todavía les compro algo.

—¿A quiénes?

—A la galería Hoffman —contestó Gatty.

Finn hizo un pequeño movimiento de sorpresa. Valentine le puso una mano en la rodilla como si fuera lo más normal del mundo y ya no la movió. Ella no supo de qué

asombrarse más, si de la mano de Valentine o del nombre de la galería. Hoffman. Era el mismo nombre que salía en la base de datos como origen del dibujo de Miguel Ángel. Sin aportar la solución del misterio, al menos era otra pieza que añadir al puzzle. La daga, Greyfriars, la relación entre Crawley y Gatty, y ahora, como punto en común, la galería de arte suiza. Muchos vínculos, pero de momento ninguna explicación plausible.

—¿No es un poco raro que un asesino se tome la molestia de entrar a robar un arma en un colegio de Connecticut y la use en Nueva York?

—Que yo sepa, es pura coincidencia: un robo por aquí y la aparición de la daga por allá. No se puede descartar que el asesino comprara el cuchillo en una casa de empeños de la ciudad. Nada indica que se trate de la misma persona.

—Me parece que ése podría ser un buen argumento si tuviera que defenderse ante los tribunales.

—Ya, pero ni me estoy defendiendo, ni creo que tenga que hacerlo en un futuro —repuso Gatty.

—No, supongo que no —contestó Valentine.

Uno de sus dedos golpeó suavemente la rodilla de Finn. Valentine se levantó. Ella también. El anciano permaneció en su silla. El guardaespaldas canoso hizo acto de presencia como si Gatty hubiera pulsado un botón invisible.

—Bert, acompaña a la puerta a estos señores.

El anciano sonrió con frialdad. El guardaespaldas les condujo a la salida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Finn mientras se dirigían al coche de alquiler—. En el fondo, por lo único que le ha preguntado es por el Renoir. ¿Cómo sabía que había una relación con el dibujo?

—No lo sabía —dijo Valentine—, Lo que sabía es que ya había visto el Renoir.

—¿Dónde?

—En el mismo sitio que el Juan Gris de la academia: en un catálogo internacional de arte. El Renoir desapareció al mismo tiempo que un paisaje de Pissarro en 1938. Los habían embarcado de Amsterdam a Suiza y se supone que no llegó ninguno de los dos. Dos obras robadas en un solo día. —Hizo una pausa—. Ya son dos más.

Capítulo 22

La desnudez de la última planta de Ex Libris no tenía nada que envidiar al saturamiento de los pisos inferiores. De regreso de la casa de Gatty, subieron en silencio en el montacargas, que Valentine abrió con llave. Al salir, Finn se encontró con quinientos metros cuadrados que parecían salidos de una película de Fellini: varias salas intercomunicadas, todas enormes y todas con el techo muy alto. La primera tenía las paredes de falso ladrillo y planchas de latón pintadas de rojo chino, con una gran mesa central cuyo tablero estaba compuesto por una enorme losa de mármol negro de Georgia. Desde ahí salieron a un pasillo muy ancho, pintado de verde oscuro, con esculturas fluorescentes de John Kulik y un suelo reluciente de baldosas negras y alfombras chinas redondas. El tercer sector, que sólo podía ser una sala de estar, también tenía alfombras chinas en el suelo. En la pared del fondo había un gigantesco óleo surrealista de Sidney Goldman, con desnudos y monjas. Finn se sentó en uno de los tres sofás y miró a su alrededor. Valentine desapareció por una esquina y volvió al cabo de unos minutos con una bandeja en la que había dos *bagels* rellenos enormes y dos cervezas de cuello largo.

—¿Blatz?

—De Wisconsin. —Valentine sonrió—. Me aficioné cuando iba al colegio, en Madison.

—Mi padre daba clases en la Universidad de Wisconsin —dijo Finn después del primer trago de cerveza.

Mordió un trozo de bagel y mientras masticaba se quedó mirando a Valentine, que se sentó delante de ella.

—Sí, es verdad. —Valentine asintió con la cabeza y bebió de la botella, sin tocar el *bagel* que tenía en la bandeja—. Fue donde le conocí.

—¿Cómo?

—Era mi profesor de antropología.

—¿Cuándo?

—A finales de los sesenta y principios de los setenta.

—Mi padre debía de ser muy joven.

—Sí, los dos lo éramos. Yo más que él.

Valentine se rió.

Finn dio otro mordisco al bocadillo y bebió otro trago de cerveza. Al mirar los muebles y los cuadros del salón, pensó en el solar de Nueva York donde estaba sentada y en Valentine. Le cansaba todo tanto... Empezó a darle vueltas la cabeza. No podía más.

—Esta casa no se la ha comprado vendiendo libros, señor Valentine.

—Haz el favor de tutearme y de llamarme Michael. En cuanto al comentario, me parece un poco pasivo-agresivo, señorita Ryan.

—La verdad, no es que me guste mucho la psicología barata, pero tú te dedicas a algo más que a vender libros y a investigar.

—Sí.

—Eres una especie de secreta, ¿no?

—¿Secreta?

—Un espía.

—No exactamente.

—¿Y mi padre? ¿Qué era?

—Profesor de antropología.

—Cuando murió, mandaron el cadáver a Columbus para el entierro.

—¿Ah, sí?

—Fue un entierro con el ataúd cerrado. La verdad es que entonces no le di más vueltas, aparte de la rabia que me dio no poder verle la cara.

Valentine no dijo nada.

—Tardé bastante, pero al final empecé a pensar en sus viajes: siempre a países inestables y peligrosos. Y me pareció muy raro que por un simple infarto sellaran el ataúd.

Valentine se encogió de hombros.

—Se murió en la selva. Puede que tardaran un poco en llevar sus restos hasta la civilización...

—O que le faltaran las uñas, o que le torturaran, o hasta que el cadáver del ataúd no fuera el de mi padre.

—¿Qué quieres decir, que sospechas que tu padre era un espía?

—Soy de Columbus, Ohio, y tengo un pensamiento lineal. Mis profesores siempre me lo han dicho. Líneas rectas, ¿sabes? Poner los hechos en fila, como en el dominó, y ver adonde llevan. En este caso, mi madre me dio tu número de teléfono; está claro que no eres el típico librero plasta, y además fuiste alumno de mi padre. Probablemente más que un alumno. ¿Me equivoco? Matan a mi novio, a mí me atacan, encuentran muerto a mi ex jefe con una daga en la boca y tú ni te inmutas... Michael, por favor.

—Hablas igual.

—¿Que quién?

—Que tu padre. Hacía lo mismo: enumerar los hechos con los dedos.

Valentine sonrió. Al mirar hacia abajo. Finn se dio cuenta de lo que había estado haciendo con las manos y se sonrojó. Al mismo tiempo se acordó de cuando su padre explicaba algo durante la cena: primero un dedo, luego otro, luego otro... La clase magistral solía acabarse con el último dedo.

Cerró los ojos. De repente estaba exhausta. Lo que le apetecía de verdad era buscar una cama y no moverse de ella más o menos en un mes. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Veinticuatro horas? ¿Treinta y seis? Algo así. Como un rayo. Como ir en coche y empotrarse en un poste de teléfono en cuestión de un segundo. La vida no era

así. O se suponía que no era así. Finn lo había hecho todo bien: sacar buenas notas, cepillarse los dientes en sentido vertical y horizontal, portarse bien con los demás, no salirse de las líneas al colorear... Vaya, que..., que no tenía... por qué pasarle esto.

Abrió los ojos.

—Mira, Michael, estoy harta de mentiras. No quiero más juegos. No quiero hacer de Holmes y Watson. Estamos hablando de mi vida, o puede que de mi muerte, de que me asesinen. Quiero saber la verdad. Y quiero saber de una vez quién eres.

—No sé si te gustará.

—Tú prueba.

—¿Sabes algo de tu abuelo, del padre de tu padre?

—¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—Mucho.

—Era una especie de empresario. Mi padre nunca hablaba de él. Evidentemente era irlandés. —Finn suspiró—. Pero, bueno, eso ya es historia antigua.

—La historia antigua es lo que somos y de donde venimos. Ya sabes lo que dicen: «Olvidar la historia es estar...».

—«Condenado a repetirla».

—Sí, es una frase muy conocida, pero ¿sabes quién la dijo?

—No.

—Jorge Santayana, un filósofo español, nacido a mediados del siglo XIX y muerto en 1952. De hecho, tu abuelo le conoció personalmente.

—¿Siempre das tantos rodeos?

—Tu abuelo nació en Irlanda, pero no se llamaba Ryan. Se llamaba Flynn, Padraic Flynn. Tiene su lógica, porque Flynn en gaélico es O'Flionn, que quiere decir «pelirrojo».

¡Vaya! —exclamó Finn—, ¿O sea que en realidad me llamo Finn Flynn?

Se cambió legalmente el apellido al salir con ciertas prisas de Cork. Tenía que irse de la ciudad porque había participado en la Insurrección de la Semana Santa de 1916. Desembarcó en Canadá. Y no era empresario, sino contrabandista. Se enriqueció transportando alcohol a remo desde Windsor, por el río Detroit.

—Muy interesante, pero ¿adonde quieres llegar?

—Cuando desembarcaba en el lado americano, se encontraba con mi abuelo, Michelangelo Valentini, que también se había cambiado el nombre; se puso Mickey Valentine, pero todos le llamaban Mickey Hearts. Tuvo su época de fama, como tu abuelo. Patrick Ryan se retiró después de la Ley Seca y se fue a vivir a Ohio. A Mickey Hearts le pegaron un tiro durante las guerras de gánsters de los setenta, en Nueva York, cuando se hicieron con el poder Gotti y su pandilla de locos.

—Bueno, vale, los dos tenemos antepasados delincuentes, pero ¿por qué me lo explicas? Suponiendo que sea verdad, lo cual empiezo a dudar...

—Te lo explico porque ni mi abuelo ni el tuyo querían que sus hijos acabaran delinquiendo. En su caso se justificaba porque eran pobres y no tenían ninguna otra

salida, pero sus hijos tenían la libertad que les ofrecían los estudios. ¿Sabes que los dos fueron a Yale? Durante la guerra, mi padre trabajó para la justicia militar y tu padre para la OSS.

—No lo sabía —dijo Finn—; de todos modos sigo sin ver la relación con el asesinato de Crawley o el de mi novio Peter.

—Pues yo empiezo a pensar que hay mucha, al menos tangencialmente.

—Entonces acaba de explicarlo.

—Al final de la guerra, mi padre entró en la CIA y el tuyo se hizo profesor de antropología, profesión que en los primeros tiempos, en los años cincuenta y principios de los sesenta, le hizo viajar mucho, sobre todo por el sureste de Asia y Centroamérica. La verdad es que daba el tipo: gafas de concha, calvo, con barba pelirroja, muy sonriente, americana de *tweed* con parches en los codos... Hasta fumaba en pipa. A nadie le llamaba la atención. Escribió artículos sobre los Hmong y los Montagnards de Vietnam y Camboya cuando la mayoría aún no sabía ni localizar esos países en el mapa. También predijo la revolución cubana y señaló a Fidel Castro como peligro potencial varios años antes de que subiera al poder.

—¿Qué quieres decir, que era un espía?

—No, oficialmente no, pero mi padre le contrató *de freelance* (uno de los mejores del sector), y tu padre, a su vez, me contrató a mí. Él era especialista en obtener información de la gente. Yo me abrí a la historia y... a otras especialidades.

—¿Como las actividades ilegales?

—Bueno, un trasfondo ya lo tenía. Entonces mi abuelo aún estaba vivo: mi padre y él llevaban años distanciados, como el tuyo de tu abuelo, pero yo siempre había tenido curiosidad por mis raíces, y Mickey Hearts era de mi sangre, me gustara o no.

—Vaya, que entre el asesinato y el robo de obras de arte no hay mucha diferencia.

—En los últimos veinte años, el robo de obras de arte me ha reportado ingresos importantes: encontrarlas, recuperarlas, autenticarlas... Trabajo para clientes privados, compañías de seguros y museos. Para cualquiera que me necesite.

—Incluido el corretaje para los ladrones.

—A veces no me queda más remedio; si no lo hiciera, saldría perdiendo el arte.

—*Ars gratia artis* —se burló Finn—. El arte por el arte. Y por un pastón. —Volvió a sacudir la cabeza—. Nos hemos alejado mucho de mi padre.

—No tanto, ni de él ni de tu madre.

—¿Mamá? ¡Si es una mujer inofensiva!

—Podría sorprenderte. Estuvo igual de metida que tu padre.

—¿Metida en qué exactamente?

—A tu padre no le mataron porque intentara desestabilizar a ningún dictador de ninguna república bananera, sino por haber descubierto que el dictador en cuestión, que se llamaba José Montt, se cargaba sistemáticamente a la población rural y saqueaba yacimientos arqueológicos por todo el centro de Guatemala. El asesino propiamente dicho era el cabecilla de uno de los escuadrones de la muerte de Monti,

la Mano Blanca. Se llamaba Julio Roberto Alpírez. Con el material arqueológico que saqueaban, ganaban unos cien millones de dólares al año. Tu padre se interpuso en su camino y agravó la situación poniendo el grito en el cielo.

—¿Qué fue de Alpírez? —preguntó Finn con la voz tensa y la cara aún más blanca de lo normal.

—Murió —contestó Valentine.

—¿De qué?

—Lo maté yo —dijo Valentine sin alterarse—. Tenía un piso en Ciudad de Guatemala, en la Zona Cuatro, detrás de la antigua iglesia de San Agustín, que está en la avenida Cuatro Sur. —Valentine bebió un sorbo de la botella que tenía encima de la mesa y miró a Finn sin parpadear, pero ella se dio cuenta de que no la veía—. Fui a su casa y lo encontré dormido. Se había emborrachado con un malta de doce años. Le até las manos y los pies con cinta adhesiva, le desperté con un cigarrillo encendido, hablé con él unos minutos, le enrollé en el cuello una cuerda muy fina de piano, la estiré muy fuerte y le corté la cabeza. Desde entonces ya no saquearon más yacimientos.

»Tu padre había sido mi profesor, mi maestro y mi amigo, y mi familia tiene una larga historia de creer en el poder de la venganza. —Valentine se acabó la cerveza y se levantó—. Bueno, me voy a dormir, que es tarde. Te aconsejo que también te acuestes. Tu habitación está al fondo del pasillo.

Sonrió a Finn, se volvió y salió.

Capítulo 23

La residencia del cardenal arzobispo de Nueva York ocupa una hermosa y centenaria mansión de la avenida Madison, en el número 452, justo detrás de la catedral de San Patricio, a la que se conecta por un pasadizo subterráneo. La planta baja de la mansión, que suele recibir el nombre de «el museo», abunda en mobiliario antiguo y se utiliza en muchas ocasiones para realizar sesiones fotográficas, cócteles y fiestas benéficas de alto copete. El primer piso alberga despachos y las habitaciones del personal, compuesto por un cocinero, tres amas de llaves, los dos sacerdotes que trabajan como secretarios del arzobispo y un monseñor cuyo cargo es el de canciller de la archidiócesis. Ambos «secretarios», que son tiradores de élite, formados en el uso de las armas y de las tácticas especiales en la academia del FBI de Quantico, suelen ir armados cuando acompañan al cardenal fuera de los límites de la mansión o de la catedral.

La vivienda del arzobispo, situada en la segunda planta, se compone de un dormitorio, un baño, una cocina pequeña, una sala de estar y un estudio. El mobiliario de la sala de estar es muy austero: un sofá, algunas sillas, un bar pequeño pero bien surtido y un televisor en color muy grande. El estudio tiene varias vidrieras, una bóveda y una mesa de refectorio larga y antigua que sirve de escritorio al cardenal. El dormitorio del apartamento, situado entre el estudio y la sala de estar, apenas supera los tres metros y medio por cuatro. Hay una cama de matrimonio y una sola ventana con cortinaje marrón y blanco a juego con la colcha. El cristal de la ventana cubierta por el cortinaje es antibalas, con laminado de plástico para que no se astille en caso de atentado con bomba. Sobre la cabecera de la cama hay un cuadro de no muy buen gusto de Jesús entrando a lomos de burro en Jerusalén. El gran crucifijo de oro del siglo XIV de la pared de enfrente procede del altar de la catedral de Wroclaw. Al fondo de la habitación hay una sacristía de hierro forjado que contiene los ropajes eclesiásticos del arzobispo: capas pluviales.

Casullas, sobrepellices, varias *mantelettas* o capas en rojo y negro con ribetes de hilo de oro y armiño y un pectoral de oro con incrustaciones de esmeralda reservado para las misas vespertinas de los viernes, única ocasión en la que el cardenal oficia en persona el sacramento.

El hombre que adoptaba las identidades del padre Ricardo Gentile (sacerdote romano), de Peter Ruffino (miembro de la Art Recovery Tactical Squad) y de Laurence G. MacLean (de la Homeland Security) cruzó en silencio las habitaciones del apartamento del segundo piso, con unas Nike de imitación baratas que amortiguaban sus pasos. Tras esperar a que dieran las once, la hora de cierre de la catedral, había bajado a la cripta, un pequeño almacén situado al fondo de la sacristía, siguiendo instrucciones previas, y se había internado por el pasadizo que llevaba a la mansión.

Para estar en una ciudad —y un país— sometidos a ataques tan recientes y brutales, la facilidad con la que había accedido a la vivienda de Su Eminencia David Bannerman, el cardenal, era como para alarmarse. En esas cosas, los americanos seguían siendo unos ingenuos y unos aficionados. Todavía se negaban a aceptar que pudieran odiarles por el simple hecho de ser americanos, y que ese odio fuera tan profundo como para que alguien tomara la decisión de perjudicarles seriamente. El Vaticano llevaba como mínimo un milenio asignando a asesinos el trabajo del Diablo en el nombre de Dios. Y no era el país con más largo curriculum en esos menesteres.

En el siglo XII, el número de asesinatos políticos acumulados por Suiza ya era mayor que el de Estados Unidos en toda su historia; solo un país estaba por debajo, el vecino del norte, Canadá, y hasta esas desoladas extensiones de hielo y nieve habían sufrido en su momento «ataques terroristas» de mayor nitidez. Más que nada, como de sobra sabía el padre Gentile, era un problema de no aprender de la historia, en lo que los americanos eran muy duchos; preferían creer que el resto de los países orbitaban a su alrededor, como los planetas alrededor del Sol. Tal vez a fuerza de fanáticos ricos y locos de atar, como Osama bin Laden, y de aviones usados como arma arrojada, acabaran aprendiendo la lección.

Al llegar a la puerta abierta del dormitorio, hizo una pausa para revisar el silenciador del cañón de su beretta Cougar, un modelo de pistola francamente feo que llevaba en la mano derecha. Se asomó a la habitación. Bannerman roncaba un poco, con una sola almohada en la que descansaban sus pobladas canas. Dormía boca arriba, justo en el centro de la cama, con las manos juntas encima de la colcha y la sábana hasta la barbilla, como un muerto. Gentile vio el cuello de su pijama de seda. Seguro que era de Gammarelli's, justo a la vuelta de la esquina del Panteón. Cruzó el dormitorio y se sentó al borde de la cama para golpear suavemente el puente de la irlandesa y patricia nariz del cardenal arzobispo con el morro del silenciador.

—Despierte —dijo en voz baja.

Bannerman dejó de roncar y murmuró algo. El padre Gentile aumentó un poco la fuerza de los golpes en la nariz. Al cardenal se le abrieron los ojos bruscamente, se le dilataron las pupilas y se le arrugó la frente de susto.

—¿Se puede saber qué...?

—Despierte —repitió Gentile— que tenemos que hablar. No levante la voz. Le aseguro que no le conviene que nos interrumpan.

Bannerman bizqueó y puso cara de tonto al fijarse en el morro del silenciador, situado a diez centímetros de su nariz.

—¿Quién es usted? —dijo.

Tenía bastante más de setenta años, pero conservaba una voz potente y bien timbrada.

—*Vincit qui si vincit* —respondió el sacerdote armado. «Vence el que se vence». La cita hizo abrir mucho los ojos a Bannerman. Cualquier hombre de su rango sabía — y temía —su significado. Esas pocas palabras, junto con su respuesta,

concentraban las semillas de un escándalo de proporciones inimaginables. Bannerman comprendió de inmediato a quién tenía delante, qué estaba autorizado a hacer y de quién emanaba su autoridad. También comprendió que si no pronunciaba la respuesta correcta en cuestión de segundos podía darse por muerto. Nunca había pensado que esas palabras pudieran salir de su boca.

—*Verbumpat sapient* —murmuró. «Al sabio le basta una palabra».

—¿Es usted sabio, eminencia? —preguntó el padre Gentile.

—Sé a qué viene. No soy tan tonto como para no saber leer los e-mails del ASV.

—¿Y a qué vengo, eminencia, dejando al margen al Archivo Secreto Vaticano?

—Viene por el asesinato de Alexander Crawley. Para investigar su muerte.

El cardenal se apoyó en la almohada y miró a Gentile en la penumbra en que sumía al dormitorio el resplandor de la ventana.

—Sólo en parte, eminencia. La misión que me han encomendado es mucho más compleja. Crawley sólo es la punta del iceberg. No hace falta que le diga que habrá más asesinatos, y cuantos más sean, más peligrará la Iglesia. No podemos permitirlo.

—¿Y qué tengo que ver yo con todo eso? —preguntó Bannerman—, No soy culpable de nada. Pasó hace más de medio siglo. ¡Los únicos culpables fueron Spellman y sus malditos monaguillos! El amigo de Pacelli era él, no yo.

—Lamento decirlo, pero el heredero del arzobispo Spellman es usted. Heredó ese cargo junto a esa *manteletta* tan lujosa del armario. Es parte integrante de su congregación, tanto como los propios neoyorquinos.

Bannerman se incorporó del todo, consciente de que el cañón de la pistola seguía sus movimientos sin apartarse mucho de un punto situado aproximadamente entre sus ojos. Observó con atención al hombre sentado en la cama. Unos cuarenta años, buena forma física, una cara de lo más normal y con la aberración del sagrado alzacuellos. Se preguntó si era un auténtico sacerdote o si los guardianes del ASV elegían a sus agentes como buenamente podían. Claro que en el fondo daba igual. Lo importante era su presencia en el dormitorio y que tuviera una pistola.

—¿Qué quiere?

—Toda la información que pueda darme sobre el niño.

—Hay muy poca. Todos los archivos sobre él fueron destruidos cuando cruzó la frontera. Fue lo estipulado al aceptarle en el país.

—Eso fue un pacto con asesinos, un pacto bajo coacción. Sabe tan bien como yo que esa clase de acuerdos carecen de valor. Me consta que algunos archivos fueron conservados en secreto y que ustedes le han seguido la pista a lo largo de los años.

—Es demasiado peligroso.

—¡Pues claro que es peligroso! Si fuera coser y cantar, como suele decirse, yo no estaría aquí.

—Si se descubriera la existencia del niño, las repercusiones serían enormes. En los últimos años, la Iglesia ha sufrido muchos sobresaltos. Hemos pasado una época difícil.

—Naturalmente, pero ¿verdad que si los quejicas de las víctimas se hubieran quedado calladitos no habría sucedido nada? —El cura de la pistola sacudió la cabeza —. Cualquier telepredicador podría citarle los primeros versículos del capítulo 11 del Eclesiastés, eminencia: «Echa tu pan al agua, que al cabo de mucho tiempo lo encontrarás». Lo que se les olvidaría decirle a casi todos es que hay que entenderlo para lo bueno y lo malo. Ahí está el quid de la cuestión. Necesito los documentos sobre el niño. También necesitaré toda la información que pueda darme sobre la Fundación Grange.

—¡No tiene nada que ver lo uno con lo otro!

—No es lo que se deduce del asesinato de Crawley.

Lo único que le habían dicho sus superiores era que se investigaría a fondo la organización que respondía a ese nombre y que existía algún vínculo con la desafortunada muerte de Crawley. La brusca reacción del cardenal fue de gran elocuencia.

—Está jugando con información que lo único que traerá son desgracias. Todo esto es una locura. Al menor paso en falso, los medios de comunicación pedirán mi cabeza.

—Pues entonces lo mejor que puede hacer, en bien de todos, es aprovechar la primera misa que oficie para rezar por que ninguno de mis pasos sea en falso. Bueno, ¿qué? ¿Dónde puedo encontrar la documentación sobre el niño?

El cardenal miró la pistola y a continuación la cara de quien le encañonaba. Mentir quedaba descartado.

—Se conserva en el archivo de la comunidad de San Egidio, en la iglesia de Saint Joseph de Greenwich Village.

Gentile asintió con la cabeza. San Egidio era un gran movimiento laico que trabajaba mucho con huérfanos y niños desplazados.

—¿A qué nombre?

—Frederico Botte.

—¿Cómo accedo al archivo?

—Si se lo pido yo, mi interés les parecerá sospechoso. Por otro lado, el expediente es muy antiguo y no lo habrán informatizado.

—Déjelo en mis manos. ¿Y la Fundación Grange?

—Me enteraré de todo lo que pueda.

—Bueno, pero ni intermediarios ni secretarios, ¿eh? Sólo trataré con usted.

—De acuerdo. ¿Cómo nos ponemos en contacto?

—Yo me pondré en contacto con usted. —Gentile metió una mano en el otro bolsillo de su chaqueta oscura y sacó un pequeño busca Globalstar por satélite que depositó en el pecho rojo del cardenal—. Llévelo encima a todas horas. Vibra. Llame al número que vea en la pantalla.

Puso otro aparatito al lado del busca, un teléfono móvil diminuto.

—Una cosa más —dijo levantándose.

—¿Qué?

—No intente que me sigan, ni trate de localizarme utilizando los medios de que dispone. No llame a la policía en ningún caso. Lo más importante es que comprenda que no soy su enemigo. También debe saber que no vacilaré en sacrificarle por el bien común. No sea imprudente, eminencia. Se lo ruego.

Pronunciada su advertencia, Gentile se fue y dejó al arzobispo de Nueva York temblando en su propia cama. Fuera, sobre las afiladas agujas neogóticas de la catedral, empezaba a salir la Luna.

Capítulo 24

Fue a su cama y se lo encontró despierto en la oscuridad, mirando el techo con las manos detrás de la cabeza. Quizá estuviera reviviendo un pasado remoto y lleno de violencia. Al verla al lado de la cama, con la luna detrás, él se giró. Ella se desabrochó la blusa sin quitarle los ojos de encima.

—Oye, que no es ninguna obligación...

—Ya, ya lo sé.

Ella se quitó la blusa y se puso las manos en la espalda para desabrocharse el sujetador. Después se abrió uno a uno los botones de los vaqueros, consciente de que la observaba, pero intentando no pensar en lo que pudiera pensar, ni en nada que no fuera ese momento. Él no dijo nada más.

Ella se quitó los pantalones, junto con sus bragas blancas de algodón y quedó finalmente desnuda frente a él, de espaldas a la luz, que convertía su pelo en un halo brillante, enmarañado, y cuyo suave y homogéneo resplandor dibujaba la línea de sus caderas, así como los músculos largos y fuertes de sus muslos. Esperó un momento, dejando que él la viera, deseando que recorriese todo su cuerpo con su mirada a la luz de la luna. Acto seguido se metió en la cama junto a él, bajo las sábanas, recordando su mano en la rodilla en casa del coronel, cuando ya había tenido la seguridad de lo que pasaría: su mano, como un puño en un guante de acero, pero también tierna como la de un amante.

Se admiró por segunda vez de los momentos y giros abstractos del destino que podían poner patas arriba la vida de cualquier persona en menos de lo que tardaba el sol en salir dos veces. Pensó, por un fugaz instante, en Peter, en su último y horrible grito, y bruscamente, de una forma extraña, se le apareció la imagen del tocador de su madre, en la casa de la calle Doderidge de Columbus, con la foto de la boda de sus padres en un marco de plata.

En ella aparecían juntos, serios. Él de *tweed* y con gafas de concha, mucho más alto que su madre, que tenía los ojos brillantes y llevaba un vestido de novia precioso y un ramo de flores blancas en la mano. Al fondo se veían los grandes árboles y los rosales de Whetstone Park. Era una de esas fotografías viejas de color amarillo blanquecino. Por un instante, mientras se pegaba a la piel caliente y seca de la cadera de Valentine, se sintió jovencísima; luego ya no hubo vuelta atrás. Él le puso una mano en la barriga lisa y tersa. Ella se volvió hacia él, y Valentine se deslizó sobre ella como si estuviera escrito desde el primer momento que eso ocurriera.

Empezó a moverse, y ella con él, y el resto perdió toda importancia, aunque Finn no sabía si lo hacía por él, por su dolor o por su padre, o bien por ella misma. Nada importaba a excepción del presente, suficiente para ambos.

Capítulo 25

El teniente James Cornwall, de la Unidad de Monumentos, Bellas Artes y Archivos dependiente de la ALIU (la subdivisión de la OSS que se ocupaba del saqueo de obras de arte) en Alemania occidental, estaba sentado en una roca, junto a su sargento, buscando una manera de llegar hasta la granja oculta detrás de la pantalla de árboles. No estaba teniendo mucho éxito. La comida del grupo empezaba a escasear, en la zona pululaban las patrullas alemanas que se batían en retirada, y según el sargento ellos eran un blanco más que fácil para cualquier tanque alemán que decidiera tomar aquella dirección. Encendió un Lucky, se subió las gafas de montura de metal y se extrañó de que un hombre con dos cursos completos en la Sorbona y una licenciatura *summa cum laude* en Yale pudiera acabar sentado en una roca de Baviera junto a alguien que apestaba a sudor y tabaco y que llevaba un rifle Garand colgado en la espalda. Era conservador adjunto de dibujos y grabados en el museo Parker-Hale. En ese momento, lo lógico habría sido estar desayunando en el hotel Brevoort, en la amistosa compañía de Rorimer y Henry Taylor, del Met, no estar expuesto a que le pegasen un tiro en Baviera.

—¿Qué, sargento, qué opina?

—No cobro para opinar, señor.

—No sea burro.

—Sí, señor.

El sargento se quedó callado, encendió un cigarrillo del paquete arrugado que guardaba en su bota militar y contempló la niebla matinal que se filtraba por los árboles de la colina.

—Pues mire, aparte del francotirador, no tengo la impresión de que sean tropas de combate. Son otra cosa, señor.

—¿Por ejemplo?

—Alguna misión especial. Seis camiones, y no Mercedes, sino Opel. Eso quiere decir que van con gasolina, no con diesel, es decir, que los han elegido para ir deprisa. Seis camiones así no los usarían para una simple unidad de vigilancia. Lo de la gasolina también es significativo. Podrían ser peces gordos alemanes dándose el piro, pero entonces irían en coches del alto mando. El oficial que he visto llevaba uniforme de general, pero era demasiado joven, no tenía más de treinta y cinco años. Tiene que ser un falso general.

—¿Conclusión?

—Pues lo que le acabo de decir: algo secreto y hecho con prisas. Transportan algo, no sé si un botín o papeles, pero es algo valioso. —El sargento hizo una pausa para carraspear—. Luego está la chica.

—La mujer que me ha comentado.

—Sí, señor.

—¿No sería un fantasma? ¿Las ganas de ver una?

—No, señor, era totalmente real.

—Antes ha comentado que podría ser pariente del ocupante de la granja. ¿Qué me dice de esa hipótesis?

Yo no tengo ni idea; lo que sé es que era una chica de verdad, y que si fuera mujer de granjero o algo así, no se pasearía tan campante de noche.

—¿Considera que podría ser importante? Tácticamente.

—Yo de tácticas, como de hipos no sé qué, no sé nada. He visto una chica, me ha parecido que se lo tenía que decir y punto.

—Vale —dijo Cornwall—, pues ya lo sé.

—¿Y qué quiere hacer? —preguntó el sargento—. El francotirador nos vio venir. La iniciativa la van a tomar ellos. No sé, igual intentan salir...

—¿Usted qué haría?

El sargento sonrió. Sabía que Cornwall no buscaba un simple consejo, sino algún plan, por el sencillo motivo de que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

—Depende de si quiere evitar que se vayan al carajo los camiones o no.

—Sería preferible.

—Entonces es cuestión de atacar antes de que puedan hacer alguna cosa. Les paramos los pies con el cincuenta, nos cargamos al francotirador, lo sacamos de la torre con el M9 de Terhune y entramos a saco.

—¿De día o de noche?

El sargento se aguantó las ganas de decirle a Cornwall que no fuera idiota.

—De noche.

—De noche —repitió el teniente—. Deje que me lo piense.

«Hazlo, sí, pero no te entretengas demasiado», se dijo el sargento, y ya no volvió a abrir la boca. Prefirió pensar en la chica y el falso general.

Acercó el índice, largo y huesudo, a la foto descolorida que —perfectamente pegada al Libro Grande— formaba pareja con el minucioso dibujo de la granja. La acarició: el Stabsführer Gerhard Utikal, del Einsatzstab Rosenberg, visto por última vez en la primavera de 1945 cerca de Füssen y Schloss Neuschwanstein, en los Alpes de Baviera. En la foto aparecía con poco más de treinta años y el uniforme —llevado, según se demostró, ilegalmente— de un Hauptmann de la Wehrmacht, de tres cuartos, entornando los ojos por el sol, frente a un telón de árboles y un gran estanque ornamental. Probablemente estuviera hecha en Versalles o en el jardín de las Tullerías de París, entre 1941 y 1943 (sus años de servicio en la ciudad).

El hombre desnudo y canoso sonrió con vaguedad al acordarse. Gerhard Utikal había sido el primero. Cuánto tiempo... Según todos los archivos, Utikal se había esfumado, aunque al final le había encontrado en Uruguay, donde vivía entre un apartamento de Playa Ramírez, en Montevideo, y un rancho enorme en Argentina, al

otro lado del Río de la Plata. Para entonces ya habían cogido a Eichmann, y al Carnicero de Riga, Herbert Cukurs, lo había liquidado un escuadrón de la muerte israelí, después de que el periodista Jack Anderson le escuchara jactarse de que era «invencible».

Utikal no era invencible. Sólo más listo. En vez de hacer como el letón y guardar en su armario uniformes nazis perfectamente planchados, se había escondido a la vista de todos, adoptando la identidad de uno de los marineros presos del buque de guerra hundido *Graf Spee*. Le había salido bien durante casi veinticinco años. Claro que no tanto ni tan bien como hubiera querido...

El hombre desnudo tocó la cara de la foto con la yema del dedo. El primero de una lista destinada a ser muy larga. Primero Utikal había chillado, mientras le hundían lentamente en el ojo izquierdo el primer clavo de casi diez centímetros; luego, al recibir el segundo clavo en el ojo derecho, se había muerto encima de la silla, entre horribles convulsiones. El hombre desnudo cerró el Libro Grande.

—*Mirabile dictu* —musitó. «Cosa maravillosa de ser dicha»—. *Kyrie Eleison*.
«Dios, apiádate de nuestras almas».

Capítulo 26

La cocina de Valentine estaba en el último piso de Ex Libris y era como un panegírico a una década —la de los cincuenta— que Finn no había vivido. El suelo era de placas de linóleo azul y blanco, los armarios amarillos, con mangos de cromo e interiores blancos y las dos ventanitas de estilo rústico que daban al jardín del ático, con sus tomates emparrados, tenían marcos de chintz azul.

Los fogones, de un metro de ancho, eran de Gaffers & Sattler: cuatro puntos de cocción de un amarillo de fábrica, más un fogón suplementario. La nevera era una Kelvinator turquesa de 1956. Sobre la encimera de formica con manchas amarillas había una gofrera Rival, una tostadora cromada en forma de bala y una panera enorme que en realidad escondía un microondas de última tecnología.

En el centro había una mesa y cuatro sillas, todo de cromo y vinilo amarillo. También había un rincón para desayunar de vinilo azul celeste, al pie de una ventana. Finn, que iba en bragas y con una de las camisas blancas almidonadas Sea Island de Valentine, se estaba tomando plácidamente un café, de una cafetera de filtro grande y plateada GE, en el rinconcito. Valentine, que sólo llevaba un delantal donde ponía «Un poco de azúcar para el chef garantiza una dulce cocina», preparaba unos huevos revueltos. Finn puso una mano en la mesita del desayuno y jugó con el salero y el pimentero (un chico y una chica de cerámica, uno de los cuales bailaba con el hulahop, mientras que el otro tocaba el ukelele). Según el reloj de encima del fregadero —un gato que movía los ojos y la cola—, pasaban de las ocho. Se veía que en la década de 1950 lo hacían todo en colores pastel de lo más «mono». Una ausencia significativa era la de lavaplatos, al menos no se apreciaba a simple vista.

Todo era de una ridiculez lindante con el fetichismo, pero Finn tuvo la seguridad de que no había nada que no fuera auténtico, ni siquiera los salvamanteles de plástico con dibujos de vaqueros y las tazas de color amarillo chillón, con figuras de vaqueros y la leyenda «Buenos días». Sintió volver el recuerdo de su noche en la cama de Valentine y al estirarse en la silla tuvo un escalofrío desde la nuca hasta la boca del estómago. No cabía duda de que Valentine era un perfeccionista en todo lo que hacía.

—¿Siempre se lo haces pasar tan bien a las mujeres?

Finn acompañó la pregunta con una sonrisa burlona.

Valentine se volvió y la miró sonriendo, con una expresión que le quitaba diez años.

—No te creas que tengo muchas oportunidades —contestó.

Finn estuvo a punto de decir algo, pero se calló. Tenía la impresión de que Valentine se parecía mucho a los tíos que la volvían loca en el instituto: ni siquiera sospechaban su atractivo, cosa que no hacía sino incrementarlo. Por otro lado, era un amante dulce, experto, muy consciente. ¿Se podía saber mucho de mujeres sin conocer a muchas mujeres? Interrumpió el curso de sus pensamientos. Se habían

pasado horas haciendo el amor. Una delicia. De momento lo único que necesitaba —o quería— saber era eso, no las razones de Valentine o las de ella. Quizá hubiera dedicado demasiado tiempo a los estudios. Ahora estaba en el mundo real. En eso tampoco quería pensar mucho.

Valentine sacó los platos del horno, sirvió dos raciones de revuelto y volvió a por las tostadas y el beicon. Luego se puso los dos platos en una sola mano, la derecha, y usó la otra para coger el ketchup de la encimera. Lo llevó todo al rincón como un auténtico experto, lo depositó en la mesita y se sentó en la silla de vinilo azul. Después de poner los platos en los mantelitos individuales, empezó a comer y a hablar entre bocado y bocado, sin parecer violento por la situación. La sensación de Finn, algo inquietante, era la de que se conocían de toda la vida.

—¿El estilo retro a qué viene? —preguntó.

—Es la manera más fácil de decorar una habitación —dijo él—. Eliges una época y vas comprando objetos de esos años. Es divertido. Te pones a buscar cosas sin importancia. Soy capaz de entusiasarme tanto con una primera edición de 1954 del libro de cocina de Betty Crocker como si hubiera encontrado un Vermeer robado de una mansión holandesa.

—Me acuerdo de que me lo explicaron en una clase sobre los pintores holandeses —dijo Finn abriendo un poco los ojos—. *Señora escribiendo una carta con su doncella*. Hasta hay un libro sobre el tema. ¿Fuiste tú?

—Era la segunda vez que robaban el cuadro. El trasfondo era una historia de drogas, que fue el cabo que me ayudó a encontrarlo. —Valentine sacudió la cabeza y bebió un poco de café de la taza de vaqueros—. Antes, lo de robar obras de arte sólo lo veías en películas con David Niven o Cary Grant, pero ahora este tipo de robos suele estar muy relacionado con el tráfico de drogas o de armas.

—Pues no lo entiendo —dijo Finn—. No tiene nada que ver una cosa con la otra.

—Al contrario —contestó Valentine.

—Explícate.

—La mayoría de los delitos ponen en circulación mucho dinero en efectivo, que resulta difícil guardar y gastar. El robo de obras de arte soluciona ambos problemas.

—¿En qué sentido?

—Es como dinero. En la mayoría de las obras, de las obras valiosas, el valor está muy claro: un cuadro o un dibujo se pueden vender por una cantidad equis. En vez de tratar con dinero contante y sonante, los grandes traficantes de droga y de armamento, sobre todo los del mercado terrorista, negocian con arte. Se puede transportar, es fácil de pasar por las fronteras y suele estar asegurado de alguna manera. Te podría nombrar media docena de galerías europeas que trafican conscientemente con arte robado, y sólo en Nueva York ya serían el doble. Es un mercado enorme.

Finn, que estaba sentada enfrente de Valentine, cambió de postura y se sentó sobre una pierna mientras reflexionaba.

—¿Lo nuestro iría por ahí?

—No estoy seguro. Si es cuestión de drogas, es lo más sofisticado que he visto. Yo en principio diría que no. Es otra cosa y lleva mucho tiempo en marcha.

—¿Por qué lo dices?

—Crawley estaba bastante arriba en el escalafón. ¿Dices que la procedencia del Miguel Ángel llevaba sus iniciales?

—No, la casilla de inventario.

—¿Y la factura de la galería Hoffman? ¿A quién se la mandaron? ¿A Crawley o a otra persona?

—Está todo en el ordenador. Creo que se lo compró uno de los fundadores del Parker-Hale a la galería Hoffman en 1939. Antes de la época de Crawley.

—Pero ¿lo inventarió él?

—Sí, hace unos años, como un Urbino.

—Demasiadas coincidencias y demasiadas pocas respuestas murmuró Valentine.

Se acabó los huevos revueltos y masticó un trozo de beicon. Finn sirvió café a Valentine y luego llenó su taza. La cocina, con su agradable anacronismo, quedó en silencio. Oyó el vago rumor del tráfico de Broadway y el ruido más próximo y atronador de los camiones de basura detrás de la calle Lispenard.

—Bueno, a ver, vamos a juntar lo que sabemos —dijo Valentine—. Todo empezó cuando encontraste un dibujo de Miguel Ángel por casualidad y te pilló Alex Crawley.

—Lo dices como si hubiera robado algo.

—Ahí está la cuestión —dijo Valentine—. ¿Por qué se enfadó tanto si no habías hecho nada malo? En el fondo, le bastaba con decir que le habías equivocado. Sólo te despidió cuando insististe en que era un Miguel Ángel.

—¿Qué quieres decir?

—Una de dos: o no quería que se supiera que el museo tenía ese dibujo, o ese dibujo es falso. Lo más probable es lo primero, porque evidentemente ya tenían una tapadera: su atribución a otro artista. La pregunta más lógica es por qué. —Tamborileó rápidamente con los dedos en la superficie de formica de la mesa—. Me encantaría ver el original del dibujo. Tiene que estar en algún sitio. Tendría que ser más sencillo de encontrar que un archivo de ordenador, que es más fácil de disimular.

—Es una empresa que se llama U. S. Docugraphics Service. He visto los camiones en el aparcamiento de detrás del museo.

—¡Ah, bueno, pues eso nos facilita las cosas!

Valentine cogió un trozo de tostada y le untó mermelada mientras reflexionaba. Hasta un acto tan simple resaltaba la musculatura de sus brazos y hombros. Finn recordó sus abrazos nocturnos, de una fuerza extraordinaria. Valentine tenía un cuerpo duro y fibroso, fruto de más de tres sesiones semanales de gimnasio. Decididamente no eran abdominales de bibliotecario. Aunque ya se hubieran acostado juntos, quedaba mucho que contar.

—¿En qué piensas?

Valentine exhibió su sonrisa, con ese punto de salvajismo y de rapacidad que hacía brillar sus dientes, mientras centraba en ella su inteligente mirada.

—No te lo pienso decir —contestó ella, riéndose—. Bueno, ¿y ahora qué hacemos? ¿Escaparnos a una isla desierta y esperar a que se calmen los ánimos?

—Conozco una que sería perfecta. —Valentine sonrió—, Pero creo que de momento no podemos hacer algo así.

—Bien, veamos entonces en qué punto estamos. El asesinato de Crawley lo está investigando la policía y el de Peter también. Gracias al cuchillo robado y al Juan Gris, sabemos que existe alguna relación entre Gatty, Crawley y la academia Greyfriars, y que el misterioso director, Wharton, probablemente esté implicado. También sabemos que Gatty trafica con arte robado, al menos como comprador, por el Renoir que tiene en casa. No salen las cuentas.

—Sí que salen. Lo que pasa es que aún no sabemos hacerlas.

—Pues ¿cómo las sacamos?

—Quiero hablar con un marchante que conozco. Luego podría ir al Parker-Hale y hacer algunas preguntas.

—¿Con qué pretexto?

—Les diré que soy tu padrino y que has desaparecido. Lógicamente, después del asesinato de tu novio, estoy preocupado.

—No sé si me gusta que te hagas pasar por mi padrino. Me da la sensación de estar en una cuna y de que me acaban de robar.

Finn sonrió burlescamente.

—Pues tómatelo como si yo fuera un padrino a lo Marlon Brando.

Valentine también sonrió. Movi6 la pierna por debajo de la mesa y desliz6 el dedo gordo por la pierna de Finn, que sintió un escalofrío. Luego la mir6 de forma extraña.

—¿Qué manera de mirar es ésa?

—Mi mejor mueca lasciva de Christopher Walken.

—¿Puedes demostrarme qué significa eso?

—Eso está hecho...

—¿Y yo qué tendré que hacer luego...?

—Entrar en el sistema informático y enterarte de cómo encajan las piezas.

—Vale.

—¿Ya estás?

Valentine mir6 el plato de Finn.

—Sí.

Ella sali6 del rinconcito de desayunar y empez6 a desabrocharse la camisa.

—Señores, dispónganse a defender sus delantales.

Capítulo 27

Sin que se lo pidieran ni se lo ordenaran, el sargento salió aproximadamente una hora antes del alba, y esta vez al único que se llevó fue a Reid, que era medio cherokee o algo así y tenía una cara como de moneda vieja de cinco centavos. Aunque parecía uno de esos indios de madera de delante de los estancos, porque nunca abría la boca, le daba a cualquier blanco con el M1 a una distancia de cien o doscientos metros.

—¿Adónde vamos, sargento? —preguntó.

—Igual que la otra vez. Puede que haya gente levantada y que podamos hacer un recuento.

—Vale, sargento.

Ni una palabra más. Reid se descolgó el M1 y le siguió entre los árboles.

Esta vez el sargento prestó mucha atención al sotobosque. Se veían tres caminos muy trillados: uno recto, otro que se desviaba hacia la izquierda y otro que torcía a la derecha. Confluían más o menos en el centro del bosque, en un pequeño claro. Podían haberlos abierto conejos o, más probablemente, ciervos, porque había ramas mordisqueadas más o menos a un metro y medio del suelo, la altura de un ciervo o de un alce joven. Se preguntó si en Europa había alces, pero de inmediato se olvidó del asunto. Pensar en otra cosa que no fuera el presente era perder el tiempo. Señaló hacia la izquierda. Reid asintió con la cabeza. El sargento tomó el camino de la izquierda, a unos metros de Reid, que a diferencia de casi todos los demás no hacía nada de ruido.

Al llegar al final del bosque, el sargento indicó a Reid que se agachase y se puso en cuclillas para intercambiar unas palabras con él.

—Primero hay una zanja y luego la carretera. En medio de ella hay un tanque viejo y quemado con la escotilla abierta. Desde él se debe de poder ver bastante bien el interior de la granja, porque está en el punto más alto de la colina.

—¿Y el francotirador? —preguntó Reid.

—Debemos avanzar agachados, así siempre tendremos el tanque entre nosotros y la torre. Creo que podemos conseguirlo, a menos que el francotirador ya nos esté buscando.

—¿Qué quiere que haga?

—Cúbreme.

—Vale.

Esperaron al borde de la cortina de árboles, fumándose a medias uno de los Luckies del sargento. Incluso si no los buscaba el francotirador, existía el peligro de que un ojo avezado viera subir el humo del cigarrillo por el aire quieto del amanecer. Tampoco les ayudaba mucho que estuviera el cielo tapado. En tiempos de guerra, no se podía hacer nada: ni fumar, ni beber, ni follar. El sargento abrió el cigarrillo y

aplastó la colilla caliente en su bota de combate. No le parecía justo; creía que uno debería poder darse un último gustazo antes de que un *kraut* le pegara un tiro con un Steyr 95 invisible.

Salió por un claro entre los árboles y se agachó en la zanja paralela a la carretera. Luego se arrastró hasta ponerse a la sombra del tanque viejo. Al acercarse por detrás, vio que no estaba tan destrozado como le había parecido la primera vez. Observó que tenía el diferencial trasero reventado y que la oruga derecha estaba rota por la parte trasera, pero aparte de eso estaba bien. A juzgar por el aspecto de la carretera, descarnada por detrás, el tanque debía haber sido bombardeado por un caza. ¿Americano, inglés, ruso? A saber. El Panzer 1 estaba diseñado como tanque de prácticas. Su coraza era fina, de ocho milímetros, y no tenía cañón, sólo un par de ametralladoras. Iba bien contra la infantería, pero si se encontraba con cualquier otro modelo de tanque, hasta con una carraca como el M1, o con un tío con bazuca, estaba sentenciado. Entre sus ventajas —desde la perspectiva alemana— estaba el hecho de que los había a millares y que sólo necesitaba dos tripulantes: el conductor y una mezcla de comandante, observador y artillero para la ametralladora.

El sargento trepó por el lado del tanque, dejando a Reid agachado tras la oruga izquierda, y esquivó los guardabarros afilados de metal, así como las piezas de la tapa del silenciador, que eran como ralladores de queso. Cuando llegó a la torreta, aprovechando las grandes alcayatas que servían para enrollar el cable de repuesto, se deslizó por la escotilla y ocupó el asiento del artillero. Había pedales para hacer girar la torreta. Las dos ametralladoras estaban montadas en sendas plataformas que permitían subirlas y bajarlas de manera independiente. Entre las dos había una larga mira telescópica de metal. El sargento miró por el ocular, pero se había roto la lente durante el ataque que había dejado inutilizado el tanque.

Por dentro era del típico color beis arena. No se veía sangre, señal de que los tripulantes salieron indemnes. Que siguiera allí sólo podía significar que era una carretera que se usaba poco, es decir, que casi seguro que los camiones de la granja venían del este. Buen motivo de reflexión, porque era donde se suponía que vivía Hitler, en Berchtesgaden, o como se llamase.

Intentó imaginarse un encuentro con el rey de los *krauts*, pero no pudo. Hacía cuatro años que siempre que pensaba en Hitler se le acababa apareciendo Charlie Chaplin. ¿Cómo podías tomártelo en serio con el bigote que tenía? En cambio, a los que no podías dejar de tomarte en serio era a un grupo de tíos con aquellos pedazos de cascos.

El sargento se levantó de la silla del artillero y reptó hacia el fondo del tanque. Como estaban abiertas todas las portillas, se embutió en el asiento del conductor, sacó los prismáticos del estuche y enfocó la granja. Vio enseguida mucha actividad.

Había varios hombres en mangas de camisa limpiando los parabrisas de los camiones y otros tendiendo la colada en una cuerda improvisada que iba desde el retrovisor de uno de los camiones hasta el otro lado del patio empedrado,

concretamente hasta un poste situado junto a un pozo. Dos hombres vestidos de civil —trajes arrugados y de poco abrigo, uno marrón y el otro azul— fumaban al lado de uno de los cobertizos. Los dos llevaban gafas.

También había dos mujeres, una con vestido azul y zapatos marrones de tacón ancho que se paseaba tranquilamente, charlando y fumando, y otra con un simple uniforme marrón de auxiliar femenina de la Wehrmacht, sentada en el brocal del pozo con el sol de cara. El único hombre con uniforme completo era un oficial que parecía joven y llevaba el traje negro de las SS.

Los soldados que limpiaban los camiones en mangas de camisa no iban armados. Sólo el oficial de las SS llevaba pistola al cinto. El sargento se fijó en la torre de la abadía. La pequeña abertura de la parte superior parecía oscura y vacía, lo cual, por otro lado, no quería decir nada. Los francotiradores sabían quedarse agazapados en la oscuridad.

El sargento se dio la vuelta y dijo en voz baja por una de las portillas traseras de observación:

—¿Ves algo, Reid?

—Sí —fue la tenue respuesta que le llegó desde fuera del tanque.

—¿Y qué te parece?

—Que no es el ejército. No son militares. Lo que no sé es qué son —dijo la voz incorpórea.

—Intenta adivinarlo.

—Civiles.

—¿Y las mujeres? ¿Qué dirías?

—Que son mujeres. ¿Qué tengo que pensar?

—¿Qué hacen estos tipos con mujeres?

—¿Qué hacen los tíos con mujeres?

—Tiene que ser por algo más.

—¿Por qué?

—Todo esto, si quieres que te diga la verdad, es bastante rarillo.

—¿Yo le he pedido que me diga la verdad?

—No seas imbécil.

El sargento volvió a quedarse callado, mirando por la portilla delantera.

—¿Al este qué hay?

—Montañas y castillos.

—¿Y al oeste?

—El lago de Constanza. Los *krauts* lo llaman de otra manera. Suiza queda en la otra punta.

—¿Y al sur?

—Austria.

—¿Ahora en Austria quién hay? ¿Tienes idea?

—El Cuarenta y cuatro. Y creo que los rusos.

—¿Verdad que a los alemanes no les gustan los rusos?

—¿Y yo qué sé? ¿Por qué me hace tantas preguntas, sargento? Le recuerdo que sólo soy un piel roja de la reserva. «Jau, rostro pálido», y todo ese rollo.

—Oye, Reid, ¿por qué no te llamas Oso Corredor, Manta de Luna o algo así?

—Pues porque mi padre era un mecánico de Kansas que cuando estaba borracho le daba por follarse a las *squaws*, ¿vale? —Reid casi se rió—. Donde nació usted era «la negra en la leñera»; donde nací yo, «la india en el maizal».

—¿Sabes qué te digo, Reid? Que eres un tío legal. —El sargento cambió de marcha—. Tienen que haber venido del este, porque si hubieran venido del oeste no habrían tenido más remedio que rodear el tanque, y de eso no hay señales. Hacia el norte no van, porque es donde está el frente, y en Austria estamos los rusos y nosotros, o sea que allí tampoco quieren ir.

—Por tanto, van hacia el lago de Constanza.

—Sí, el Bodensee, o como lo llamen los *krauts*. No sé si habrá algún tipo de ferry capaz de transportar seis camiones así...

—Probablemente.

Reid guardó un largo silencio. El sargento volvió a enfocar el patio con los prismáticos. El francotirador debía de estar en la torre y era la única línea defensiva de los alemanes. Si quedaba munición en las ametralladoras del tanque, probablemente se pudiera hacer un buen barrido. Bajó el brazo para abrir el compartimento de la munición, que era muy grande, y vio que había cintas suficientes para pasarse diez o quince minutos disparando sin parar. La única pega era que para usar la torreta tenía que estar el motor en marcha. Sin mira, había que disparar a ciegas. Claro que...

—¿Qué sargento, maquinando algo? Me huelo que alguna cosa trama.

—En eso estamos.

—¿De qué va el plan?

—Aún no estoy seguro. Oye, Reid, ¿tú a cuántos *krauts* de verdad ves? Digo soldados.

—Pues serán una docena, digo yo. Los que están limpiando parabrisas.

—Ni siquiera van armados. Según la identificación, son de la Feldgendarmerie, pero los polis del ejército van de gris y estos tíos llevan pantalones marrones. Parece que se hayan puesto el primer uniforme que tenían a mano. Y no sé yo si han reclutado a muchos chóferes con gafas.

—Igual no tenían más remedio.

—O igual es que tienen mucha prisa en sacar de aquí lo que hay en los camiones.

—¿Usted qué cree que hay dentro, sargento? —Algo bueno, Reid; algo que te haría bailar tu mejor baile de guerra y afilar el tomahawk.

El sargento volvió a enfocar los camiones en una vana tentativa de entrever la carga, pero estaban herméticamente cerrados, incluidas las solapas traseras. Mientras miraba, una parte de los hombres sacó de uno de los cobertizos un cochazo abierto de

oficiales y lo puso en marcha, usando bidones procedentes de los lados de los camiones.

—Se están preparando para irse —dijo Reid.

—Sí. Será cuestión de espabilar a Cornwall y sus amigos antes de que se nos haga demasiado tarde.

—Sargento, ¿nos tocará algo de lo que hay en los camiones?

—A mí me parece de justicia. ¿A ti no? El que gana se queda con el botín, ¿no? Yo de segundo me llamo Victor, «vencedor».

—¡Qué curioso! —dijo Reid—, Yo también.

—Igual somos parientes.

—Igual sí, rostro pálido.

—¿Tú a cuánta gente cuentas?

—En los camiones, doce. Y paseándose... Cuatro. No, cinco.

—Más el francotirador.

—Sí, claro; pero los otros no parecen del ejército.

—Bueno, pero alguno habrá, digo yo... Esta noche he visto a un vigilante al lado de la verja con un 98k en la espalda y un MP40.

—Podría ser uno de los chóferes.

—No sé. La cuestión es que iba armado.

—Ahora armados no están.

—Tal como limpian el coche de oficiales, o lo que sea, me huelo que podrían estar a punto de largarse.

—No sé si no sería mejor volver y dar el parte.

—Sí. Ahora bajo.

El sargento salió del tanque y bajó por el flanco, aprovechando la ocasión para dar golpecitos en un par de los bidones sujetos con correas a la plancha. Estaban llenos como mínimo hasta la mitad. Ese tipo de modelos solían ponerse en marcha bastante deprisa. Empezó a cambiar de opinión sobre el tiempo que llevaba el tanque al borde de la carretera. También comenzó a revisar su táctica sobre cómo tomar la granja. Volvió con Reid al bosque.

—¿Tú de tanques sabes algo, Reid?

—No mucho.

—¿Te ves capaz de manejar las ametralladoras?

Señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Se podría intentar. ¿Hay munición?

—Sí.

—Pero haría falta gasolina para usar la torreta, ¿no?

—La hay, pero es posible que no la necesites. Las ametralladoras ya apuntan hacia el patio y hay una manivela para ajustar la elevación.

—¿Entonces?

—Primero reventamos la torre con el bazuca de Terhune y luego entramos por la

verja principal. Cuando nos veas disparar una bengala, empiezas el fuego cruzado.

—Creo que podría funcionar.

—Pues venga, a decírselo a Cornwall y adelante, que no nos queda mucho tiempo

—dijo el sargento mientras se adentraban en la oscuridad del bosque.

Capítulo 28

La galería Newman estaba en Chelsea, en la calle 22 Oeste, entre las avenidas Décima y Undécima. Había sido trasladada en varias ocasiones en consonancia con los tiempos: en la década de 1930, Greenwich Village; en la de 1970, Soho; en la de 1980, Tribeca, y ahora, desde principios de la de 1990, Chelsea. Durante todo ese tiempo los sucesivos Newman habían permanecido fieles al credo establecido en 1889 por el fundador de la galería: «No comprar nada que no se pueda vender». Eso para el fundador, Josef Neumann, de Colonia, quería decir comprar calidad; es decir, ceñirse a los valores seguros. Durante más de ochenta años la galería Newman jamás había sucumbido a los vaivenes del gusto; gracias a ello había prosperado y, capeando olas de flores artísticas de un día, había ido creciendo discretamente con el paso de los años y había constituido un fondo de pintura clásica holandesa e impresionismo francés cuando menos en boga estaban ambas cosas, para ir devolviéndolo al mercado con el inevitable cambio de tendencias.

La galería ocupaba un estrecho local en la planta baja de un almacén antiguo reformado, entre un restaurante japonés con pretensiones y una tienda de artículos de cocina de diseño. Tenía las paredes pintadas de blanco, parqué de roble con revestimiento de poliuretano y un techo de rejilla negra de acero que permitía prácticamente todas las combinaciones de iluminación.

Los cuadros expuestos sólo eran tres: un patio interior de Frans Hals, un Jacob van Ruisdael casi del mismo formato en la pared de enfrente y, por último, al fondo de la galería, una escena religiosa de Petrus Christus, tan grande como los otros dos cuadros juntos. Según una rápida estimación de Valentine, el valor de las obras de arte reunidas en la estrecha salita no podía bajar de los veinte o treinta millones de dólares. También sabía que los tres cuadros sólo eran la punta del iceberg, y que el auténtico fondo de la galería estaba en una cámara acorazada y climatizada de Nueva Jersey.

Cuando Valentine cruzó la puerta, Peter Newman salió del despacho del fondo. Iba vestido igual que siempre, como si fuera de luto. A sus setenta y pocos años, era un hombre calvo y encorvado, con más aspecto de trabajar en una funeraria que en el mundo del arte; claro que —pensó Valentine— no dejaban de ser dos profesiones similares, ya que las funerarias cuidaban cuerpos muertos y los marchantes de la talla de Peter Newman cuidaban arte muerto. Ambos oficios destacaban por su rentabilidad.

—¡Michael! —dijo Newman sonriendo. Valentine se acercó—. Hace siglos que no te veo. ¿Qué tal te va todo?

—Bastante bien —dijo Valentine—. Como siempre, con mis negocios.

—Negocios... —resopló irritado Newman—. ¡Bah! El arte tiene que ser arte, no un negocio. Un empresario japonés de tres al cuarto dice: «Tengo cincuenta millones

en Van Gogh», y el que está sentado a su lado en el bar le responde: «Yo en el maletero llevo cien millones en Picassos». —Newman soltó otra especie de bufido—. Y cuando digo bar no me refiero al restaurante de aquí al lado.

Cogió a Valentine del brazo y se lo llevó al despacho del fondo, donde no cabía ni un alfiler. En una pared había un escritorio antiguo, probablemente de valor. Otra estaba ocupada desde el suelo al techo por estanterías llenas de libros de contabilidad que debían de remontarse a los orígenes de la galería. Valentine era consciente de que contenían el registro de las ventas y las procedencias de todos los cuadros vendidos por los Newman y que en cierto sentido el verdadero activo de la galería eran ellos: genealogías de diez mil obras de arte y constancia de cien mil transacciones que cubrían toda Europa y Norteamérica como una red invisible. Lo que no figuraba en los libros probablemente estuviera, junto a mil otras cosas, en el cerebro de Peter Newman: información transmitida de padres a hijos durante más de un siglo.

Valentine se sentó en una de las sillas viejas de madera y observó a Newman, que estaba en el fondo del despacho manipulando la máquina de café. El marchante volvió con dos juegos antiguos Delaware de taza y plato y le dio uno. A continuación tomó asiento frente al escritorio y se acomodó con un suspiro.

—¿Qué? —dijo entre sorbo y sorbo de café mirando a Valentine por encima del borde blanquecino de la taza.

—Juan Gris.

—Está muerto —contestó con sorna.

—La conexión nazi.

—Era español y vivió en París durante la guerra. Pintaba arte «degenerado», como lo bautizaron los nazis, aunque se llevaron de botín algunas de sus primeras obras. Es una de las figuras que han dado pie a que las galerías europeas se insulten y se acusen mutuamente de haber hecho determinadas cosas durante el reinado de Hitler. Personalmente, nunca me ha gustado mucho.

—*Renoir*, Cabeza de niña.

—Otro botín nazi.

—Si te contara que he visto el mismo día un Juan Gris robado y el retrato de Renoir, ¿qué me dirías?

—Que has estado en casa del coronel George Gatty.

—¿Cómo puede ser que no me sonara ni el nombre?

—Se mueve en un nivel muy selecto y nunca compra en subasta pública. Es muy discreto.

—Los dos cuadros son bastante conocidos, tanto el Gris como el Renoir. ¿Por qué no ha llamado nadie a la policía?

—El coronel conoce a gente importantísima.

—¿A alguien en concreto?

—¿Te parece bastante concreto el presidente de Estados Unidos?

—Muy impresionante.

—En el mundo del arte no tanto. Gatty es un cerdo. Nadie medianamente serio le compraría ni le vendería nada.

—Pues alguien lo hace.

—¿Quién ha dicho que en el mundo del arte sólo haya gente seria?

Newman soltó otra risita y luego se acabó el café.

—Venga, Peter, que ya sabes con quién hablas.

Newman suspiró y dejó la taza y el plato encima de la mesa.

—No me gustaría ser acusado de intolerante —dijo—, A un judío viejo como yo no le conviene. Es malo para mi reputación.

—Suéltalo ya —dijo Valentine sonriendo.

—Sólo te diré una cosa —murmuró Newman—, la archidiócesis de Nueva York tiene obras de arte que están entre lo mejorcito y puede acceder sin problemas a las colecciones vaticanas de Roma, y el coronel Gatty, dicho sea de paso, pertenece a los «amigos» de los museos vaticanos.

—Bromeas.

—En absoluto —replicó Newman—. Los museos vaticanos se fundaron en el siglo xvi y tienen una colección... ¿Cómo te diría...? Muy grande. De vez en cuando, como todos los museos, se desprenden de alguna que otra pieza y en esos casos tiene prioridad el coronel.

—¿El Vaticano negocia con botines de guerra?

—Yo no he dicho eso... Bueno, no del todo.

Newman sonrió con los labios apretados.

—Válgame Dios... —susurró Valentine.

—No, él no creo que tenga nada que ver, la verdad —dijo Newman con otra risita.

Valentine trató de ordenar sus ideas.

—Bueno —dijo después de una pausa—, dejemos lo del Vaticano. ¿Y el Parker-Hale?

—Un museo de arte privado que se financia con una donación más o menos como la del Whitney, pero más pequeña que la del Getty.

—¿Está metido en el cotarro?

—Sin duda alguna.

—¿Alexander Crawley?

—Muerto, como Juan Gris. Y de mala manera.

—¿Reputación?

—Académicamente impoluta. Columbia, Harvard o Yale; ahora mismo no me acuerdo. Estudió conservación en Londres, en el Courtauld Institute of Art, trabajó en el Fogg de Boston... Cosas por el estilo. En el Parker-Hale entró a mediados de la década de 1990, recomendado por el director, James Cornwall, y asumió la dirección hace un año, al extinguirse Cornwall.

—¿Extinguirse?

—Es la manera que tenemos los de la vieja escuela de decir que alguien se ha muerto. A propósito, en el caso de Cornwall fue una muerte tranquila (*az a yor ahf mir*, que tenga yo esa suerte), durmiendo. Había sufrido varios infartos. Creo que ya pasaba de los ochenta años.

—Has dicho que Crawley estaba académicamente limpio. ¿Y en otros aspectos?

—Socialmente era un hacha, un gran experto en conseguir donaciones. A la hora de comprar y de vender, tendía a lo tramposo.

—¿En qué sentido?

—En el de los anillos. Me imagino que ya sabes lo que son.

Valentine asintió con la cabeza. En el negocio del arte y las antigüedades, un anillo era una asociación secreta de marchantes que conspiraba para mantener los precios bajos durante las subastas.

Aparte de tener mala fama, eran ilegales, puesto que incurrían tanto en estafa como en fijación de precios.

—¿O sea que tenía amigos?

—Exacto, un círculo en el que es difícilísimo entrar. —Newman frunció el entrecejo—. Si lo que buscas es una conexión interesante, ahí tienes una.

—¿En qué sentido?

—Crawley vendía muchas obras a la archidiócesis de Nueva York, y viceversa.

—¿Se te ocurre alguna razón por la que quisieran matarle?

—Lamento decirlo, pero no era muy buena persona. En eso no se parecía a su predecesor, James Cornwall, que era un hombre bueno y justo, sin favoritismos.

—Sin embargo, Cornwall debía de tener una buena opinión de Crawley...

—Al principio es posible que sí, pero hacia el final tuvieron sus diferencias. Al menos es lo que se rumorea. Lo que está claro es que Cornwall no quería que fuera Crawley quien heredara su cargo.

—Aun así, acabó como director en funciones...

—Ya hacía tiempo que Cornwall tenía problemas de salud y la persona que había elegido para sucederle dimitió en circunstancias poco claras. —El anciano se encogió de hombros—. A veces estas cosas son políticas, aunque me duela decirlo. Crawley tenía amigos en el consejo de dirección y podría decirse que amañó la baraja a su favor.

—¿Y la persona que dimitió? ¿Quién era? ¿Por qué no están claras las circunstancias?

—Se llamaba Taschen, Eric Taschen, y el asunto tenía tonos picantes.

—¿Sexo?

—Eso me temo, Michael. —El anciano del traje negro lanzó un largo suspiro—. Como siempre ha pasado, y como siempre pasará.

Capítulo 29

El sacerdote, que esta vez usaba su identidad de Larry MacLean, estaba sentado ante una mesa vacía de la gran sala de lectura de la Biblioteca Pública de Nueva York, una estancia colosal, de techo altísimo. Muy por encima de su cabeza, las nubes de los frescos se difuminaban en una oscuridad apenas diluida por arañas polvorientas. La única luz merecedora de ese nombre procedía de la mesa de MacLean, de una lámpara anticuada con pantalla.

Durante varias horas, las mesas rodantes de la biblioteca le habían traído toda la información posible sobre la Fundación Grange de entre los muchos kilómetros de estanterías situadas a sus espaldas. MacLean se había dedicado a tomar notas en una libreta de papel amarillo, pero el resultado era francamente pobre. De hecho, la mayor parte de la información era contradictoria.

Según el registro público, la Fundación Grange se había creado en 1946 a partir de los legados de Frederick Henry Grange (1860—1945) y su mujer Abbie Norman Grange, cuyo apellido de soltera era Coleman (1859—1939). Ella era una rica heredera, mientras que Grange, de humilde procedencia irlandesa, hijo de un policía de Boston, del barrio de Back Bay, había hecho fortuna por sus propios medios y se había convertido en banquero de inversiones, empresario y dueño de una correduría, entre cuyos socios y clientes se contaban los Kennedy y los Fitzgerald.

Una de las inversiones más lucrativas que había hecho era en los mataderos de Chicago. A principios del siglo XX, cuando ya era millonario, había empezado a invertir en el ferrocarril. A su muerte, con dos guerras mundiales a sus espaldas, su fortuna se elevaba a ciento setenta y dos millones de dólares. Su esposa había dejado casi el doble en fideicomiso.

Como entidad totalmente privada, la Fundación Grange sólo estaba obligada a presentar la documentación más básica, y dado que ninguna de sus actividades tenía ánimo de lucro —y, por tanto, quedaban exentas de imposición fiscal—, tampoco debía responder ante ningún organismo gubernamental. Tenía su sede en Saint Luke's Place, una calle de Greenwich Village con vistas a un parque que antiguamente había sido el cementerio donde Edgar Allan Poe se paseaba y componía sus extraños y desasosegadores versos.

Según los folletos, la fundación se dedicaba a ayudar a museos, grupos artísticos, organizaciones de artes visuales, entidades de servicio al arte, programas artísticos comunitarios y organizaciones que ofrecían a los jóvenes una experiencia artística de calidad.

También poseía una sección independiente, la Fundación McSkimming, que proporcionaba servicios jurídicos en el ámbito artístico y cuyas prioridades eran las víctimas del holocausto y la falsificación y el robo de obras de arte. McSkimming, amigo íntimo de Grange, había sido un ávido coleccionista de obras de arte, además

de socio principal del bufete que gestionaba los intereses de Grange y su mujer. No se agotaba ahí su relación, pues el hijo de McSkimming, James, se había casado con Anna, la hija de Grange. James había muerto durante la guerra, precedido por su esposa, que lo hizo de parto en 1940. El niño había nacido con retraso mental grave y estaba internado en un centro especial.

Todo muy bien, al menos a primera vista, pero un examen más atento revelaba que casi todo eran o medias verdades o auténticas mentiras. Al conectarse a Google en un ordenador de la biblioteca, MacLean averiguó muchas cosas sobre Frederick Grange y su fundación. Grange era de una familia irlandesa pobre, hijo de policía, efectivamente, pero de empresario, corredor de bolsa, banquero de inversiones y magnate ferroviario, nada de nada. En realidad había trabajado como simple empleado en el bufete Topping, Halliwell & Whiting, del que McSkimming era socio menor.

Topping, Halliwell & Whiting se había disuelto prácticamente al final de la guerra, por aniquilamiento de la mitad de sus socios fundadores y más de la mitad de sus socios menores, aunque el bufete mantuviera su existencia jurídica. En 1945 lo compró un grupo de socios anónimos que contrató a sus propios abogados. Ese grupo de abogados era el que había creado las fundaciones Grange y McSkimming, aprovechando la figura del heredero institucionalizado, Robert McSkimming, para lograr el estatus de fideicomiso.

En 1956, tras la muerte de Robert a los dieciséis años, la fundación se reconstituyó discretamente como organización benéfica libre de impuestos y conservó el mismo nombre. Ya no era ni un fideicomiso ni una fundación, sino una simple cáscara manipulada entre bastidores por varios directores que, ciñéndose a los estatutos de la presunta fundación, no estaban obligados a identificarse. Por lo visto, sus nombres no estaban registrados en ninguna parte, ya que los directores del consejo público de administración eran todos los abogados de nueva contratación, que ahora actuaban bajo el nombre del difunto bufete Topping, Halliwell & Whiting. En 1956 ya no quedaba ni rastro de los primeros impulsores de lo que sólo podía calificarse como una operación fraudulenta. Lo que se conservaba era la fundación, con sesenta años de historia, pero vivita y coleando en los primeros años del nuevo siglo. No tenía sentido. Era una estafa muy compleja y muy cara, pero ¿cuál era su objetivo? ¿Cuál era su meta final?

Como las cuentas presentadas a Hacienda por sus donaciones a otros organismos nunca habían despertado sospechas, la única conclusión posible era que los trescientos o cuatrocientos millones de dólares a que ascendían los activos de la Fundación Grange eran auténticos, aunque obviamente no procedieran de los legados de Frederick Grange ni de su esposa.

La Fundación Grange era una tapadera destinada a dispersar fondos sin origen real: blanqueo de dinero a una escala gigantesca que llevaba más de medio siglo en funcionamiento. Era algo a la vez extraordinario y de una simplicidad admirable.

Pero ¿de dónde salía el dinero que se blanqueaba y qué relación guardaba todo ello con un niño a quien se habían llevado de un convento del norte de Italia? La Fundación Grange sólo era una pequeña parte de lo que había llevado a MacLean a Estados Unidos. Según su contacto en el Vaticano, el niño y su actual paradero eran cruciales. Apuntó su nombre en la libreta:

Frederico Botte

Sabía que no era el primer nombre que le habían puesto, sino que existía otro anterior, un nombre peligroso cuya salida a la luz pública había que evitar —ésa era su misión— a toda costa. Lo anotó bajo el primero:

Eugenio

Echó un vistazo a su reloj. Ya era bastante tarde, pero probablemente le quedara tiempo para pasar por el hotel y vestirse de padre Gentile antes de acudir a su reunión con los buenos de los frailes de la iglesia de Saint Joseph, en Greenwich Village.

Había aprovechado la búsqueda en Internet sobre la Fundación Grange para realizar una rápida consulta acerca del personal de la comunidad de San Egidio y había descubierto que no quedaba en ella nadie de la época en que habían acogido a Frederico Botte. Aun así, probablemente pudiera averiguar algún dato útil.

Apagó la lámpara y salió de la sala, que tenía las dimensiones de un campo de fútbol y cuyos frescos de nubes habían quedado fijos en un cielo perpetuamente azul y soleado. Lástima que la realidad no fuera tan sencilla. Después de atravesar el vestíbulo principal, cuyo suelo de mármol bien pulido recogió el eco de sus pasos, cruzó la puerta de la calle y descubrió que en el mundo real llovía a chaparrones. Bajó corriendo por la escalinata con la cabeza agachada y, antes de ir hacia el hotel, se paró a comprar un paraguas a uno de los vendedores que tanta iniciativa demostraban y que siempre parecían acertar más en sus pronósticos que los hombres del tiempo.

Capítulo 30

Carl Kressman levantó sus fatigados huesos de la cama tan temprano como de costumbre y subió a la torre de su casa de la playa, del estilo de todas las de Alabama, para ver qué tiempo hacía. Casi perfecto, como siempre: ni una nube en el cielo, un azul ilimitado en el Golfo, una suave brisa y una temperatura que ya se aproximaba a los treinta grados.

Bajó otra vez al dormitorio, se puso el traje de baño y se miró rápidamente en el espejo de cuerpo entero de la puerta del lavabo. A sus setenta y cinco años conservaba casi todo lo que había tenido a los veinte, con el matiz de que ahora algunas cosas precisaban ayuda química o mecánica. Gracias al Viagra y a un par de mejunjes, aún se le levantaba el pito cuando se tenía que levantar —no muy a menudo, para ser sinceros—, y el marcapasos, esa especie de paquete de cigarrillos que llevaba por debajo de la piel del pecho, se ocupaba de que le siguiera latiendo el corazón. Por la razón que fuera, a diferencia de casi todos sus amigos, no se le había caído el pelo —aunque naturalmente se le hubiera puesto blanco—, y sus lentillas trifocales le garantizaban una perfecta agudeza visual. Estaba moreno, en forma y animado, con un dominio total de sus sentidos. Además era rico como Crespo. ¿Qué más podía pedir?

El viejo bronceado bajó por la escalera de caracol, entró en la cocina, completamente blanca, y se sirvió una taza de café de la máquina automática. Al ponerse delante del fregadero, miró la gran piscina del fondo del jardín y sacudió la cabeza mientras saboreaba los suntuosos aromas del café. Qué raro era todo... Pensar que en otros tiempos él había contado su vida en minutos... La idea de acabar sus largos años en un lugar de veraneo así, con piscinas y máquinas que hacían el café antes de que te levantas, casi le resultaba incomprensible. Había capeado guerras, huracanes y un sinfín de desastres, y no sólo había logrado sobrevivir, sino que había prosperado. La idea le hizo reír a carcajadas. Al final la base de su fortuna había sido algo tan pequeño, pero tan delicioso, como las gambas, algo que a los veinte años no sólo no había probado, sino que apenas sabía lo que era.

Se acabó el café, limpió la taza en el fregadero y la puso a secar. Después cruzó el suelo de baldosas del salón, salió por la mosquitera del porche cubierto y bajó a la piscina por unos escalones. Más de uno se reía de que tuviera una piscina estando a veinte metros del golfo de México, pero era un lujo que le gustaba. Contenía agua salada traída con bombas del Golfo, un agua filtrada y siempre a veintisiete grados, tanto de día como de noche. Así no había olas que obstaculizaran el ejercicio físico, ni corrientes o mareas que tener en cuenta.

Recorrió el bordillo de cemento de la piscina, se quitó las zapatillas al pie del trampolín y sacó las gafas de natación de la bolsita de plástico de al lado. Al llegar al final del trampolín, saltó suavemente dos veces antes de dibujar un arco en el aire y

surcar el agua rizada por la brisa con la facilidad casi profesional que le proporcionaban muchos años de práctica.

Empezó a nadar con movimientos regulares y, mientras alternaba —como a diario— el crol y la braza, se le fue despejando la cabeza. Al tiempo que nadaba, dejó vagar sus pensamientos por diversos momentos de su vida: los años felices con su esposa —fallecida tras una breve y dolorosa lucha contra el cáncer—, sus dos hijos —chico y chica—, uno de los cuales se había hecho médico y la otra profesora en Nueva York... Pensó también en sus negocios, desde que había comprado seis barcos viejos de pescar gambas en Fernandina Beach y los había acondicionado y reutilizado. Los seis se habían convertido en cien, y los cien en un complejo de congelación y envase, origen de una de las mayores empresas de marisco de todo el sur. Después las inversiones inmobiliarias en la costa de Alabama y una fortuna que no dejaba de crecer.

Todo para poder acabar nadando en la piscina a primera hora de la mañana, solo con sus recuerdos. Cuando acabó su secuencia de todos los días, hizo otro largo por puro capricho y se quedó un par de minutos flotando boca arriba, con la vista en el cielo recién amanecido y el pensamiento en el copioso desayuno que le esperaba en Nolan's, un Nolan's nuevo y mejorado, que ya se había recuperado del huracán y que funcionaba mejor que nunca: bistec, huevos y patatas fritas. Por una vez, que se fuera a la mierda el colesterol. «*Liegt der Bauer unterm Tisch, war das Essen nimmer frisch!*», que le decía su padre.

Se puso de pie, flotó un momento y nadó despacio hasta tocar con los pies el fondo ligeramente rugoso de la parte poco profunda del final. Entonces echó a andar apartando el agua con amplias brazadas y casi no notó la primera esquirla de cristal que se le clavó en el pie. Al tercer paso se dio cuenta de que pasaba algo raro. Como muchos hombres de su edad, tenía una diabetes tipo 2 que le había hecho perder mucha sensibilidad en los pies, pero ahora el dolor ya le subía por las piernas. Al mirar hacia abajo, vio que el agua que le rodeaba se estaba poniendo rosa.

Al siguiente paso, una de las mortíferas pero invisibles armas le seccionó el tendón de Aquiles derecho. Kressler tropezó y se cayó con los brazos abiertos, recibiendo una punzada en una mano y otro corte en la pantorrilla izquierda. Para entonces ya había entrado en estado de *shock*, pero aún estaba bastante lúcido para entender que el trance era gravísimo. Aparte de ser diabético, tenía una serie de pequeños problemas cardíacos que requerían la administración de anticoagulantes, entre ellos el Coumadin, también llamado Warfarin, potente veneno antirratas. Cortes múltiples como los que acababa de recibir, dentro de agua caliente, podían dar pie con gran facilidad a que se desangrara en cuestión de minutos.

Dio unas brazadas para refugiarse en los escalones de salida de la piscina, pero se le hizo un corte en la otra mano que estuvo a punto de amputarle el dedo índice. Se cayó de lado lanzando un angustiado grito y se clavó otros dos trozos de cristal, uno justo por debajo de las costillas de la derecha, que alcanzó el hígado, y el otro en el

muslo, que seccionó la arteria femoral cerca de la ingle.

Volvió a gritar con la boca casi por debajo del agua y se empezó a ahogar. De nada le sirvió intentar darse la vuelta. Haciendo molinetes con sus manos destrozadas, trató de tocar el fondo de la piscina, pero lo único que consiguió fue prolongar su agonía. La arteria desgarrada de la pierna vertió una sangre vital e hizo que el agua pasara de rosada a roja alrededor de Kressman. Con los ojos en blanco, rodó lentamente en el agua y sumergió la cara por completo. Murió poco después, aunque la batería del marcapasos siguiera sacudiendo eléctricamente su corazón cada pocos segundos, sin respuesta por parte del órgano, que sufría sus últimos espasmos dentro del pecho del cadáver.

Capítulo 31

El sargento Bobby Izzard, más conocido, inevitablemente, como Izzy desde que era pequeño y jugaba a pelota en las pobladas aceras de su bloque de pisos en el corazón de Queens, estudió el largo bufé de desayuno de la planta inferior de Zeke's Down Under y se llenó el plato con huevos revueltos, beicon, patatas fritas, algunas ostras fritas, un cucharón y medio de gambas marinadas y un poco de arroz con higadillos y especias.

Su barriga colgaba sobre el cinturón, como la de casi todos sus colegas de la policía de Gulf Shores. Seguro que entre eso y la cerveza, los cigarrillos y ver fútbol los domingos en vez de jugar, se estaba matando, pero le importaba un comino, la verdad. Atrás quedaban la pelma de su mujer, los inviernos de Nueva York, las listas de homicidios que nunca parecían acortarse y unos retortijones que amenazaban con convertirse como mínimo en una úlcera. Aunque pareciera mentira, había encontrado el paraíso en Gulf Shores (Alabama) y una de sus grandes alegrías era desayunar en Zeke's Down Under.

¡Y qué paraíso! Para empezar, en Gulf Shores se moría mucha gente, por eso había una funeraria abierta las veinticuatro horas en una población de cinco mil habitantes, y otras dos en Foley, a un tiro de piedra por la carretera. Se moría, pero no asesinada. Casi todos los fallecimientos eran por simple vejez, casi todos los muertos habían estado bajo control médico y ninguno tenía el menor interés para Izzy.

Como integrante de una brigada de tres, Bobby Izzard dedicaba la mayor parte del tiempo a robos de bolsos, a algún que otro memo que intentaba timarle los ahorros a una vieja y a casos de desaparecidos, la mayoría de los cuales resultaban ser enfermos de Alzheimer que se habían escapado. De vez en cuando, durante la temporada de nieve, cuando se triplicaba o se cuadruplicaba la población debido a la gran afluencia de turistas que venían del norte a pasar unos días en sus apartamentos de los bloques de la playa, Izzy colaboraba con la brigada marítima, en cuya gran embarcación salía a buscar ahogados por el mar y a molestar a las barcas con pinta de querer pasar de contrabando un par o dos de fardos. Sin embargo, en los tres años que llevaba al servicio de los ciudadanos de Gulf Shores no había desenfundado la pistola ni una vez, sólo había usado dos veces las esposas y nunca le había apuntado —ni muchísimo menos disparado— a nadie.

Vaya, justo lo que le gustaba. No estaban en *Policías de Nueva York*, *Ley y orden* o *CSI*; por no estar, no estaban ni en *Kojak*, sino en Gulf Shores (Alabama), un sitio lleno de zoos, minigolfs y excursiones para pescar tiburones. Gulf Shores, donde a todo el mundo le daba igual comer más o menos grasa, donde morir se era una simple cuestión de que se te parara el corazón después de una buena partida de minigolf con los amigos en Pirate's Cove. Si había algún asesinato, era en Mobile o en Pensacola, donde a Izzy no se le había perdido nada.

De camino a la mesa cogió una cafetera, se sentó frente a su vista favorita del puerto deportivo y de los muelles y atacó la montaña de comida. Para la mayoría de la gente, aún era demasiado temprano. Tenía todo el restaurante para él solo, a excepción de un par de capitanes de barcos de recreo con cara de resaca y un grupo de turistas más viejos que Matusalén con camisetas amarillas y gorras para protegerse del sol. Un privilegio destinado a durar poco.

Justo cuando tenía clavado el tenedor en el primer Royal Red, vio de reojo a Kenny Frizzell. Era un tipo avisado de Gulf Shores, socio de Izzard, para su desgracia, y el segundo en rango dentro del «equipo de investigación» —por llamarlo de alguna manera— que componía toda la sección de detectives de la población. El tercero era Earl Ray Pasher, un buenazo cuyo único amor era *El Kabong*, su enorme sabueso americano, baboso y dentado.

La máxima felicidad de *El Kabong* era husmear el cadáver hinchado de un ahogado, un maletín a rebosar de cocaína, un sótano lleno de marihuana o, en alguna carretera secundaria de las de los pantanos, un remolque convertido en laboratorio de anfetaminas. Hacía tan bien su trabajo que a él y Pasher les contrataban continuamente otros cuerpos de seguridad de Alabama y de fuera del estado, y casi nunca estaban en Gulf Shores, donde hacía tiempo que cualquier cosa que tuviera algún olor había recibido el visto bueno de *El Kabong*.

Kenny parecía un personaje de dibujos animados con traje. Tenía el pelo naranja muy corto, a lo *marine*, un físico de Popeye con esteroides y cara de muñeco. La única razón de que fuera cabo y detective era que se había sacado un diploma de dos años en derecho criminal en el campus de Gulf Shores del Faulkner State Community College. No se paró delante del bufé. Ni siquiera le tentó. Tampoco se sirvió café. Se limitó a acercarse con sus zapatones negros y las pecas de los mofletes muy rojas. A diferencia de Izzy, que en tres años en Gulf Shores se había puesto de un moreno como de té, Kenny sólo se quemaba. Siempre parecía que le hubieran dado un repaso con un soplete o que saliera de un horno de pizza. Al verle llegar, Izzy perdió el apetito. Estaba muy serio. No, peor, preocupado.

El joven detective se sentó delante de él.

—Tenemos un problema, Izzy.

—No, el que tiene un problema eres tú. Yo, como aún no me has dicho qué pasa, aún disfruto del desayuno.

Izzard cogió una tira de beicon para enrollar uno de los Royal Reds marinados, se lo metió todo en la boca y masticó imitando a Homer Simpson. Por una vez, el numerito no hizo reír a Kenny.

—Un cuerpo en una piscina.

Izzy suspiró. A Kenny le gustaba sacar el máximo provecho a su formación, por lo cual tardaba una eternidad en ir al grano.

—Supongo que muerto.

—Sí.

—¿Viejo?

—Sí.

—Los viejos se ahogan a puñados en las piscinas.

—Ya, pero es que no se ha ahogado. Vaya, no creo. Por la pinta que tiene, se ha desangrado en la piscina. Flota boca arriba y el agua está roja.

Lo de flotar boca arriba era un poco raro. La flotación natural solía colocar los cadáveres en la postura contraria.

—¿Dónde estaba, en la parte profunda de la piscina o en la poco profunda?

—En la poco profunda.

Ya tenía la explicación. Probablemente estuviera encallado en el fondo.

—¿Ya has avisado a Maggie?

—Ahora viene.

Gulf Shores tenía la suerte de contar con una jueza de instrucción del condado que era médica patóloga y que trabajaba en el depósito de cadáveres del centro médico del condado de Baldwin, en Foley, a diez minutos en coche por la carretera 59. Maggie tenía la edad de Izzy, cincuenta y pico, pero un culo como de dieciocho, y ella lo sabía, cosa que a Izzy le parecía perfecto.

—¿Hemorroides? —sugirió Izzy.

La boca de Kenny, muy serio, se torció. Los diplomados como él no se burlaban de posibles víctimas de asesinato, mientras que Izzy hacía chistes hasta sobre la inusual cantidad de peatones atropellados al cruzar Gulf Shores Boulevard —la mayoría medio ciegos, o con andador, o con bastón—, que comparaba al recuento de animales muertos: los hombres eran ardillas, y las mujeres, castores. Para Izzy, la muerte violenta era un trabajo; para Kenny, una vocación.

—Creo que lo han asesinado —dijo Kenny con voz de mal agüero.

—¿Por qué? —preguntó Izzy—. La gente se puede desangrar por un montón de razones. Igual tenía cáncer de pulmón, o sufrió una embolia, o yo qué sé...

—Creo que o no veía muy bien o se le empañaron las gafas de natación.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Es que el fondo de la piscina está lleno de botellas rotas.

—¿Botellas?

—Sí, como si alguien hubiera roto varias botellas y hubiera puesto los culos en el fondo de la piscina. Hasta a mí, que no tengo ni una dioptría, me ha costado verlas. Hay centenares. El tipo pudo cortarse al empezar a caminar por la parte profunda cuando dejó de nadar. Lo que no es accidental es el pedazo de vidrio que le sale por la boca.

Izzy tomó un sorbo de café y se sacó el Zippo y los Marlboros del bolsillo.

—¿Un cristal roto?

Kenny asintió extremadamente serio.

—Sí, de unos treinta centímetros, como una daga. Se ve que le ha cortado la lengua prácticamente por el medio.

Izzy hizo saltar la tapa del Zippo, encendió un Marlboro y lo chupó a fondo, mirando fijamente el plato del desayuno mientras sentía el doloroso movimiento de una burbuja de gas por sus entrañas. Debería haber comido menos. Sólo las ostras, por ejemplo. Volvió a suspirar y exhaló una nube de humo.

—En esto he de darte la razón, Kenny. Un trozo de cristal de treinta centímetros saliendo de la boca de un viejo parece cualquier cosa menos un accidente, incluso en Gulf Shores. —Se apartó de la mesa y se puso de pie. La burbuja de gas hizo un poco de ruido—. Será cuestión de echarle una mirada.

Capítulo 32

Finn Ryan se apartó del ordenador del despacho de Ex Libris, se apretó el puente de la nariz con el pulgar y el índice y cerró los ojos. Tenía en la mano derecha un fajo desordenado de hojas amarillas de libreta, con garabatos que representaban varias horas de trabajo. Se inclinó en la silla para bostezar y dio unos golpecitos para alinear los papeles, intentando concentrarse. Buena parte de sus pensamientos se escapaban hacia la sensación caliente y líquida que dominaba la boca de su estómago y al vago y metálico recuerdo de Michael cuando la había penetrado lentamente en la mesa de la cocina, mientras ella le enlazaba la cintura con sus piernas —ninguno de los dos había podido esperar a llegar a la cama—. Una experiencia fabulosa, enormemente satisfactoria, pero aun así se sentía muy lejos de Michael, como si él no fuera capaz de darse por completo; no sólo la pasión, sino también una rabia oscura y fría parecían ser la fuente de su sexualidad. Quizá fuera una mera cuestión de diferencia de edad, pero Finn estaba segura de que, por alguna razón, aquélla sería una relación bastante efímera.

«Piensas demasiado, Fiona Katherine Ryan». Miró los papeles amarillos que tenía en la mano y se concentró. ¿A quién se le ocurría liarse con un hombre veinte años mayor con el que investigaba un asesinato mientras intentaba no ser ella la siguiente víctima? Y todo por un pergamino dibujado por la mano de un genio de hacía cinco siglos... Parecía irreal. De repente se acordó del olor cobrizo a sangre que había rubricado la muerte de Peter y del casco negro de insecto del loco homicida de la bicicleta dando vueltas por el aire. De irreal nada.

El primer paso de su búsqueda había sido averiguar si existía una página web de Greyfriars. Sin saber muy bien por qué, se había llevado una pequeña sorpresa al descubrir que su web no sólo estaba muy bien diseñada, sino que destacaba por su refinamiento. Esperaba algo un poco más básico, una página austera en *Times New Roman* con un escudo de armas en la esquina. De hecho, el escudo sí que estaba: era un blasón ligeramente siniestro, con el campo tronchado de izquierda a derecha por una barra, tres cardos a la derecha y un cisne negro con dos cruces de Malta en la izquierda. Sobre el escudo se leía la palabra «Greyfriars» y el lema en latín «*Mens agitai molem*». Debajo había una filacteria con otra leyenda en latín de difícil comprensión: «*Aut inveniam viam aut Jaciam*». El primer lema significaba «La mente sobre la materia»; el segundo, en traducción aproximada, «O encontrar un camino, o hacerlo».

Según la versión escaneada de la historia del colegio que había en la página web, el lema sobre la mente y la materia se ajustaba a los objetivos fundacionales del centro, creado en 1895 por un pastor calvinista, George Haverford. El primer principio era evitar a los niños las tentaciones del sexo opuesto proporcionándoles un entorno completamente aislado donde tuvieran ocasión de concentrarse en el

concepto de virilidad universal acuñado por Teddy Roosevelt, gracias al deporte, la formación militar y el rigor educativo. Sumando a ello duchas frías y enseñanza religiosa a grandes dosis y sin concesiones, se obtenía un centro merecedor de las simpatías de todos los padres de la época. Leyendo entre líneas, era el epítome del ideal de que a los niños se les viera, pero no se les oyera —e incluso de que se les viera lo menos posible—. A Finn le parecía que Greyfriars reunía las peores cosas que le habían contado sobre los internados ingleses.

Buscando por Internet, y aprovechando el motor de búsqueda de Valentine —un buscador de uso exclusivo y gran complejidad, cuyo nombre era algo así como ISPY-XRAY—, encontró varias páginas web que ofrecían otra versión. Algunas se debían a ex alumnos del centro y otras a simples adictos a la información. Profundizando en el tema, se constataba que el pasado de Greyfriars no era tan ilustre como se infería de la web oficial. Según las averiguaciones de Finn, la «virilidad» de la academia se había traducido en que la mitad del alumnado de mediados del siglo xx muriese en trincheras belgas o francesas. El número de suicidas era más alto de lo normal. En cuanto a las novatadas a las que eran sometidos los alumnos más jóvenes por parte de los «veteranos», se habían cobrado como mínimo una vida, además de provocar varias demandas justo antes del *crack* del 29, que había estado a punto de hacer que el centro quebrara. El escaso capital que dejaron las demandas se lo había llevado la Gran Depresión, y las deudas y la mala fama acabaron por hundir la academia, que en 1934, tras la suspensión de pagos, fue adquirida por un grupo de ex alumnos. En ese punto, Finn dio con la primera pista digna de ese nombre: una lista del nuevo consejo de administración de Greyfriars. En total había doce nombres, pero los que le llamaron la atención fueron los seis primeros:

Alfred Andrew Wharton
Lauder J. Cornwall
Almirante Tobias Gatty
Jonas Hale Parker III
Orville Dupont Hale
Jerome C. Crawley

Demasiadas coincidencias para atribuir las a la casualidad. A. A. Wharton debía de ser el abuelo del actual director. Lauder Cornwall tenía que estar emparentado con James Cornwall, el difunto director del Parker-Hale. Jonas Parker y Orville Hale eran descendientes del fundador del museo. Tobias Gatty pertenecía —no podía ser de otra forma— a la familia del coronel. Por último, Jerome C. Crawley debía de ser pariente de Alexander Crawley. No, no era casualidad, pero en el fondo tampoco se acababa de ver ninguna relación. ¿Qué tenían que ver seis miembros del consejo directivo de la década de 1930 de un colegio con dos homicidios actuales y una página extraviada de un cuaderno de notas de hacía medio milenio? Aquello, más que ser un misterio,

bordeaba lo imposible.

Levantó la vista de sus notas para mirar la habitación, con su decoración de Sherlock Holmes, y tuvo el vago recuerdo de haber leído una sentencia en un relato de Holmes, durante el primer curso de literatura inglesa: «Una vez eliminado lo imposible, lo que queda, *por improbable que sea*, tiene que ser la verdad». Así pues, si alguna confianza merecía el venerable detective, había algún tipo de relación en todo aquello, aunque ella no la viera. De nada sirvieron, sin embargo, dos horas más frente al ordenador. Si algún fruto dio investigar los nombres y sus relaciones, fue incrementar la confusión.

No redujo su búsqueda a los seis primeros nombres, sino que, usando el motor de búsqueda ISPY, Google y todo lo que se le ocurrió, también investigó al resto, partiendo del año 1934. A diferencia de colegios como el Phillips Andover de Massachusetts —entre cuyos alumnos se contaban desde el creador de Tarzán a activistas por los derechos de los homosexuales, sin olvidar a algún que otro presidente reciente del país—, Greyfriars parecía especializado en personajes de perfil discreto. Ninguno de los doce miembros del consejo directivo que se habían hecho cargo de la institución durante la década de 1930 destacaba por ser persona brillante. Parker y Hale eran simples herederos de fortunas familiares, no sus creadores, como un Cornelius Vanderbilt o un John D. Rockefeller. Gatty no pasaba de contraalmirante, y si había acabado dando su nombre a un barco, ese barco no era ni un acorazado ni un portaaviones, sino un simple carguero Liberty. Jerome Crawley era un abogado que había trabajado con Bill Donovan, el jefe de la OSS, precursora de la CIA. Y así con todos los miembros: senadores, pero no gobernadores ni presidentes; secretarios del Interior, pero no de Estado; vicedirectores de la CIA, pero no directores. De hecho, en el aspecto gubernamental, tanto el consejo original como sus sucesores —e hijos— se componía de cargos no políticos. Podían ser secretarios de jueces del Supremo, pero nunca los propios jueces. Lo mismo en cualquier otra faceta de la vida, como el mundo empresarial: no acababan de ser personajes famosos, pero tampoco daban motivos de escándalo, ni protagonizaban grandes caídas. Casi parecía planeado así. Al cabo de un rato, Finn empezó a otear unas constantes: los miembros del consejo de administración, y su progenie, no eran los que dirigían el cotarro, sino funcionarios y ejecutivos que en el fondo eran los que tenían el auténtico poder y a los que más tiempo les duraba. Los presidentes duraban cuatro años, o como máximo ocho, mientras que los senadores, si eran listos y sabían meterse sin revuelo en una docena, o más, de los principales comités, podían durar medio siglo. Un empresario podía acumular consejos de dirección como quien colecciona cromos, sin que se enterara casi nadie ni de quién era ni de cuál era su peso. El interés por encima del ego. El poder por delegación. Podría haber sido perfectamente el auténtico lema del colegio.

Aparte de eso, el único dato que encontró fue que los doce miembros del consejo habían comprado la academia bajo el patrocinio de algo llamado Carduss Club.

Descubrió que Carduss era la traducción latina de «cardo», posible referencia al que aparecía en el escudo de armas del colegio. También era una especie de secta satánica, aunque no estaba muy claro. Que le constase a ella, el club Carduss había dejado de existir en 1945, fecha tras la que no halló más referencias. Al volver a entrar en la web de la academia, vio que todo estaba registrado a nombre de la Asociación de Alumnos de Greyfriars, administración fiduciaria que, según descubrió, por alguna razón tenía su sede en Delaware.

No siguió. Todo era demasiado confuso. Al mirar su reloj y descubrir que había pasado allí casi todo el día, recogió los papeles. A Michael quizá no le sonara tan a chino. Sonrió al pensarlo. Ahora, ni pensar en él, le llamaba Michael. Con amante, perseguida por un asesino y fugitiva en setenta y dos horas. Una vez levantada, se desperezó, caminó entre las estanterías en penumbra del último piso de Ex Libris y subió al *loft*.

Durante el viaje en ascensor, su cabeza era un torbellino de datos y emociones. Llegó al ático, esperó la sacudida de la cabina y abrió las dos puertas, la del ascensor y la del recibidor, una pieza muy bien iluminada que daba a la sala de estar. La puerta del ascensor se cerró automáticamente a sus espaldas. Finn se quedó quieta mientras empezaba a latirle muy deprisa el corazón; horas antes, al bajar a la oficina, había dejado apagada la luz del recibidor. Oyó un ruido de cristales rotos al fondo del *loft*.

Capítulo 33

Bobby Izzard curioseó por el pasado de Cari Kressman paseándose y fumando por todas las habitaciones de la casa de la playa, decorada a todo lujo, sin dejar cajones ni armarios por abrir. Ya hacía unas horas que Maggie y los cachas de sus ayudantes se habían llevado a Kressman en la camioneta grande Vandura de la forense, dentro de una bolsa con la cremallera cerrada. Kenny Frizzell seguía fuera, en la piscina, sacando los mortíferos cristales con el cedazo y guardándolos metódicamente en bolsas de pruebas de papel, cuyas etiquetitas rellenaba escrupulosamente. Izzy estaba solo en la casa. La luz del crepúsculo entraba sesgadamente por las mosquiteras del porche y las ventanas haciendo flotar barras doradas de polvo en las habitaciones. La identificación preliminar había sido hecha a partir de la matrícula del coche. Kressman no era de los que sólo venían en invierno, sino que vivía en Gulf Shores todo el año, pero no tenía antecedentes penales, ni ninguna infracción de tráfico a su nombre.

La casa era el típico *cottage* a la antigua de la costa del Golfo, aunque se viera todo muy nuevo. La planta baja estaba rodeada por una serie de porches cubiertos, con sus mosquiteras. El primer piso constaba de un dormitorio principal y otro para invitados. Desde el primero de los dos, una escalera de caracol llevaba a una plataforma de dos metros y medio por tres que sobresalía del tejado a dos aguas como el campanario de un colegio de una sola aula.

En la planta baja había una sala de estar y un comedor con vistas a la playa y el Golfo. La cocina se comunicaba con el comedor y con un dormitorio pequeño que daba a la piscina. La puerta de enfrente de la del dormitorio daba a un estudio, y estas dos habitaciones y el salón tenían puertas por las que se accedía a la zona de la piscina.

No hacía falta conocer a la víctima para que ciertos detalles llamaran la atención incluso antes de cruzar la puerta de la casa: el coche del garaje era un Mercedes de gama alta. Clase S, y la mayoría de los muebles eran antigüedades caras, estilo Eduardo VII. Kressman tenía dinero. No eran sólo los muebles los que parecían auténticos, sino los cuadros de las paredes, de pintura muy gruesa y marcos muy dorados. Izzy no tenía ni idea de arte, pero la impresión general que se llevó era de la misma opulencia que el cuero de la tapicería del Mercedes, pura seda.

Aparte de ser rico, Kressman no tenía ni un pelo de tonto. La casa estaba dotada de un sistema antirrobo de última tecnología, conectado a la comisaría de Clubhouse Road, no a un despacho vacío de un centro comercial. Una grabación se ocupaba de pregonar que ya estaba avisada la policía. Con lo que había pagado el viejo por todo el montaje de la casa, sólo hacía falta que alguien tosiera sobre uno de sus preciosos cuadros para que apareciera un coche patrulla en treinta segundos. Además, todos los cuadros estaban clavados a la pared con tornillos de cabeza cuadrada.

Al entrar en la cocina, en lo primero que se fijó Izzy fue en la nevera. Tenía dos características: ser enorme y estar casi vacía. Un dispositivo automático de cubitos y una botella muy fría de vodka Klagman etiqueta blanca. Carísima.

Debajo, algunas cajas de cartón de comida a domicilio traídas de los alrededores, restos bien envueltos de una ensalada y generosas reservas de cerveza, en su mayoría botellas chatas y marrones de Schultheiss Berliner Weisse. Debía de ser más caro el envío que ir a beberte una cerveza a la misma Alemania. Si de algo sabía Izzy, era del «vino de la cebada».

No vaciló ni un instante: metió la mano en la nevera, cogió una de las botellas medio heladas y la abrió para beber un sorbo. Como oro viejo. La etiqueta representaba a un grupo de mujeres con sombrilla dando un paseo entre los árboles de un bulevar. Un tipo chapado a la antigua en todo, hasta en la cerveza. Izzy suspiró de satisfacción, eructó ligeramente y reanudó su *tour* por la casa, no sin antes guardarse la chapa de la botella en el bolsillo de la chaqueta.

Entró en el estudio. Era bastante grande, de unos cinco metros por cinco, y no delataba el menor toque femenino. Las cortinas eran oscuras. El revestimiento de las paredes consistía en estanterías con libros comprados a metros. También había uno de esos globos de estilo reina Ana que se abrían y tenían dentro un bar bien surtido.

Maker's Mark, Hennessy cinco estrellas, Jack Daniel's, Johnny Walker Blue Label y un par de maltas de nombre impronunciable.

Izzy, sarcástico, se preguntó qué encontraría Maggie al abrirle el hígado al viejo. Pensó un momento en el culo de la forense, deliciosamente firme. Luego bebió un poco de cerveza y siguió investigando.

Una colección de jarras de cerveza, otra de coches en miniatura, un barco dentro de una botella y un escritorio clasicón, de tapa corredera y cerrado con llave. Antes Kenny había encontrado unas llaves encima de una cómoda. Ahora Izzy las llevaba en el bolsillo. Sacó el manajo y las probó una a una.

Acertó a la tercera y descorrió la tapa. Todo en perfecto orden: sobres y objetos que se ajustaban al tamaño de los apartados. En la parte delantera había un portátil Acer Ferrari rojo chillón, con un módem inalámbrico y unas líneas de lo más futurista. Encendió el ordenador y se pasó cinco minutos husmeando por las carpetas del viejo. La mitad estaban protegidas con claves de acceso.

Se levantó y salió al porche para llamar a Kenny y pedirle que usara sus dedos mágicos en el teclado. Después subió a los dormitorios. En el de invitados no había nada interesante. En el cuarto de baño tampoco había gran cosa, aparte de varios medicamentos para la presión y un champú anticaspa. Lo que tampoco había era Preparación H. O sea, que Kressman no tenía hemorroides. Pasó al dormitorio principal y echó un vistazo. Otra colección de muebles grandes, presidida por una cama de cuatro columnas muy adornada que le recordó la escena de la versión en blanco y negro del *Cuento de Navidad*, de Dickens, donde Scrooge se despierta y se da cuenta de que es el día de Navidad por la mañana.

En el techo había una lámpara de estilo antiguo, y en un rincón, una palmera tan alta que se le doblaban las hojas en el techo. Todo estaba lleno de alfombritas. Para variar, no había moqueta. De joven, Izzy, cuyo padre había trabajado durante cuarenta años en la construcción, se había pasado los veranos construyendo birrias por todo Nueva York y Jersey y sabía perfectamente la porquería que podían esconder un techo enmasillado y una alfombra barata. En casa de Kressman, no. Ahí todo era de primera.

En las paredes aún había más cuadros, que parecían auténticos, como los que había visto abajo. Hasta un pedazo de inculto como él reconoció una obra de aquel enano sobre el que habían hecho una película, el que siempre iba con sombrero de copa y le gustaban las putas... ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Toulouse-Lautrec.

El cuadro en cuestión estaba encima de la cabecera de la cama y representaba a un hombre y una mujer feos en una especie de cervecería, al borde de una pista de baile. También había otro cuadro del mismo pintor, con la misma puta fea de pie, delante de un bar lleno de gente. Ponía cara de aburrida. Como Izzy. En su lista de aficiones, la pintura no sacaba una puntuación muy alta.

Se acercó para mover un poco el cuadro de la chica sola. Atornillado, como todos. Ya podía ser feo, ya, que no era de los que vendía cualquier pintor muerto de hambre en el Holiday Inn. La alarma antirrobo y la sujeción de los cuadros delataban cuantiosas pólizas de seguro. Lástima que no hubieran robado ningún cuadro, porque entonces Izzy ya tendría un punto de partida. Lo malo era que para robarlos había que cortarlos del marco con un cúter, y eso no lo había hecho nadie. Se acercó a una cómoda muy grande. Dentro había una bandeja de plata, también grande, con pertenencias personales.

Un Rolex Daytona, un pequeño fajo de billetes de veinte y de cien, calderilla, un anillo para el meñique con un pedrusco verde, un billetero y un teléfono móvil. Izzy de arte no sabía, pero de relojes sí, y la última vez que había mirado el precio de los Daytona estaban a diez u once mil. Se lo quedó mirando y suspiró moviendo la cabeza. Era precioso, pero a ver cómo lo justificaba... Bueno, en todo caso no habían entrado a robar. Al Kressman se lo habían cargado por alguna otra razón.

Abrió el billetero. Un carnet de conducir de Alabama a nombre de Cari Kressman, con una fecha de nacimiento que atribuía setenta y cinco años al cadáver. Estaba expedido hacía cinco años con la misma dirección, o sea que Kressman llevaba como mínimo ese tiempo viviendo en la casa. Izzy abrió la otra separata y vio cinco tarjetas de crédito de las buenas, la de la seguridad social y un carné plastificado de la biblioteca de Gulf Shores. En uno de los bolsillos interiores había un condón suelto de piel de cordero y detrás otra cosa. La sacó. Un carné de conducir expedido en el estado de Nueva York a nombre de Karel Kress. ¿Qué pintaban dos nombres y dos carnés? Qué raro... Bueno, al menos se estaba poniendo un poco más interesante que si fuera un viejo cualquiera que la había palmado. Bajó a ver qué hacía Kenny. Estaba agachado delante del portátil Acer del estudio, tecleando.

—¿Has encontrado algo?

—Era rico.

—Sí, de eso ya me he dado cuenta.

—Coleccionaba cuadros.

—También me había fijado —contestó Izzy mirando la habitación. Estaba llena de cuadros y más cuadros.

—Los compraba todos en el mismo sitio de Nueva York, la galería Hoffman.

—¿Ah, sí?

—Sí, y a unos precios que no te cuento. Mira.

El más joven de los dos detectives se apoyó en el respaldo, mientras Izzy se inclinaba. En la pantalla había una columna de nombres y de números.

```
Boucher, François/fstra 2.870.000
Cézanne, Paul/fvoit 9.430.000
Fragonard, Jean-Honoré/vsmhb 1.670.000
Gogh, Vincent van/fvbyb 11.625.000
Manet, Edouard/liaoc 2.800.000
Toulouse-Lautrec/lgvhp 10.000.000
Toulouse-Lautrec/tbdm 4.000.000
```

La lista tenía media docena de páginas y como mínimo doscientos cuadros, muchos más que los que había en la casa. La mayoría ostentaba un precio muy superior al millón. Kenny hizo una demostración de la profundidad del programa eligiendo al azar un nombre de la lista y haciendo clic en el extraño código de letras:

```
Renoir, Pierre-Auguste/maclcaelm 750.000
```

Apareció casi enseguida en la pantalla una foto digitalizada de un cuadro que representaba a una mujer con la cabeza apoyada en la mano, delante de un fondo multicolor, tal vez de flores.

Debajo, en el título, ponía:

```
Mujer argelina con la cabeza apoyada en la mano
1881
Altura: 41,3 cm; anchura: 32,2 cm
Galería Hofmann, Nueva York, 1995
Vendedor: museo Parker-Hale, 1993
Donación de la Fundación Grange, 1957
```

—No entiendo nada.

—Es una lista de cuadros.

—¡No, si aún resultará que te parezco un gilipollas! Eso ya lo veo, Kenny, aunque no haya ido a la universidad.

—La lista está introducida en la base de datos con un código de letras.

—Sí, las siglas del nombre del cuadro. Eso también lo he captado, Kenny.

—Lo otro es lo que llamamos «procedencia».

—¿«Llamamos»?

—Indica de dónde sale el cuadro, su origen y su historial de ventas.

—¿Y?

—Pues que de momento todos tienen la misma procedencia. El mismo historial. La Fundación Grange los lega al Parker-Hale, que se los quita de encima vendiéndoselos a la galería Hofmann, la cual a su vez se los vende a clientes privados como Kressman.

—El cual aparece hecho picadillo en su piscina.

—¿Tú crees que tiene algo que ver lo uno con lo otro?

—Mucho dinero.

—Pero no han robado nada...

—¿Hay alguna manera de sumar todas las cantidades de la base de datos?

—Creo que sí.

Kenny se pasó unos minutos trabajando en el ordenador hasta que apareció un número: \$273.570.000

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Kenny.

—Creo que esto nos viene grande —dijo Izzy—. No tocamos el fondo.

Y se rió. Kenny no le vio la gracia.

Capítulo 34

El ático de Eric Taschen estaba en la Quinta Avenida, en un edificio de mediados de la década de 1940 que daba a Central Park, con vistas espectaculares de Sheep Meadow y el Ramble. A Valentine, el piso en sí le pareció bastante modesto —cinco o seis habitaciones y un dormitorio con estudio—, pero lo que no tenía nada de modesto eran la situación, las vistas y los cuadros de las paredes: un John Wayne serigrafiado de Warhol en el recibidor, un Roy Lichtenstein que ocupaba casi toda una pared de la sala de estar y un Julian Schnabel justo enfrente, con trozos de vajilla enganchados. En cuanto al estado civil de Taschen, no había nada que lo desvelase; ningún toque femenino revelador, pero tampoco nada que dejase adivinar que en la casa había otro hombre. Como mera suposición, se podía pensar que vivía solo.

Físicamente era un hombre delgado y bien vestido —camisa de seda blanca abierta por el cuello, vaqueros a medida y zapatillas de deporte caras que llevaba sin calcetines—. Su reloj de pulsera era de acero inoxidable. Por lo demás, no llevaba ninguna joya. Aparentaba algo más de cincuenta años y tenía el pelo oscuro, con las sienes ligeramente grises. Estaba recién afeitado y no tenía arrugas. Cuando salió a la puerta a recibir a Valentine, llevaba gafas de lectura con montura roja y un ejemplar de *The New York Times* en la mano. Le acompañó a la sala de estar, le invitó a sentarse en un sofá de cuero blando no del todo nuevo y él se acomodó en un sillón que hacía conjunto con el sofá, del que le separaba una mesita de centro con superficie de cristal.

—Colecciona arte de los sesenta y los setenta —dijo Valentine, mirando por encima del hombro de Taschen hacia el enorme Lichtenstein.

El cuadro representaba un sofá y un sillón bastante parecidos a los del salón. Debía ser una pequeña broma, un chiste de coleccionista. Taschen se encogió de hombros, carraspeó y empezó a recitar:

Ella dejó el paño, dejó el telar,
a través de la estancia dio tres pasos,
vio que su lirio de agua florecía,
contempló el yelmo y contempló la pluma,
dirigió su mirada a Camelot.
Salió volando el hilo por los aires,
de lado a lado se quebró el espejo.
«Es ésta ya la maldición»,
gritó la Dama de Shalott.

Sonrió.

—Cuando te has pasado casi diez años conviviendo con William Holman Hunt, Burne-Jones y demás, es lo último que te apetece colgarte en la pared.

—¿Aún trabaja de conservador?

—¿Aún? —dijo Taschen—, ¿Es una referencia al Parker-Hale?

—¿Le ha llamado Peter?

—Si no lo hubiera hecho, no le habría recibido. Hace tiempo que Irato con la galería Newman. Peter me ha contado que le interesa el arte robado, los botines de guerra.

—No exactamente.

—¿Entonces?

—George Gatty.

—Bueno, viene a ser lo mismo. Gatty compraba y vendía arte robado. Lo sabe todo el mundo.

—¿Cuál es su relación con el Parker-Hale, si existe alguna?

—Sandy le compraba y le vendía obras a Gatty.

—¿Sandy? ¿Se refiere a Alexander Crawley?

—Sí.

—Usted y él eran colegas.

—Sí, teníamos más o menos la misma edad.

—Si no me equivoco, usted se presentó al cargo de Cornwall, pero Crawley se las ingenió para quedárselo.

—Bueno, yo no usaría la palabra «ingenió». Más bien «calumnió».

—Y usted dimitió.

—Era la típica situación en que si no dimites te despiden.

—¿Con qué motivos?

—Ninguno, inventos. Según Sandy, mi relación con James Cornwall era... escabrosa.

—¿O sea que también difamó a Cornwall?

—Bueno, más o menos. La mayoría de la gente ya sabía que James era gay, pero en el fondo les daba igual. Por otro lado, tener relaciones sexuales con el director se consideraba un poco demasiado delicado, por una cuestión de relaciones públicas.

—¿Fue la argumentación de Crawley?

—La que usó en el consejo de administración.

—¿Era verdad?

—¿Importa?

—A mí no, pero como dicen los abogados, «ha lugar».

—¿Por qué?

—Porque puede esclarecer los motivos del que le mató. —Valentine hizo una pausa—. Supongo que la policía le puso en la lista de sospechosos.

—Sí, claro. —Taschen sonrió y se levantó para ir al fondo de la sala, hacia un pequeño bar lacado en negro de estilo *art déco*—, ¿Le sirvo algo?

—No, gracias —contestó Valentine.

Taschen se puso un whisky con hielo y volvió al sillón para beber despacio y en silencio, mirando por el ventanal que daba al parque. Tenía la mandíbula crispada y Valentine vio señales de tensión alrededor de sus ojos. Mucha rabia contenida.

—Tengo coartada —dijo Taschen con una sonrisa forzada—. Estaba en Praga de viaje de negocios.

—¿Viaje de negocios?

—Asesoro a coleccionistas, empresas, fundaciones... Todo eso. Ahora mismo interesa mucho el arte de vanguardia de entreguerras de Europa del Este: Alois Bilek, Karel Teige, las escenografías de Capek, que fue el que inventó la palabra «robot»... Ese tipo de gente. Obras que se pueden coleccionar sin ser prohibitivas.

—Queda muy lejos de Burne Jones y de la Dama de Shalott.

—La gente cambia y los gustos también.

—Sí, y las circunstancias.

—Peter Newman me ha contado quién es, señor Valentine. ¿O debería llamarle «doctor»? Si no me equivoco, tiene más de un doctorado. Sabe que los cuadros de estas paredes están fuera de las posibilidades de la mayoría de la gente, al igual que el apartamento. Yo no necesitaba el trabajo del Parker-Hale, pero lo quería, y me lo merecía. Según cómo, los que nacen ricos también pueden pedir becas. —Taschen frunció el entrecejo—. No soy un diletante que viva del dinero de papá.

—Yo no he insinuado que lo sea.

—Entonces ¿qué insinuaba?

—Nada. Ahora bien, me gustaría saber por qué razón usted le resultaba tan antipático a Crawley.

—No era nada personal. No había motivos. Sandy formaba parte de un anillo. James Cornwall lo sabía, y no le habría propuesto como director ni por todo el té de China.

—Eso sigue sin explicar el acoso al que le sometió.

—Sandy ganaba mucho dinero dando prioridad a determinados marchantes cada vez que se desprendía de alguna pieza de la colección permanente. Cobraba un porcentaje. Lo hacen muchas galerías, pero normalmente son más discretas. Yo tenía pruebas de sus actividades. Desacreditándome, Sandy desacreditaba todo lo que yo pudiera decir en su contra.

—Por lo que sé, Cornwall nombró a Crawley mientras usted aún estaba en el museo. ¿Por qué?

Taschen se limitó a encogerse de hombros.

—Porque Sandy le chantajeaba.

—Le veo muy seguro.

—Es que lo estoy. Me lo dijo James. Me enseñó una carta que le había enviado

Sandy exponiendo la situación. No le quedaba alternativa.

—Entonces ¿usted quién cree que mató a Crawley?

—No tengo ni idea. Lo que sé es que tenía algunas amistades no muy recomendables.

—¿Alguien en especial?

—Dieeiter Trost, de la galería Hoffman. Mark Taggart, de la Fundación Grange. A George Gatty ya le ha nombrado usted. James Cornwall, dicho sea de paso, le odiaba.

—¿Por qué?

—No estoy muy seguro. Sólo sé que el coronel es un personaje especialmente odioso, totalmente ajeno a la moralidad. Creo que era por algo que pasó en la guerra.

—Gatty había trabajado en Suiza para el G2. Inteligencia.

—James Cornwall también; no en Suiza, pero estuvo en la Unidad de Monumentos, Bellas Artes y Archivos de la OSS, los del saqueo de obras de arte.

—Es todo muy enrevesado —dijo Valentine—. Ahora bien, sigo sin explicarme que Cornwall nombrara sucesor a Crawley. Ha dicho usted que vio una carta.

—En electo.

—¿Qué ponía?

—Que Sandy estaba al corriente de la participación de James en una especie de club secreto y que si no le nombraban director no tendría más remedio que acudir a la prensa.

—¿Y usted supuso que tenía algo que ver con la trayectoria sexual de Cornwall?

—¿Con qué si no?

—¿Cornwall no se lo dijo?

—No. Tampoco se lo pregunté.

—¿El club tenía un nombre?

—Sí, Carduss.

Valentine frunció el entrecejo.

—«Cardo» en latín.

—Ya, ya lo sé —dijo Taschen—, Un nombre un poco raro para un club de gays. Suena más a hermandad universitaria.

—¿Le contó algo del grupo?

—No, nada —contestó Taschen moviendo la cabeza—. Ni una palabra.

Al fondo del apartamento empezó a sonar un teléfono. Taschen se acabó el whisky, lo dejó en la mesita de centro y se levantó para salir sin prisas del salón. El teléfono dejó de sonar. Valentine discernió vagamente la voz en sordina del asesor artístico.

Se levantó para mirar el Schnabel de la pared, de textura rugosa. Representaba una figura vagamente etíope sobre un fondo de montañas, con una calavera en un lado. La parte inferior del cuadro estaba llena de trozos de vajilla. Nunca le había gustado mucho lo que hacía Schnabel. El cuadro no le hizo cambiar de opinión. Los

platos rotos siempre le recordaban a Zorba el Griego. Por otro lado, era un artista cuya reputación se basaba en esos trozos tan tontos de loza. La oscuridad como arte.

Se volvió hacia Taschen, que acababa de volver.

—Era Peter Newman.

—¿Ah, sí?

—Como sabía que usted estaba aquí, ha pensado que tenía que saberlo. Acaba de oírlo en las noticias.

—¿El qué?

Taschen emitió un largo suspiro.

—George Gatty. Lo han asesinado. Lo han matado con una espada ceremonial nazi.

Capítulo 35

El teniente Vincent Delaney, de la brigada especial, estaba en el centro de la sala de estar del coronel George Gatty, contemplando el cadáver, que seguía ensartado en el sillón de cuero marrón como si fuera media res. El que hubiera matado a aquel viejo tan feo se había superado a sí mismo. Según Bandar Singh, el ayudante del forense, le habían hincado por el cuello sesenta centímetros de acero, cuya punta asomaba por el perineo, señal de que había salido entre los huevecillos arrugados de la víctima y su culo fruncido.

Putkin, el criminólogo, atribuía a eso el mal olor: a que la espada, afiladísima, hubiera seccionado media docena de órganos vitales a lo largo de su trayectoria, además de la pared del estómago y los dos intestinos. Sabían que era una espada nazi por la enorme esvástica que tenía entre las garras el águila de plata que formaba el mango. Lo peor era que estuviera todo a la vista. Como en el momento de ser asesinado Gatty iba en bata, se le veía hasta el último centímetro de su cuerpo de viejo. Putkin y sus compinches hacían medidas y pruebas entre los fogonazos de los flashes. Un estreno a lo Hollywood para la víctima.

Llegó Billy Boyd, con una libreta entre sus dedos de salchicha.

—¿Qué? Supongo que este asesinato tiene algo que ver con el otro, ¿no?

—Sí, y puede que también con el que nos contó por teléfono aquel policía de chiste de Alabama. —Delaney sacudió la cabeza—. Yo no sabía ni que Alabama tuviera costa.

—Ni yo —dijo Boyd—. Pensaba que no tenía salida al mar.

—Bueno, tampoco es que eso tenga mucho que ver con el muerto.

—¿Éste?

—El de Alabama.

—¿Y cuál crees que es la relación entre todos estos asesinatos?

Boyd no parecía muy seguro.

—No sé, Billy, no sé qué relación puede haber entre un tío de un museo al que le meten un cuchillo por el cuello en la Quinta Avenida, el fiambre de Alabama, que era una especie de megacoleccionista de arte y al que le clavaron una botella de Absolut, y el coronel, aquí presente, al que se ha cargado una especie de Vlad el Empalador nazi. Pero es una posibilidad que me planteo.

—¿Quién es Vlad el Empalador?

—Uno que sale en los programas de lucha libre. —Delaney suspiró—. Oye, Billy, ¿sabes qué? Vete a hablar con Singh y averigua la hora de la muerte.

—Marchando.

En realidad, Delaney no necesitaba que se lo confirmasen. Dado el atuendo de la víctima, era evidente que le habían matado o en la cama o de camino a ella; o sea, en algún momento de la noche. El mayordomo de Gatty, un tal Bertram Throens, vivía

con su mujer —la cocinera— en un apartamento del sótano, pero ninguno de los dos había oído nada raro.

Como en el caso de Crawley, el del museo, proliferarían los sospechosos. A Crawley le habían asesinado justo cuando se celebraba una recepción para quinientas personas en la planta baja y, a juzgar por todos los indicios, lo más probable era que el visitante nocturno del coronel hubiera venido con la falsa intención de venderle la espada usada para matarle.

Habían encontrado en el recibidor el maletín para guardarla, forrado de seda por dentro y de piel por fuera. Delaney sabía tanto de alemán como de gaélico, pero enseguida le habían llamado la atención los nombres de Rommel y Adolf Hitler. Se imaginaba que la transacción habría sido económicamente muy cuantiosa y que el interés del coronel se habría avivado mucho. A juzgar por la casa, era un coleccionista de los gordos, conque lo de recibir en bata quizá no fuera tan anómalo. Las preguntas al mayordomo le habían llevado a la misma conclusión: el coronel recibía bastantes visitas nocturnas.

Suspiró e inhibió el olfato todo lo que pudo cuando los del camión de los fiambres levantaron el cadáver y lo pusieron en una camilla de las que se cerraban. La verdadera pregunta que nunca se alejaba de sus pensamientos versaba sobre la extraña relación entre el caso y la pelirroja guapa que parecía desempeñar un papel central dentro de él. Y esto le llevaba a una pregunta aún más importante: ¿qué había sido de Fiona Ryan?, ¿dónde estaba ahora?

Capítulo 36

Empezaron a salir del campamento a última hora de la noche. Ya hacía rato que se había puesto la Luna. Las nubes deshilachadas que llegaban del norte mitigaban la luz de las estrellas. La mayoría de los hombres eran de ciudad, a excepción de Reid y del sargento, y aún no habían superado el miedo a la oscuridad muy cerrada. Aquella noche de terciopelo era como algo sobrenatural, demasiado parecida a la sombra de la muerte que constituía siempre, a cualquier hora, el telón de fondo de sus pensamientos.

Cruzaron el bosque en silencio, sin apartarse de los caminos. Al final de un descanso en la hondonada sin árboles donde se unían los senderos, se dividieron en dos grupos. Winetka, Bosnie, Biearsto y Terhune, con el bazuca y el mortero de cinco centímetros, tomaron el camino del sur, el que desembocaba en la carretera a la altura de la torre del francotirador. El resto —con el sargento controlando a los oficiales artistas— se dirigió al tanque quemado que había en lo más alto de la loma.

El plan expuesto a Cornwall por el sargento era sencillo. El grupo se componía de los restos del segundo batallón de los Rangers después de la invasión de Normandía y había heredado material como para una compañía entera. Mientras Terhune y Biearsto se cargaban al francotirador y la torre con el bazuca, Winetka y Bosnie usarían el mortero de cinco centímetros para cubrir la entrada principal. Cuando el sargento oyera el primer disparo de bazuca, abriría fuego con las dos ametralladoras de 7,92 milímetros, con lo cual prepararía el flanco para el pelotón integrado por Patterson, Dorm, Teitelbaum y Pixie Mortimer, encabezado por Reid y terminado por los tres oficiales. En caso de necesidad, el sargento también podía cubrirles la retirada, aunque dudaba que fuera preciso. Aparte del bazuca y el mortero de cinco centímetros, Teitelbaum y Dorm harían de artillero y de ayudante, respectivamente, para el rifle automático Browning. Los demás transportaban varias armas relativamente pesadas, entre ellas un par de Thompson, una ametralladora ligera Johnson, una metralleta M3 y la ametralladora rusa PPSH de setenta y una balas, con la que tan encariñado estaba Patterson. En total, mucha más artillería que la que debían de tener los alemanes de la granja.

El sargento se llevó a su grupo al norte, donde el bosque clareaba, y se detuvo al ver la zanja. Volvió a subir con Reid hasta donde estaba el tanque e hizo un último reconocimiento de la granja. Era un falso amanecer, un vago y mortecino resplandor que alboreaba en el este del horizonte. Ni en la granja ni en ninguno de los cobertizos se veía luz. Movi6 los prismáticos hacia la torre de la abadía, buscando algún reflejo que indicara la posición del francotirador. Luego calculó la distancia entre la torre y su posición. De cinco campos de béisbol no bajaba, pero eso no era obstáculo para un buen artillero que dispusiera de una mira zs4 puesta en un Krag o incluso en un 43. Supuso que su grupo tardaría unos minutos en llegar al muro de la granja. Entre uno y

otro punto no había donde guarecerse, salvo en alguna de las hondonadas o en la roca. Vaya, que el francotirador se los podía cargar sin despeinarse.

—Más os vale cepillaros al mariconazo tal como os he dicho —murmuró el sargento.

—¿Decía algo? —preguntó Reid.

—No. ¿Cornwall y los otros qué hacen?

—No son tan tontos como para salir a campo abierto antes de que empecemos a disparar.

—Muy bien. Calculo dos minutos para llegar al muro. ¿Ves aquella roca?

—Sí.

—Pues que pasen todos por la izquierda. La usaré de tope cuando mueva las ametralladoras del tanque.

—Vale, me queda claro.

—Pararé de disparar cuando lleguéis al muro. Vosotros tirad aquellas granadas modelo 24 que le quitasteis hace unos días al alemán y haced un agujero.

—¿Entramos a saco?

—Sólo si Terhune y los demás ya les han puesto a punto de caramelo, y cuando estéis seguros de que ya no esté el francotirador, que es la clave. Como consiga bajar de la torre y encontrar otro escondrijo, la habremos cagado. ¿Me explico?

—Perfectamente.

—Pues nada, voy a cargar la munición en la ametralladora. A las seis en punto, o sea, dentro de diez minutos, deberíamos oír que Terhune y Winetka abren fuego. Cuando entréis vosotros, envía a Teitelbaum y Dorm con el BAR. En una de las hondonadas, por ejemplo. Luego que avance Patterson con su ametralladora rusa, y luego tú y el resto. ¿Los tenientes aún llevan los Thompson?

—Cornwall lleva un arma muy buena.

—Seguro que la primera vez que dispare os mata a todos. ¿A quién se le ha ocurrido darles armas a los oficiales?

—A mí no.

—Venga, en marcha.

—Voy.

Reid se internó en la oscuridad, en tanto que el sargento trepaba hasta la torreta abierta del tanque alemán abandonado y se metía dentro. Empezó a introducir las cintas de munición en las dos ametralladoras, intentando hacer el menor ruido posible. Los proyectiles tenían las puntas de distintos colores. Debían de ser una mezcla de trazadora, bala e incendiaria, como sus equivalentes norteamericanas, aunque no habría estado mal saber cuál era qué. Tardó menos de dos minutos en cargar ambas armas con cintas de doscientos cincuenta proyectiles. Miró por la rendija de la torreta, por la que entraba cada vez más luz. Acto seguido miró su reloj. Faltaban unos cinco minutos para que se convirtiera todo en un infierno. Sonrió. Estaba impaciente.

Capítulo 37

Michael Valentine se desplazó metódicamente por las habitaciones del ático del edificio de Ex Libris. Todo el apartamento estaba patas arriba. Habían abierto todos los cajones y registrado todos los armarios. Habían entrado en la vivienda por una conducción de aire y habían salido por una ventanita del lavabo que no tenía alarma. Finn Ryan, que seguía a Valentine, quedó horrorizada por los destrozos. La ronda de reconocimiento se terminó en la cocina.

Valentine se sentó ante la mesa de formica amarilla.

—¿Al oír que se rompían los cristales qué hiciste?

—Pensé que tenía que investigar...

—Pero luego cambiaste de idea.

Valentine sonrió.

—No iba a hacer como en las películas, que la chica va a buscar a su novio al muelle una noche sin luna y sale una mano del agua y le coge el tobillo. Tan tonta no soy.

—La verdad.

—Después de lo de Peter...

—¿Se rompen los cristales y...? —dijo Michael animándola a seguir con su explicación.

—Doy media vuelta, entro otra vez en el ascensor y vuelvo al despacho para llamar al móvil que me habías dado.

—O sea que al despacho no ha bajado y el ordenador no lo ha tocado.

—No. Me he pasado casi todo el día delante de él.

—Por lo que veo hay bastantes destrozos, pero nada irreparable.

—¿Y si vuelve?

—Lo dudo. Si hubiese buscado algo, habría bajado al despacho.

—¿Intentaba asustarnos? —preguntó Finn.

—Creo que sí.

—¿Por qué?

—Porque nos estamos acercando demasiado a algo. Hemos buscado muy a fondo y es posible que ya se haya disparado alguna alarma.

—¿Te has enterado de algo al hablar con tu amigo el marchante?

—Sí, de mucho —dijo Valentine.

Le relató las explicaciones de Peter Newman y su visita a Eric Taschen. Ella le contó sus esfuerzos en el ordenador.

—¿Total? ¿Cuál es la conclusión?

—Pues que aquí están pasando muchas cosas a la vez. Los asesinatos de Crawley y Gatty están relacionados entre sí y con el tercero que te dije, el que sé por mi contacto en la jefatura de policía. Creo que se llamaba Kressman. De momento no

hay pruebas, pero parece que todos estaban metidos en una especie de red para sacar arte robado al mercado libre. Botín de guerra. La serie de asesinatos no creo que tenga nada que ver contigo. Creo que el que encontraras el dibujo de Miguel Ángel sólo ha sido una casualidad inoportuna. Estoy casi seguro de que a Crawley le habrían matado de todos modos.

—Lo de Peter no fue casualidad.

—No. Eso quiere decir que uno de los cómplices de Crawley estaba preocupado por lo que habías averiguado, y que fue esa persona la que contrató al asesino de Peter y al mensajero de la bicicleta, el vietnamita que te siguió.

—¿O sea que hay dos asesinos?

—Sí; uno quiere quitarnos de en medio a ti y al dibujo; al otro le interesa el grupo en el que estaban involucrados Gatty, Crawley y Kressman, el anillo del que me han hablado Newman y Eric Taschen.

—Pero tiene que haber alguna relación entre los dos...

—Sí. Supongo que el factor común es el arte.

—¿El mercado de arte robado?

—Por lo que me has contado de la historia de Greyfriars, tiene que haber algo más. Lo que está claro es que el Club Carduss es una sociedad secreta al estilo de los Skull and Bones de Yale, pero no tan visible.

—Según lo que he leído, desapareció hacia 1945.

—Ya, Skull and Bones también, pero en realidad sólo cambiaron de nombre. Esa compañía con sede en Delaware... Es el sitio con menos restricciones del mundo para la creación de empresas. Por eso la CIA siempre lo usa para las suyas, como Air America.

—¿Por qué lo dices? ¿Crees que puede tener algo que ver con el espionaje?

Finn observó atentamente a Valentine, intentando no pensar demasiado en cuál era su verdadera actividad y en su relación con su padre. Ya habría tiempo. No era el momento.

Valentine se quedó muy serio.

—No, pero es algo gordo. El muerto que acaban de encontrar en Alabama manejaba cientos de millones de dólares. —Se encogió de hombros—. Claro que tampoco es muy difícil hacerte millonario cuando tratas con obras de Miguel Ángel...

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? A estas alturas, el detective Delaney ya habrá deducido que no formo parte de ningún complot para matar a Peter. ¿Por qué no vamos a la policía?

—Si sólo fuera tu novio... Pero ahora hay tres muertos más: Crawley, Gatty y Kressman. Total: cuatro asesinatos en el mismo número de días, y millones de dólares en cuadros robados. Tendrían motivos de sobra para encerrarte una buena temporada. Y para matarte. Por alguna razón te has tropezado con una conspiración en la que participan muchos peces gordos, gente que tiene cosas que esconder y medios para

mantenerlas ocultas al coste que sea. Mientras no sepamos exactamente quiénes son y hasta dónde llega la conspiración, evitaremos a la policía.

—No tiene sentido. Por lo que he leído, ya eran todos ricos. ¿Por qué querían más?

—No creo que tenga nada que ver con el dinero.

—¿Entonces con qué?

—Con el poder. Aquí abajo tengo mil libros sobre sectas y grupos: los templarios, los Shriners, los Illuminati... En el fondo nunca es cuestión de dinero, sino de poder, y de cómo conservarlo. Xenofobia yanqui de la de toda la vida. Como a la gente le da miedo cambiar, se junta para intentar evitarlo. China se pasó mil años intentando ignorar al resto del mundo, pero al final hasta ellos tuvieron que empezar a cambiar.

—No es la primera vez que te encuentras con este tipo de problema, ¿verdad?

—Nos lo estamos encontrando todos cada día —replicó Valentine—, La lucha entre lo viejo y lo nuevo existe desde que el mundo es mundo. Esto sólo es otra versión.

—En la lista del consejo de administración había una docena de nombres. Sólo he investigado unos cuantos. ¿Cómo sabremos cuál es el siguiente en la lista de los asesinos?

—No se puede saber. Ni siquiera sabemos si sólo ha habido tres asesinatos: Crawley, Gatty y Kressman. Según Peter Newman, el jefe de Crawley, James Cornwall, había fallecido de muerte natural, pero es posible que se equivoque.

Finn tendió la mano y estrechó con fuerza la de Valentine.

—Bueno, repito la pregunta: ¿y ahora qué?

—Ahora a seguir investigando. Tenemos que saber a qué estamos jugando y quiénes son exactamente los otros jugadores. —Hizo una pausa—. Tendremos que ir a ver a mi amigo el *hacker*.

—¿Hacker?

—Sí, un fanático de los ordenadores que se llama Barrie Kornitzer. Fuimos juntos al colegio.

Capítulo 38

Miró fijamente las figuras diminutas de la página, distribuidas entre los árboles, dibujadas, repasadas con tinta y coloreadas con el mismo esmero que si fueran señales en miniatura que indicasen la dirección del tiempo desde el momento inmobilizado que representaban: en aquel punto estaban sanos y salvos, ajenos al hecho de que algunos tardarían muy poco en morir, en ser borrados con la misma minuciosidad con la que en otros tiempos habían sido dibujados. Se los quedó mirando, a ellos y a la página, y de repente estaba en otro mundo, un mundo que en el fondo nunca había existido o que lo hacía en un tiempo largamente desaparecido.

El ataque empezó a las seis en punto de la mañana. El alba era una vaga franja violácea. Los hombres se movían como si fueran fantasmas por una niebla lenta que brotaba de los campos mojados de rocío. Al mirar por la ranura del artillero del tanque roto, el sargento vio el fuego del primer disparo del bazuca, y al cabo de pocos segundos oyó un fuerte impacto. El aire vibró casi enseguida, como un trueno. El primer proyectil del bazuca destrozó gran parte de la torre de la abadía, pero ello no bastó para silenciar al francotirador. El sargento oyó el ruido seco de un rifle de gran potencia que buscaba un blanco en la densa pantalla de árboles del otro lado de la carretera. Luego el bazuca hizo valer de nuevo su presencia y barrió la parte superior de la torre, con lo que provocó una lluvia de piedras y de tejas. La torre, que debió haber sido fabricada de madera que, con el paso de los siglos, se había resecado tanto que era como yesca, poco después del segundo disparo del bazuca era una antorcha. Adiós al francotirador.

Tras el segundo proyectil del bazuca, el sargento oyó retumbar rítmicamente el mortero, cuyas bombas de un kilo tenían por destino la entrada principal. Entonces accionó las manivelas de las dos ametralladoras, las alineó a pulso para dirigir las aproximadamente hacia el tejado casi invisible del granero y de la casa principal y abrió fuego. Las ráfagas vaciaban las cintas de munición y hacían caer alrededor de sus tobillos los cartuchos vacíos y calientes. Cada pocos segundos el sargento hacía una pausa, movía un poco las ametralladoras y volvía a disparar, mientras observaba los movimientos del pelotón de cinco hombres de Reid, que se estaba desplegando para atacar el muro de la granja.

Los primeros en moverse fueron Reid y Pixie Mortimer, que salieron del bosque y echaron a correr por la carretera oscura al primer disparo del bazuca de Terhune. Consiguieron llegar desde la zanja del fondo hasta la roca situada a medio camino de la cuesta. Los otros tres —Patterson, Dorm y Teitelbaum— les siguieron de cerca y se agazaparon en la primera de las pequeñas hondonadas que parecían viejas zanjas de desagüe, aunque también podían ser restos de alguna especie de canalización para las aguas residuales.

No era la primera vez que el sargento se quedaba alucinado ante la cantidad de

trastos que se les exigía llevar a los soldados rasos. Teitelbaum, por ejemplo, el artillero del BAR, llevaba su arma, el portafusil, el *kit* de limpieza, doce cargadores de veinte balas en un arnés cruzado, un cuchillo de trinchera, una granada de fragmentación, un hacha, una pistola, las botas y el uniforme reglamentarios, sin olvidar algunos efectos personales. Total, casi cincuenta kilos. Hasta un señor oficial como Cornwall llevaba lo mismo o más que un soldado de a pie: bolsas de munición, cargadores, prismáticos, la caja de los mapas y todo lo que tuviera que ver con la misión. Además, Cornwall y los otros artistas acarreaban metralletas Thompson con su correspondiente munición. Parecía mentira que pudieran dar un paso.

Teitelbaum y Dorm montaron el BAR al borde de la zanja mientras Patterson les cubría haciendo un ruido infernal con su 71 ruso. De momento el sargento había visto poco movimiento en el patio delantero de la granja, pero las llamas de la torre de la abadía habían desencadenado un incendio en toda regla procedente de la casa y de los cobertizos. Permaneció a la escucha, pero sólo oyó disparos de rifle y ráfagas sueltas de alguna ametralladora ligera, probablemente una MP43 o una M34, que era un modelo más grande. Con Terhune y los otros delante, no se preveían muchas dificultades, a menos que los alemanes tuvieran algún arma secreta en los camiones.

Cubiertos por el fuego del BAR, Reid y Mortimer salieron de detrás de la roca. De repente se oyó una ráfaga procedente del piso superior de la granja, y Pixie cayó al suelo como si hubiera tropezado con una alambrada. Tenía el pecho reventado a balazos y media frente y casi todo el cerebro volados por la segunda ráfaga, que procedía de otro punto. Reid no se paró ni un segundo. Mientras Mortimer se agachaba, el indio se tiró en la hierba y rodó hasta el muro destrozado del recinto. El BAR barrió el primer piso de la granja. El sargento vio que Reid sacaba una mina rusa M28 en forma de caja y le quitaba la espoleta. Luego el indio se escabulló hacia la izquierda, arrimado a la pared, pero lo más lejos posible del explosivo. Se oyó un fuerte estallido que hizo saltar varias piedras del muro y levantó un humo sucio y marrón. Después apareció un boquete del tamaño de las puertas de un establo.

El sargento activó el mecanismo lateral de las ametralladoras mientras veía disiparse la humareda. El agujero recién abierto le permitía ver el patio de la granja, donde estaban los camiones, visibles e intactos junto al cobertizo principal y al techado para guardar el ganado en invierno. A la derecha de este último había un cobertizo para carros por cuya puerta oscura vio salir varias ráfagas. Tres o cuatro hombres con uniforme de la Wehrmacht cruzaron corriendo el patio de adoquines para refugiarse en la casa, pero justo entonces rugieron al unísono el BAR, el 71 ruso y el PPSH, y los alemanes cayeron al suelo como un manojo de espigas segadas de un solo golpe de guadaña. El bazuca de Terhune se hizo oír desde más cerca, seguido por la detonación del mortero de cinco centímetros, cuyos proyectiles atravesaron el techo de ambos cobertizos, el del ganado y el de los carros. Un crepitar de madera incendiada y un reventar de cristales se sumaron al estruendo general. El sargento se notaba tersas las mejillas por una sonrisa asesina. Dejó que se enfriaran un poco los

cañones de las ametralladoras y aprovechó para echar un vistazo a la esfera de radio de su reloj militar Grana Dienstuhr, tomado de la muñeca de un alemán muerto el día D, en el pueblo de Courseulles-sur-Mer. Faltaba poco para las seis y cinco. Todo había durado menos de cuatro minutos. A medida que se apagaba el ruido del combate, el sargento oyó a su izquierda el leve suspiro de las ramas. Luego un último disparo del mortero y una vibración en lo más hondo del viejo tanque inutilizado. Oyó un llanto lejano. Todo había terminado. Salió del tanque a pulso, se sentó en el borde de la torreta y encendió un cigarrillo. Se produjo una pequeña pausa, lo que tardó la gente en rehacerse. Luego, por el boquete del muro, salió un hombre con el inconfundible uniforme negro de las SS y un trozo de tela blanco en la punta de una madera partida. Vaciló un poco y empezó a caminar. Cornwall y Taggart, el oficial flaco y alto que era el primer ayudante de aquél, salieron de detrás de la roca y empezaron a bajar por la cuesta en dirección al alemán.

El sargento reflexionó un momento antes de bajar del tanque y acercarse al de las SS con el Colt automático en la mano para cortarle el paso a Cornwall. El alemán era bajo, de piel blanca, con gafas de montura metálica. Tenía una mancha de ceniza en una mejilla y la funda del cinturón abierta y vacía. Llevaba la insignia en forma de hoja de roble y los tres galones verdes de *Standartenführer* —coronel—, pero tenía más pinta de empleado de banco.

—¿Habla inglés?

—Sí.

—¿Qué hay dentro de los camiones?

—Cuadros. Obras de arte valiosas.

—¿Usted quién es?

—El doctor Eduard Ploetzsch. Soy conservador de museo.

—No.

—¿Qué, por favor?

—Que no es nada. Está muerto.

El sargento levantó la pistola y le pegó un tiro en la cara sin ninguna razón.

Capítulo 39

El falso cura estaba sentado en el sótano polvoriento de la iglesia de Saint Joseph, en Greenwich Village, inspeccionando la documentación que le traía una voluntaria con cara de mártir, de esas que parece que lleven en los hombros todo el peso del mundo. Era una mujer madura que ya llevaba varias horas hurgando en el antiguo archivo y que tenía reservado un suspiro diferente para cada legajo de carpetas amarillentas.

Lo que tenía delante el falso cura no era el rastro de lógica borrosa y sin confirmación creado por un etéreo viaje por las bases de datos inscritas en los servidores de mil motores de búsqueda, sino la verdad —en tinta desvaída y papel— de la historia real, en documentos tan viejos que se le deshacían en las manos. Carpeta tras carpeta, casi sentía la presencia de los fantasmas de mil oficinistas como la que le estaba atendiendo y casi oía un eco de máquinas de escribir junto al rasgar empecinado de las plumas. ¿Aburrido? Quizá, pero al final no estaba resultando muy difícil hallar el rastro de Frederico Botte durante sus años de formación.

Al margen de quién fuera y de qué interés le vieran los purpurados de la Ciudad Santa, se podía afirmar que el niño había llegado a Nueva York desde la ciudad polaca de Gdansk el 11 de junio de 1946, a bordo del *Batory*, un barco que hacía la línea Gdynia-Estados Unidos. Según un formulario de las autoridades de inmigración de la isla de Ellis, Frederico tenía siete años y viajaba en compañía de *fräulein* Ilse Kurovsky, su guardiana, de nacionalidad alemana. Como lugar de nacimiento de Frederico constaba La Grazie (Italia), donde le habían albergado las monjas del convento de San Giovanni All'Orfenio. La casilla del formulario reservada al nombre de la madre estaba vacía, pero al lado había un nombre escrito con lápiz que apenas se veía: Katerina Annunzio. Aunque no figurase de manera clara, el falso cura leyó entre líneas: Frederico era un bastardo criado por las monjas del convento antes de ser puesto en manos de una alemana de apellido polaco.

Al parecer, tras su llegada a América, Frederico había estado dos años en el orfanato de Saint Luke y luego le habían trasladado a un colegio de Greenwich Village, el de Saint Joseph, como alumno «becado». Su expediente era impecable en todas las asignaturas, pero sobre todo en arte y lengua. Se daba por hecho que acabaría sus estudios en Saint Joseph, y que después entraría en uno de los seminarios de la zona, donde sería formado para el sacerdocio. Sin embargo, la documentación de la parroquia se interrumpía en 1952, año en que Frederico fue adoptado por el sargento Brian Thorpe y su mujer, residentes en la calle Barrow de Hoboken (Nueva Jersey). Un dato interesante era que los trámites jurídicos de la adopción habían corrido a cargo del bufete Topping, Halliwell & Whiting, la misma compañía fantasma de inexistentes miembros responsable de la creación de la misteriosa Fundación Grange. Otro aspecto interesante, aunque probablemente debido a la

casualidad, era el emplazamiento actual de la Fundación Grange: en Saint Luke's Place, de igual nombre que el orfanato donde había vivido Frederico Botte, a quien cabía suponer convertido simplemente en Fred Thorpe.

El falso cura sintió una opresión en el pecho que ya conocía. Se estaba cerrando el círculo. Faltaba poco para el final. La secretaria reapareció con más carpetas. El hombre de Roma la obsequió con su mejor sonrisa de cura y le preguntó si tenía el listín de Nueva York en alguna parte.

—¿De qué barrio? —preguntó ella lanzando otro suspiro.

Capítulo 40

El despacho de Barrie Kornitzer en la Universidad de Columbia estaba en un edificio sin interés de finales de la década de 1880, medio escondido detrás de la biblioteca Low Memorial. Para los cánones de la Columbia, era un despacho lujoso, con estanterías de roble hechas a medida, alfombras persas y varios cuadros antiguos de pintores estadounidenses, entre ellos una primera versión de *Mirando hacia el este desde Denny Hill* de Ralph Earl, un bodegón de Charles V. Bond y un paisaje agrícola de Edward Hicks. El escritorio del despacho principal era un mueble de palisandro estilo Guillermo IV, con doble pie y el tablero forrado de cuero negro. Se rumoreaba que había sido del quinto presidente de la universidad, Benjamin Moore. Otro rumor que corría sobre el escritorio era que se lo habían prestado a Kornitzer porque la universidad le tenía miedo. Kornitzer podía presumir de ser la principal autoridad del mundo en *hacking* informático y tenía las patentes y derechos de los mejores programas de encriptado del mundo, además de ser asesor confidencial de varios presidentes de Estados Unidos y del mismísimo Bill Gates. También había sido compañero de colegio de Michael Valentine, a quien le unía una gran amistad.

Después de graduarse, los dos habían tomado caminos muy distintos. Kornitzer se había pasado varios años haciendo autoestop por Estados Unidos y Europa, dando clases de inglés para la aviación militar iraní y haciendo de pastor de ovejas en Escocia, antes de instalarse en Seattle, donde había trabajado durante una temporada en una tienda de comics. Después se había ido a Stanford y había vendido su colección de tebeos, que incluía el primer número de *Superman*, para pagarse los estudios universitarios. Había vivido casi toda la carrera dentro de un coche, en uno de los aparcamientos de la facultad. Después de licenciarse con muy buenas notas en filología clásica, había rechazado varias ofertas de trabajo prestigiosas, entre ellas dar clases en Oxford, y había empezado otra carrera. Varios años después, al acabar derecho, había aprobado los exámenes de ingreso en el colegio de abogados, pero nunca ejerció. A mediados de la década de 1970 se había unido al Lakeside Programming Group de Bill Gates, en Seattle, y había ayudado a poner en marcha Microsoft. Cierta tiempo después había vuelto a trabajar por su cuenta movido por sus intereses personales, que incluían meterse en todas las bases de datos importantes del planeta.

A mediados de la década de 1990, cuando su horizonte más probable era la cadena perpetua, su viejo amigo Michael le había rescatado, y al final Kornitzer había aterrizado en la Columbia, donde se suponía que su trabajo era legal. Como bastantes de los primeros *hackers*, había sentado cabeza haciendo de «asesor» para las mismas organizaciones en las que antaño se cebaba: AT&T, FBI, CIA, Chase Bank, Bank of America y, su favorita, Wal-Mart. Según Kornitzer, Wal-Mart era la compañía más

peligrosa del mundo porque ponía en práctica con verdadero celo las ideas de su fundador, Sam Walton, de conquistar el mundo con grandes almacenes.

En 1983, siempre fiel a su capacidad de innovación, Wal-Mart se había gastado mucho dinero en un sistema privado por satélite capaz de realizar un seguimiento de los camiones de reparto y de las operaciones con tarjeta de crédito, además de transmitir no sólo datos de venta, sino señales de audio y vídeo. En 1990 ya era el mayor comprador de bienes de consumo de todo Estados Unidos, y en 2002 se expandía por China antes de que China pudiera hacer lo propio por América. Según Kornitzer, Spielberg se había inspirado en Sam Walton para *Pinky y cerebro*. En opinión de mucha gente, Barrie Kornitzer estaba como una cabra. Otros, en cambio, pensaban justo lo contrario: que no podía estar más cuerdo y que era un visionario socioeconómico-tecnológico.

Kornitzer era rico, calvo, más que gordo, obeso, y siempre llevaba trajes de pana marrón y corbatas de amebas. El único ordenador de su despacho era un humilde Dell, pero estaba conectado a un Bull NovaScale 9000 del Laboratorio de Sistemas Informáticos de la Columbia, situado a unas manzanas, al otro lado de la biblioteca Low Memorial. Según Kornitzer, el Bull era uno de los ordenadores más potentes del mundo. Barrie Kornitzer era soltero y, que Valentine supiera, nunca había tenido relaciones sexuales con nadie, fuera hombre, mujer, animal, vegetal o mineral. Otra cosa que le constaba a Valentine era que su amigo llevaba una década sin comer nada que no fueran latas de judías con tomate, y que se negaba a consumir alimentos mínimamente sospechosos de contener restos de vida consciente. Quizá estuviera cuerdo, pero raro sí que era, y mucho.

—Bueno, ¿qué problema tienes? —preguntó Kornitzer desde detrás del escritorio deslizando suavemente una mano por el teclado, mientras con la otra alisaba su ceja izquierda.

—Muchos datos inconexos.

—¿Sin nada que los ligue?

—Bueno, tengo varias cosas, pero nada muy concreto.

—¿Como qué?

Kornitzer empezó a tomar notas en una libreta amarilla. Finn observó que la mano que no usaba para escribir seguía acariciando el teclado. Era como si estuvieran regidas por distintas entidades, como si a Kornitzer le hubieran cortado el cerebro por el medio con una espada. Se acordó de un libro que había visto en Columbus, en el despacho de su madre: *El origen de la conciencia en el colapso del cerebro bicameral*, de un tal Julian Jaynes. No había llegado a leerlo, aunque le encantaba la pomposidad del título. Quizá fuera lo que le pasaba a Kornitzer: que tenía un «cerebro bicameral». También una cara como de Neanderthal, que no le impedía resultar peculiarmente atractivo.

—Arte.

—¿De algún tipo en especial?

—Robado. Botín de guerra. En la Segunda Guerra Mundial.

—¿Algo más?

—Nombres. Gente. Gente asesinada.

—Eso ya es más interesante. Dime qué nombres.

Valentine los enumeró. Finn añadió algunos que se había dejado. Kornitzer se quedó mirando la libreta y empezó a hacer dibujitos en los márgenes, mientras seguía moviendo la otra mano en el teclado.

—Mmm —murmuró. Se apoyó en el respaldo de su sillón de cuero de ejecutivo y contempló el paisaje de la pared de enfrente, por encima de la cabeza de Finn—, Eres muy guapa —dijo sonriendo.

—¿Cómo? —dijo Finn.

—Que eres muy guapa —repitió Kornitzer.

Finn se puso un poco nerviosa, pero al mirar a Valentine el único apoyo que encontró fue una sonrisa. Estaba sola ante el peligro.

—No te creas que es ningún piropo. Me limito a hacer una constatación. No te importa, ¿verdad? Cuando intento pensar a fondo en algo, me va bien.

—Ah...

—Es que no veo muchas mujeres guapas. Parece que este tipo de trabajo no las atrae. —Hizo una pausa—. Y es raro, porque está claro que históricamente las mujeres siempre han sido las mejores criptoanalistas.

—Pues no sé... —dijo Finn.

—Es verdad. —Kornitzer asintió con la cabeza y miró a Valentine, sonriente. Parecía un niño—. ¿A que yo nunca miento, Michael?

—Que yo sepa, no.

El hombre rechoncho parpadeó como si saliera de una especie de trance y clavó la mirada en el techo.

—¿Algo más que me puedas contar?

—Pues no mucho más —contestó Valentine—. Bueno, sí, que parece que haya como mínimo dos series de hechos, dos vectores, y que no se aprecia ninguna relación entre ambos. Por un lado, está el Club Carduss, o sociedad, o lo que sea, ligado a la academia Greyfriars; por el otro, las obras de arte robadas. Si lo miras desde una perspectiva puramente fáctica, el único elemento en común parece James Cornwall y, por lo que hemos podido averiguar, ese hombre no fue víctima de ningún asesinato.

Kornitzer se encogió de hombros.

—Lo pasaremos por el MAGIC, a ver qué pasa.

—¿El MAGIC? —preguntó Finn.

—Multiple Arc-Generated Intelligence Comparison —explicó Kornitzer—. Es un software que empezaron a crear las compañías de seguros para ayudar a sus actuarios y sus analistas de riesgo a predecir problemas. Compara información, analiza porcentajes de comparación, equivalencias y diferencias, y luego lo aúna todo para

ofrecer una imagen más clara de la situación. Puede extraer un par de miles de millones de entradas de un motor de búsqueda como Google y analizarlas en cuestión de segundos. Para analizar todos los buscadores, incluidos los que no están en línea, porque son privados o del gobierno, necesita unos cinco minutos.

—Ah —dijo Finn, que no había entendido nada.

—Lo adapté para que los de la Agencia de Seguridad Nacional pudieran comparar contenidos de llamadas telefónicas y la frecuencia de determinadas frases o palabras durante un periodo de tiempo para localizar a terroristas.

—Como un cribador de inteligencia —intervino Valentine.

—Sí, algo así.

Kornitzer sonrió con placidez al otro lado de la mesa y cruzó cómodamente las manos sobre su barrigón. Finn se rió. Parecía la oruga de la versión de Walt Disney de *Alicia en el país de las maravillas*.

—No suena muy mágico, la verdad —dijo.

Kornitzer sonrió de nuevo.

—Lástima que por aquí no haya más gente como tú —dijo pensativo—. A todo el mundo les parecen fríos los ordenadores, como si todo fuera blanco o negro, pero qué va; el hardware puede que sí, pero el software trasluce inevitablemente la mano de su autor. A veces, hasta tiene sus caprichos.

A Finn le pareció haber percibido un leve acento británico, pero no estaba segura.

—*Deus ex machina* —dijo Valentine risueño.

—Dios como máquina.

Kornitzer sonrió.

—Estáis los dos como cabras —dijo Finn.

—Gracias —dijo Kornitzer—, A veces me gusta que valoren mi locura. —Miró un segundo a Valentine—. La mayoría de la gente tiene demasiado miedo para decirme que estoy completamente loco. —Le brillaron los ojos tras los gruesos cristales de sus gafas—. Se creen que les vaciaré la cuenta corriente o que les diré a sus mujeres con quiénes las están engañando.

—Alguna vez has hecho las dos cosas —dijo Valentine.

—Sí, es verdad —dijo Kornitzer—, pero nunca por rencor. Gajes del oficio, que dicen los superhéroes. —Movié tristemente la cabeza antes de volverse para mirar por la ventana. La vista era un mar de edificios universitarios—, A veces tengo ganas de volver a los viejos tiempos: Superman, Lois Lane, Batman y Robin... —Suspiró—, Mi preferido era la Flecha Verde. Mi sueño era hacer flechas especiales con poderes y coger a los malos. Lástima que no me acuerde de cómo se llamaba de verdad.

—Oliver Queen —murmuró Michael Valentine—, Su ayudante era Veloz.

—No sabía que fueras un fan de Flecha Verde.

—No, no lo soy, pero te recuerdo que tengo una librería.

—Hombre, yo no lo llamaría así... —dijo Kornitzer riéndose.

Finn les interrumpió.

—Me encanta escucharos recordar los viejos tiempos como dos carrozas; a este paso pronto estaréis hablando de Woodstock, pero resulta que ha habido unos asesinatos, o sea que...

—¿Por qué no vais a dar una vuelta por el campus? —sugirió Kornitzer—, En la esquina de la Ciento catorce y Broadway hay un Starbucks. Pedidme un *cappuccino* doble de café, con leche desnatada y sacarina. Debería conseguir algo en más o menos media hora. Es lo que tardaré en introducir los datos.

—Vale. —Valentine asintió con la cabeza y se levantó—. Un *cappuccino* con leche desnatada y sacarina en media hora.

—Doble de café.

—Doble de café.

—En estas cosas hay que ser exacto.

Kornitzer sonrió a su amigo y se concentró en la pantalla plana y el teclado.

Capítulo 41

El sargento estaba en la cocina de la granja. La sala era enorme y la chimenea de piedra, encendida para combatir el frío, no lo era menos. El ataque había dejado diecisiete supervivientes, entre ellos nueve civiles, dos mujeres y un niño pequeño. La mayoría de los americanos estaban fuera, vigilando a los pocos soldados alemanes que quedaban o controlando los cobertizos y el recinto. Los únicos que habían entrado en la casa eran el sargento, Cornwall, Taggart y McPhail, y de los cuatro, el único armado era el sargento, que controlaba la situación con una pistola automática que le había quitado a un alemán muerto entre las ruinas de la torre de la abadía.

Cornwall estaba redactando una lista.

—Digan sus nombres y a qué se dedican.

—Franz Ebert, director del museo de Linz.

Un hombre bajito, con gafas, abrigo oscuro y botas militares.

—Wolfgang Kress, Einsatzstab Rosenberg, división de París.

Fornido, rubicundo, de unos treinta años. Un burócrata.

—Kurt Behr, también del ERR.

—Anna Tomford, del museo de Linz.

Morena, joven, asustada.

—Hans Wirth, del ERR de Amsterdam.

—Doctor Martin Zeiss, del museo de Dresde.

Un hombre barrigón y con barba, de unos sesenta años y de aspecto enfermizo. Estaba pálido y tenía manchas en la cara como si fuera un queso añejo. «Un infarto ambulante», pensó el sargento.

—¿Y el niño? ¿Quién es? —preguntó Cornwall.

Tenía siete u ocho años y aún no había abierto la boca. Para su edad era alto, con el pelo muy oscuro, casi negro, la piel aceitunada y una nariz grande, aristocrática. Parecía más italiano que alemán. La mujer que iba con él quiso decir algo, pero el director del museo de Linz, Ebert la interrumpió.

—Es un huérfano sin importancia. Le cuida *fräulein* Kurovsky.

—Kurovsky. ¿Polaca? —preguntó Cornwall.

Ella negó con la cabeza.

—*Nein*. De los Sudetes, en Bohemia, cerca de Polonia. Mi familia es alemana.

—¿Y el niño de dónde es?

—Le encontramos al norte de Munich —intervino Ebert— y decidimos llevárnoslo.

—Qué magnánimos —dijo Cornwall.

—No entiendo —respondió Ebert.

—Edelmutig... hochherzig —dijo el sargento.

—Ah.

Ebert asintió con la cabeza.

Cornwall miró al sargento.

—Estoy impresionado.

El sargento se encogió de hombros.

—Mi abuela era alemana. Lo hablábamos en casa.

—Estoy impresionado de que sepa la palabra en inglés —dijo Cornwall con sarcasmo.

—Hay muchas más cosas de mí que le sorprenderían —dijo el sargento.

—Me lo imagino —dijo Cornwall.

—No fue tan... magnánimo como dice —explicó Ebert—. Simplemente había que hacerlo. Si no, se habría muerto de hambre, ¿no?

Miró a la mujer y al niño.

—Supongo que no habla inglés.

—No habla nada —dijo ella.

Cornwall miró los documentos esparcidos en la mesa de haya de delante.

—Todos estos documentos llevan sellos del Vaticano. Son salvoconductos de la delegación de la secretaría de Estado papal en Berlín.

—Correcto —dijo Ebert asintiendo con la cabeza.

—Parece un poco raro.

—Se lo parecerá a usted. —Ebert se encogió de hombros—. A mí no me importa el aspecto político. Sólo me importa proteger las obras a mi cargo.

—Obras que pertenecen al gobierno alemán.

—No, obras que pertenecen a varios museos alemanes y al pueblo alemán en su conjunto.

—Seis camiones.

—Sí.

—Que se dirigen a la frontera suiza.

—Sí.

—Con sellos del Vaticano.

—Sí.

—¿Por qué será que no me lo creo? —dijo Cornwall.

—Me es indiferente que me crea o no —dijo Ebert irritado—. Es la verdad.

—¿Por qué iban escoltados por las SS? —preguntó McPhail, interviniendo por primera vez.

Era licenciado por Bowdoin, y antes de incorporarse a la OSS y a la Unidad de Arte había sido conservador adjunto en el museo Fogg de Boston. Se notaba que se creía algo y que se consideraba por encima de Cornwall. Al sargento le parecía un papanatas, un gallina y, para rematar, probablemente maricón. ¡Si fumaba en pipa y silbaba canciones de Broadway! Ése sí que de magnánimo no tenía ni un pelo. McPhail sorbió por la nariz.

—Tenía la impresión de que las SS tenían misiones más importantes que vigilar la *Volkskultur*.

Alargó irónicamente la palabra.

La respuesta, de ironía no menos evidente, corrió a cargo del gordo, Kress:

—Quizá no sepa que el Einsatzstab Rosenberg forma parte de las SS y que, por consiguiente, es lo más lógico del mundo que llevemos esa escolta.

—¿Con banderines de la Feldgendarmerie? —dijo el sargento.

—Creía que no participaba en el interrogatorio, sargento —dijo McPhail con tono gélido.

—Pregúnteselo y punto..., teniente.

La mirada de McPhail se volvió glacial.

—¿Qué? —preguntó Cornwall dirigiéndose a Kress, que no decía nada.

—¿Qué insinúa? —preguntó McPhail.

—Lo que insinuó es que no tiene sentido. Éstos de las SS no tienen nada. Los soldados de fuera llevan uniformes de las SS, pero he registrado un par de los cadáveres y no llevan tatuado el grupo sanguíneo en las axilas. Las SS no tienen nada que ver con la policía militar, la Feldgendarmerie. Otra cosa que no cuadra son los camiones. ¿Se puede saber de dónde han sacado gasolina si los alemanes no tienen ni una gota desde las Ardenas? Lo único que tienen es diesel, y tampoco es que les sobre. Yo de arte no tengo ni idea, pero de alemanes sí, y esto no cuadra.

—Sargento, dele el arma al teniente McPhail —dijo Cornwall de repente al tiempo que se levantaba— y salga conmigo a fumar.

—Bueno.

El sargento entregó la pistola automática a McPhail y salió detrás de Cornwall. Fuera amanecía. El teniente entornó los ojos detrás de las gafas y se sacó del bolsillo de la camisa un paquete de Jasmatis alemanes para ofrecerle uno al sargento, que negó con la cabeza y encendió uno de sus Lucky.

—¿Qué está pasando, sargento?

—No tengo ni idea, señor.

—¡Y tanto que la tiene!

—Aquí hay gato encerrado.

—¿En qué sentido?

—Pues lo que he dicho, que las cosas no cuadran.

—¿Y cómo cuadrarían?

—¿Me pide mi opinión?

—Sí.

—Estos tíos son unos ladrones.

—¿Ladrones?

—Claro. Todo lo de los camiones es botín de guerra. Como saben que es robado y que no consta en ninguna parte, pues lo han vuelto a robar. Total, ¿quién los denunciará?

—Interesante.

—Los camiones son una tapadera. No para engañarnos a nosotros, sino a los propios alemanes. ¡A ver cómo si no iban a cruzar los controles de carretera! La policía militar y las SS tienen muertos de miedo a todos los *krauts*, incluso ahora que están las cosas como están. Vaya, que no es gente que se ande con tonterías.

—¿Y el niño?

—Lo que está claro es que no han dicho la verdad.

—¿Por qué?

—Puede que sea alguien importante.

—¿Y los sellos del Vaticano?

—Puede que estén falsificados. O eso, o tienen socios en Roma. No sería la primera vez que pillan con las manos en la masa a un católico.

—¿Qué pasa, sargento, que le cae mal todo el mundo?

—No es cuestión de caer bien o mal, señor, sino de saber lo que sé. Los camiones del patio están llenos de obras de arte robadas. Los alemanes no saben nada, sus hombres tampoco, y a los míos, aunque lo supieran, les importaría un bledo.

—¿Qué quiere decir, sargento?

—Lo que ya está pensando.

—¿Sabe leer el pensamiento?

—Ha sido una guerra muy larga. Cuando llevas tiempo viendo según qué cosas, aprendes a calar a los demás.

—¿Y aquí qué cala, sargento?

—Pues la oportunidad de nuestra vida..., señor.

Capítulo 42

Una vez que MAGIC procesó los datos, la respuesta apareció pronto en pantalla. Barrie Kornitzer usó el borde del pulgar para quitarse el bigote de leche del labio superior, sin apartar la vista de la pantalla del ordenador.

—Qué interesante... —dijo parpadeando.

—No nos tengas en vilo —dijo Valentine.

—¿Por dónde queréis empezar?

—Por el principio no estaría mal.

—Pues entonces nos situaríamos en el Club Carduss de la Greyfriars.

—Vale.

—Lo fundaron en 1895, el mismo año que abrieron la academia. En esa época los colegios veían con buenos ojos los clubes y sociedades secretas y hasta las fomentaban. El nombre viene de los cardos del escudo del colegio, que a su vez están relacionados con los orígenes calvinistas escoceses del centro. —Kornitzer enseñó los dientes a Valentine—. Un poco al estilo de donde estudiamos tú y yo, ¿te acuerdas, Michael?

—Como si fuera hoy.

—*Carduss* significa «cardo», como el de Escocia —dijo Finn.

—Exacto. El caso es que los miembros del Carduss basaron su club en la orden inglesa de la Jarretera, cuyo emblema es el cardo. Doce caballeros, como los doce discípulos. Y doce miembros del club.

—Pero al pasar el tiempo se convirtió en otra cosa.

—Sí. A principios del siglo XX, con la primera promoción de graduados, se convirtió en una asociación benéfica, como Skull and Bones, en Yale. Si eras banquero, le dejabas dinero a otro miembro del sector inmobiliario. Si estabas en el gobierno, aprobabas leyes que ayudasen a otro miembro a hacer crecer su negocio.

—Una especie de red de influencias —dijo Finn.

—Sí, más o menos. —Kornitzer hizo una pausa—. Al final, los que compraron el colegio cuando estaba en bancarrota por culpa de la Depresión fueron los doce miembros originales del club, que por la razón que fuera decidieron desaparecer del mapa justo después de la Segunda Guerra Mundial. De ahí la compañía en Delaware. Usaron el bufete que tenían a su servicio para comprar una empresa fantasma, dueña a su vez de una organización de Chicago, el McSkimming Art Trust. Luego le pusieron otro nombre, Fundación Grange, que tiene su sede aquí, en Greenwich Village, en Saint Luke's Place.

—¿A qué se dedica?

—Parece que a nada. No tiene imperativo legal. Es una fundación privada que sólo responde ante la agencia tributaria. Según el expediente fiscal, se trata de una organización sin ánimo de lucro que fomenta la investigación de los museos y las

galerías sobre obras y artistas concretos. En realidad, es una agencia de arte. Tienen varios clientes importantes, al menos hasta donde llega MAGIC. Los más reseñables serían la archidiócesis de Nueva York y el museo de arte Parker-Hale. Por lo que me ha dicho MAGIC, casi todas las operaciones las ha llevado comercialmente la galería Hoffman, cuya sede principal está en Berna.

—Nos vamos acercando.

—Tú espera. Antes de la guerra, uno de los miembros más relevantes del Club Carduss era James Cornwall, pero también estaba Gatty y McPhail. Cornwall y McPhail habían sido oficiales del G5, que era una subdivisión de la OSS. Formaban parte de un grupo de especialistas en arte que al final de la guerra dependía de la Unidad de Monumentos, Bellas Artes y Archivos de Alemania.

—Y Gatty era el enlace de la OSS en Suiza. Estaba a las órdenes de Dulles.

—Aún hay más. Según MAGIC, en los archivos de la OSS hay una línea muy clara de documentación que demuestra que Gatty organizó el desplazamiento de Cornwall y sus hombres por lo que se llamaban las *ratlines* del Vaticano, las rutas de evasión. También se ocupó de ayudarles a salir de Italia desde el puerto de Sestri Ponente, al lado de Génova. En el *Bacinin Padre*, que luego fue rebautizado como *USS Swivel*. Si sigues el hilo, llegas a una dirección de la calle Hudson y a una empresa llamada American Mercantile.

—Esto cada vez se complica más —dijo Finn.

—American Mercantile quebró en 1934. Fabricaba ropa de trabajo. Desde entonces el edificio se quedó vacío y la inmobiliaria lo alquilaba de almacén. —Kornitzer sonrió—. Preguntadme la dirección de la calle Hudson.

—Muerdo el anzuelo. ¿Cuál era la dirección?

—El número 421. Ahora hay pisos de propiedad, pero queda justo enfrente del parque James J. Walker. Es un edificio de ocho plantas de estilo italiano. Como edificio comercial, muy elegante. Del siglo xix.

—No lo entiendo —dijo Finn—. ¿Qué importancia tiene eso?

—Pues que la calle que da al parque por el lado sur es Saint Luke's Place, donde está la sede de la Fundación Grange. No puede ser casualidad —dijo Valentine.

—No, no lo es —dijo Kornitzer. Pulsó una tecla y se quedó mirando la pantalla del ordenador—. En el archivo del Departamento de Intendencia consta que un envío autorizado por Gatty se entregó en el número 421 de la calle Hudson y que entre el 27 de julio y el 15 de agosto de 1945 (dieciocho días) estuvo en la planta baja del edificio, sellado y vigilado. El 16 de agosto de 1945 fueron relevados los vigilantes. Desde entonces no hay ninguna información sobre esa mercancía. —Hizo otra pausa—. Lo que le había enviado Gatty a Cornwall se esfumó.

—¿Era un envío voluminoso?

—Doscientos veintisiete toneladas en cajas de diversos tamaños.

—¡Doscientos veintisiete toneladas! ¿Y qué había en esas cajas? —preguntó Finn.

—No lo pone. —El *hacker* rechoncho se encogió de hombros—. En relación con

el paso del grupo por las rutas de evasión del Vaticano, sólo consta que iban con seis camiones y que entraron en Italia por Suiza y bajaron hasta Génova.

—El Tren de Oro —murmuró Valentine.

—¿El Tren de Oro? —preguntó Finn.

—Una historia de la Segunda Guerra Mundial que no acaba de creerse nadie —explicó Valentine—, Hace unos años salió un libro que explicaba que justo al final de la guerra un tal Arpad Toldi, el comisionado de Asuntos Judíos de las SS en Hungría, hizo salir en tren de Budapest un cargamento de botines de guerra muy valiosos asegurándose de que nadie hiciera el inventario del material (tres mil o cuatro mil dólares en oro). El tren tenía que ir a Alemania, pero no llegó. Lo interceptó el ejército americano.

—¿Y luego qué pasó? —preguntó Finn.

—Que desapareció —contestó Valentine—, Igual que lo que había en los seis camiones de Cornwall. Leyendas sobre tesoros nazis de la Segunda Guerra Mundial. Nunca se ha demostrado nada.

—Aún hay más —dijo Kornitzer.

—Habla.

—¿Te suena el nombre de Licio Gelli?

—Sí, el del escándalo del Banco Vaticano. Creo que era una de las personas en la sombra, por decirlo de alguna manera.

Kornitzer, que ahora mordisqueaba la punta de un lápiz, miró la pantalla.

—Pues sale su nombre en casi toda la documentación del Vaticano. También hay una conexión directa con Dulles, algo así como Operación Rezagados. Entre otras cosas, en 1945 Gelli ayudó a salir a varios nazis de la ciudad. Lo más reciente está relacionado con Propaganda Due, P2, que era una especie de grupo neofascista del Vaticano. Todo cuadra.

Después de la Segunda Guerra Mundial, los bloques soviético y occidental compitieron en capturar a criminales de guerra nazis o en reclutar oficiales de inteligencia y otros elementos valiosos. El Vaticano usó sus recursos para suministrar pasaportes, dinero y apoyo logístico a los transportes ferroviarios secretos que organizaba la Iglesia para sacar de Europa a antiguos nazis y simpatizantes y llevarlos a sitios más seguros de Oriente Próximo, Gran Bretaña, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Estados Unidos y Sudamérica. De este servicio se aprovecharon organizaciones como ODESSA (Organización de Antiguos Oficiales de las SS) y Die Spinne (La Araña). Según algunas fuentes, el Vaticano ayudó a huir ni más ni menos que a treinta mil nazis. Algunos de los beneficiarios de la generosidad de la Santa Sede fueron el antiguo mando de la Gestapo Klaus Barbie, Adolph Eichmann, el doctor Joseph Mengele (el Ángel Blanco o Ángel de la Muerte del campo de exterminio de Auschwitz), Gustav Wagner (vicecomandante del campo de Sobibor) y Franz Stangl, del campo de exterminio de Treblinka. También fueron recolocados miembros de la División de Galitzia de las Waffen SS.

—¿Dónde está Gelli ahora?

—Murió en la cárcel, de un infarto, pero muchos dicen que fue por una sobredosis de digitalina, como el papa Juan Pablo I.

—En toda esta información hay una especie de hilo conductor que no se acaba de ver. Ni siquiera MAGIC es capaz de identificarlo, pero te aseguro que no es ninguna tontería.

—Dime la mejor hipótesis que se te ocurra.

—No tengo ninguna. Faltan datos. Sólo tengo una especie de corazonada, de esas que notas pero que nunca se acaban de concretar, de que debajo de todo esto, como si dijéramos, hay algo más.

—Es el asesino —dijo Finn, que de repente lo veía todo claro.

Los porqués y para qué ya habría tiempo de hacerlos encajar, pero de lo que estaba completamente segura era de que la corazonada de Kornitzer, el hilo conductor de todas las pistas que habían encontrado, era la identidad del asesino.

—Explícate —dijo Valentine.

—Es que no puedo. Pero te apuesto lo que quieras a que si investigáramos el resto de los nombres encontraríamos más asesinatos. No sé cómo, pero creo que el asesino sabía lo del Miguel Ángel y que Crawley me había despedido y pensó que eso podía ser el principio de una cadena de acontecimientos que acabaría descubriéndolo. Por eso mató a Peter, aunque en realidad a quien quiere matar es a mí.

—No le veo sentido —dijo Kornitzer—. ¿Mata a tu novio y contrata a alguien para que te mate a ti, al ciclista oriental que has dicho antes?

—Tendría sentido si hubiera más de un asesino —dijo lentamente Valentine.

—Yo trabajo en matemáticas puras y duras, y aquí no salen las sumas.

—Claro que no, matemáticamente no, pero yo he visto bastantes muertes para saber que a veces tienen un efecto llamada —explicó Valentine—, ¿Y si Finn tiene razón? ¿Y si el asesino número uno lleva matando desde mucho antes de lo de Crawley? De momento tenemos cuatro muertes, cuatro asesinatos: Crawley, el novio de Finn (Peter), Gatty y Kressman, éste en Alabama. Todos tenían alguna conexión con el arte, con obras de arte robadas. La muerte del novio de Finn fue como disparar una bengala, una señal de que algo no funcionaba. Era el asesino dándose a conocer. Entonces intervino el asesino número dos, que intentó echar tierra sobre el asunto cargándose a Gatty y Kressman, probablemente para que no hablaran. Si todo se remonta al cargamento, o a algo aún peor, hay muchísimo en juego. Bastante, en todo caso, como para matar.

—Bonita hipótesis, pero no me la creo —dijo Kornitzer negando con la cabeza—. Demasiadas coincidencias.

—¿Hay alguna manera de saber si hay más gente de la lista que se haya muerto por causas no naturales? —preguntó Finn.

Kornitzer se encogió de hombros.

—Supongo que se me podría ocurrir alguna, aunque tardaría más de media hora.

—Pues empieza a pensar —dijo Valentine—, porque se nos acaba el tiempo.

Capítulo 43

Woodside, al que de vez en cuando aún siguen llamando «paraíso del suicidio» a causa de la abundancia de terceras vías electrificadas y trenes expresos subterráneos, es un barrio de Nueva York encajado entre dos cementerios del norte de Queens: por el norte el de Saint Michael y por el sur el de Calvary. El aeropuerto de La Guardia queda a menos de dos kilómetros del límite norte del barrio, y toda la zona está atravesada por líneas elevadas de metro y cercanías. El barrio, cuya población había sido predominantemente irlandesa y católica, exhibe ahora una diversidad apabullante, compuesta de coreanos, surasiáticos, mexicanos, dominicanos y ecuatorianos. Todo está lleno de pubs, la mayoría de los cuales siguen sirviendo Cork Dry Gin, Jameson, Guinness y Harp con marcado acento de Deny, Dublin y Donegal.

El cura entró en Queens al volante de su coche de alquiler y acabó encontrando la iglesia de Saint Sebastian, una especie de panteón de ladrillo amarillento sin ventanas, al estilo severo y basilical de las iglesias del condado de Cork. El diácono, que se llamaba Wibberley y llevaba tanto tiempo como voluntario al frente de la iglesia que se creía que era suya, acompañó al archivero al hombre de Roma. Ni el archivero, ni la memoria de Wibberley guardaban rastro alguno de Frederico Botte ni de sus padres adoptivos, el sargento Thorpe y su mujer. De joven, Freddie no había sido monaguillo. Tampoco había hecho la comunión, ni había jugado en el famoso equipo de baloncesto de la iglesia. El único sitio donde a Wibberley se le ocurrió que podían saber más era la funeraria, que quedaba unas manzanas al sur por la calle Cincuenta y ocho y era una institución de Woodside desde principios del siglo xx, cuando casi todo eran campos.

En efecto: el 18 de marzo de 1963 la funeraria había enterrado a un tal Brian Thorpe. Una serie de preguntas y una comida en el Stop Inn Diner, un garito irlandés de mala muerte de la avenida Roosevelt, al pie de las vías elevadas de la línea de Long Island, le condujeron a Sunnyside y al archivo del *Woodside Herald*, un periódico local de Queens que se publicaba desde la Segunda Guerra Mundial. Según las copias microfilmadas correspondientes a la semana del 20 de marzo de 1963, Brian Thorpe, miembro de la Legión Americana, veterano de guerra condecorado y dueño de la ferretería D and D, había sido asesinado en medio de la calle por un desconocido cuando regresaba a su casa, a altas horas de la noche, del pub Donovan de la avenida Roosevelt. Según el informe de la policía, había recibido varias cuchilladas, pero en el lugar del crimen no había aparecido ningún arma. Dejaba una viuda, Annalise, y un hijo, Frederick. También aparecía la dirección de la viuda, en la avenida Woodside.

El cura buscó en el listín de Queens, pero no salía ninguna Anna o Annalise Thorpe. Como no tenía alternativa, volvió a internarse por el barrio y descubrió que

la dirección del *Woodside Herald* era un apartamento situado encima de la peluquería Chez Diamond. El nombre que figuraba en la puerta, sucia y cubierta de arañazos, era «A. Kurovsky». Por fin se cerraba el círculo: Annalise Kurovsky, la mujer que se había llevado a Frederico Botte de Alemania a Estados Unidos a bordo del *Batory* y cuyo esposo había sido asesinado —a cuchilladas, como todos los demás—. Llamó al timbre. El mecanismo de apertura zumbó casi enseguida, como si le esperaran. Empujó la puerta y subió al primer piso por una escalera larga y oscura.

La Annalise Kurovsky de otros tiempos, guapa o fea, se había convertido en un pellejo. A sus más de ochenta años, se le había encogido la piel hasta quedarse en una simple y apergaminada vaina de huesos y tendones viejos. Tenía toda la piel de la cara flácida, con manchas de sol y partes rojas. Destacaban los ojos, oscuros, fieros, iracundos, henchidos de inteligencia y de una amargura muy enraizada. Se notaba que antes de vivir encima de una peluquería de Queens había recorrido un camino largo y difícil.

La sala de estar era oscura, llena de trastos. En una pared había una hilera de estanterías desaparejadas, cubiertas de *bibelots* y de fotos. En las paredes de pintura rugosa había más fotos, entre platos de adorno y varias placas de aspecto oficial, pero lo más curioso estaba en el centro, sobre la repisa de una chimenea de gas: un óleo grande, de marco abarrocado, con la Virgen joven agachándose hacia el Niño y varios ángeles observando la escena desde la esquina superior izquierda. Tanto el cuadro como el artista que lo había pintado eran reconocibles al instante.

—¿Sabe qué es? —preguntó el cura.

—Por supuesto —replicó ella con una voz tan seca como su piel tirante—. Es un Rembrandt, un estudio para la *Sagrada Familia* pintado en 1645. El cuadro definitivo está en el Ermitage de San Petersburgo.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Me lo dio mi marido.

—¿Y él de dónde lo sacó?

—No creo que sea de su incumbencia.

—Es posible que no.

—Además, usted no viene a hablar de cuadros. Viene a preguntarme por mi hijo Frederick, ¿verdad?

—Es posible.

—Venga, sincérese.

Sonriendo, la vieja se sentó debajo de la ventana, en un sofá raído. El cura eligió un asiento desde donde pudiera ver la sorprendente presencia del Rembrandt.

—Sí, vengo por el niño.

—Hacía mucho que le esperaba.

—¿Me esperaba?

—¡Pues claro! Con todo esto de que quieren santificar a Pacelli...

—Sabe mucho.

—Lo sé todo —dijo la mujer—. Toda la historia. Es una historia que se tiene que contar, y seré yo quien la cuente.

El cura sonrió.

—No, no lo hará, ni ahora ni nunca.

—¿Quién me lo impedirá? —preguntó ella con una voz tan quebradiza como una rama seca—. ¡Se lo debo a mi hijo!

—Se lo voy a impedir yo —dijo el cura con voz queda—. En cuanto a su deber, ya lo ha cumplido.

El hombre de Roma venía con la intención de usar la pistola, pero al final prefirió levantarse, rodear la mesita que le separaba de la vieja y en la que no cabía un alfiler, agacharse y ponerle la palma de una mano debajo de la barbilla para echarle la cabeza hacia atrás y partirle el cuello de cráneo. Después dejó caer hacia delante su cabeza, con el resultado de que la nariz se rompió en la mesita de centro. Por último, le tomó el pulso en la carótida, y como no se lo encontró, empezó a registrar el piso.

Capítulo 44

Sentada en el banco de delante del número 11 de Saint Luke's Place, en Greenwich Village, Finn Ryan llegó a la conclusión de que Michael tenía razón: era una tontería presentarse en la Fundación Grange para tratar de averiguar algo más, una tontería que podía ser peligrosa, por no decir fatal. Por otro lado, el programa MAGIC de Barrie Kornitzer tenía sus limitaciones, que eran justo lo que hacía tan importantes los sitios como Ex Libris; al final, Internet sólo era un puchero inabarcable de medias verdades, opiniones, mentiras descaradas y locuras. No era el salvaje Oeste en el que se unían las comunicaciones y la información, sino la dimensión desconocida de las series de misterio. Alguna que otra vez —por no decir la mayoría de las veces— había que acudir a las fuentes.

Conque ahí la tenía, justo al lado de la casa de los Huxtable de la serie de Bill Cosby: una de la veintena de típicas casas antiguas neoyorquinas que delimitaban una calle agradable con árboles en las aceras y vistas al parque Hudson. En la siguiente manzana hacia el oeste estaba la calle Hudson, y el número 421, un antiguo almacén de ladrillos amarillos reconvertido en pisos de propiedad. Al lado había otro edificio industrial de ladrillos rojos, con un bosque de parabólicas enormes en el techo. En la esquina de Hudson y Saint Luke había un restaurante, pero todo lo demás eran casas. Finn oyó el rumor de la calle Houston dos manzanas al sur. Se habría jugado lo que fuera a que había unos cincuenta locales a tiro de piedra donde el café te lo cobraban a cinco dólares.

El número 11 de Saint Luke's Place se parecía mucho a las casas adyacentes: ventanas con el marco negro, una reja de hierro forjado alrededor de la bajada al semisótano, salida exterior centralizada para el aire acondicionado y una aldaba dorada en la puerta principal, debajo del típico frontón de piedra. En el caso del número 11 también había una plaquita de latón tan bruñida que casi deslumbraba. La reja de hierro de la ventana del semisótano era visible incluso desde donde estaba Finn. Entre los coches aparcados en la acera de delante había un Lexus verde oscuro, un Mercedes plateado y un Jaguar deportivo negro.

Finn ya llevaba media hora en el banco, contemplando la casa y buscando todos los peros posibles a su plan. Como se quedara mucho más tiempo, la vería alguien por la ventana. Respiró hondo, vació los pulmones y se levantó. Después se alisó la faldita negra, se metió la blusa blanca por detrás y se puso bien el bolso en el hombro. Tenía la sensación de llevar un uniforme de colegio de monjas. Dedicó unos segundos a hacerse una coleta con una cinta elástica y, tras embutirla por la parte trasera de una gorra azul y gris de los Dodgers de Los Ángeles, cruzó Saint Luke's Place. Tragó saliva, carraspeó y se paró en lo alto de la escalinata, que era muy empinada. En la placa de latón ponía:

FUNDACIÓN GRANGE
FUNDACIÓN DE ARTE MCSKIMMING
PRIVADO

Más claro, el agua. Aun así, ignoró la aldaba e hizo girar el pomo. No pasó nada. Observó que en la puerta había otra placa, grande, lisa y pintada de negro para confundirse con la madera. Arriba, en la esquina con el frontón, reconoció una cámara pequeña de circuito cerrado. Parecía que lo de entrar sin llamar a la puerta estaba descartado. Levantó la anilla negra de hierro que colgaba de las fauces del león de hierro también negro y dio tres golpes. Tras una pausa de diez segundos, una voz metálica de procedencia desconocida le preguntó a qué venía.

—On Time.

—¿Perdón?

—On Time. Soy mensajera. Me han dicho que pase a buscar un paquete.

Era el plan que habían ideado ella y Valentine la noche antes, pero no parecía muy eficaz. Un largo silencio. Después se volvió a oír la voz metálica.

—No tenemos nada para darle.

Era el momento decisivo.

—Topping, Halliwell & Whiting.

El bufete de Chicago que había montado la empresa fantasma que era el embrión de la Fundación Grange.

—¿Cómo?

—Es el nombre que me han dado.

—¿Quién?

—Los de envíos. —Finn soltó un suspiro de resignación—. Oiga, que yo lo único que hago es ir adonde me dicen. ¿Que no hay ningún paquete? Pues tan tranquila. Venga, hasta otra. —Saludó hacia la cámara con un gesto de los dedos—. Adiós.

Se dio la vuelta como si tuviera intención de marcharse y aguantó la respiración. Justo cuando ponía el pie en el escalón, volvió a oír la voz electrónica.

—Un momento.

Bingo.

—Tengo que preguntar. Un momento.

Otra pausa, hasta que se oyó un clic seco detrás de la placa de la puerta.

—Pasa.

—Gracias.

Finn giró el pomo y empujó la puerta —que era muy pesada—, recordándose que debía seguir poniendo cara de aburrida y un poco molesta.

Al entrar se encontró en un vestíbulo estrecho normal y corriente, con otra puerta justo enfrente. En el mismo momento en que se oía el clic de la primera puerta al cerrarse a sus espaldas, un ruidito precedió a la apertura de la segunda, que quedó

entornada. En el marco había otra cámara de circuito cerrado que vigilaba a Finn. El vestíbulo era una habitación sin ventanas en la que podía quedar encerrado cualquier visitante que pudieran considerar peligroso.

Finn cruzó la segunda puerta y penetró en una sala grande con un juego de mesa y sillas Stickley que parecía auténtico, un par de sillones y un banco largo de madera con cojines de piel. El suelo era oscuro, de cerezo. En la pared de color crema de detrás de la cabeza del recepcionista —un hombre de mediana edad— había un óleo enmarcado que se parecía mucho a uno de la serie de Monet sobre el jardín de Giverny. Si era auténtico, debía de valer unos veinte millones de dólares.

No estaba mal.

El recepcionista era moreno, casi calvo y tenía los hombros muy anchos. Llevaba una camisa blanca con corbata de seda azul. El traje, que parecía de Hugo Boss, no acababa de disimular el bulto de debajo del hombro izquierdo, ni el ancho arnés de cuero claro que lo sujetaba. Una pistola. Si el Monet era auténtico, tenía lógica. Ahora ya era demasiado tarde para volverse atrás. Ya se había marcado el farol.

—Espera aquí —dijo el Hugo Boss del arnés mal escondido.

Mientras lo hacía, Finn se volvió lentamente para ver toda la sala. Aparte de los muebles caros y del Monet, aquél podía ser el despacho de cualquier profesional de buen gusto de Manhattan, abogado, contable o consultor de altos vuelos. Al fondo había dos puertas, una de ellas plegable, de armario. Por la otra se accedía al resto del edificio. Fue de donde oyó llegar el ruido sordo y rítmico de una fotocopidora y los zumbidos y chasquidos de una impresora láser de las de oficina. Miró con atención. El teléfono de la mesa del recepcionista tenía media docena de líneas, cuatro de ellas encendidas. Por ese lado también era todo de lo más normal.

Volvió Hugo Boss.

—No hay nada para ti; además, no trabajamos con ninguna empresa de mensajería que se llame On Time. Para las entregas siempre trabajamos con Citywide.

—Ya, ya —dijo Finn intentando seguirle la corriente—, pero es que cuando Citywide tiene demasiado trabajo nos pasan a nosotros el sobrante.

—¿El sobrante?

—Lo que no pueden coger. Ya te digo que yo sólo entrego y recojo. Si dices que no hay ningún paquete, es que no hay ningún paquete. No pasa nada. —Se caló la gorra de los Dodgers y se dio la vuelta para marcharse, pero se paró en el último momento y miró a Hugo con la cara más de «Soy una simple chica de campo en la gran ciudad» que consiguió poner—. Oye, ¿te puedo pedir un favor?

—¿Qué?

—Es que tengo unas ganas de hacer pipí...

Era verdad. Hugo y la pistola que llevaba encima la tenían muerta de miedo.

—No tenemos lavabo público.

—Te prometo que será un segundo. Si quieres, puedes volver a comprobar que no

haya ningún paquete.

Hugo Boss se calló y frunció el entrecejo. Finn le echó más vatios a su expresión de súplica, la misma de cuando iba al instituto y no había hecho los deberes.

—Bueno, vale —dijo Hugo—. Por allá. La primera puerta a la derecha.

Señaló con el dedo. Finn cruzó deprisa la habitación, mientras veía de reojo que Hugo cogía el teléfono de su escritorio. Entró y cerró la puerta. Estaba en un pasillo corto que comunicaba las partes delantera y trasera de la casa. A la izquierda había una habitación que era de donde salía el ruido de la fotocopidora; a la derecha, una puerta lisa con el letrero «servicios». Delante había un arco que llevaba a un despacho interior, una sala sin ventanas, muy iluminada, con dos hombres y una mujer en sendos ordenadores. También había una escalera estrecha que conducía al primer piso y otra puerta que se adentraba aún más en el edificio, probablemente en la antigua cocina. Como nadie la miraba. Finn se saltó el cuarto de baño y entró en la sala de la fotocopidora. Había una Canon digital de las grandes, un fax de oficina y un escáner de dimensiones industriales, aparte de toda una estantería de máquinas de café y una hilera de colgadores para la ropa. Alguien había dejado un manojito de llaves al lado de la fotocopidora. Finn las cogió sin pensárselo dos veces y se las guardó en el bolso. Después salió, se metió en el lavabo y se sentó respirando agitadamente. Dejó pasar unos segundos para tranquilizarse, tiró de la cadena, abrió el grifo y se apresuró a volver a la recepción.

—¿Qué, hay algo? —preguntó a Hugo sabiendo la respuesta de antemano.

El recepcionista, que estaba hablando por teléfono, negó escuetamente con la cabeza.

—Gracias por dejarme ir al lavabo —susurró Finn con una sonrisa agradecida.

Se despidió con un pequeño gesto de la mano y salió huyendo. Al cabo de unos minutos estaba en la calle Hudson buscando un sitio donde hicieran copias de llaves.

Capítulo 45

Michael Valentine buscó por las estanterías de Ex Libris siguiendo un sistema propio y arcano de notación, que no podía estar más alejado del sistema decimal Dewey. Llevaba casi toda la mañana y parte de la tarde trabajando. Había consultado una docena de enciclopedias sobre Nueva York, parcelarios antiguos de compañías de seguros, viejos mapas del metro, media docena de archivos parroquiales y un tratado sociológico muy complicado sobre el Greenwich Village de la década de 1930, donde constaban todas las empresas e instituciones del barrio, calle por calle. A medida que avanzaba por las oscuras hileras de libros, empezó a formarse una idea de cómo había sido la zona de alrededor del número 421 de la calle Hudson.

Al principio no era propiamente Nueva York, sino Greenwich, un pueblecito de sus alrededores, en la costa del Hudson. En los primeros años del siglo XIX, los campos de la familia Voorhis se habían vendido a la iglesia de la Trinidad, que a su vez se los había arrendado a la asociación benéfica Saint Mary Magdalene. Para entonces la finca de dos manzanas delimitada por las calles Hudson, Clarkson, Morton y Varick ya se usaba como cementerio de la iglesia episcopaliana de Saint Luke in the Field, emplazada ligeramente al norte. En la década de 1820 se construyó en la finca una iglesia católica dedicada al Santo Redentor, así como un severo convento de ladrillos rojos al otro lado de la calle Hudson que funcionaba como albergue para chicas «desfavorecidas». Era la época en la que residía en la zona Edgar Allan Poe, cuya adusta y encorvada silueta era vista a menudo paseando entre las lápidas del cementerio. Con el paso del tiempo se subdividió el terreno de este último y se construyeron las primeras casas de lo que se convertiría en la Saint Luke's Place, extensión de la calle Le Roy, que seguía por el oeste hasta Varick. La iglesia del Santo Redentor se incendió en 1865. Las tumbas fueron trasladadas a la de Saint Paul, al norte, y a la de Saint Luke, al sur. En la década de 1870 aparecieron los primeros trenes elevados, que cruzaban el predio del convento sito en el número 421. En 1877 un incendio obligó a cerrar el edificio, cuyas ruinas fueron derribadas en 1881 para construir el almacén que aún se mantenía en pie. En 1900 ya no quedaba rastro ni del convento, ni de la iglesia, ni del cementerio. El camposanto era un parque, el alcalde de Nueva York vivía en Saint Luke's Place y la calle Hudson era un ruidoso ir y venir de tranvías eléctricos o de tracción animal.

El edificio de American Mercantile parecía de lo más normal. Sin embargo, alguna razón debían haber tenido Cornwall y sus socios de la Fundación Grange para elegirlo como depósito del cargamento. Estaba claro que tenía algo que ver con la elección de una sede para la fundación, pero según los parcelarios y la antigua y polvorienta colección de listines de calles de Manhattan que tenía Valentine, la fundación no se había trasladado a la vieja casa de Saint Luke's Place hasta mucho

después de la desaparición del cargamento.

Se llevó a su despacho media docena de obras de consulta, se sentó en su silla y cerró los ojos para intentar ver el problema en un orden más o menos racional. ¿Qué podía saber Cornwall sobre aquella dirección que no se pudiera descubrir en los libros de historia o directamente en los miles de legajos y archivos que rodeaban a Valentine? Irritado por no poder averiguarlo por sus propios medios, se volvió hacia el ordenador, entró en el programa ISPY que le había confeccionado especialmente Barrie e introdujo el nombre de Cornwall. Apareció casi enseguida una breve biografía:

Nombre: Cornwall, James Cosburn.

Fecha de nacimiento: 1904.

Lugar de nacimiento: Baltimore, Maryland.

Fecha de fallecimiento: 2001.

Lugar de fallecimiento: Nueva York.

Cornwall era hijo de Martin y Lois Cornwall, prestigiosa interiorista y profesora de la Baltimore School of Art. James fue a colegios privados, donde se interesó especialmente por la arquitectura monástica y eclesiástica. Antes de ingresar en la universidad estudió dos años en Europa, en la École Sébastien de París. En 1922 regresó a Estados Unidos, y el año siguiente cursó estudios en la Universidad de Yale. El mismo año ingresó en el museo Parker-Hale como ayudante en el departamento de artes decorativas. Fue conservador auxiliar entre 1929 y 1932, antes de ascender al cargo de conservador adjunto. Desde 1930 trabajó con el director del Parker-Hale, Joseph Teague (1885 —1933), en la creación de la nueva sección medieval del museo. En 1934, a la muerte de Teague, fue nombrado conservador del departamento de arte medieval. En 1942 contrajo matrimonio con Katherine Metcalfe y en 1943 ingresó en el ejército, donde ascendió rápidamente a teniente de la Unidad de Monumentos, Bellas Artes y Archivos del Séptimo Ejército de Estados Unidos, Distrito Militar Oeste. Sus principales misiones fueron descubrir y proteger los tesoros artísticos ocultos por los nazis. Fue él quien requisó las colecciones de arte robadas de Goering, Goebbels y Alfred Rosenberg, entre otros. A su regreso al Parker-Hale, fue nombrado director en 1955. En junio de 2001, tras una reunión especialmente polémica del consejo, sufrió un infarto mortal y le sucedió su protegido Alexander Crawley (véase *Crawley, Alexander*).

La biografía no le mostró nada que no supiera ya. En cambio, le llamó la atención una entrada de la bibliografía de obras de Cornwall, una referencia a su tesis de doctorado en Yale: *Giovanni Battista de Rossi y las catacumbas de San Calixto*:

evaluación biográfica y arquitectónica.

Usándola de punto de partida, buscó en Internet y fue atando cabos. El interés de Cornwall por el mundo subterráneo no se había apagado al doctorarse. En años sucesivos había publicado una docena de artículos sobre el tema, aparte de editar y compilar varias obras eruditas. Incluso había asesorado a History Channel en una serie de documentales sobre criptas, mausoleos, cementerios y catacumbas de todo el mundo. El último programa de la serie llevaba el título «Los muertos de Nueva York».

Una hora después ya estaban todas las piezas en su sitio y Valentine tenía en su mano la respuesta. Consultó la historia sociológica de Greenwich Village para confirmar su teoría.

—Dios mío —susurró al aparecérselo con meridiana claridad la razón de que Cornwall hubiera elegido el almacén de la calle Hudson.

Lo que en esos momentos era un parque en el que jugaban niños pequeños escondía la antigua cripta subterránea de la iglesia del Santo Redentor, unida al convento del otro lado de la calle por un túnel destinado a que las monjas y las niñas «desfavorecidas» pudieran ir a rezar sin ser vistas. Cornwall y los demás conspiradores habían desaparecido bajo las calles de Nueva York, junto con un botín de guerra compuesto de doscientas veintisiete toneladas de cajas, el cargamento de seis camiones.

Y esas cajas seguían allí.

Capítulo 46

El falso cura cruzó las habitaciones desordenadas del apartamento de la calle Ludlow, un piso húmedo que parecía lleno de pulgas y que quedaba muy lejos de las modernas tiendas y peluquerías que se sucedían por encima de Delancey, en un tramo estrecho de un solo carril. Examinó las tristes salas con la Beretta en la mano. El registro del piso de la vieja de Queens le había llevado allí, pero no había nadie. Lo único que encontró era el horror de tantos y tantos fantasmas y recuerdos del pasado. El suelo estaba recubierto de un linóleo sucio y agrietado que en sus tiempos quizá había sido azul. El techo estaba abombado en muchos sitios y daba la sensación de que podía abrirse en cualquier momento como una fruta demasiado madura. Cada paso hacía correr brillantes cucarachas que se escondían en los agujeros del zócalo y pececillos de plata que se refugiaban en los restos de moqueta dispersos por el suelo.

No cabía duda: era la horrible madriguera de un loco. La pintura desconchada y el anticuado papel de pared con adornos de flores aparecían cubiertos de recortes de periódicos, dibujos, fotos de revistas, mapas anotados, cartas casi ilegibles debido a lo menudo de la letra, reproducciones de cuadros y, de vez en cuando, trozos rotos de santos y ángeles de yeso o plástico enganchados con cola, chinchetas y clavos, o puestos simplemente en agujeros hechos con una cuchara en las paredes, blandas y esponjosas. Era un museo dedicado a las insensateces y los desvaríos de un alma torturada, víctima de una obsesión imposible de reconocer o analizar más allá de su indudable relación con la guerra y sus participantes: artistas, obras de arte y centenares de muertos anónimos en una veintena de países, pero sobre todo la vida de un hombre de nariz aguileña y gafas de montura metálica que llevaba la túnica y la mitra papales. El hombre de Roma hacía tiempo que había perdido la fe y a veces no tenía más remedio que estar de acuerdo con la cínica opinión de que si los seres humanos estaban en la Tierra sólo era para comer, fornicar y excretar, pero su paseo por el apartamento le convenció de que había algo más: aquel hombre había sido creado para demostrar la existencia del infierno. Aquel sitio era una placa de Petri cuya misión era proporcionar un medio de cultivo para los condenados.

No se esperaba tantas habitaciones. Era como si hubieran juntado dos o tres apartamentos, todos igual de decrepitos. Lo único nuevo de toda la casa era la puerta, forrada de metal, y las cerraduras que la protegían, fáciles de forzar. La cocina estaba en medio, como en los pisos antiguos, y se comunicaba por una ventanilla con una pequeña y oscura sala de estar. Era horrorosa: un fregadero descascarillado con las tuberías al aire, sin armario, lleno de platos, tazones y vasos de plástico con restos de comida incrustada, un bote de mermelada de uva abierto y con moho sobre la encimera, donde también había una caja de copos de maíz, medio litro de leche agriada en un envase de cartón y una taza de café medio vacía. El aplique del techo

tenía una cinta matamoscas en espiral de las antiguas cubierta de moscas muertas. El falso cura levantó la mano y estiró la cadenita que colgaba de la lámpara con el pulgar y el índice, pero no se encendió.

Entró en la sala de estar. En un lado había una alfombra de tela vieja y marrón con una esquina levantada. Un dibujo hecho a tinta directamente en la pared izquierda: Cristo encima de una nube, sobre un calvario grotesco, y unas palabras bajo la triple crucifixión:

*me enseñarás el camino de la vida,
harta de goces, delante de tu rostro,
a tu derecha, delicias para siempre*

Una mirada más atenta le permitió descubrir que las figuras de las cruces eran mujeres, mujeres que sangraban por los pechos y los ojos. Y también que por encima de la cabeza de Cristo había extrañas, vagas e indescifrables inscripciones que formaban una especie de círculos.

Al fondo había otro pasillo que daba a otra puerta, vieja y abollada, pero pintada hacía poco de un color azul claro como de huevo de tordo. Encima había una inscripción de una sola palabra:

TSIDKEFNU

«Rectitud» en el Antiguo Testamento. Uno de los mil nombres de Dios.

El hombre de Roma quitó el seguro de la Beretta con la mano libre, respiró hondo y levantó la pistola. Acto seguido abrió la puerta y entró en la sala, el final de su viaje. Se protegió la vista con una mano, casi cegado por la luz.

Capítulo 47

Detrás de Finn y Valentine, en el parque James J. Walker, se oía un vago griterío de niños que saltaban a la comba, cantando una canción que se aceleraba al mismo ritmo que los saltos:

*Soy el Niño Jesús,
y voy hacia la cruz.
Soy el Niño Jesús,
y mi padre es Dios.*

—¿Estás seguro de que es lo más sensato? —preguntó Finn a Valentine, con una bolsa de herramientas a sus pies.

Estaban sentados en el mismo banco, con ropa de hacer *jogging*. Eran más de las siete. Anochecía, y el tráfico de la calle Hudson empezaba a mostrar síntomas de que pasaba la hora punta.

—La que hoy ha entrado aquí y se ha llevado las llaves eres tú. —Valentine sonrió—. Además, si queremos que todo esto acabe de alguna manera que satisfaga a las autoridades, necesitamos pruebas. De momento todo es circunstancial, paranoias de Internet y teorías de la conspiración.

—Sólo quería averiguar quién ha matado a Peter.

—Y lo averiguaremos —dijo Valentine—. Te lo prometo.

No apartaba la vista de la casa del fondo de Saint Luke's Place. Poco después de que se apagarán las luces, apareció Hugo Boss para cerrar la puerta con llave. Gracias a que Finn, por la mañana, se había metido una minicámara Panasonic D-snap en el bolso, Valentine tenía toda la información necesaria sobre el interior del edificio, incluido el nombre grabado en el panel de seguridad del otro lado de la puerta de la calle. Parecía un sistema bastante simple, con conexión telefónica a una central de seguridad. Llevaba más de diez años instalado, y cinco minutos al teléfono con Barrie Kornitzer fueron suficientes para que éste les diera el código para desactivarlo. El hecho de que Finn hubiera robado el manajo de llaves aún simplificaba más las cosas. Después de hacer copias en un taller de la calle Carmine, Finn había usado el *beeper* del manajo original para buscar el coche del dueño o dueña de las llaves: un Toyota Camry aparcado en la calle Varick, el único que respondió a la señal. Luego tiró las llaves debajo del asiento del conductor y echó el seguro manualmente. Cuando el propietario se las encontrara, supondría que se le habían caído al salir del coche.

Soy el Niño Jesús.

*Veo todos los pecados.
Soy el Niño Jesús,
y al final siempre gano.*

Valentine miró su reloj y volvió a observar la casa de la acera de enfrente, que se había quedado a oscuras. Lo único que se movía eran las hojas de los árboles. Se oía el rumor del tráfico de la manzana de al lado. Finn se acordó vagamente de unos versos de un soneto de Edgar Allan Poe sobre un fantasmagórico amor muerto. Intentó no pensar en lo que había debajo de sus pies, en las entrañas del parque. Viejos secretos. Y huesos aún más viejos.

—Ya es la hora.

—Vale.

—Le he contado a Barrie casi todo lo que sabemos. Si a medianoche ve que no le he llamado, informará a un amigo suyo del FBI.

—Siempre es un consuelo —dijo Finn con una risa forzada.

Se levantaron para cruzar la calle. Tras ellos, en la oscuridad, los niños saltaban y saltaban.

Capítulo 48

Penetraron en la oscuridad de la casa. El panel de la alarma estaba delante, a la derecha. También había una lucecita roja que parpadeaba sin cesar. Valentine introdujo una secuencia numérica que hizo que se pusiera verde.

—Pues sí que ha sido fácil... —susurró Finn.

—Es que no estamos en ninguna película de ladrones que utilizan la última tecnología —contestó Valentine—, Pasado cierto tiempo, la gente baja la guardia y se olvida de lo más básico. —Se encogió de hombros—. Además, ¿quién quieres que fuerce un sitio así, si aquí dentro, que se sepa, sólo hay cuatro secretarios y cuatro papelitos?

—Puede que no haya nada más —dijo Finn—. Puede que nos equivoquemos.

—Me has dicho que te pareció que el recepcionista del traje caro llevaba una pistola.

—Sí, estoy segura.

—Pues entonces no nos equivocamos. ¡Ya me dirás la falta que hace una pistola para vigilar papeles!

Valentine hizo una pausa para examinar el cuadro de detrás de la mesa.

—En cambio, para vigilar esto sí que es bastante necesaria.

Fueron deprisa hacia el pasillo. Cuando llegaron a la zona abierta del centro de la casa, Finn dejó la bolsa de herramientas en una mesa y abrió la cremallera. Valentine sacó una linterna grande, pero al iluminar la sala no vio ninguna novedad respecto a la información de la cámara: una habitación rectangular y sin ventanas, con una escalera en la pared derecha, tres mesas y una hilera de archivadores. Al fondo había una puerta que daba a una sala de reuniones muy cómoda, con una mesa larga, media docena de sillas y una chimenea antigua en el lado izquierdo con un cuadro sobre la repisa. Estaba todo demasiado oscuro para verlo bien, pero era una especie de paisaje de colores apagados. Al fondo de la casa se accedía por otra puerta, que estaba cerrada con llave. Finn se acercó con el manajo y probó hasta encontrar la llave que encajaba. Abrió la puerta con un simple giro. La cruzaron.

—Esto sí que es interesante... —murmuró Valentine.

Era una sala totalmente vacía. Al fondo había una ventana tapiada con ladrillos. La puerta original había sido sustituida por algo vagamente parecido al mecanismo deslizante que se suele instalar en los garajes. En vez del suelo de cerezo de las otras salas, había grandes planchas de roble oscurecidas por el tiempo. Era el suelo original.

—Una zona de carga y descarga —dijo Valentine—. En los parcelarlos de las compañías de seguros se ve una callejuela trasera de las antiguas, con una entrada por el lado que da a la calle Varick. Debe de ser donde da esto.

—Sólo tendría sentido si tuvieran algo que cargar o descargar dijo Finn.

—Mira.

Valentine señaló algo. En medio del suelo se distinguía un cuadrado recortado en las tablas. Iluminó las paredes. Al lado del mecanismo de apertura de la puerta del fondo había un solo botón muy parecido al de llamada del ascensor de Ex Libris.

—Apriétalo.

Finn cruzó la habitación y le dio una palmada. Se oyó un zumbido. Una parte del suelo, de casi dos metros por dos metros, se levantó despacio. Apareció una jaula grande, que se detuvo con una sacudida.

—¿Qué es esto? —dijo Finn.

Valentine enfocó con su linterna la jaula abierta. Sobre la barra superior había una placa metálica donde se leía «otis brothers yon kurs ny, 1867».

—No he podido averiguar nada sobre los primeros dueños del edificio, pero es muy posible que fuera una especie de taberna o de pequeño hotel. Entonces esto sería el montacargas que usaban para subir comida y barriles de cerveza del almacén. — Entró en la jaula y movió la linterna hasta encontrar un interruptor en uno de los montantes—. Parece bastante seguro.

Finn le miró horrorizada.

—Pero ¿vamos a bajar en esto?

—No se me ocurre ninguna otra manera —dijo, y le indicó que se acercara.

Finn extremó las precauciones al pisar el viejo suelo de acero de la jaula, que empezó a bajar pesadamente cuando Valentine pulsó el botón. Llegaron al fondo, sumidos en la oscuridad. Al salir del montacargas, él volvió a usar la linterna. Parecía un sótano moderno, con paredes de cemento, lleno de cajas grandes y pequeñas. Valentine encontró el interruptor de la luz y lo accionó. Los fluorescentes del techo se encendieron zumbando.

El sótano ocupaba toda la planta de la casa. Era una sala alargada, con una maquinaria muy completa de embalar: depósitos para la madera, sierras, mesas de trabajo, un gran dispositivo colgado del techo que servía para insuflar bolas de poliestireno y una zona para aplicar el refuerzo metálico. Todo muy eficiente. En una pared había un deshumidificador que zumbaba. El ambiente era fresco y seco. El montacargas tenía apoyadas media docena de cajas medianas, cada una con su etiqueta y su código de barras. Estaban destinadas a varios países, pero siempre a sucursales de la galería Hoffman. Todas tenían grapada en un lado una bolsa de plástico que contenía toda la documentación para la aduana. En un rincón de la sala había una mesa metálica con un ordenador y una impresora de etiquetas industrial. Valentine sacó un cúter de su mochila y rajó una de las bolsas.

—El formulario 4457. Una simple declaración de bienes. Es una de las grandes ventajas de comerciar con arte y antigüedades: no pagan impuestos. Es como transportar millones de dólares por las fronteras internacionales sin que nadie te llame la atención.

Encontró una palanca en una de las mesas de trabajo y empezó a abrir una de las

cajas pequeñas. Consiguió soltar la tapa y sacó con cuidado el contenido.

—Rembrandt. *La resurrección de Lázaro*. Su pista se perdió en 1942. Se lo robaron a un marchante judío de Ámsterdam.

—¿Crees que es suficiente como prueba?

—No. Tenemos que encontrar el resto.

—Pues no está aquí.

Valentine miró a su alrededor.

—Primero tenemos que determinar exactamente las dimensiones de «aquí».

Fue al fondo del sótano y miró atentamente la pared. Parecía de ladrillo macizo, como el resto de la sala, y no tenía nada apoyado que pudiera esconder una entrada secreta.

—Tiene que ser aquí. Esto da al parque. —Se volvió hacia ambos lados—. Estas paredes limitan con los otros edificios. La del fondo no está orientada en la buena dirección.

Prestó atención al suelo, en busca de señales de que recientemente hubieran sacado algo de detrás de la pared.

Como no encontró ninguna, se puso de rodillas y palpó con cuidado la unión de la pared del fondo con el suelo. Finn se dio la vuelta hacia el sitio por donde habían venido y recordó el despacho de Ex Libris y de Sherlock Holmes. Una vez eliminado lo posible...

Toda la pared trasera estaba revestida de estantes de metal con material de embalaje. Mientras Valentine seguía estudiando el suelo, ella volvió a la pared que daba al norte y la miró con atención. Seis hileras de estanterías que llegaban hasta tres centímetros del techo, elevadas otros tantos centímetros del suelo por unas patas cortas e inclinadas. Las estanterías estaban pintadas del típico verde de oficina y parecían viejas. Se volvió de nuevo. El montacargas antiguo quedaba a cuatro o cinco metros. En la pared situada a mano izquierda había más estanterías; no así en la de la derecha, forrada con un tablero grande de colgar herramientas. Frunció el entrecejo. Había algo raro... De repente supo qué era.

—Michael... —dijo.

Valentine se levantó y se volvió hacia ella.

—¿Qué pasa?

—Creo que he encontrado algo.

—¿Dónde? —preguntó al tiempo que cruzaba la sala, larga y de techo bajo.

—Mira —dijo Finn cuando le tuvo al lado, y señalando añadió—: el tablero.

—¿Qué le pasa? Es una pared medianera.

—No hay nada colgado.

—No te entiendo.

—Si todas las herramientas están en las estanterías y no hay ninguna colgada, ¿qué falta hace el tablero?

Valentine se quedó callado. Después se acercó y dio unos golpecitos en el tablero

con los nudillos. Seguidamente inspeccionó la unión de la pared de detrás con la del fondo. Al cabo de un rato cogió la balda central de la estantería que tenía más cerca y estiró con fuerza. Al principio no pasó nada. Después dos de las estanterías más próximas a la pared de detrás del tablero se deslizaron hacia delante suavemente, casi sin ruido, hasta sobresalir más de medio metro, y finalmente oyeron un ruido parecido al que se produce cuando se descorcha una botella. Valentine cambió un poco la forma de coger el anaquel y lo empujó a la izquierda, en sentido contrario a la pared. Ante ellos apareció el hueco oscuro de la entrada secreta.

Cogió la linterna y penetró en una rampa ancha de cemento por la que se bajaba a una antesala circular. La cámara estaba tallada en la roca, en el granito de Pound Ridge, el antiguo lecho sobre el que reposaban los rascacielos de Nueva York. Valentine tendió la mano hasta apoyarla en la pared de roca viva. Estaba fresca y seca. Un sitio perfecto para sepultar a los grandes personajes favoritos de la ciudad y para poner a salvo de miradas indiscretas sus tesoros más recientes.

—¡Mira! La muerte se ha izado un trono en una extraña y solitaria ciudad allá lejos en el sombrío Oeste, donde el bueno y el malo y el mejor y el peor han ido a reposar eternamente. Edgar Allan Poe.

—A veces eres de lo más siniestro, Michael —murmuró Finn.

Siguió el haz de la linterna. A la izquierda había dos raíles metálicos como de tren en miniatura que llevaban a una cueva estrecha y tenebrosa. En la pared más próxima había una caja de interruptor con un cable que salía del agujero, envuelto en una capa aislante muy gruesa. Valentine lo encendió y apareció una hilera de bombillas industriales que iluminaron tenuemente el túnel. Apagó la linterna. La abertura tenía entre dos metros y dos metros y medio de alto, y un poco más de ancho. Las paredes eran de la misma piedra que la antesala circular. El suelo estaba cubierto por gravilla absorbente.

—¿Adónde debe ir a parar? —se preguntó Valentine mientras se adentraba en el túnel.

—No estoy muy segura de querer saberlo —contestó Finn, pero aun así le siguió.

Encontraron media docena de recodos y varios nichos estrechos excavados en la pared, vestigios de los lugares donde se habían enterrado y tapiado cadáveres, aunque el ladrillo se hubiera desmoronado tiempo atrás y los nichos estuvieran vacíos. En aquel reino de la muerte, los raíles parecían una incongruencia, pero no tanto como las bombillas que colgaban en jaulas metálicas de seguridad, rozando casi sus cabezas. Finn procuró no pensar en el peso de la tierra que tenía encima y trató de respirar con regularidad en la oprimente penumbra del conducto. Nunca había sido especialmente claustrofóbica, pero aquello era otra cosa, de otra magnitud. En el infierno no hacía calor. Era exactamente así: un sitio vacío, subterráneo. Como ser enterrado vivo.

Caminando por el túnel —un recorrido que se les hizo eterno—, llegaron a una nueva antesala. Los raíles la cruzaban hasta una puerta de hierro macizo fijada a la pared con bisagras muy grandes. Era una puerta de una madera oscura y densa. Las

bisagras tenían la misma antigüedad que los muros que las sujetaban. A cada lado de la puerta había el relieve de un obelisco, destacado del fondo con revoque blanco y algún pigmento antiguo, oscuro. El dintel tenía letras cinceladas con cuidado y subrayadas con la misma combinación de blanco y negro que los obeliscos.

—«Silencio, mortales, entráis en el Imperio de los Muertos» —leyó Finn en voz alta—, ¡Qué agradable! —Miró la puerta y luego a Valentine—, ¿Vamos a entrar?

—Creo que hemos llegado demasiado lejos para dar marcha atrás —contestó él golpeando el raíl con la punta de una bota—. Esto no lo usan para transportar cadáveres. Es un almacén, no una cripta.

Dio unos pasos y cogió el pomo de la puerta de hierro forjado. La abrió y la cruzó.

Se oyó un gemido profundo y gutural, como de un animal herido. Después se apagaron las luces. Finn gritó y sintió que se propagaba bruscamente por el aire el nauseabundo olor de sangre recién vertida. Mientras gritaba por segunda vez y sentía la presión del aire en su garganta, vio subir a su encuentro el suelo de piedra del túnel. El ruido fuerte y seco de un disparo resonó en la distancia.

Capítulo 49

Por un instante, un instante terrible, Finn tuvo la impresión de que perdía la conciencia. De pronto revivió la última vez que había visto la cara de Peter. Con el corazón a punto de salirle del pecho, se puso a gatas, luego de rodillas y, por último, de pie. Después, llamando a Valentine a gritos, camino a trompicones con los brazos extendidos, arañando el vacío con los dedos. Algo golpeó su cadera y le hizo desequilibrarse hacia un lado. Sintió en la mejilla el fuerte impacto de la superficie de madera basta de la puerta. A la vez que se apartaba, perdiendo de nuevo el equilibrio, reconoció el olor de la sangre y una vaharada como de colonia o *aftershave* baratos que antes de disiparse despertó un vago recuerdo, muy enterrado en la memoria. Oyó a su lado una respiración entrecortada y el sordo impacto de un puño en una carne más blanda. Después volvió a caerse de rodillas y en ese momento se dio cuenta de que el suelo ya no era de grava, sino de cemento liso. Curiosamente oía filtrarse sobre su cabeza el ruido de los niños que jugaban en el parque:

Soy el Niño Jesús.
Nunca miento, jamás.
Soy el Niño Jesús,
y como no me creas,
al infierno te irás.

Las voces llegaban por el viejo sistema de ventilación que aportaba aire fresco a la cripta y que por alguna razón seguía abierto al exterior. Finn volvió a levantarse con los brazos extendidos y caminó en la oscuridad hasta encontrar una pared. La siguió, tanteando desesperadamente en busca de un interruptor. Ya no olía a sangre, sino a otra cosa. Era un olor penetrante a gasolina derramada. Oyó un horrible suspiro, seguido por el impacto de algo pesado contra el suelo. Palpó un interruptor de plástico de los de palanca. Lo levantó. Cuando volvieron a encenderse las luces, vio dónde estaba.

Era un búnker gigantesco, abovedado, de treinta metros por treinta, o más, lleno de cajas de madera apiladas y alineadas, de maletas y baúles antiguos y de los típicos arcones para viajes trasatlánticos, metálicos y reforzados. Las pilas llegaban hasta el techo, de una altura de siete metros y cuya vieja mampostería se mantenía en su sitio gracias a una trama de vigas de hierro. Cerca de Finn había una caja alta, abierta, con un retrato de Frans Hals apoyado. La etiqueta estaba descolorida, pero se podía leer. Tenía las típicas runas en forma de rayo de las SS nazis. Al lado había un arcón, también abierto y lleno a rebosar de miles de monturas de gafas anticuadas, de oro

macizo, sin lentes. El olor a gasolina lo invadía todo. Finn vio con el rabillo del ojo un bidón rojo de plástico de veinte litros. El carril de vía estrecha que llevaba hasta la sala se acababa en una viga de roble macizo que servía de tope y que tenía apoyada una plataforma rodante para transportar cajas. Era un medio sencillo de trasladar el botín de guerra desde la cámara hasta la zona de carga y de descarga de debajo de la casa de Saint Luke's Place.

—¡Michael!

—¡Aquí!

La voz había salido de detrás de la caja grande. Finn vio un rastro de sangre fresca que llevaba hacia ese punto. Corrió y apartó la caja. Valentine se había apoyado en un montón de palés para levantarse. A sus pies, un hombre todavía vivo gemía mientras se apretaba la barriga, con las manos crispadas en torno al mango de hueso de un largo cuchillo de caza. Tenía el pelo gris, más de sesenta años y llevaba un uniforme verde aceituna, un uniforme de sargento de infantería de la Segunda Guerra Mundial que le estaba grande. Finn le reconoció enseguida.

—¡Es Fred!

Valentine se levantó del todo, gruñendo de dolor. Tenía la camiseta empapada de sudor y un corte largo en el hombro que sangraba.

—¿Quién?

—Trabaja en el museo, es un guardia de seguridad —respondió débilmente Finn—, Siempre nos saludábamos. Es un hombre tímido al que le gusta pasar desapercibido. —Miró fijamente el hombro de Valentine—. ¿Tú estás bien?

—Sólo es un rasguño. Sobreviviré. —Se agachó hacia el hombre del suelo—. En su caso no estoy tan seguro.

—¿Qué hacía aquí? ¿Cómo sabía que existía esto?

—Supongo que lo averiguó igual que nosotros. Parece que estaba a punto de incendiarlo todo —contestó Valentine—. A saber por qué... Y a saber quién se cree que es.

Miró el uniforme. En el hombro había una insignia gastada, una pirámide escalonada dorada y roja sobre fondo azul. El Séptimo Ejército. La unidad de Cornwall. Valentine miró la gigantesca cámara, movió la cabeza y acercó su mano ensangrentada al cuello del moribundo.

—Está muy débil —dijo—. Habría que pedir ayuda, si es que queremos alguna respuesta. —Se incorporó de nuevo, tambaleándose un poco, y se apoyó en los palés—. Ve tú. Llama al 911 y pide que venga la policía y una ambulancia. —Volvió a mirar la sala—. Ya tenemos las pruebas que necesitábamos. Todo cuadra: la fundación, Cornwall, Crawley, Gatty y los demás nombres. Todos tenían interés en que esto siguiera siendo un lugar secreto. Cuanta más gente lo vea, mejor.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Sí, muy bien. Venga, vete.

Finn echó a correr.

Capítulo 50

Finn corrió por el pasillo sinuoso respirando entrecortadamente y sin poder evitar, por mucho que intentase concentrarse en el presente, que su cabeza se poblase de mil imágenes y pensamientos. Veía de nuevo el sótano de la Fundación Grange y el rostro demacrado y lívido del viejo que agonizaba en el suelo del búnker con un cuchillo clavado en la boca del estómago, una mancha cada vez más grande de sangre espesa y negruzca en la pechera de la camisa blanca y unos dedos largos de pianista aferrados al mango de hueso del cuchillo.

Llegó al final del túnel y salió a trompicones a la sala circular que había al otro lado de la puerta secreta del sótano de la casa de Saint Luke's Place. De repente retrocedió. Acababa de ver al teniente Vincent Delaney, de la policía de Nueva York. Estaba en cuclillas junto a un hombre apoyado en la pared de piedra de la sala, un hombre con la mitad de la cara reducida a una masa sanguinolenta. Estaba completamente desfigurado, pero supo que se trataba de un cura por el alzacuellos blanco manchado de sangre. Un cura con algo negro en la mano que tenía forma de pistola automática. En el mismo momento en el que Finn dejó de respirar, petrificada, el policía se levantó y se giró con la Glock que había acabado con la existencia de aquel hombre. Era el disparo que había oído Finn hacía media vida, en el otro extremo del túnel.

—Señorita Ryan —dijo Delaney lentamente—, sabía que aparecería en algún momento. ¿Sigue con su nuevo amigo Valentine?

—¿Cómo lo sabe?

—Sé más de lo que cree.

—¿Qué hace aquí? —Finn contempló el cadáver encogido del cura—, ¿Qué ha pasado?

—¿Ha venido con Valentine?

—¿Qué hace aquí un cura?

—No es un cura. Es un asesino a sueldo.

—¿El que mató a Peter?

A Finn la cabeza empezaba a darle vueltas. Las conexiones que había establecido se desintegraban y tenía la sensación de que en todo aquello no había ningún vestigio de lógica.

—No, lo de Peter fue un accidente. Su objetivo era usted.

—¿Por qué?

—Por haber encontrado casualmente el dibujo. Era un rastro que tarde o temprano la habría llevado hasta aquí, y eso había que impedirlo. —El teniente hizo una pausa—. Le he hecho una pregunta, ¿ha venido con Valentine?

—Sí.

—¿Y el niño?

—¿Qué niño?

Era de locos.

—Botte, Frederico. Ahora ya es viejo.

—¿Fred? ¿El guardia de seguridad?

—Siempre le han llamado «el niño». Todos los hombres han sido niños, pero éste fue peligroso desde el momento de su concepción.

—Usted está loco —susurró Finn—. ¿De qué habla? ¡Aquí hay toda una cámara llena de arte robado, procedente de un botín de guerra! ¡Miles de millones de dólares! Han asesinado a mucha gente para encubrir su existencia. ¿Qué pinta un viejo? Y a propósito, ¿qué pinta usted?

—No soy un simple policía, señorita Ryan —dijo tranquilamente Delaney—. Y la gente para la que trabajo tiene secretos que guardar, secretos antiguos. Lo importante nunca han sido las obras de arte. Lo importante siempre ha sido el niño. Creíamos haberlo encontrado, pero se nos escapó y volvió a empezar a matar. Si le cogen los que no tienen que cogerle, se sabrá la verdad, y eso no se puede permitir. Bastantes problemas tiene ya la Iglesia. Sería la puntilla. —Señaló al muerto con la cabeza—. Éste trabajaba para otra facción que creía que sería suficiente con matarla a usted, y que tenía más ansias de poder que de protección. Habrían hecho cualquier cosa para quedarse las obras de arte robado.

—Pretendía destruirlas —susurró Finn—. Mil años de belleza de valor incalculable, y lo quería quemar todo. —Se quedó mirando al policía, atónita—. ¿Quién es?

—El hijo de Eugenio Pacelli. El bastardo de un papa a quien secuestraron los nazis para hacer chantaje, por los servicios prestados y como botín de guerra. Pero en el camino de estos nazis se cruzaron James Cornwall y su grupo de ladrones, otra pandilla de nazis, pero éstos americanos.

—Carduss. Greyfriars. La Fundación Grange.

—Por ejemplo, pero ahora su campo de influencia es mayor.

—¿Cómo ha encontrado este sitio?

—Siguiendo al cura. Sabía que acabaría llevándome hasta el niño. Averigué dónde vivía ese loco, pero se encontró la casa vacía.

—Ese loco, como usted dice, está muerto —dijo Valentine saliendo del túnel. Delaney se volvió, sobresaltado, y levantó la Glock para apuntarle al pecho—. Todo ha acabado.

—Todavía no —dijo Delaney—. Falta ordenar un poco las cosas.

—¿Ahora vamos a ponernos a ordenar? —preguntó Finn.

—Quiere decir asesinar —explicó Valentine—. No puede dejarnos vivos. Sabe que no se puede revelar nada de esto, y tiene razón. Eugenio Pacelli, Pío XII, está a punto de ser canonizado. Y ya es bastante grave que algunos le llamen «el Papa de Hitler»; todo se complicaría mucho más si se le atribuyera un hijo. Los espías y asesinos del Vaticano, los de verdad, no los que se inventan los guionistas paranoicos

de Hollywood, no quedarían bien en la portada de *The New York Times*.

Valentine dio medio paso y se puso de lado para ofrecer un blanco ligeramente más estrecho a Delaney.

—Más o menos.

En ese momento Finn entendió lo que Valentine pretendía. Con un caballerismo tan sublime como estúpido, estaba a punto de tomar la iniciativa para distraer al policía y darle a ella una posibilidad de escapar. ¿Cómo era aquella frase tan tonta que decía su madre? ¿«Conquistas de amor no son de pusilánimes»? A veces le parecía mentira que con esa manera de pensar, cuyo paradigma era Helena de Troya, aún existiera el mundo.

Pues hoy no, se dijo; hoy no, y menos por mí. Cayendo en la cuenta de que tenía en la mano el manojito de llaves copiadas, cerró discretamente el puño en torno a la del Toyota, larga y dentada, dejando sobresalir la punta. Vaciló por espacio de un segundo, durante el que tragó saliva y miró parpadeando a Valentine con la desesperada certeza de no tener lo que hacía falta, la valentía o la imprudencia necesarias, la rabia, o incluso algo tan básico como el instinto de supervivencia: ¡Ella era de Ohio, y allí esas cosas no pasaban! ¡Además era una chica!

—¡Y una mierda! —susurró.

Delaney se dio la vuelta y sorprendido vio que Finn se acercaba ágilmente con una sola imagen en la cabeza, el dibujo de Miguel Ángel de la mujer diseccionada. Valentine se movió al mismo tiempo. El policía quedó indeciso durante un instante fatal.

El puño de Finn le golpeó en el cuello. La pistola se disparó y la bala destrozó la lámpara del techo. Finn se quedó a oscuras por segunda vez mientras caía sobre ella una lluvia de cristales. Notó que la llave del coche recién copiada desgarraba la carne de Delaney. Las rebabas afiladas de la parte metálica seccionaron la arteria carótida externa y el chorro de sangre que brotó de ella le salpicó la mejilla. La Glock volvió a dispararse. Esta vez la bala pasó silbando junto a la oreja de Finn y el fogonazo del cañón iluminó el corte que había hecho con la llave, así como la figura tambaleante de Delaney, que se apretaba la herida con la mano libre. El policía cayó de rodillas frente al cadáver del hombre de Roma y su vida huyó con cada pulsación mientras se desplomaba y volvía a quedar envuelto por la oscuridad.

Me sentó en los escalones de la antigua mansión de Saint Luke's Place y contempló el parque a través de las copas susurrantes de los árboles. Casi era de noche, pero los niños aún saltaban. Por todas partes se encendían las luces de la ciudad. Oyó a Valentine hablando por el teléfono de la recepción. Estaba llamando a todos los periódicos que conocía. Ya había avisado a la policía y al FBI. También había llamado a Barrie Kornitzer, que en ese momento ya habría empezado a divulgar la historia por Internet. De momento, la fama les protegería.

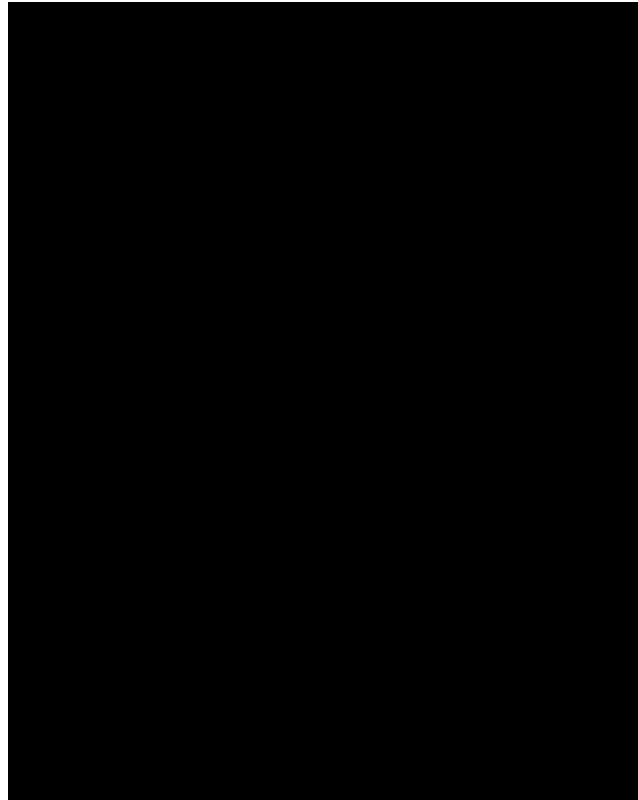
Se avecinaban horas y días de pesadilla, pero al menos ya no habría más asesinatos, y el miedo acumulado empezaba a disiparse, aunque fuera muy despacio. Pronto Finn encontraría el modo de ponerse en contacto con su madre y empezar a contarle como mínimo una parte de sus peripecias. Quizá hasta le contara algunas cosas sobre Michael Valentine y el dibujo del cuaderno de notas de Miguel Ángel que había descubierto. Pero todo a su tiempo. De momento, lo único que le apetecía era descansar. Oyó cantar a los niños invisibles.

Cruzó los brazos y apoyó la cabeza en ellos. Las primeras sirenas empezaron a ulular en la distancia. Ya había pasado todo, pero Finn sabía que en el fondo aquello sólo era el principio. Detrás, al otro lado de la puerta, se oía el murmullo de Valentine hablando por teléfono. En el parque, al otro lado de los árboles, las voces de los niños se diluían como un turbio sueño:

Simón no era muy listo.
Mateo acabó mal.
Tomás siempre dudaba,
y Judas a robar.

Sonrió, cerró los ojos y, al menos durante un rato, se quedó dormida.

Fin



PAUL CHRISTOPHER(Ottawa, Canadá, 1949).Pseudónimo del autor Christopher Hyde.

Ha sido escritor y productor con Canadian Broadcasting Corporation durante diez años.

También escribe pajo el seudónimo de A.J. Holt.

Es el creador de dos sagas (ambas bajo el pseudónimo de Paul Christopher): la de FinnRyan, arqueólogo y la de Teniente Coronel John Holliday, antiguo Ranger del ejército.

Nota del Autor

Gran parte de la información contenida en *El cuaderno de Miguel Ángel* es verídica. Se sabe que Eugenio Pacelli, el que fuera el papa Pío XII, mantuvo relaciones con su sobrina Caterina Annunzio tanto en su época como nuncio de la Santa Sede en Berlín como en la de secretario de Estado del Vaticano, cargo en el que permaneció hasta 1939, cuando fue elegido Papa. También se sabe que su sobrina fue encerrada en un convento del norte de Italia y que se suicidó poco después de dar a luz a un varón. Sobre la vida de este último no existen datos concluyentes, aunque algunos historiadores del Vaticano han aventurado la hipótesis de que Francis Joseph Spellman, arzobispo de Nueva York, cardenal y amigo íntimo de Pacelli, ayudó a trasladar al niño a Estados Unidos. Spellman pasó los últimos días de la Segunda Guerra Mundial en Roma como capellán del ejército estadounidense.

También se sabe que existió una relación entre Pacelli y la desaparición del llamado Tren de Oro y de los seis camiones cargados con obras de arte robadas que fueron secuestrados por colaboradores de Gerhard Utikal, el director de la unidad del ERR en París, que dirigía el robo de obras de arte en Francia, Bélgica y Holanda. De Utikal aún no se sabe nada, al menos de manera oficial, aunque existen indicios de que huyó a Sudamérica usando las llamadas *ratlines* del Vaticano.

Últimamente, en Estados Unidos, han aflorado muchas obras de arte robadas, incluida una sorprendente cantidad de obras de tipo religioso. La mayor partida, que suele recibir el nombre de Tesoro de Quedlinburg, ya ha sido devuelta a sus legítimos dueños.

El tráfico de obras de arte y antigüedades robadas, como botín de guerra o en otras circunstancias, incluidas las obras de los museos y las galerías públicas, mueve más de cinco mil millones de dólares anuales. La gran mayoría de las piezas procedentes del saqueo en la época del Tercer Reich de Hitler nunca ha sido encontrada. Todas las obras que aparecen en el libro, como el cuadro de Juan Gris y *La resurrección de Lázaro* de Rembrandt, son reales.

También es cierto que existió un convento/casa de maternidad en lo que actualmente es el número 421 de la calle Hudson de Nueva York, y que el parque con columpios de la otra acera fue un gran cementerio que ocupaba dos manzanas de Greenwich Village y del que formaba parte el camposanto visitado por Edgar Allan Poe en sus paseos nocturnos. El número 11 de Saint Luke's Place no existe, pero el exterior del número 10 se usó como fachada del domicilio de los Huxtable en la serie de Bill Cosby de la década de 1980.

El cuaderno de notas que, según se sabe, usaba Miguel Ángel para sus dibujos de anatomía humana nunca se ha encontrado.

Notas

[1] Podría traducirse como «perseguidor», nombre sin duda muy adecuado para un detective. (N. del T.) <<

[2] Icono publicitario norteamericano muy popular que nació para anunciar una marca de leche. (N. del T.) <<

[3] Nombre inglés del lirón. (N. del T.) <<

[4] Unidad de Investigación del Saqueo de Obras de Arte. <<

[5] Forma despectiva de referirse a los alemanes, por su supuesta condición de grandes consumidores de chucrut (Sauerkraut). (N. del T.) <<